JULIO SCHERER IBARRA Y
JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

NI VENGANZA NI PERDÓN

Una amistad al filo del poder

Planeta

JULIO SCHERER IBARRA Y
JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ

NI VENGANZA NI PERDÓN

Una amistad al filo del poder

Planeta

Índice

Prólogo. Por Jorge Fernández Menéndez

1. Andrés, don Julio, Heberto
2. Andrés y Julio
3. La persecución de Gil Díaz
4. El desafuero
5. Digerir la derrota
6. El regreso
7. El infarto
8. **AMLO** y Mancera
9. Estado de México, ganar perdiendo
10. Cambiar la política por la suerte
11. Los candidatos
12. El día de la elección
13. La hora de gobernar
14. El equipo
15. La toma de posesión
16. La creación de la Guardia Nacional
17. Las reformas, la Corte, Zaldívar
18. Los empresarios, las medicinas
19. La pandemia
20. El atentado contra Omar; don Javier
21. Los militares, el caso Cienfuegos
22. Decidir, la mañanera
23. La manipulación
24. Un decreto a la medida… de Jesús
25. *Proceso* y los periodistas
26. La Corte
27. Los sospechosos comunes
28. La salida
29. Los golpes, las respuestas

Epílogo. Por Julio Scherer Ibarra

ANEXOS
ARCHIVO FOTOGRÁFICO
ACERCA DE LOS AUTORES
CRÉDITOS
PLANETA DE LIBROS

Prólogo

Por Jorge Fernández Menéndez

Los príncipes deben huir de los aduladores como de la peste;
para defenderse de ellos elijan hombres sabios: no deberán más
que concederles libre albedrío y decirles la verdad.
NICOLÁS MAQUIAVELO

Todos los días nos sirven el mismo plato de sangre.
En una esquina cualquiera —justo, omnisciente
y armado— aguarda el dogmático sin cara, sin nombre.
OCTAVIO PAZ

Una de las mayores tragedias que ha vivido México es la polarización llevada al enfrentamiento irracional, a la descripción del adversario como enemigo, a la visión de un país dividido en buenos y malos, y a la no aceptación de que compartimos una historia (la cual también es manipulada en el discurso y la narrativa polarizadora), un territorio, unas familias, unas amistades, unos valores, un futuro común.

Este libro es insólito porque parte precisamente de comprender eso: asumir que un país dividido y polarizado, sea quien sea el que detente el poder, está condenado a consumirse en su propio fuego, en sus dinámicas de beligerancia interna, origen de rupturas y heridas que no cierran y cuyas cicatrices permanecen.

Jorge Luis Borges escribió que el olvido es la única venganza y el único perdón; Milan Kundera explicó que la historia es la lucha de la memoria contra el olvido. Este libro no busca venganzas ni perdones, pretende contar la historia para que persista en la memoria, para que no se impongan ni el olvido ni la mentira.

Julio Scherer Ibarra y yo tenemos pasiones comunes en la vida, la literatura, las familias, los amigos. Somos amigos entrañables, coincidimos en mucho, diferimos en ocasiones. No pensamos ni sentimos lo mismo por López Obrador, pero sí sabemos por nuestras historias familiares cómo el autoritarismo, la mentira y la polarización pueden destruir vidas,

historias y personas. Julio lo vivió muy joven cuando Luis Echeverría expulsó de *Excélsior* a su padre, Julio Scherer García, y a un puñado de los mejores periodistas de su generación, desde Manuel Becerra Acosta hasta Miguel Ángel Granados Chapa, desde el gran Octavio Paz hasta Vicente Leñero. De aquella historia nacieron, a contracorriente del poder, desde *Proceso* hasta el primer *unomásuno* y luego *La Jornada*, y todo el buen periodismo contemporáneo. Yo lo viví quizás de una forma más traumática aún, con una dictadura militar que se llevó a los míos y me terminó dando, paradójicamente, la oportunidad, hace ya medio siglo, de descubrir y volver a nacer en un país que me ha dado todo y al que todo quiero regresarle. Pero ni siquiera los triunfos quitan en nosotros las cicatrices de aquellas heridas.

Aquí vamos a contar, desde el punto de vista de uno de sus protagonistas, una historia que debe ser contada: la de la relación de Julio Scherer Ibarra con Andrés Manuel López Obrador, una historia de tres décadas que no terminó como debería porque la historia tiene la mala costumbre de torcerse o algunos siempre se encargan de hacerlo. Pocos como Julio conocen al verdadero López Obrador, sorprenden algunas de sus facetas. Pocos conocieron como Julio el andamiaje institucional, político, personal y familiar detrás de la personalidad de López Obrador, con una historia tan entrañable, producto de ese México que estamos perdiendo, como lo fue la relación de su padre, don Julio Scherer García, con el propio Andrés Manuel.

Durante tres años Julio fue uno de los hombres más poderosos del gobierno de López Obrador, y fue el responsable no solo de implementar un profundo cambio político e institucional, sino también de plasmar en leyes las convicciones de su jefe, el presidente de la República. Sacó adelante los encargos, las preocupaciones y las tramas que le encargó el mandatario, incluyendo la comunicación con sectores, instituciones, funcionarios y personas que no la tenían de forma directa con el presidente.

Durante los 20 años anteriores había servido con Andrés Manuel para todo: como amigo; como colaborador; como parte casi de la familia; como apoyo de todo tipo y en todos los sentidos; como organizador de campañas, contactos y reuniones; como financista y abogado, confesor y penitente. El afecto y la admiración no se han perdido; tampoco el sentido

de esa deslealtad que en el ámbito político algunos le adjudicamos a López Obrador en ocasiones. Son muchos los que, a lo largo de los años, de las décadas, lo han sentido, lo han aprovechado, en ocasiones sufrido, en otras atestiguado.

Yo también, alguna vez, tuve una buena relación con López Obrador, sobre todo cuando fue presidente nacional del PRD. Me reunía regularmente con él y con muchos de quienes lo acompañaban entonces, que también terminaron distanciados en lo personal, en lo político, algunos en todo, con el que luego fue jefe de Gobierno, candidato presidencial y al final presidente de la República, desde el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas hasta Rosario Robles.

Fui el primero, o uno de los primeros, que le hizo una larga entrevista para televisión después de asumir el Gobierno de la ciudad, el 5 de diciembre del 2000. Fue una entrevista para MVS, donde entonces trabajaba, de más de una hora, cálida, afectuosa, optimista de cara al futuro. Unos días antes había entrevistado al presidente Fox, quien había asumido el cargo el primero de diciembre, también con optimismo, como el que gozábamos muchos por el inicio de una era política donde en el país y en la ciudad (desde 1997) se había acabado con 70 años de gobiernos priistas.

Nunca he sabido por qué, pero esa entrevista no le gustó a López Obrador. Creo que cometí el error, eso me dijo alguno de sus más cercanos colaboradores, de haberlo puesto como parte de un mismo proceso de cambio que a Fox, más allá de políticas e ideologías. Eran los protagonistas de un cambio de era, aunque partieran hacia objetivos que al final terminaron siendo tan diferentes. Lo cierto es que, desde aquellos días de diciembre del 2000, nunca más me volví a reunir con López Obrador, nunca más quiso retomar aquel diálogo que se terminó rompiendo desde entonces.

No apoyé su candidatura en el 2006 ni en el 2012, pero en 2018 asumí desde temprano que ganaría las elecciones. Saludé su triunfo porque, si estaba dispuesto a hacerlo, podría establecer, con la mayoría que le había sido otorgada, un sistema más participativo y que abriera puertas a sectores siempre postergados. Creo que López Obrador se equivocó rotundamente en muchas cosas y terminó, muchas veces, traicionando sus

propios principios y objetivos. Sin embargo, por mi parte, realizar ese análisis no es el objetivo de este texto.

En este libro vamos a utilizar, en mis intervenciones, algunas reflexiones propias, algunas actuales, otras escritas en el pasado, porque en el periodismo, como en la política, pocas cosas hacen tanto daño como las ocurrencias o las convicciones de ocasión. O como les reprocharía a muchos Groucho Marx: si no le gustan mis principios aquí tengo otros.

Mi opinión muy personal, que no es necesariamente la misma que la de Julio, es que Andrés Manuel me decepcionó. Estuvo tan aferrado a sus convicciones, al país que quería construir desde muchos años antes de asumir la Presidencia, que no se dio cuenta de que ese país de su imaginario le quedó viejo, que era una construcción para un mundo que ya no era el actual. Su enorme talento e indudable astucia política no se correspondieron con su ejercicio del poder. Parafraseando a Maquiavelo, no otorgó el poder a los hombres sabios, o se los quitó cuando quisieron ejercerlo con su libre albedrío. Prefirió la norma de colaboradores con 90% de lealtad y 10% de capacidad, sin comprender que una de las grandes virtudes de la verdadera lealtad en la política y la vida es tener la honestidad de decir «no», o de exhibir otros caminos y alternativas.

Para eso se necesitan porcentajes mucho más altos de experiencia y capacidad. La lealtad sin capacidad o sin honestidad intelectual no ofrece más que ecos. Dicen que es más fácil desear y conseguir la atención de decenas de millones de absolutos extraños que aceptar el cariño y la lealtad de las personas más próximas. Es verdad.

Julio cuenta en este libro la historia de su relación con Andrés Manuel, pero desentraña también las propias intrahistorias de un ejercicio del poder durante los primeros tres años de un sexenio inédito. Habla de funcionarios, muchos honestos y otros deshonestos y manipuladores, de militares comprometidos con el país y de personajes detestables. De historias terribles como el atentado a Omar García Harfuch o la detención del general Salvador Cienfuegos y de mercachifles que hicieron su agosto con la pandemia o con las negociaciones con grupos sindicales. Habla de las convicciones presidenciales y de quienes las han manipulado.

Julio responde también a las historias que han generado el rencor personal y el ansia de castigar a quien tuvo demasiado protagonismo en una época donde la norma fue agacharse, no destacar, no asumir el rol que

el propio presidente demandaba. Un presidente que prefería congelar que despedir, dar encargos más que cargos, que escuchaba pero que imponía lo que creía mejor.

Desde distintos ámbitos del Gobierno —dos en particular, la FGR y la Vocería Presidencial, luego de la renuncia de Scherer a la Consejería Jurídica, como le advirtió el propio presidente López Obrador que sucedería— se le ha intentado lastimar —y se le ha lastimado— con historias que no tuvieron base ni sustento legal, pero sí un interés personal y político.

Los intransigentes no pueden aceptar que alguien tenga capacidad de diálogo, autonomía personal y que entienda la lealtad como una convicción que muestra salidas y soluciones a problemas específicos ante personajes que necesitan y requieren interlocución.

Durante los tres primeros años de gobierno de López Obrador, con las enormes diferencias existentes, el Poder Legislativo y el Judicial operaron con normalidad. La mayoría de las reformas salió con amplios acuerdos; se crearon instituciones como la Guardia Nacional con voto unánime en el Congreso; se cometieron errores y hubo aciertos, pero incluso con los excesos presidenciales en las mañaneras y las decisiones incomprensibles, como la cancelación del aeropuerto de Texcoco, se convivió y hubo interlocución con muchos sectores que se sentían excluidos, en buena medida gracias a la labor de Scherer, del general Sandoval, del propio Zaldívar, de Monreal, de Durazo y de otros que, de una forma u otra, fueron quedando —salvo los mandos militares— fuera del centro del poder en la segunda mitad del sexenio, marcada por el enfrentamiento y la polarización.

Aquí está la historia como la vivió Julio, quien ha tenido la enorme confianza de contármela con lujo de detalles y en una larguísima conversación de muchos días entre amigos. Esa era la intención. Pero, sobre todo, aquí está su visión de cómo se gobernó en esos años en los que estuvo en el centro del poder, cómo se ejerció este, con qué objetivos y cómo son las personas de carne y hueso —comenzando por el presidente López Obrador— que lo han ejercido.

También se incluyen algunos —pocos— juicios y opiniones mías, formulados desde una perspectiva diferente, pero que están marcadas por

la misma intencionalidad: ver los aciertos y los errores del pasado para no cometerlos en el presente ni en el futuro, para erradicar una polarización que nos está debilitando como país y nos está matando como sociedad. Es, al final, un ejercicio de honestidad mutua y de lealtad con nuestras convicciones.

1
Andrés, don Julio, Heberto

Soy un fenómeno mexicano, formado por una madre católica devota, una devastadora tragedia familiar y un poeta, Carlos Pellicer.
ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR, EN ENTREVISTA CON GINGER THOMPSON, *THE NEW YORK TIMES* (2006)

El 5 de abril de 1997, a las nueve de la mañana, murió el ingeniero Heberto Castillo, una de las figuras fundacionales de la izquierda mexicana. Llegué con mi padre, Julio Scherer García, al hospital Ángeles, donde Heberto había sido operado primero del corazón y luego había sucumbido de un infarto. En esa solitaria habitación descansaban aún sus restos.

Mi papá entró solo al cuarto y la única persona que estaba ahí era Andrés Manuel. Los dos muy conmovidos por la muerte, los dos sabiendo que se estaba yendo no solamente una persona cercana, querida, sino alguien muy importante para el país. Salieron rato después, se encontraron conmigo y ya estaban pensando en lo que venía, luego de la muerte de Heberto, para la izquierda y para el país.

Ahí lo conocí. Era 1997, ya era líder nacional del PRD en esos días. Ahí comienza mi historia con Andrés Manuel López Obrador. Han pasado 28 años, 24 de los cuales estuvieron marcados por una relación que llegó a ser cercanísima. Esta es la historia.

¿Quién es Andrés Manuel? ¿Cómo fue su metamorfosis de un líder social a candidato presidencial, de candidato a presidente de la República, de un presidente de la República con tonos modernos al personaje mucho más duro en el que terminó convirtiéndose en Palacio Nacional? ¿Quién, cuál de esos es Andrés Manuel López Obrador?

Andrés es muchas cosas, tiene muchas facetas diferentes. No es un hombre

práctico, no tiene una chequera ni tarjeta de crédito. Se le critica mucho porque dice que solo tiene 200 pesos en la cartera, pero es una realidad. Andrés Manuel nunca operó su dinero, siempre se lo operaron. Al principio lo hizo su primera esposa, Rocío Beltrán Medina, y luego Beatriz Gutiérrez Müller. Andrés es admirador de Fidel Castro, del Che Guevara y de la Revolución cubana hasta el tuétano. Le gusta mucho comparar a Cuba con Tabasco. Piensa que tienen muchas similitudes y entonces ve a un líder que controla a las masas y por ahí se va. Pero Andrés Manuel también tiene una vocación casi de misionero.

Es un hombre muy cercano a la Revolución cubana, pero también posee una visión casi religiosa de la política, como una parte de la izquierda política latinoamericana de aquellos años.

Es un hombre que se propone el bien de los demás y que, sin serlo, tiene una condición de cristiano que no puede evitar. Andrés Manuel tiene un libro preferido, *El sermón de la montaña,* que es un pasaje del Evangelio de Mateo. Es un apasionado de eso. Creo que de ahí proviene su condición de catequizador, porque es un poco lo que él hace, el origen de este discurso reiterativo que ha tenido toda su vida.

Un discurso que ha mantenido sin cambios a lo largo de los años.

Siempre, no es distinto. Y ese no es más que un modelo de categoría, invariablemente apegado a los valores cristianos. Si te fijas, los lemas que más tarde impone cuando crea el partido —no robarás, no traicionarás, no mentirás— son enunciados de los valores universales, mandamientos fundados en el cristianismo. Cuando Enrique Krauze lo califica como El mesías tropical, es eso lo que observa, mas no es un hombre apegado a la religión cristiana, sino uno de las zonas más pobres, del calor de Tabasco, del agua de Tabasco, como él le llama. Creo que hay que considerar seriamente la condición desde ese punto de vista, que no ha sido analizado.

No es exactamente así, pero dicen que origen es destino, y de alguna forma el origen marca a López Obrador, y lo acompaña a lo largo de toda su vida, setenta y tantos años de vida están marcados por ese origen muy local. Por eso le cuesta mucho entender lo global, el mundo. Por eso no le interesa ir a las

reuniones internacionales ni a giras, porque no es su tema, no está en su centro de interés.

Y algo peor que creo que no comprende: Andrés no entiende la economía global. Se fija mucho en los valores de las personas, en lo que puede hacer por la gente, y ahí está su trabajo, no en otro lado. Andrés Manuel no es un buen administrador, no es hombre de números, es un individuo sensible. Es, diría yo, un buen cristiano. No es afecto a las pachangas, todo lo contrario, es hombre de conversaciones en corto, del trabajo cercano con la gente, cuando tiene oportunidad. Claro, hacia afuera es un líder excepcional, es un dirigente que conmueve, que tiene capacidad para hacerse entender. Pero es un hombre que prefiere las relaciones en corto.

Su discurso siempre va apegado a las personas, porque desde joven tiene una característica: conoce y reconoce los terrenos, y a partir de eso tiene capacidad para hablar, para influir en la gente. Andrés Manuel, tal como era en su época de candidato, de varias veces candidato, hace recorridos por el país para poder trabajar con esas imágenes, dando certidumbre respecto a él.

¿Qué hace Andrés? Llega a los pueblos y explica por qué los recorre: «Vengo de ver la carretera de tal lugar a tal lugar, que está llena de baches, de hoyos, que tiene problemas. Yo lo primero que voy a hacer es arreglar eso, porque no es justo que unos vengan en avión y la gente no tenga el recurso para estar». Eso a la gente le llega. Y luego viene el mensaje: «No, los ricos al carajo. No, a los ricos no hay que aceptarlos. Tenemos que tener un proceso de organización para cambiar las cosas». Y esa es la catequización que va desde los chontales hasta el México de 2018. Eso no varía. Lo interesante es ver cómo Andrés, esté o no en campaña, sigue haciendo los mismos recorridos, sigue trabajando con el mismo discurso durante 18 años.

No hay cambios importantes en su discurso. En algunos se ve más moderado, en otros menos, pero el discurso sigue siendo el mismo.

Los discursos casi nos los sabíamos de memoria. Sabíamos por dónde iría, haría esto, sucedería aquello: que no nos gusta el Gobierno federal, que no nos gusta el ejército en las calles, que no nos gusta que usen los aviones, que «si yo llego al Gobierno, voy a vender el avión y voy a vender no sé

qué, y voy a vender aquello otro». Eso era todos los días. No había distancia entre uno y otro discurso, salvo la parte muy local en donde encontraba una problemática de la que se valía para conectar con la gente.

Andrés Manuel tiene eso que muchos políticos nunca han tenido: un conocimiento del país entero, de las regiones completas, pero también de los pueblitos completos. Y a mí me tocó ver muchas veces que tenía un diálogo de tú a tú con las personas, llamándolas incluso por su nombre. No eran recorridos que sirvieran para que él viera las condiciones del país. Iba a conocer directamente a las personas.

De alguna forma se acerca al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y a Heberto Castillo, que son dos líderes a quienes Andrés admira mucho. Considero que más a Heberto Castillo que al ingeniero Cárdenas. Andrés Manuel era muy cercano a Heberto, quien lo quería muchísimo. A ambos los convence de que estaba renunciando al PRI para ser candidato de la oposición en Tabasco.

Su mundo sigue siendo Tabasco. Buena parte de los funcionarios tabasqueños que tiene Andrés, primero en el PRD, luego en el Gobierno del Distrito Federal y más tarde en el Gobierno de la República, son personas que vienen con él desde aquellos tiempos; son movilizadores, no administradores.

En ese tiempo el PRD tenía un liderazgo chiquito. Andrés Manuel todavía era un líder local, muy de Tabasco. Un hombre recto, bueno, modesto, un político que todavía no tenía alcance nacional. Comenzó a cobrar fuerza cuando surgieron los movimientos en Tabasco que tenían que ver con los pozos petroleros.

¿Cómo creció aquel movimiento en Tabasco y cuándo terminó Andrés teniendo peso nacional?

Hay una anécdota muy buena que dice que en Televisa se dedicaban a revisar todo el movimiento de Tabasco, para saber qué estaba pasando. Mandaron como reportero a Ricardo Rocha, que en ese entonces tenía una relación muy sólida con Emilio Azcárraga. Ricardo era el periodista, digamos, progresista en Televisa, muy cercano a Azcárraga.

Ricardo era, en efecto, la cara progresista de todo el grupo de periodistas de Televisa. Y era un poco más joven que los otros.

A Azcárraga le gustaba platicar con Rocha. Por esa razón le pide que le lleve a Andrés Manuel, porque lo quería conocer cuando empezaba todo aquel movimiento en Tabasco. Andrés Manuel acudió un par de veces a comer con Azcárraga, quien lo tenía en muy buena estima.

Eran dos tipos diametralmente distintos, lo más alejado uno del otro en lo personal.

Hacer posible la comunicación de la visión particular sobre lo que era el país recaía, en gran medida, en Andrés Manuel. En esa época se confrontaba principalmente por los problemas de los estados, sobre todo del suyo. Pero todavía le faltaba para llegar a los grandes problemas nacionales. Sin embargo, conocía tanto de Tabasco que era muy interesante revisar lo que estaba pasando en esa, su zona.

Con esto en mente, Rocha convence a Azcárraga de que Andrés era un líder natural, como les llaman ahora. Yo creo que de ahí viene todo el fenómeno del crecimiento de Andrés Manuel hasta llegar a la elección estatal de 1994. En ese año ya se puede afirmar que se realizó una elección de Estado para ganarle a López Obrador. «Le ganan la elección», para no hablar de robo, de fraude electoral.

Le gana Roberto Madrazo, que era el hijo de Carlos Madrazo, a quien López Obrador admiraba en sus inicios.

Triunfa Roberto Madrazo y Andrés Manuel obtiene una serie de evidencias que más adelante se llamaron «las cajas», que contenían todas las pruebas para acreditar que hubo recursos públicos estatales en el manejo de la elección, que existió un padrón de funcionarios y operadores locales, participación de sindicatos, etcétera.

Pasada la elección se da aquello de las cajas durante el Éxodo por la Dignidad y la Soberanía Nacional. Andrés parte desde Tabasco con una manifestación que es apoyada por la gente de la zona, haciendo paradas donde las personas los recibían, los animaban, los ayudaban y les daban de comer, con gran modestia, que es la que define a López Obrador.

Hay que tomar en cuenta que podría haber hecho marchas todo el

tiempo, le fascinaban. El Gobierno federal intentó negociar para que no llegara hasta el Zócalo. Pero Andrés Manuel insistía, porque quería presentar los documentos que acreditaban el robo. Esas cajas —y esta es una historia muy curiosa— terminaron en el baño de la oficina de mi papá, de Julio Scherer García, quien por entonces era el director de *Proceso*.

Andrés Manuel le tenía mucha confianza a mi padre porque él lo fue conociendo en sus campañas en Tabasco. Cuando llega Andrés a la Ciudad de México, le pide a don Julio que le cuide esos documentos, pruebas extraordinarias para fundamentar su demanda. En la revista no contaban con un espacio donde poner tanta cosa, pero junto a la oficina de mi papá había un baño pequeño, y ahí colocaron todas esas cajas, en un baño de la revista *Proceso*.

La relación con tu padre comienza desde los orígenes del propio Andrés Manuel. Me llama la atención porque don Julio ya era uno de los periodistas más importantes o quizás el más importante de México en esos años, era el director de Proceso, ya tenía todo. Y se relaciona con un político que en última instancia seguía siendo un líder local.

Así era mi papá: un hombre buenísimo que no tenía problema para reunirse con gente de mayor o de menor nivel. No cuestionaba esas cosas. Para mi papá toda persona que luchara por el bien común era bien recibida, todo el que tuviera una causa era bienvenido en *Proceso*. Y Andrés Manuel reunía todo eso en su persona. Don Julio le tenía gran simpatía. Andrés Manuel era entonces un hombre empático, buen comunicador, monotemático en esa época, en términos del robo de su elección, del Gobierno, y a mi papá le caía superbién. Y Andrés Manuel le mandaba un montonal de información y de asuntos. Así, la relación entre ellos se fue estrechando y consolidando.

Ya entonces a Andrés Manuel le gustaba venir a la Ciudad de México e irse a platicar con mi papá. Regularmente cenaban en La Cava, un restaurante que estaba en Insurgentes Sur, cerca de la UNAM.

El sitio era frecuentado por otro gran periodista, Miguel Ángel Granados Chapa, y una serie de personajes que se fueron incorporando a

las reuniones. Uno de ellos era Leonardo Valdés, que fue yerno de Heberto Castillo y que luego sería Consejero Presidente del IFE entre 2008 y 2013.

Una noche, mientras cenaban en La Cava, de repente mi papá sintió que se le caía una muela, un implante, luego de una mordida. Y entonces fue al baño. Leonardo Valdés también necesitaba pasar y se encontró a mi papá frente al espejo, tratando de acomodarse la muela. «¿Qué está haciendo, don Julio?», le dice Leonardo. «No diga nada, Leonardo, pero se me cayó esta cosa espantosa». Y entonces Leonardo Valdés intentó ayudarlo a calzar la muela en la boca. Estaban en eso cuando entró una persona, se espantó y reclamó, pensando —digamos— que estaban en malas artes.

Hay muchas anécdotas de las cenas con Andrés Manuel en esos años. Un día estaban en La Cava mi papá y Andrés. Este salía del restaurante y regresaba. Mi papá le preguntó: «¿Por qué sale tanto, don Manuel?» (así se trataban: don Manuel, don Julio). «Es que mi mujer, Rocío, se quedó afuera», le dijo. Se había quedado esperando en el Volkswagen rojo que tenía Andrés en esa época. Mi papá se enojó mucho y le reclamó: «¿Cómo chingados se atreve a dejar a su mujer afuera? Vamos a traerla, ¿no?». «Sí, vamos a traerla». Y eso le ganó a mi papá la simpatía de Rocío, que no solo era la señora, sino la única persona que controlaba realmente a Andrés Manuel. Fue alguien fundamental en su vida, hasta su muerte en 2003.

¿Cómo que Rocío controlaba a Andrés Manuel? ¿Qué quieres decir?

Le bajaba los ánimos, lo atemperaba. Era una mujer muy buena que siempre estaba en la conciencia y en el ánimo de Andrés. Creo que él es un hombre responsable en su relación con las mujeres, que cuidó mucho a su mujer y Rocío lo cuidó a él tremendamente.

Y entonces con ese tipo de cosas la relación con mi papá se estrechó, se hizo muy íntima. El conocimiento de su esposa, el trato con ella y el buen trato de él hacia ella llevaron la relación a otra dimensión.

Para ese entonces Andrés ya estaba cerca de alcanzar el liderazgo del PRD.

Le ganó al ingeniero Heberto Castillo por un porcentaje altísimo de votos. Me acuerdo de que el ingeniero Castillo decía que si los de antes eran cabronsísimos, este era peor.

El ingeniero Castillo era muy bueno para muchas cosas, pero no era bueno para ganar elecciones. Creo que nunca ganó una.

Nunca ganó elecciones, pero tuvo la virtud de renunciar en 1988 a su candidatura e incorporarse a la de Cuauhtémoc Cárdenas, lo que fue un acierto brutal que le ganó no solo la simpatía de los perredistas, sino también el respeto de la mayoría de la población, porque entendió que era un hombre que podía ceder en sus ambiciones con tal de generar una fuerza mayor que cambiara el país.

Heberto era un hombre excepcional. Él y su esposa, doña Tere, se hicieron grandes amigos de mis padres. Mi papá y mi mamá compartían todo con ellos. Heberto era como un hermano mayor para mi papá: era muy bueno, muy generoso. Y las discusiones entre ellos eran larguísimas acerca de lo que pasaba en el país, de las cosas que estaban viviendo, de sus historias personales, de sus emociones, de sus aficiones, de su visión del mundo, de todo.

Heberto le platicaba de su estancia en la cárcel, de las cosas que había vivido como líder. Íbamos a visitarlo a su casa con frecuencia. Existía una relación de orden familiar. Un día, en casa de Heberto, notamos que, al frente, en el comedor, sobre un mueble, había un cuadro de un árbol muy bonito, un cuadro precioso. Yo me acerqué al cuadro y le pregunté de quién era. «Me lo regalaron —me dijo Heberto— cuando estaba en la cárcel y me dijeron que era de Chávez Morado». Busqué la firma de Chávez Morado, y como buen chismoso, despegué el cuadro de la pared: no tenía ninguna firma. «Pues no tiene firma, Heberto».

Y entonces mi papá le dijo: «¿Heberto, por qué no nos vamos a Guanajuato a ver a Chávez Morado? Para que nos firme el cuadro». Y ahí fuimos los tres a Guanajuato, llegamos al estudio del maestro. Chávez Morado miraba el cuadro con desconfianza, con un gesto adusto. «Es muy bonita la pintura, de verdad», decía. «Sí, debo de haberlo pintado yo, pero no me acuerdo ni en qué época». Finalmente, en un gesto de magnificencia, dijo: «A ver, Heberto, ¿usted de qué época lo prefiere?». Él le respondió: «Pues de la que usted considere la mejor, maestro». «Pues

entonces le voy a poner esta fecha. Le voy a poner mi firma adelante y atrás le voy a poner la época. ¿Le parece bien esa fecha?». «Sí, perfecto, maestro». Entonces nos regresamos.

Esas eran las cosas que acercaban mucho a mi papá con Heberto y en términos familiares, personales, humanos, se entendían, se conocían, se querían. Mi mamá era muy cercana a doña Tere Castillo. Entonces se daba una convivencia preciosa. Paradójicamente yo conocí a Andrés Manuel en la muerte del ingeniero Castillo.

Era 1997, Andrés ya era líder nacional del PRD en esos días. Entonces mi papá, que ya asumía a Andrés como el líder real del PRD en la disputa con Cuauhtémoc Cárdenas, que ya empezaba a tener el bagaje que necesita un político nacional dentro del PRD, le dijo: «Mire, don Manuel —porque así lo llamaba—, yo tengo la fórmula perfecta para lo que viene». «¿Y cuál es esa?». «Usted candidato y el ingeniero Cárdenas jefe de su campaña». Y Andrés Manuel le respondió: «Eso no se puede». «¿Por qué no?». «Porque el ingeniero no quiere».

Cuauhtémoc es una persona ligada desde siempre a la vida de Andrés, pero con una visión que difiere acerca del país y de sus problemas. López Obrador es un tipo mucho más activo, impulsivo, movilizador. El ingeniero es mesurado, más tranquilo, más cuidadoso de las formas. Ambos son dos grandes luchadores sociales, pero Cárdenas es más institucional. Andrés Manuel es un político formado en el barrio bajo, Cuauhtémoc es hijo de un presidente de la República, Lázaro Cárdenas.

Sin embargo, fue Cuauhtémoc quien le abrió la puerta para ser el presidente nacional del PRD y, después, para ser candidato al Gobierno de la Ciudad de México.

Son tan distintos que parecería imposible que se entendieran como lo hicieron. Discrepan en muchos aspectos, pero ambos pueden considerarse no solo líderes nacionales, sino héroes por todo lo que han hecho. Formaron una oposición, trabajaron desde las raíces para que la gente tuviera opinión, hiciera valer sus derechos, alzara la voz y saliera a las plazas, a las calles. El primer lleno total en el Zócalo se debió al ingeniero Cárdenas en 1988. Él llevó a la oposición a las calles. Aquella campaña del 88 fue una verdadera hazaña. Y, claro, Andrés Manuel se colgó de eso para

convertirse en lo que es, para ser lo que fue. López Obrador no habría podido ser presidente del partido en 1996 sin el apoyo de Cárdenas, aunque dio grandes resultados ya como presidente del PRD.

Fue cuando el PRD comenzó a ganar estados. El primero, Zacatecas, con Ricardo Monreal.

El Partido de la Revolución Democrática ganó Zacatecas en 1998, donde el presidente Zedillo no quería que el candidato fuera Ricardo Monreal. Sin embargo, Andrés Manuel lo invitó a sumarse al movimiento. López Obrador tenía unas grabaciones de conversaciones telefónicas en las que funcionarios del Gobierno hablaban de la campaña en contra de Monreal. Aquella campaña fue muy difícil, y Andrés trabajó directamente en ella porque tenía la convicción de que Monreal podía ganar.

El Gobierno estuvo a punto de darle el triunfo al candidato del PRI. Andrés Manuel habló con Liébano Sáenz, quien era secretario particular del presidente y con quien mantuvo una buena relación hasta los primeros meses del gobierno de Vicente Fox. Luego se distanciaron y no se volvieron a ver. Le dijo a Liébano que si no le reconocían el triunfo a Monreal, le informara al presidente Zedillo que iba a hacer públicas las grabaciones. Al Gobierno le dio pánico, y así le dieron el triunfo a Monreal.

2

Andrés y Julio

Entre 1996 y 1999 López Obrador fue presidente nacional del PRD. Su partido ganó por primera vez la Ciudad de México y, posteriormente, Zacatecas. La suya fue una de las gestiones partidarias más exitosas. En ese periodo comenzó a alimentar al PRD con políticos provenientes de distintas fuerzas partidarias disconformes con sus dirigencias.

¿Cómo se va forjando tu relación con Andrés Manuel, que comienza ahí, en el cuarto donde acababa de fallecer el ingeniero Castillo?

Vi muy poquito a Andrés Manuel mientras fue líder del PRD. A mí los partidos políticos nunca me han gustado. Yo trabajaba en la iniciativa privada, no tenía interés en la organización partidista, y mi relación con Andrés era muy buena en términos personales.

Andrés Manuel es muy generoso en cuanto a darte una cita, recibirte, platicar contigo, ofrecerte un espacio, siempre pensando en la política. Nuestra relación empezó a crecer a partir del 2000, cuando fue jefe de Gobierno. Me había invitado a trabajar con él desde que estaba en el PRD. Pero fue cuando ganó la candidatura y luego el Gobierno que comencé a verlo con regularidad. Platicábamos, aprendíamos. Observé de él que cualquier asunto importante que quisiera platicar lo trataba dando vueltas afuera de su oficina. Nunca se quedaba en ella a conversar; era muy receloso, desconfiado de que lo escucharan quienes no debían. Para entonces yo lo visitaba con relativa frecuencia, sobre todo cuando empezó el intento de desaforarlo.

Viene la ruptura con Rosario Robles, el tema de Carlos Ahumada, el intento de desafuero. ¿Ahí es cuando comienza tu acercamiento con Andrés?

En esa época ya éramos muy cercanos. Platicábamos de política, de temas que le interesaban. Yo tenía muy buena relación con Alfonso Durazo,

hombre muy cercano al presidente Fox. Durazo me hizo confidencias que fueron más allá de una plática entre amigos. Me confió que, cada vez que Andrés Manuel anunciaba una marcha, se reunían el jefe del Estado Mayor, los secretarios de la Defensa, la Marina, Seguridad Pública y el del Cisen para discutir sobre ella. Temían lo que pudiera resultar. Entre todos preparaban los operativos y a su gente, así como todo lo necesario para que no hubiera ningún desaguisado. Y cada vez que Andrés Manuel salía a las calles y aparecían las banderitas, las mantas, las manifestaciones de apoyo, las grandes movilizaciones y terminaba con un gran discurso en el Zócalo, con saldo blanco, sin violencia, todos se relajaban y recuperaban la tranquilidad.

Si López Obrador hubiera hecho de esas manifestaciones un acto formal de oposición al Gobierno, si hubiera movido un poquito más a la sociedad hacia otro tipo de acciones, no hay duda de que habría tomado, en parte o en mucho, el timón del país. Pero él no comulga con la violencia, sino todo lo contrario. Andrés es un predicador.

Hoy parece increíble que haya organizado esas marchas gigantescas con tanto apoyo de la población y que, como él mismo decía, no hubiera ni un solo vidrio roto. ¿Cómo se controla algo así? ¿Cómo se puede entender? No lo sé. Sus seguidores le son fieles. La Ciudad de México era una ciudad democrática, muy de izquierda, con una sensibilidad distinta al resto del país. Y entonces su apego a Andrés y a sus causas le daban un inmenso margen de maniobra.

Para 1994 yo trabajaba en una empresa paraestatal llamada Almacenes Nacionales de Depósito, una organización muy grande que se dedicaba al almacenamiento de todos los granos del país. Tenía, y aún tengo, una muy buena relación con el doctor Pedro Aspe, entonces secretario de Hacienda, quien siempre fue muy generoso conmigo. Me apapachaba mucho. Fui a verlo un día a principios del 94. Me dijo que me veía muy preocupado y le conté la razón: me angustiaba la guerra de Marcos, del EZLN; me parecía que podía generar un problema mayor para el país. «Yo no le entiendo bien a eso, doctor —le dije—, pero los problemas de los mercados se van a complicar mucho». «Mira, no te confundas —me respondió Aspe—. Los mercados son analistas frente a una computadora que revisan, en México y en todo el mundo, los conflictos que hay. Seguramente, todos los analistas

vieron problemas en Chiapas por el crecimiento de la guerrilla de un grupo importante de indígenas, con problemas muy bien planteados, pero, finalmente, de indígenas. ¿Y qué hace el analista? Revisa dónde está Chiapas y qué tan cerca está de la Ciudad de México. Y al estar a más de mil kilómetros, el analista no tiene ningún problema. Toma otra noticia y vámonos».

«En términos financieros —continuó Aspe—, el problema va a ser cuando en el centro de la Ciudad de México, en el Zócalo, se paren 200 o 300 mil personas, las que quepan ahí, y digan que no hay dinero, que no hay empleo y se planteen tomar Palacio Nacional o Los Pinos. Ese sí va a ser el problema, porque, entonces sí, los mercados se te van a caer, todos. Y vamos a tener un problema financiero grandote».

Y Andrés Manuel llenaba el Zócalo con una facilidad absoluta. Pero nunca quiso dar ese paso porque es un hombre absolutamente pacífico.

Es entonces cuando inicia lo del desafuero, en 2004, y mi relación con Andrés empieza a crecer. Me toca ver la descomposición de su relación con Rosario Robles desde que ella asume la presidencia del partido y Andrés la Jefatura de Gobierno. Considero que Rosario fue una mujer apegada al dinero, no al inicio, sino cuando asumió como sustituta del ingeniero Cárdenas el Gobierno de la Ciudad en 1999. Había sido una luchadora en la universidad, operó con el sindicato, fue líder. Pero, ya estando en el poder, se descompuso. Se involucró con personas que no le fueron totalmente leales, tanto en la parte administrativa como en la financiera, con los asuntos de Carlos Ahumada y, entre otras cosas, por los negocios que hacían.

Cuando Andrés se enteró de los negocios de Ahumada, de lo que ocurría en la Gustavo A. Madero y en otras delegaciones, se enfureció. Le canceló la principal obra que había ganado: la licitación para construir los segundos pisos del Periférico. Le encargó al ingeniero César Buenrostro que empezara la obra desde el Gobierno y, luego, como no avanzaba, se la dio a Claudia Sheinbaum, quien fungía como secretaria del Medio Ambiente. Además, le ordenó al doctor Bernardo Bátiz que iniciara de inmediato las averiguaciones para encarcelar a Ahumada. Andrés Manuel siempre se quejó de que, por formalismos de Bátiz, Ahumada pudo salir

adelante.

Tenía una rabia tremenda por ese episodio. Vivió el proceso de los videos con una gran congoja, porque era un hombre íntegro, cuya confianza en alguien la mantenía hasta sentir que no le fallaban. Aquello lo vivió con mucha tristeza y sentimientos encontrados.

En todo el tema de los videos quien más lo ayudó fue Marcelo Ebrard, un hombre mucho más cercano a la comunicación, a la televisión. Fue él quien le dio diversas recomendaciones. Al principio, Ebrard no iba a trabajar con Andrés. Sin embargo, se alió más adelante, ya durante la campaña, junto con Manuel Camacho.

Marcelo quería participar en el Gobierno, pero al principio no le dieron un espacio para integrarse. La oportunidad se dio cuando Leonel Godoy tuvo que dejar la Secretaría de Seguridad Pública. Andrés Manuel propuso primero a Francisco Garduño para ocupar el cargo, pero el presidente Fox, que debía aprobar tales nombramientos, lo rechazó. Entonces, propuso a Ebrard, y Fox le dio luz verde.

Estos movimientos reforzaron mi relación no solo con Andrés, sino también con su equipo. Mantengo desde entonces una relación de amistad magnífica con Marcelo. Lo quiero y respeto mucho. Me parece que es no solo un político muy hábil, sino un hombre intelectualmente muy preparado.

Desde 1981, cuando Javier García Paniagua fue presidente del PRI, y yo su secretario particular, Marcelo lo visitaba de vez en cuando. Don Javier solía decirme: «Este güero es un hombre muy bueno, muy abusado, hay que tenerlo presente». Marcelo también tenía una relación muy buena con Jesús Reyes Heroles. Por eso mi acercamiento a ese equipo era cotidiano.

De aquellos años también conozco a Octavio Romero Oropeza, con quien el equipo de Andrés tenía una gran cercanía. Me enteraba de todo lo que pasaba y de lo que iba a pasar. Estaba presente y pendiente todo el tiempo. Apoyaba en algunas cuestiones. La información que provenía de la calle —antes de todos estos sistemas de información— era lo que más servía.

Rosa Icela Rodríguez, actual secretaria de Gobernación, era una persona muy cercana a Andrés. Se fue ganando su confianza al proporcionarle la información que venía de la calle. Asistía diariamente a todos los

gabinetes. Era una especie de Cisen del Distrito Federal

Rosa Icela había sido reportera de La Jornada antes de pasar a trabajar con Andrés.

Primero estuvo en la Asamblea de Representantes y luego Andrés la jaló al Gobierno. Ella es una persona excepcional y con un tremendo *feeling* político. Rosa Icela y yo teníamos una relación magnífica. La quiero de toda la vida. Nos decíamos —y nos seguimos diciendo— «hermanitos».

Ahí conocí también a Claudia Sheinbaum. Empecé a frecuentarla junto con su entonces esposo, Carlos Ímaz. Yo tenía una relación muy buena con Carlos y esta se hizo extensiva a Claudia. Me tocó defender a Ímaz cuando apareció en uno de los videos de Ahumada recibiendo dinero, y se afirmaba que había operado recursos privados para las campañas.

Lo acusaban de haber tomado dinero para mandarlo a Guerrero. Nosotros revisamos y trabajamos en la averiguación previa. Carlos contaba con cada uno de los comprobantes de cada peso y se justificó que era legal. En aquel entonces hablar de dinero privado en las campañas era una barbaridad; hoy es común, está institucionalizado el dinero en las campañas. Pero en ese momento Carlos pudo respondernos a sus abogados por cada uno de los pesos que utilizó. Y nosotros presentamos esto ante el Ministerio Público para respaldar la defensa.

Carlos Ímaz era un hombre muy valeroso. Le expliqué con claridad lo que iba a pasar con su proceso, que lo consignarían, que sin duda le girarían una orden de aprehensión, pero que no había delito alguno. «Tomaste dinero de un particular, cuando tú no eras servidor público, para mandarlo a otro particular, no a una campaña». Con ese valor que siempre lo caracterizó, me dijo: «Mira, hermanito, si me tengo que ir a la cárcel, no tengo problema». Le contesté que no, que lo sucedido no era delito y no tendría ningún problema, que finalmente lo ganaría. Y así sucedió.

Y a partir de ahí viene la relación con Claudia, entonces casada con Carlos.

Desde que acompañé a Carlos en su proceso legal, mi relación con el matrimonio Sheinbaum-Ímaz se volvió muy cercana. Nos fue muy bien. Carlos fue exonerado, pero, por alguna razón que todavía no entiendo, Andrés Manuel no hizo nada para su regreso al PRD. Lo dejaron a la

deriva. Creo que es una de las grandes injusticias que se cometieron en aquella época.

Retomemos lo del desafuero. ¿Cómo te tocó operar a ti en ese tema? Dices que es cuando te acercas mucho más a Andrés Manuel.

Porque yo tenía contactos en el Gobierno federal que, de alguna manera, me iban contando lo que iba a pasar. Muchos sabíamos lo que se venía. En la relación personal que yo tenía con algunos servidores públicos, se platicaban cosas que luego le comunicaba a Andrés Manuel: información valiosa que él apreciaba. Así se dio un acercamiento muy estrecho.

También participé por la vía legal. Andrés Manuel tenía un asesor jurídico y también se apoyaba en Javier Quijano, un abogado de bancos, un hombre de derecha que, por su trabajo con con el empresario Javier Moreno Valle entonces director de CNI Canal 40, se aproximó a sectores progresistas y esto lo utilizó como trampolín para tener más casos. Otro personaje del equipo jurídico era Miguel Ángel Mancera, entonces uno de los abogados de Ebrard, a quien este envió al equipo legal de Andrés. En ese equipo yo era la cuarta persona. Trabajábamos el asunto, ayudábamos, veíamos a Andrés en su casa, platicábamos con él y le ofrecíamos alternativas legales. Pero considero que a Andrés Manuel nunca le importó la parte jurídica: estaba dispuesto a ir a la cárcel y victimizarse. Andrés siempre ha sido una víctima y siempre se ha comportado como tal, es parte de su forma de ser.

Es parte también, me imagino, de la visión un poco religiosa que tiene de la política.

Andrés Manuel ahorita sería feliz si los gringos hicieran algo en su contra, porque es lo único que le falta: haber empezado como líder social, llegar a jefe de Gobierno, después a presidente y finalmente regresar a las condiciones de un líder social perseguido.

3
La persecución de Gil Díaz

Durante la administración de Vicente Fox, Francisco Gil Díaz concentró un enorme poder como secretario de Hacienda. Ejerció lo que muchos calificaron como una suerte de terrorismo fiscal y persecuciones, movido por intereses personales. El presidente Fox le dio un amplio margen de operación, no solo en la gestión económica sino también en su relación con empresarios y personajes del mundo de la política. En esos años, entre sus intereses estaba controlar la revista Proceso.

Para entonces yo tenía un problema legal muy serio con el gobierno de Vicente Fox. Había concluido una reestructura financiera en el Grupo Caze, un conjunto de ingenios azucareros que producía más o menos 1200000 toneladas de azúcar al año y que llegó a acumular una deuda de más de mil millones de pesos en 1998. Era muchísimo dinero.

Cuando terminé la reestructura, me retiré de los ingenios junto con Enrique Molina, un empresario de un trato espantoso. Lo único que yo quería era concluir ese capítulo, así que, en cuanto salí de la empresa, me fui a un despacho para dedicarme al litigio, lo que me gustaba más que la operación financiera.

Al finalizar el gobierno del presidente Zedillo, Francisco Gil Díaz —un poderosísimo secretario de Hacienda con Vicente Fox— inició una averiguación en contra de Enrique Molina, quien había comprado los ingenios durante el sexenio de Salinas. Una de las compras era el ingenio San Cristóbal, el más importante del país, cargado de problemas fiscales.

Molina había negociado con Pedro Aspe en el gobierno de Salinas que aceptaría la compra de ese ingenio siempre y cuando el Gobierno le quitara los adeudos fiscales. Aspe le pidió que negociara con Francisco Gil

Díaz, entonces subsecretario de su gestión. Pero, como dije, Molina era un hombre de horrible trato y terminó mandándolo al carajo. Gil Díaz, hombre soberbio, se guardó esa ofensa. Sabía que un día se toparía a Molina en el camino, y eso sucedió iniciando el gobierno del presidente Fox. Le abrió a Molina una averiguación previa por unas exportaciones que no se habían realizado, aunque había documentos que demostraban lo contrario. Había un delito por uso de documentos falsos, nada más. Los documentos se habían presentado para obtener un beneficio, pero este fue directamente del Gobierno; no salió de allí, sino que fue para pagar un subsidio que el mismo Gobierno recibió. Aun así, se abrió la averiguación, se inició el proceso y Gil Díaz publicó en *Reforma* que iba tras Molina y también tras de mí.

Pero tú solo habías reestructurado financieramente la empresa.

Había muchos motivos extraordinarios. Creo que Gil Díaz quería utilizarme para joder a Molina. Tuvimos una reunión con él en la que estaban todos los funcionarios de Hacienda: los subsecretarios, el oficial mayor, el procurador fiscal y el subprocurador fiscal. Entonces Gil Díaz me dijo: «Julio, tú no tienes problema, yo me comprometo contigo a que no tengas ningún problema. Solo necesito una condición: «Que me ayudes a meter al bote a Enrique. Sí tú me ayudas a eso, hoy se acabaron tus problemas». Y entonces yo le dije: «Secretario, con todo respeto y en frente de todas estas personas, yo no voy a hacer eso, porque voy a llegar a mi casa y me voy a saber un traidor. Pueden acabar mis problemas, pero me voy a generar conflictos éticos para toda mi vida. Si usted tiene pleito con Molina, métalo a la cárcel, pero no haga cosas que no tiene por qué hacer». Gil me dijo, igual que me lo diría años después Alejandro Gertz Manero: «Tú tienes dos opciones: estamos juntos y eres amigo del Gobierno o te pones del otro lado». Enfrente de toda la planilla de Hacienda no acepté el trato y ahí inició una persecución espeluznante.

Gil Díaz fue nombrado secretario de Hacienda porque Pedro Aspe no quiso ser secretario de gobierno de Vicente Fox. Son historias que están desmembradas en el tiempo. Vicente Fox había invitado a comer a Aspe en casa de Lorenzo Zambrano, dueño de Cemex. Todo el mundo le había recomendado que lo nombrara secretario de Hacienda. Durante la comida, Fox se lo propuso y comenzaron a platicar acerca de esos temas.

Fox le preguntó a Aspe qué pensaba de las privatizaciones. Recordemos que Aspe, quien junto al economista Jacques Rogozinski había sido uno de los principales operadores de las privatizaciones en México, las defendió. Incluso le dijo que pensaba que había áreas pendientes en cuanto a las privatizaciones desde Salinas, como la compañía de Luz y Fuerza del Centro. «¿Qué harías tú con eso?», le preguntó Fox a Aspe. «Yo no la vendería, vendería nada más los activos y la entregaría a la Comisión Federal de Electricidad e iría reclutando poco a poco el personal, pero no mantendría una empresa que pierde millones de pesos y que ven como parte del proceso de recuperación de la empresa pública en México». Y Fox le contestó que estaba equivocado porque no veía las encuestas.

«¿Por qué, presidente?». «Porque las encuestas —le dijo Fox— muestran que más del 80% dice no a las privatizaciones, que eso ha sido un cáncer para México y la gente ya no las quiere». Y Aspe le replicó: «Yo estoy de acuerdo con esta encuesta, es lo que trae. Pero le voy a poner un ejemplo. Toda esta comida hemos estado platicando del Tratado de Libre Comercio y ambos hemos expresado nuestra satisfacción por eso. En la época del presidente Salinas, poco antes de firmar el Tratado, él ordenó una gran encuesta nacional para saber qué tan de acuerdo estaba la gente con la firma. El 96% lo rechazó. Estaban en contra del Tratado y hoy estamos usted y yo aquí hablando de que es el más importante instrumento que tenemos. El país, presidente, no se gobierna a partir de encuestas. Eso es falso». Y con esa respuesta terminó la posibilidad de que Aspe fuera secretario. Fox se decidió por Gil Díaz.

Pero a los presidentes les encantan las encuestas. Desde Fox hasta Andrés Manuel, a todos les encantan, sobre todo si les dicen que son populares.

Por supuesto, con Fox vino una pavorosa «encuestitis».

Su equipo creía, pensaba y trabajaba muchísimo en términos de encuestas, mapas mentales y esas cosas.

Hay una anécdota preciosa sobre las encuestas de Fox. Alfonso Durazo, cuando era su secretario particular, le pasaba los documentos para que los revisara en su oficina. Desde entonces había un instrumento, el Latinobarómetro, que mide la popularidad de los presidentes de América Latina.

Durazo se lo pasó al presidente Fox para que lo revisara; este hace una anotación al margen y se lo regresa a Durazo. Luiz Inácio Lula da Silva, presidente de Brasil, era entonces el más popular de acuerdo con el Latinobarómetro. Fox había escrito en el borde del documento «¿Cómo hacemos para bajar a este cabrón?». Es precioso.

———•———

Gil Díaz inició un procedimiento muy tortuoso en mi contra porque no acepté denunciar a Molina. Inició una campaña siniestra en la que se decía que yo había ayudado a Molina a hacer las fregaderas que se le atribuían. Entre ellas, que yo había promovido una deuda de 300000 millones de pesos por el impago del agua de los ingenios.

Nadie tiene capacidad para generar una deuda así. Las empresas azucareras ni siquiera dan para poder pagar eso. Entonces no se paga. Los administradores se preocupan más porque los trabajadores estén bien y que el origen de la empresa funcione. No en las deudas, sino en general. En medio de esa campaña mediática espantosa, Gil Díaz me mandaba llamar para decirme que sacara el tema de «los amigos de Fox» de *Proceso*, porque «tú eres la única persona que puede convencer a don Julio de hacerlo. Si sacan el tema de *Proceso,* tus problemas se acabaron».

Es que toda esa campaña de Gil Díaz también tenía otro objetivo, más allá de Molina, que era controlar a Proceso, que entonces poseía una fuerza enorme. Y se trataba de presionar a don Julio presionándote a ti. Trascendía lo de Molina para llegar al tema de Proceso.

Yo creo que Gil Díaz, en el fondo, quería quedarse con *Proceso*, quería apropiarse de la revista. Pienso que ese era su objetivo en el pleito conmigo. Era un instrumento valiosísimo, y en su megalomanía pensó que podía condicionar a un periodista tan importante como mi papá.

Un día al llegar a casa, mi papá me contó que había ido a comer a un restaurante español, muy de moda en ese entonces, cerca del Monumento a la Revolución. Ahí se encontró a Santiago Creel, secretario de Gobernación en ese momento. Creel le dijo: «¿Qué está pasando con Julio? Lo quiero mucho y no lo he visto y sé que tiene un problema importante. Dile que por qué no me ha buscado». «Vamos a ver a Creel», me dijo mi papá. Le contesté que yo no tenía mucho interés en verlo porque

representaba al Gobierno, y el Gobierno había estado en contra mía todo el tiempo.

«Vamos a verlo, no perdemos nada». Y fuimos. Le llevamos los expedientes, Creel los vio y nos dijo que era una barbaridad, que nunca había imaginado que las cosas estuvieran así. Tomó el teléfono rojo. Le llamó a Gil Díaz y le habló del asunto. «Hola, estoy aquí con Julio, estamos revisando los expedientes y, perdón, Paco, pero no tiene ni idea de esto. Aquí no hay nada, es una barbaridad». Y del otro lado le respondió Gil: «Pues nosotros tenemos otra idea y otro criterio. Tenemos otros datos». Creel trataba de avanzar en la conversación, pero tenía el rechazo absoluto de Gil al otro lado de la bocina. Finalmente, colgó y nos dijo a mi papá y a mí que iría a ver al presidente para decirle que Gil no quería aceptar que todo era una barbaridad.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, me llamó Gil Díaz a mi celular y me preguntó dónde estaba. «En mi casa», respondí. «Ahorita vente al aeropuerto de Toluca. Te voy a estar esperando». Como pude, me acomodé rápido una corbata y me fui al aeropuerto de Toluca.

Gil era un tipo que aterrorizaba. Era malo, malísimo. Recuerdo que ese día iba a ir a una convención bancaria en Mérida. Estaban con él Guillermo Ortiz, Tomás Ruiz y algunos otros funcionarios subordinados de Gil Díaz, que estaba solo en una salita. Yo le pedí a mi chofer que me acompañara. Le dije: «Acompáñame a ver a este tipo, porque está muy grande la sala del aeropuerto. Y no vaya a ser que me vaya para un lado y para otro, así tú me ayudas a ver dónde está el señor». Finalmente me senté junto a Gil Díaz y lo primero que me dijo fue: «Ya sé que te fuiste a quejar con Santiago Creel acerca de mí, pero le dije a Creel que antes de perdonarte, renunciaba a mi puesto, eso es para que tengas conocimiento».

Le contesté: «Usted no me tiene que perdonar de nada, porque yo no hice nada. El único que está haciendo fregadera y media es usted conmigo, porque me está tratando de perjudicar con otros motivos, me está persiguiendo por otras razones que no son necesariamente esas que usted aduce, y no voy a aceptarlo». «Pues a mí no me vas a tratar así», dijo. «Pues así tampoco me va a tratar usted. Así que no tenemos nada más que hablar, nada». Me estaba levantando cuando llegó Guillermo Ortiz, y me dijo muy cariñoso: «Me caes muy bien porque eres la única persona que

trata así a este cabrón, que es lo que se merece».

Salí del aeropuerto y en la carretera le pedí a mi chofer que se detuviera un momento. Estaba lleno de angustia y de tristeza, y me preguntaba: «¿Por qué me está haciendo esto este infeliz?». Muchas veces Gil Díaz me mandó llamar a su oficina. Salíamos a veces en el coche, él iba a algún lugar y me decía: «Acompáñame al coche». Subía y todo eran amenazas. «Si no haces esto en *Proceso*, va a haber problemas». Un día, en la revista se publicó la cara del tesorero del Gobierno federal, no me acuerdo del nombre. Salía con un recuadro que mostraba solo una parte de su rostro. Era la forma en que se había dado a conocer en 1995 el rostro de Marcos. La portada era muy buena.

Y entonces el secretario de Gil me habló en la mañana, porque me invitaba a platicar a las seis de la tarde. Fui a verlo y me mostró la portada de *Proceso*, me dijo que había sido idea mía. «¿Cómo voy a proponer yo la portada de *Proceso* si hay cuatro o cinco periodistas, entre ellos mi papá, ideando la revista?», le contesté. «¿Cómo puede ser —me reclamó— que este tesorero, que es uno de los hombres más valiosos de la Secretaría de Hacienda, lo haya sacado *Proceso* como si fuera el subcomandante Marcos? Son ustedes unos hijos de la chingada». Le dije: «Está usted equivocado. No sé si hayan decidido sacarlo como el subcomandante Marcos, pero yo no tengo nada que ver en eso». «Pues tú tienes que hacer algo para que eso no suceda», contestó.

«Mire —le dije—, no puede pedirme que vaya con mi papá y lo fastidie. No voy a aceptar nunca hacer eso. Usted me está pidiendo que friegue a mi padre. Yo, al revés, le digo que chingue usted a su madre». Me fui y se acabó la conversación. No volví a ver a Gil Díaz. Mi asunto terminó en el quinto año del gobierno de Vicente Fox, todas las averiguaciones que Gil presentó en mi contra terminaron con un no ejercicio de la acción penal, porque no había nada.

Mientras tanto habían pasado cinco años.

Cinco años de una persecución siniestra, de difamación, de presiones al semanario *Proceso* y a mi papá. Un día, Andrés Manuel, muy generoso, muy cariñoso, dijo que para que ya no me estuviera chingando Gil, me fuera con él. No me acuerdo cómo le decía Andrés Manuel a Gil Díaz, le había puesto un mote así como *su alteza serenísima.* «Para que su alteza

serenísima te deje de chingar, te vienes a trabajar conmigo y a ver si te hace algo». Dije: «No, Andrés, el día que yo necesite trabajar contigo para salvarme de esta infamia, estoy jodido». «Como tú quieras», me contestó. Ese era el tipo de relación que había entre nosotros.

Al principio de su Gobierno en la Ciudad de México, Andrés nos invitó a mi papá y a mí a comer a su casa en Copilco. Rocío Beltrán nos dejó conocer su departamento. Era pequeño, modesto. Había tan solo un par de recámaras, una para ella y Andrés Manuel y la otra para sus tres hijos. Rocío le dijo a mi papá: «Don Julio, vea cómo vivimos de amontonados. Estoy tratando de convencer a Andrés de que compre un departamento un poquito más grande. Podemos hacerlo con el crédito del Issste, pero Andrés no quiere». Mi papá le insistía a Andrés Manuel para que lo hiciera, le reclamaba como si fuera su papá. «Don Manuel, compre eso, hágalo». «¿Qué le importa?». «Dele gusto a su mujer». «No, don Julio, ¿para qué queremos algo más grande?». «Por favor, don Manuel, compre eso. Se requiere, se necesita». Se negó, ese era Andrés Manuel.

En otra comida en su casa, con ánimo festivo nos sirvió un caldo, siempre le gustaron mucho los caldos. Al final de la comida, mi papá le preguntó: «Don Manuel, ¿teme usted por su vida?». Respondió: «No, don Julio, por mi vida no, pero sí temo por la de mis hijos».

4
El desafuero

Pocas historias políticas han marcado tan radicalmente la vida nacional, un antes y un después, como la que ocurrió en el año transcurrido entre los videoescándalos, el 3 de marzo de 2004, y el inicio del proceso de desafuero contra López Obrador. Fueron meses en los que el país se escindió y en los que la estabilidad social estuvo comprometida. Cualquier otro político habría sido destruido por los videos de sus operadores recibiendo dinero de Carlos Ahumada; cualquier Gobierno habría comprendido que la estrategia del desafuero, en lugar de darle un jaque mate al jefe de Gobierno de la ciudad, lo resucitaría.

Los videoescándalos, que derivaron en el desafuero, tomaron a Andrés Manuel desprevenido, porque no tenía ni la menor idea de que estaban investigando a Gustavo Ponce Meléndez, a René Bejarano y a otros políticos y funcionarios del Gobierno de la ciudad y del PRD.

Estamos hablando de los videos de Carlos Ahumada entregando dinero a funcionarios del Gobierno del Distrito Federal.

La gente de Andrés Manuel pasaba largas horas con Ahumada. Cuando aparecieron los videos y comenzó lo del desafuero, Bejarano ya no era su secretario particular, era coordinador de la bancada del PRD en la Asamblea Legislativa del D. F. A pesar de que Andrés Manuel es previsor por naturaleza, ese tema lo tomó por sorpresa y empezó a operar a partir de hechos consumados.

Marcelo Ebrard fue quien se comunicó con la televisora para pedir derecho de réplica. La situación era muy tensa. Andrés Manuel habló al aire con Joaquín López-Dóriga y le dijo que quería pronunciar unas palabras. Joaquín mandó primero a un corte. Andrés protestó: «Está hablando con el jefe de Gobierno, no me corte». Era el tono de la comunicación.

Lo cierto es que Andrés Manuel inició una investigación sobre lo sucedido con tres personas. Para enterarse de lo que pasaba en la calle se valió de Martí Batres. José María Pérez Gay fue su principal asesor en todo ese tema, y Marcelo Ebrard se encargó de tratar con los medios.

En ese momento Andrés Manuel aseguró que él nunca tocó un centavo. Tenía la conciencia tranquila: no tomó dinero ni tenía compromisos económicos con las personas que habían salido en los videos.

Se generó un conflicto muy serio en el PRD, porque Ahumada tenía una serie de controles en el partido. López Obrador se deslindó de él y desconoció la totalidad de los contratos que este tenía. Se iniciaron averiguaciones previas en contra de Ahumada; Bernardo Bátiz no logró judicializarlo. Fueron hasta Cuba para seguir a Ahumada, quien terminó preso en la isla.

Andrés Manuel revisó personalmente lo que hicieron Diego Fernández de Ceballos y Carlos Salinas. Se metió de lleno a eso que él llama «el complot».

En medio de esta crisis de los videoescándalos, surgió el tema del desafuero, lo del paraje San Juan. [*] *Y eso dio un giro al debate: López Obrador pasó de victimario a víctima, de inculpado por los videos a víctima del intento de complot.*

Lo primero que desea todo líder social es ser víctima, porque entonces se gana la simpatía de la población, que empieza a defenderlo.

Porque nuestra gente quiere a las víctimas.

Queremos a las víctimas, no a los victimarios. Así, Andrés Manuel pasó del papel de cómplice de quienes protagonizaban los videos al de víctima. Tenía muchas ventajas para colocarse en ese papel, porque en realidad lo que protegía era el presupuesto público.

Especulando un poco, ¿no será que también lo buscó? Porque habría sido más sencillo decir «Adelante, le doy la razón al Gobierno» y se acabó. ¿No será que buscó convertirse en víctima? Lo vio más como una oportunidad que como un problema.

Claro. Y por eso decía Andrés Manuel que estaba dispuesto a ir a la cárcel. Por eso no quería que pagara su fianza. Sabía que, si iba a la cárcel, se

transformaría en un personaje distinto ante la sociedad: sería una víctima de la política. Y así la sociedad lo apoyaría.

Hubo momentos muy conmovedores. En una manifestación previa al desafuero en el centro de la ciudad, Andrés le gritó a la gente una consigna que se quedó grabada en la memoria de muchos de los asistentes y oyentes del evento: «Los quiero, desaforadamente». En el Zócalo, una pantalla transmitía a nuestro jefe de Gobierno dirigiéndose a la Cámara de Diputados para pronunciar su discurso de defensa.

En la Cámara, entre los personajes centrales que operaban el desafuero, estaba Marisela Morales, quien años después sería procuradora general de la República durante el gobierno de Calderón, cónsul en Milán y recientemente candidata a la Suprema Corte de Justicia, impulsada por Morena. No ganó. Contradicciones de la vida.

¿Cómo se vivió ese momento? Porque era una situación al límite. Me imagino que Andrés Manuel estaría preocupado, pero también casi eufórico, porque sabía que, si lo detenían, tendrían que liberarlo de inmediato y quedaría como víctima. Eso era el inicio casi formal de su campaña presidencial. O sea, Fox con el desafuero, ¿fue el jefe de campaña de Andrés Manuel? Incluso ante las dudas internas dentro del PRD respecto a López Obrador, las muchas diferencias con Jesús Zambrano y Jesús Ortega Martínez (los Chuchos), con Rosario Robles, con varios grupos, se disiparon tras el desafuero: quedaron vacunadas todas las diferencias.

Sin embargo, esas diferencias nunca desaparecieron por una razón básica: Andrés Manuel quería el poder; los Chuchos, el dinero. El primero seleccionaba a los candidatos que competirían; los Chuchos, a los plurinominales. Andrés Manuel organizaba las giras; los Chuchos compraban las banderitas, los templetes y los insumos. Mientras López Obrador recorría el país, los otros se quedaban en la ciudad.

Alguna vez Jesús Ortega me dijo que sin eso que ellos hacían, Andrés Manuel no habría podido crecer en esos años. Que incluso cuando López Obrador fue presidente del partido y Jesús Ortega secretario general, ellos tenían que hacer todo el trabajo por debajo. ¿Era así o tenían dos estructuras diferentes?

Había dos estructuras diferentes. Desde el principio, Andrés Manuel estaba construyendo la suya propia porque sabía que el PRD tenía un

problema muy serio: en los estados el partido vivía asociado a los gobernadores. Estos financiaban camionetas, oficinas, a la secretaria, para mantener contentos a los líderes locales, quienes luego votaban según las instrucciones de los gobernadores. Esa estructura, digamos político-gubernamental, era operada por los Chuchos. Decir que apoyaban a Andrés Manuel es una falacia. Por eso, al final se separó de ellos y creó Morena, que no necesitaba a los Chuchos para nada. Morena es una organización que nació prácticamente sin recursos, organizando asambleas como las que ya había hecho mil veces el equipo de Andrés Manuel.

Pero eso sucedió después. Regresemos al desafuero.

En ese momento, Andrés Manuel deseaba fervientemente ser detenido. Estaba convencido de que era lo mejor. Un día, en el departamento de Copilco, estábamos Miguel Ángel Mancera, Javier Quijano y yo con él, discutiendo si convenía solicitar un amparo o no, cuál sería la mejor salida legal. Entonces subió Nico Mollinedo, asistente y chofer de Andrés, para explicar por qué había tanto ruido en la calle. «Son los periodistas, licenciado —informó Nico—. Dicen que ahora sí, que usted le va a tener miedo a la prisión».

Andrés dijo: «¡A la chingada!, me voy para allá abajo. Vámonos para el reclusorio».

Y nos abandonó a los abogados, nos mandó al carajo y se fue rumbo al Reclusorio Norte con Nico y ahí retó al juez y al Ministerio Público. «Aquí estoy, listo». «Bueno, pero todavía no tenemos el expediente, espérese». «No, estoy listo. Deténganme».

Beatriz Gutiérrez Müller, quien desde meses atrás era pareja de Andrés Manuel, me platicó que él fue a decirle que era posible que terminara en la cárcel, que había un ánimo de meterlo en prisión y que él no haría nada por obstruir esa acción del Gobierno. Le pidió, por favor, que le preparara una maleta con lo necesario: jabón, desodorante, ropa interior, para poder estar algún tiempo preso. Beatriz hizo la maleta convencida de que lo detendrían, aunque eso nunca sucedió, la maletita siempre estuvo lista; entre ellos dos había ese juego y Beatriz nunca quiso deshacer la maleta, pensando en cuál podría ser el futuro de Andrés Manuel.

Andrés Manuel definitivamente quería entrar en prisión. Creo que una

estrategia no tan mala del Gobierno fue librarse de ese peso mediante el pago de la fianza que realizaron Gabriela Cuevas y Jorge Lara, entonces diputados del PAN. Fue una estrategia correcta: de haber pisado la cárcel, no hubiera habido manera de detener a AMLO.

Y quizá tampoco hubiera habido manera de controlar movilizaciones, que habrían podido salirse completamente de cauce al gobierno de Fox. En aquel momento ya estábamos en la antesala de la campaña electoral.

Ya estábamos en la campaña y se nombró a Alejandro Encinas como sustituto en el Gobierno de la ciudad.

Encinas es el sustituto y Marcelo quedó como el candidato a la ciudad, aunque se dice que originalmente la idea era al revés: que Marcelo fuera el jefe de Gobierno interino y Encinas el candidato. Por lo menos eso es lo que se cuenta.

Así fue. Encinas prefería —o al menos eso decía— irse al Gobierno con Andrés Manuel en caso de que este ganara la presidencia, y no quedarse como sustituto ni ser candidato a la jefatura de la ciudad. Aunque también hay que reconocer que Encinas hizo un muy buen papel como suplente. Mantuvo distancia con el gobierno de Fox, pero nunca se peleó con él. Alejandro no fue un hombre de armas tomar ni de rompimiento con Fox. Supo suavizar muchos temas, como lo del Grito de Independencia que Fox no pudo dar en el Zócalo, y tuvo que hacerlo en Dolores, Hidalgo, así como otras cuestiones que podían causar conflictos innecesarios.

Pero eso vendría después. Lo cierto es que comenzó la campaña, y Andrés se propuso realizar las mañaneras en un parque a las ocho de la mañana. ¡En un parque! Los reporteros se preguntaban por qué a esa hora y en ese lugar.

En ese momento había acceso a la información antes restringida, y en el Distrito Federal se respiraba una gran euforia electoral. Andrés Manuel supo aprovecharla. Empezó a planificar su campaña, que arrancó muy fuerte, muy potente. Aún no le conocíamos esas capacidades para recorrer grandes distancias, para viajar casi sin descanso, para las giras interminables, para tanto trajín. Veíamos a un Andrés Manuel muy hábil políticamente, pero no imaginábamos la capacidad física que nos demostró entonces.

En la campaña del 88, Jorge Castañeda y Adolfo Aguilar Zinser

criticaron duramente la campaña del ingeniero Cárdenas por perder el tiempo yendo a los pueblitos. Decían que había que hacer campañas mucho más modernas en las ciudades, en los medios, etc. Bueno, Andrés Manuel regresó a eso.

Literalmente, a pueblear.

No se permitía dejar sin recorrer ningún espacio territorial. Iba a donde tenía que ir, adonde lo invitaran. Desde entonces, el ingeniero Alejandro Esquer se encargaba de toda su logística y César Yáñez lo acompañaba en cada una de las giras.

Creo que nadie acompañó tanto a Andrés Manuel durante tantos años como César Yáñez. En los recorridos, en todo, incluso en los momentos de vacas flacas, flaquísimas.

Nosotros decíamos que César vivió años en el asiento de atrás de la camioneta de Andrés Manuel. No tenía una vida propia. Vivía para acompañarlo, cuidarlo, darle sus medicinas, pasarle el teléfono, recordarle sus citas… Desayunaba, comía y cenaba con él.

Andrés Manuel tenía cuatro personas muy cercanas. Uno era César Yáñez, su jefe de prensa, un gran operador. Otro, el ingeniero Esquer, un sonorense duro y rudo, pero buen hombre, supervisor de logística y de la relación con el PRD, con los partidos, los recursos y lo que necesitara Andrés Manuel para las giras. La tercera, Laurita Nieto, una señora maravillosa que se consagró en cuerpo y alma a su causa. Para quienes trabajábamos cerca de Andrés Manuel, ella era una parte esencial. Sabía cuándo y dónde buscarlo, conocía todo de su vida.

Obviamente, en aquel entonces sus hijos todavía estaban chicos y Beatriz Gutiérrez Müller ya acompañaba la vida de Andrés Manuel. Esas eran las cuatro personas más cercanas a él: César, Esquer, Laurita y Beatriz.

Inicia la campaña con un Andrés Manuel demasiado convencido de que ganaría y con unas encuestas que lo muestran con una gran ventaja. ¿No hubo demasiada confianza en la campaña que llevó, precisamente, a cometer errores, disminuir la ventaja y perder?

Los candidatos que tienen posibilidades de ganar la Presidencia en cualquier lugar —no aquellos que compiten solo por competir— no

piensan que vayan a perder. Todos los candidatos entran con la idea del triunfo. Calderón, por ejemplo, venía de una elección interna muy complicada porque no era el candidato de Fox, pero se sentía con todas las posibilidades de ganar.

En esa época, Calderón se sentía apto para ganar precisamente porque había sido el candidato vencedor de la oposición dentro del foxismo.

Claro. Además, la mayoría de los panistas estaba contenta de que hubiera perdido Fox. No tanto por Creel, sino por el propio Fox, que había perdido el respeto de la gente. Ya existía una gran distancia con él. No sé si fue cierto, pero se dice que, cuando Felipe Calderón ganó la candidatura a la Presidencia de la República, Fox lo invitó a platicar junto con Creel y le dijo a Calderón: «Tú ya ganaste, ya te reconocimos, ahora hay que darle algo a Santiago».

Calderón, que no quería mucho a Creel, le ofreció la candidatura a la Jefatura de Gobierno, y entonces Santiago dijo que no: «Yo ya competí y perdí. López Obrador está demasiado fuerte en el Distrito Federal y mi contrincante sería Marcelo Ebrard». «¿Entonces qué quieres?», le preguntó Calderón. «Yo quisiera ser senador», pidió Creel. Así, Fox sugirió que Creel fuera jefe del grupo parlamentario del PAN. «Eso tendrá que decidirlo el partido», contestó Calderón. «Bueno, pero sabemos que si tú dices que va, sale adelante», alegó Fox.

Entiendo que a los pocos meses de que Calderón tomó la Presidencia y Creel estaba al frente del Senado, lo llamaron para decirle que ya tenía sustituto en la jefatura de la bancada; prácticamente lo echaron a patadas.

Calderón estaba abajo, pero no demasiado, de López Obrador. Las encuestas de Covarrubias —la encuestadora del PRD— ponían adelante a Andrés Manuel, pero nunca con una ventaja definitiva. Siempre hubo una competencia real. Además, el Gobierno federal tenía interés en que le fuera mal y los empresarios estaban metiendo mucho dinero en la campaña de Felipe Calderón.

Y viene lo del «peligro para México».

La campaña del peligro para México comenzó formalmente en televisión, pero antes estuvo la campaña de que Andrés violaba la ley, que era irresponsable, todos estos mensajes. Fueron muchas las campañas

negativas en torno a su figura. La primera ofensiva televisiva fue la de los ladrillitos, donde se acuñó el eslogan del peligro para México. La realidad es que en el equipo ninguno de nosotros pensó que esa campaña pudiera dañar seriamente la figura de Andrés Manuel. Pero no todo el país era el D. F. En la ciudad, en el Estado de México, en Veracruz, tenía mucho arrastre, pero en el norte andaba muy débil. Allá fue el primer lugar en donde tomó forma esa campaña. Monterrey y el resto de Nuevo León, no se diga. Una cosa tremenda.

El «cállate, chachalaca» le costó también a Andrés Manuel y consolidó la narrativa negativa.

La narrativa del peligro para México. Sí. Se fueron sumando errores —o supuestos errores— que cometió y que contribuyeron a dibujar la idea de un Andrés Manuel violento, sin control, capaz de echar cualquier cosa por la borda.

¿Y no era así?

No, yo creo que no. Su carácter tabasqueño posibilitó expresiones como la de la chachalaca, que es un pájaro escandaloso que hay en Tabasco. No era una manera de ofender al presidente ni de ser violento, porque Andrés Manuel detesta la violencia. Pero sí se logró consolidar una visión del Andrés Manuel ingobernable, que es lo que pretendían sus rivales. Mas no perdimos puntos, el PAN los ganó. Muchos. Además, el PRI se derrumbó.

Lo que dices es que Andrés mantuvo su votación, pero Calderón la aumentó.

Andrés Manuel tenía una votación promedio de 36 o 37 puntos. O sea, el PRD en las elecciones siempre andaba en treinta y pico de porcentaje, y Andrés Manuel mantuvo esos picos en las campañas contra Calderón y también en la campaña contra Peña. Lo de 2018 es otra historia, ahí sí subió muchísimo.

A mí me tocó estar en el cuarto de guerra de Andrés Manuel en el hotel Marquis Reforma, escuchando los resultados. Aquella diferencia mínima que planteaba el IFE no podía ofrecer resultados. Desde esa noche, todos los que estábamos cerca de Andrés Manuel hacíamos interpretaciones acerca de lo sucedido en las encuestas, en los cómputos. Teníamos un interés central en resolver la ecuación para que Andrés Manuel no

perdiera la elección. Todos estábamos en eso, en el algoritmo, en el resultado. Pasamos muchas noches sin dormir tratando de entender qué había pasado.

Nota:

*El conflicto por el paraje San Juan se refiere a la demanda judicial que exigía a López Obrador, en su calidad de jefe de Gobierno del Distrito Federal, el pago de 1810 millones de pesos como indemnización por la expropiación del predio. AMLO se negó a pagar, argumentando con pruebas que la compraventa original de 1947 había sido un fraude.

5
Digerir la derrota

Uno se pregunta —dice Bob Dylan en sus Crónicas*, una especie de memorias que nunca concluyó— «cómo personas unidas por la geografía y los ideales religiosos podían convertirse en enemigos acérrimos. Al final, solo queda una cultura del sentimiento, de días negros, del cisma, del ojo por ojo, del destino común de la humanidad descarriada. Todo se reduce a una larga canción fúnebre, con cierta inexactitud en los temas, una ideología de elevadas abstracciones, de hombres exaltados no necesariamente buenos… Todo envuelto en un manto de irrealidad, grandeza y mojigatería… Por aquel entonces el país fue crucificado, murió y resucitó». Dylan habla de las épocas más oscuras de la Unión Americana, luego de la guerra civil. Pero ese mismo sentimiento me quedó después del proceso electoral de 2006. Creo que nuestro país también «fue crucificado, murió y resucitó».*

El 2 de marzo de 2004, como cuento en el libro Calderón presidente. La lucha por el poder*, cenábamos un grupo de periodistas con Felipe Calderón. Ni él ni nosotros sabíamos si sería candidato. Tampoco imaginábamos que unas pocas horas después de terminar esa cena estallarían los videoescándalos que cambiaron tantas cosas en la vida nacional y que, paradójicamente, abrirían las puertas de la precandidatura presidencial del* PAN *para Felipe Calderón… y la consolidarían con el desafuero de López Obrador.*

En la presentación de ese libro en abril del año siguiente, recordé que 2006 servía para seguir a Jorge Luis Borges, cuando dice: «No nos une el amor sino el espanto». En 2006 no me gustaba la candidatura de López Obrador y eso se refleja en aquel libro. Me parecía que lo que estaba en juego no era simplemente una opción política diferente, sino la construcción de un nuevo sistema político centrado en la voluntad de un solo hombre. Como dije entonces, ya lo había vivido en mi primera juventud y no necesitaba repetirlo. No me gusta ni el paternalismo político ni el Estado convertido en ogro filantrópico. Lo pensaba entonces y lo creo ahora. Lo que temía terminó pasando 12 años después.

Para un periodista, para un investigador —y esto es clave para entender la

elección del 2006—, todo pasa por explicar por qué suceden ciertos acontecimientos, qué estaba en juego, cuáles eran los antecedentes de los actores. Decir por qué ocurren las cosas y colocarlas en su contexto real es lo que debemos hacer los periodistas. Esa búsqueda del porqué es la razón de ser de esta profesión.

Pero también lo es entenderse, escucharse: eso es, en última instancia, lo que nos une, más allá de la amistad, a quienes hicimos este libro, incluso con visiones y evaluaciones distintas, en particular en ese momento crítico, en ese 2006. Nos une el espanto por todo lo sucedido por una confrontación que estuvo a punto de colapsar a un país, a una sociedad. No salimos indemnes: fue el inicio de una polarización que aún vivimos, solo que ahora los actores están sentados al otro lado de la mesa.

Una de las historias de la derrota la cuenta el cineasta Luis Mandoki:

La noche del 2 de julio del 2006 estábamos en el hotel Marquis Reforma, con el equipo de campaña de AMLO, esperando los resultados de la elección presidencial. La tensión era tremenda. Fue a las ocho cuando Luis Carlos Ugalde, presidente del IFE, anunció que, debido a lo cerrado de la elección, no se declararía triunfador esa noche, sino que se haría un recuento parcial de cerca del 9% de las casillas el miércoles 5 de julio, debido a la estrechez del resultado.

Con mi equipo, lanzamos una convocatoria invitando a la gente de toda la República a que fuera a filmar, grabar, con cualquier tipo de cámaras, en los distintos distritos el recuento. En los días posteriores, para nuestra sorpresa, nos llegaron cientos de horas de material en todo tipo de formatos. La gente tomó el llamado y se volcó a registrar tal recuento en muchos centros de cómputo de toda la república. Fue de este material que surgió la idea de producir el documental: *Fraude: México 2006.*

Esa misma tarde del 5 de julio se anunció que Felipe Calderón había ganado la elección presidencial con un margen del 0.56 por ciento.

Fue en un anuncio esperado pero devastador.

Recuerdo que aquella noche del 5 de julio decidí ir a primera hora a saludar a Andrés Manuel, a darle un abrazo, sabiendo que era un momento muy duro para él y para todo el equipo.

Me fui temprano y llegué a sus oficinas en la calle de San Luis Potosí, de la colonia Roma, como a las siete de la mañana. Esa casa siempre estaba rodeada de gente, autos, la convergencia de muchísima gente siempre alrededor del candidato. Sin embargo, esa mañana llegué y no había autos, no había nadie en la calle. Me estacioné y me acerqué a la puerta. La sensación era desoladora.

Toqué el timbre, una persona me abrió la puerta. Le dije que venía a ver al licenciado. «Sí, pase». Las oficinas también estaban desiertas, los escritorios solos, ni un alma. Crucé el pasillo y me acerqué a su oficina y ahí lo encontré, sentado frente a su escritorio. Solo, con una taza de café. Me acerqué, se levantó y nos dimos un abrazo.

«¿Cómo está usted?», me preguntó. A veces se dirigía a mí como «usted» para romper el silencio, aunque por lo regular nos hablábamos de tú. Le respondí: «Triste, muy triste». Pero él estaba entero, digno. Y me dijo: «Esto no se acaba aquí».

Me senté frente a él, platicamos un momento de trivialidades. Y finalmente le pregunté: «¿Y ahora qué sigue?».

Se quedó en silencio un momento y me dijo: «Bueno, lo primero va a ser contener a la gente, que va a estar muy enojada, muy inconforme, tenemos que evitar la violencia, pediremos un recuento voto por voto, casilla por casilla».

Pero ambos sabíamos que el resultado no iba a cambiar, que Felipe Calderón sería el siguiente presidente de México.

Le dije: «Es muy triste, esta era la oportunidad histórica de un cambio para nuestro México». Él se dio un momento y me respondió: «La oportunidad no ha terminado, el cambio se va a dar y no nos detendremos hasta lograrlo». Me impactó su determinación en un momento como aquel. Entonces le pregunté: «¿El 2012?». Me dijo: «Sí, el 2012, la gente está con nosotros». Yo le dije: «El 2012 será contra Peña Nieto».

Sonrió y asertivamente me respondió: «No, ese p… no». Y el silencio se apoderó del momento.

La derrota del 2006 fue un golpe muy duro y también el inicio de la etapa más difícil, quizá la más oscura del movimiento.

Vinieron momentos muy duros. El domingo posterior al anuncio de los resultados se realizó una gran concentración en el Zócalo. Es cuando se decidió el plantón. Es muy importante explicar el plantón de Reforma, porque es parte central de la vida política de Andrés Manuel. Durante su discurso, en un momento dijo: «Aquí nos vamos a quedar todos sentados. Esa es la política de la no violencia, esa es la política de Gandhi. Nosotros no vamos a violentar a nadie, pero con esta decisión de estar sentados no nos van a poder violentar». Era intolerante frente a la violencia. Como ya dije, nunca se rompió ni un solo vidrio en las marchas de Andrés Manuel.

El plantón no fue una decisión para echarle a perder la vida a los capitalinos, fue la decisión de no a ir a violentar al otro. Andrés Manuel pudo encabezar una marcha hacia Los Pinos y no imagino lo que hubiera pasado. Quizás una matazón espantosa para proteger al presidente Fox. Por eso decidió que nos quedáramos ahí sentados. Sin embargo, el plantón generó toda esa catástrofe para la ciudad y, obviamente, deterioró muchísimo la imagen de Andrés. A las clases media y alta de la sociedad les confirmó que haber votado en contra de López Obrador había sido lo correcto.

El deterioro de su imagen fue terrible. Sorprende que haya podido levantarse de los costos del plantón.

Eso consolidó una imagen horrible en contra nuestra. Los plantones que a nosotros nos tocó vivir, y ese en particular, fueron muy duros porque era la temporada de lluvias. Andrés Manuel dormía en una casa de campaña: ahí desayunaba, comía y cenaba. Arrancábamos a las seis de la mañana para informar lo que sucedía. Claudia Sheinbaum fungía como vocera del plantón.

Claudia ya aparecía desde la campaña, no solamente en el plantón. Era la que aparecía en los temas principales, las entrevistas, los debates.

Ella se convirtió en la figura estelar en el plantón, detrás de Andrés. Fue duro porque llovía, porque pasaban cosas. Nos pedían a otros que fuéramos a hacer también plantones a distintos lados, al Tribunal Electoral, al IFE. Era tortuoso. A las afueras del Tribunal, el olor era horroroso. Y había que hacer un reporte de que habías estado toda la noche y enviar fotos. Muchos acompañamos de esa manera. Un par de veces me quedé con él todo el día en su casita de campaña. No se movía de donde estaba. Siempre había reportes: que si el plantón se había hecho más chico, que si se hizo más grande. La del plantón fue una decisión forzada y muy costosa.

¿Qué tan costosa?

El resultado fue espantoso, aunque al principio se trataba de no violentar. Pero ninguno de nosotros tenía conciencia de qué significaría. Si se hubiera tomado cualquier otra decisión —como marchar, por ejemplo— habría estallado un problema gigantesco. Permanecimos en el plantón prácticamente hasta la toma de posesión de Calderón.

¿Qué se trató de evitar?

Se planeó cerrar la Cámara de Diputados para impedir su acceso. Estuvimos todos juntos viendo las propuestas que hacían los diputados. Vamos a impedir, decían, que Calderón tome posesión y se van a encadenar unos a las puertas. Hubo todas las propuestas imaginables.

En esa época surgió lo de la presidencia legítima.

Fue una decisión muy gravosa porque en México no existe una cultura de seguimiento al Gobierno, de tener un Gobierno en la sombra. Andrés Manuel la concibió para tener un mando real sobre algunas decisiones que se tomaban en los estados, con la gente, en el trato directo. Más allá del título de presidente legítimo, López Obrador era un líder absolutamente natural para la gente. Las personas lo iban a ver para consultarlo, para platicar con él. Las demás figuras no tuvieron ningún peso en términos de las condiciones políticas de aquel momento. Y a él solo le urgía terminar esa parte de la elección, acabar con el plantón y arrancar de nuevo.

Le costó arrancar de nuevo. Creo que deben haber sido los peores años de Andrés Manuel: 2007, 2008, 2009. Además, crecía la imagen de Marcelo Ebrard, que era un buen gobernante en la ciudad y tenía buena prensa. Por otro lado, en sectores del PRD comenzó una resistencia muy fuerte contra Andrés.

Tras la elección, Andrés Manuel decidió regresar a las giras con la gente. En el PRD había mucha inconformidad, porque él seguía siendo el generador, el operador de la inconformidad de la gente. Marcelo era un muy buen gobernador, la verdad. Lo hizo muy bien en el D. F. Su administración funcionó: fue ordenada, muy moderna. Consolidó obras, abrió Reforma para la gente los domingos, impulsó el uso de las bicicletas, hechos que hicieron ver a la Ciudad de México como una metrópoli moderna.

Y recuperó la seguridad.

Creo que la seguridad no estaba mal con Andrés Manuel en el Distrito Federal. Tengo la impresión de que, salvo en el gobierno de Mancera, nunca se deterioró demasiado. Con el ingeniero Cárdenas no parecía estar mal, mucho menos con Andrés y menos con Marcelo. Con Claudia la seguridad de la ciudad se recuperó otra vez de manera importante.

Pero a Andrés Manuel le urgía salirse, retomar las giras. En enero del 2007, Laurita me comunicó con el licenciado. Me invitó a acompañarlo al Estado de México. Fuimos y el panorama era triste, porque había más personas en el templete que en el evento. Se echó su discurso con naturalidad y, cuando estábamos de regreso en su casa, me preguntó qué me había parecido el acto. Yo le dije: «Duro, Andrés, había poquita gente». Y él me dijo que no, que era cosa de volver a empezar. Y así

arrancamos 2007, con la sensación de que faltaban siglos para la próxima elección. De martes a sábado —y a veces hasta el domingo— Andrés Manuel hacía giras. Regresaba a casa los domingos, pasaba ahí el lunes, y el martes otra vez estaba de gira. Era muy complicado para su familia, porque lo veían muy poco, casi no estaban con él. Para Andrés el proyecto y sus principios estaban encima de todo lo demás.

Antes de arrancar con 2007, ¿cómo estabas tú en ese proceso? ¿Cómo era tu relación con Andrés y con el movimiento?

Yo ayudaba a Andrés con lo que necesitara. Que si llegaba un señor de Oaxaca con un problema, Laurita me decía: «Oiga, le voy a mandar una carta que le enviaron al licenciado». Entonces tomaba el caso y me abocaba a tratar de resolverlo. A veces lo lográbamos, otras no. Era imposible resolverlo todo. Pero eso me acercaba a Andrés. Al mismo tiempo, me reunía frecuentemente con Ebrard. Me daba mucho gusto verlo y verlo bien. Marcelo creció mucho en la Jefatura de Gobierno: pasó de ser un conocedor del sistema a un operador real del sistema. En la operación del día a día, supo conducir muy bien la ciudad. Se consolidó muy pronto.

Y creó su propio equipo, su propia estructura, lo que también es un mérito.

Eso es muy importante. Aunque hubo una cosa buena y otra mala: Marcelo respetaba a muy poquita gente del equipo de Andrés. Prácticamente, todo el mundo del grupo anterior fue del Gobierno de la ciudad. De ahí nacieron algunas diferencias entre el equipo de Marcelo y el de Andrés. Se dio un distanciamiento; no sé si algunos no quisieron quedarse y a otros no los invitaron, hubo de las dos situaciones. A Martí Batres, por ejemplo, lo nombraron secretario de Desarrollo Social al principio de la administración, pero no funcionó la relación con Marcelo, y salió echando chispas.

En 2007, Luis Mandoki quería hacer una nueva película sobre lo que había ocurrido con Andrés Manuel a lo largo de 2006. No solo la parte familiar y el inicio del movimiento, sino también lo que había pasado con la elección hasta el final.

No había financiamiento ni apoyo de nadie. Entonces Mandoki buscó a Marcelo para pedirle apoyo. «¿Quiénes van a estar?», preguntó Ebrard. «Pues Juan, Luis, Pedro y Julio. Julio va a revisar el guion, va a hacer la corrección del estilo». «¿Julio? —repitió Ebrard—. ¿Julio va a hacer el guion?». Mandoki regresó conmigo y me dijo «No sé si ya metí la pata, pero cuando le dije a Marcelo que tú ibas a hacer el guion, como que se puso muy serio. No te quise echar de cabeza, pero me preguntó los nombres».

Le hablé a Marcelo y le pedí una cita. Me recibió y ya cerca del final de la conversación le dije: «Te quiero preguntar algo con toda franqueza. Me dijo Mandoki que había venido a verte y que te había platicado que estaba haciendo un guion y que quiere obtener financiamiento, que te pediría apoyo. Y que cuando mencionó mi nombre, tú te enojaste». «No —me dijo Marcelo—, no me enojé, lo que le dije a Luis, que seguramente no lo entendió bien, es que tú no debías revisar un guion, que tú tienes que hacer un libro sobre la elección». «Hacer un libro —le dije— es muy complicado, entraña muchas dificultades, mucho tiempo, mucha disciplina». «Pues sí, cabrón —me dijo—, pero lo que tienes que hacer es un libro acerca de lo que pasó en el 2006 para que quede como testimonio».

Y me puse a hacerlo. Hice un estudio comparativo, un estudio legal, de tres resoluciones del Tribunal Federal Electoral: una de Colima, otra de Tabasco y la elección federal. Los tres casos tenían hechos semejantes y distinta resolución. Mi papá me recomendó que no me quedara solo con la parte legal, que también incluyera una parte sobre los medios. En ese entonces Jenaro Villamil escribía en *Proceso* y le propuse colaborar, porque él escribía sobre lo que ocurría en Televisa y otros medios. Jenaro aceptó entrarle a lo de los medios e hicimos un libro.

Yo escribí un tomo de cuatrocientas páginas acerca del estudio comparativo entre las elecciones y se lo llevé a mi papá para que hiciera la revisión de estilo. Me dijo: «Déjalo en esa mesita». Mi papá y yo prácticamente nos veíamos todos los días. Pasó uno, pasaron dos, tres, cuatro días y mi papá no me llamaba. Finalmente lo hizo y me confió: «Ya revisé el libro, tiene cosas muy buenas, tiene cosas muy interesantes. El libro verdaderamente te atrapa. Pero tienes un problema del carajo: escribes horrible. ¿Cómo es posible que un escritor quiera siempre llegar

al mismo punto? Das vueltas en un círculo perfecto y siempre estás en el mismo lugar». Le dije que para eso era el derecho: «En el derecho nos concentramos en una conducta y entonces sobre eso le damos vuelta y vuelta». «Claro —me contestó—, pero eso no hace atractivo el libro. Deberías escribir como Diego Valadés». Y concluyó con que no me preocupara, que se lo dejara y que lo arreglaría.

Y reescribió todo...

El libro *La guerra sucia de 2006* es totalmente diferente al que escribí. Y es un libro precioso. A pesar de ser tan especializado, mi papá lo convirtió en un texto con lenguaje perfecto para que la gente lo entendiera. Y también está la parte de Villamil, que fue muy buena.

Así fue como escribí ese libro. A la presentación invité tanto a Marcelo como a Andrés. Los presentadores fueron Carlos Montemayor, el autor de *Guerra en el Paraíso*, un tipazo, y Nacho Marván, muy cercano a Marcelo; desafortunadamente, ambos ya fallecieron. Y el tercero fue John Ackerman.

A la presentación asistieron Andrés Manuel y Marcelo. Mi papá prefirió no ir. «Eso —decía— se va a convertir en un desastre». Primero llegó Marcelo, se sentó hasta adelante; después llegó Andrés, que causó un revuelo entre la gente. Se sentó en una esquina. Todavía, casi un año después de la elección, la ciudad lo idolatraba.

Mi relación con Andrés siguió fortaleciéndose. Estoy cierto de que era una relación de ida y vuelta. Casi nunca tuvimos conflictos. Tenía un trato fácil con los amigos, de cerquita. Nuestra relación se fue estrechando cada vez más. Había muy pocas personas que querían estar con él cuando no había campaña electoral.

En esa época su círculo se redujo dramáticamente.

Dramáticamente. La gente le huía. Nos quedamos poquititos y ayudábamos en lo que podíamos. Andrés Manuel era muy demandante, y cuando tenía un gran equipo no había problema, pero cuando no, era terrible. Sin embargo, eso nos acercó, nos unió. La relación familiar, la relación con mi papá, era buenísima. La relación con sus hijos y con Beatriz, también. Mi papá le tenía un gran afecto a ella. Lo conmovía

mucho ver a una señora estudiosa, trabajadora… Siempre le decía: «Señora, ¿cómo puede usted vivir con este hombre?».

———•———

Era 2007, comenzaban los años más complicados para Andrés Manuel. ¿Cómo se vive esa etapa hasta llegar otra vez la candidatura de 2012, que además fue muy compleja, porque en las encuestas queda empatado con Marcelo? Finalmente, Marcelo aceptó que el candidato fuera Andrés Manuel. No deben haber sido nada fáciles esos años.

El periodo más difícil fue de 2007 a 2009. Mientras no había campaña, era dificilísimo, porque nadie estaba bien dispuesto. Luego vino la elección de 2009 y al PRD no le fue mal. Obtuvieron buenas posiciones, sobre todo en el Senado, pero también con diputados que otra vez ayudaron a Andrés Manuel. Sin ser muy generosos, hacían su parte para que las giras y la logística funcionaran.

¿En esos años había empresarios que lo apoyaban?

No. Los empresarios le rehuían. Se generó una distancia enorme. Andrés Manuel se volvió una especie de *rockstar* en la provincia, cuando empezaba la campaña. Era muy impresionante ver cómo tanta gente asistía solo por el hecho de que el licenciado López Obrador iba a estar ahí. Como dije, es un predicador católico. Eso es lo que le daba consistencia al discurso y lo que llevaba a la gente a estar allí. Difícilmente había una plaza vacía. Por eso, cuando se empezaron a perfilar las campañas para diputados, Andrés Manuel volvió a reunir a más y más gente.

Y se incorporaron nuevas personas a su grupo.

Nosotros le decíamos que éramos los mismos, con algunos añadidos. Siempre había quien quería ser diputado, presidente municipal, y entonces se sumaban al equipo de Andrés Manuel. No sé si esa práctica sea correcta en todos los partidos políticos, pero nosotros reclutamos a mucha gente que se salía de otros lados porque no les hacían caso, y entonces nosotros los sumábamos al movimiento.

Eso fue parte del éxito político.

Nos tocaban luego algunos espantosos, horrorosos que venían de otros

partidos, pero lo considerábamos un logro, porque muchos no tenían a dónde ir y se quedaban «viudos». Entonces los acogíamos con éxito. Así se fueron desarrollando las campañas para las elecciones de diputados. Andrés Manuel planteaba que debía haber muchos diputados, porque así podrían detenerse ciertas leyes. Las campañas servían, además, como un aliciente para él: llevar candidatos, llenar plazas, ofrecer a esos candidatos, lo ayudaba mucho.

En esos eventos, cada discurso de Andrés Manuel estaba precedido por seis o siete intervenciones de los futuros candidatos a presidente municipal, a diputado local, a diputado federal. Cada uno llevaba a su gente. Pero todavía en 2009 seguían activos los Chuchos.

La dirigencia del partido estaba en sus manos, pero, para la campaña, Andrés nombró a Leonel Cota.

Eligió a Leonel por dos razones fundamentales. Era leal a sus principios y, además, contaba con una virtud adicional: era honesto. Por eso fue presidente nacional del PRD durante la campaña presidencial, pese a los múltiples conflictos con los Chuchos. A Leonel le tocaba operar directamente en asuntos que los Chuchos les arrebataban a las campañas. Luchó hasta el último día por Andrés Manuel. Fue un hombre extraordinario.

Sin embargo, en el PRD seguíamos batallando con los Chuchos y con Dante Delgado, a pesar de que Andrés ya empezaba a perfilar su propio movimiento.

Andrés siempre quiso su propio partido.

Por eso viene un desencuentro con Dante Delgado, quien le propuso que el vehículo para reunir todo lo que había hecho Andrés Manuel fuera Convergencia, antecedente de Movimiento Ciudadano. Dante se había portado extraordinariamente bien con Andrés: estuvo en la campaña de 2006, en la de 2009, y comprometió su tiempo con Andrés. Pero, pasada la elección de 2009, Andrés le dijo que ya no, que crearía lo que después se llamaría Morena, pues ya estábamos en la etapa de formar el partido, después de 2012.

¿Cómo se dio el desencuentro con Dante? Más allá del partido, hubo un

desencuentro personal entre ambos.

Sí, porque Dante se sintió muy decepcionado. Quería hacer crecer su partido y sabía que, con un líder como Andrés Manuel, podía lograrlo con facilidad. Dante tenía un interés personal importante; quería construir algo muy grande.

Pero Andrés Manuel habría vuelto a estar dentro de una estructura que no era suya.

Así estuvimos siempre. Andrés Manuel —reitero— no tenía interés por el dinero. No veía la necesidad del dinero o de esas estructuras. Cuando surgía una urgencia decía: «Está pasando esto. A ver cómo lo resolvemos». Pero no estaba pendiente de esos asuntos. Todos sabíamos que Andrés Manuel no tenía con qué operar. A veces su camioneta no tenía llantas. Era una camioneta blanca con rojo, vieja, no recuerdo la marca, y el chofer le decía: «Licenciado, ya hay que ponerle llantas». Entonces, había que ver cómo se le ponían, cómo salían los gastos del equipo, había que pagar los hoteles, alimentos, insumos. Y de eso no se ocupaba Andrés.

Eso no lo teníamos, y por eso a veces se recurría a los partidos en las Cámaras; se pedían apoyos porque, de otro modo, no hubiéramos podido hacer absolutamente nada. Todos aportábamos lo que podíamos, cada quien según sus posibilidades, pero realmente había falta de recursos. Y existía, además, maltrato por parte de los operadores nacionales del partido contra Andrés: él ponía los votos y otros sacaban la lana. Era una relación horrorosa. En ese sentido, Dante no se comportó mal con Andrés. Siempre fue un hombre participativo, siempre buscó estar cerca de él, hasta que llegó el durísimo rompimiento: Andrés le dijo que haría su propio partido. Y entonces se produjo la ruptura entre los dos. No sé si prevaleció la ambición de Andrés o si Dante perdió la ambición, o si ganó la independencia de Andrés, pero el rompimiento fue definitivo. No se volvieron a reencontrar nunca.

6
El regreso

No se creía posible que López Obrador pudiera regresar con fuerza en el 2012. Su candidatura había sido disputada por Marcelo Ebrard, su partido estaba dividido en torno al propio Andrés Manuel y la dirigencia del PRD tenía una relación prácticamente rota con el candidato. Sin embargo, desde el 2006 López Obrador tenía claro que quería enfrentarse a Peña Nieto. Las divisiones internas del PAN lo llevaron a presentar una candidatura débil con Josefina Vázquez Mota. Muy pronto, el proceso se polarizó, lo que permitió a López Obrador competir abiertamente con Peña Nieto. Perdió la elección, pero demostró que seguía siendo una opción viable. Poco después rompió con el PRD y comenzó a formar su partido, Morena.

López Obrador regresó con la meta del 2012 en mente: ganar la presidencia y, al mismo tiempo, crear una estructura política propia.

Comienza tratando de generar una estructura que le fuera leal después del fracaso del 2006, en donde básicamente la mayoría pensamos que lo que había fracasado era la defensa y la promoción del voto. La promoción no, porque el propio Andrés se encargaba de eso, pero la gente que debía operar, llevar a la gente a votar, no lo hizo suficientemente bien. Andrés Manuel se preocupó mucho por arreglar esas cuestiones para el 2012. Y también cambió la temática. Esta vez hizo una campaña hablando del amor y la paz, de la tranquilidad, del no pleito con nadie. A diferencia de lo que había pasado en el 2006, quería enterrar lo del peligro para México, cuando fue criticado por la violencia, por el lenguaje.

Entonces se ocupa por hacer una campaña de contactos. Procura tener más relación con los empresarios, con los grupos sociales y políticos y eso le da muy buen resultado. Arranca en el tercer lugar y rápidamente rebasa al PAN. Peña Nieto llevaba una delantera muy grande porque empezó a hacer campaña desde que fue gobernador del Estado de México y lo que se

planteaba desde entonces es que había un acercamiento entre el PRI y el PAN, un acuerdo para que pudiera llegar Peña sin mayor problema, cosa que en los hechos sucedía.

Además, el PAN tuvo una candidatura débil con Josefina Vázquez Mota, que se había desgastado mucho en la lucha interna.

Con Josefina el PAN fue prácticamente acrítico con el PRI, y lo que fue perdiendo el PAN en respaldo lo ganó López Obrador. La clase media baja y la clase baja se volcaron otra vez hacia él, ya que representaba una candidatura mucho más cercana al pueblo. Eso ayudó mucho en término de votación: obtuvo más del 30%, una cifra muy cercana a la que había alcanzado históricamente.

Pero regresemos a antes de 2012. Andrés se concentró en crear una estructura, más que en la defensa del voto. La estructura electoral que terminaría siendo, años después, Morena.

Con una gran visión, fue colocando cuadros en todo el país. Es un político muy avispado y capaz de leer el futuro en términos de organización y participación ciudadana. Por eso logró construir estructuras con muy pocos recursos y un discurso unificado. De nuevo, Andrés Manuel no cambia su discurso, es el mismo todo el tiempo.

Pero esa vez ya no estaba solo. Marcelo Ebrard empató con él en las encuestas para la candidatura presidencial del PRD y finalmente cedió la postulación a López Obrador en un partido muy dividido. ¿Cómo fue eso? Porque la leyenda dice que el que convenció a Marcelo fue Manuel Camacho. Que Marcelo estaba dispuesto a seguir con su candidatura, y Camacho finalmente lo convenció de que rompería a la izquierda y pagaría un costo alto, pues López Obrador buscaría seguir con su candidatura de todos modos.

Yo creo que así fue. Que Manuel Camacho tuvo una gran influencia, como siempre la había tenido, en Marcelo. Pero también hay que reconocer que Ebrard cedió y no aceptó la posibilidad de que parte de la estructura del PRD rompiera con López Obrador para unirse con Movimiento Ciudadano (MC) y el Partido del Trabajo (PT), y que ese bloque formara una candidatura común con el PAN. Desde el PRD cercano a Marcelo se especulaba mucho al respecto. Aquella candidatura hubiera

sido muy fuerte, porque el PAN tenía un Gobierno y Marcelo un liderazgo real en el D. F., con enorme resonancia nacional.

Entonces, hay que decir que Camacho convenció a Marcelo, pero este tuvo un gran mérito al declinar y, sobre todo, al no aceptar una candidatura común con Acción Nacional, lo que —casi estoy seguro— promovía Felipe Calderón.

Conocí a Enrique Peña en la época en que él era secretario de Administración del Gobierno del Estado de México. Trabajaba con el gobernador Arturo Montiel. Nos reuníamos con él y con otros personajes de su equipo.

Conversamos, tuvimos una relación —creo que muy buena— en torno a lo que podría pasar con la sucesión en el Estado de México. Comíamos en un restaurante en la carretera a Toluca. Desde entonces mantenía una muy buena relación con su esposa, Mónica Petrelini. La seguí viendo cuando Peña ya era gobernador del Estado de México. Era una mujer inteligente, culta, muy platicadora y desinhibida en lo político. Conversaba con naturalidad y espontaneidad acerca de mucho de lo que pasaba en el país y sobre las posibilidades de acceso al poder de cada quien. Mónica y yo solíamos comer en el restaurante Shu, de Santa Fe. Un par de veces Peña llegó a tomarse el café con nosotros, la pasábamos bien.

Su muerte repentina me dolió mucho. *Proceso* publicó una portada con su imagen en tonos negros titulada «Una muerte sospechosa». Una portada que incluso yo consideré excesiva, aunque muy propia de la línea editorial de la revista.

Días después me encontré con Graco Ramírez en El Cardenal del Centro Histórico. Cerca de nuestra mesa estaban Jesús Murillo Karam, Emilio Gamboa y Manlio Fabio Beltrones. Los saludamos. Manlio y Gamboa, siempre muy amables y atentos, nos saludaron con aprecio y nosotros también. Jesús Murillo, en cambio, fue duro conmigo.

Regresamos a nuestra mesa y de repente nos encontramos con un grupo de personas que entraban deprisa al restaurante: era Enrique Peña con sus ayudantes y su seguridad. Se sentó con Manlio, Gamboa y Murillo.

Esto fue poco antes de ser candidato a la presidencia. Estaban bastante

animados, sobre todo Murillo y Gamboa. Manlio estaba más serio. Cuando terminamos de comer, Graco me dijo que nos despidiéramos. Le dije que no quería por una razón: *Proceso* acababa de publicar aquella portada y Peña estaría enojado conmigo. Graco dijo: «Hombre, *Proceso* es *Proceso,* y tú eres tú. ¿Qué tiene que ver? Además, tienes una relación con Peña de hace muchos años. Vamos a saludar, hasta dar un abrazo de pésame». Nos levantamos, nos acercamos a su mesa otra vez. Primero, nos despedimos de Manlio, luego de Gamboa. Cuando me acerqué a Peña y le estiré el brazo, no me saludó, sino que me increpó: «¿Y tú qué haces aquí, si en la revista de tu padre me acaban de llamar asesino?». Yo le respondí: «¿Y tú qué haces aquí si hace dos días balearon en una camioneta en Veracruz a tus hijos y mataron a dos de tus ayudantes?». Me retiré de la mesa sin despedirme de Jesús Murillo. Manlio me alcanzó para decirme que no tenía sentido todo lo que había pasado. Le respondí que yo no había agraviado a Peña, que fue él quien me insultó, el que me maltrató, sin derecho a hacerlo. Nos fuimos con un muy mal sabor de boca. Y yo guardé esta anécdota para el futuro.

Pensé que, si Peña llegaba a la Presidencia, esa historia estaría presente en su memoria todos los días. Y la verdad no me daba ningún gusto. Siempre he pasado por persecuciones de los Gobiernos. A veces, a lo mejor, por errores míos, pero sobre todo creo que era por el mal ánimo que los políticos conservaban hacia mi papá; era una forma de lastimarlo, a través de mí.

Las facturas de Proceso y de don Julio las cobraban a través de ti.

Claro, porque los políticos pensaban que yo era el responsable y que siempre podía influir en mi papá.

¿Qué tanto podías influir en don Julio y en Proceso*?*

En mi papá no influía nadie, la verdad. Tenía muy claro cuál era su trabajo y su responsabilidad. Yo podía influirlo en algunas relaciones básicas: en sentarnos a comer con alguien, en conversar con algunas personas, aunque no fueran de su interés. Tuvimos una relación maravillosa con el escritor Carlos Montemayor, a quien él no conocía; nos reuníamos con frecuencia, manteníamos relación con otros escritores y políticos, siempre haciendo cosas en común, lo que siempre le agradecí a mi papá, porque fue muy

generoso conmigo. Pero de influir en *Proceso*, no.

Proceso era —y sigue siendo— un medio con su propia dinámica, y además con todo un equipo de subdirectores y editores que trabajaban con don Julio.

Era tan público lo que hacían, tan conocido, y daban tanta lata, que era imposible que alguien interviniera, fuera quien fuera. Recuerdo que, por allá por los noventa, me llamó el gobernador de Jalisco, Enrique Álvarez del Castillo. Yo operaba en ese estado una pequeña empresa llamada Nutrimex, que se dedicaba a elaborar alimentos derivados de la soya para las clases populares. Teníamos una planta en Jalisco y, con base en eso, se puso la primera piedra para una nueva instalación. Mi relación con don Enrique era lejana, pero cordial.

En algún momento de su gobierno, Álvarez del Castillo —lo voy a decir con cariño— era asiduo a la pachanga. Un día, llegó a Casa Jalisco y se encontró al Superbarrio Gómez representándolo en una parodia en las afueras de la casa de Gobierno. Don Enrique se bajó del vehículo ya un poco ebrio y le reclamó al Superbarrio por su actuación, lo que este, obviamente, aprovechó para burlarse. Los medios retomaron el hecho. *Proceso* fue muy incisivo y, a partir de ese momento, empezó a hacer cosas que dañaban o lastimaban a Álvarez del Castillo.

Un día don Enrique me llamó y me invitó a comer en Casa Jalisco: «¿Cuándo viene?». «No, pues cuando usted me ordene, gobernador, cuando usted me diga».

Fui a comer con él y su jefe de prensa. Comimos muy bien, puros antojitos de Jalisco. Yo no bebo, pero él se echó un par de tequilas, y el jefe de prensa, otros. Y entonces me dijo: «Julio, necesito pedirle un favor que solo usted me puede hacer». «Dígame». «Yo sé que a don Julio nadie lo convence para quitar un personaje, cambiar una nota, hacer estas cosas, pero *Proceso* me trae frito. Todos los fines de semana me saca y ya estoy desesperado y necesito hacer algo. Y siendo usted la única persona que conozco cercana a don Julio, le quiero pedir que me ayude».

Le contesté así: «Usted conoce el carácter de mi papá, es muy complicado, lo que le ofrezco es pedirle que vea el asunto y ya él determinará qué puede hacer o qué no, yo le mando su recado con mucho gusto».

Fue entonces cuando el jefe de prensa de Álvarez del Castillo le dijo:

«Señor gobernador, sería muy importante que diera vista a toda la obra turística que usted ha hecho aquí en el Estado, que iniciáramos una campaña de publicidad de todas estas cosas que usted le ha dado a Jalisco. Sería muy importante que lo hiciéramos a nivel nacional. Y creo que valdría la pena que iniciáramos con *Proceso*, mostrando todo lo que se ha hecho». «Ay, cómo es usted pendejo —le dijo el gobernador—. En *Proceso* no hay que salir ni para bien ni para mal».

Así se entendía el carácter de *Proceso*. Así era el carácter de mi papá.

Regresemos al sexenio de Peña Nieto. ¿Qué pasó después? ¿Siguió el distanciamiento?

Siguió. Mantengo muy buena relación con Julio Villarreal, empresario de Banco Afirme y, en su momento, dueño de la siderúrgica Lázaro Cárdenas Las Truchas, allá en Michoacán. Coincidimos porque yo trabajaba en otra siderúrgica, NKS, una coinversión mexicano-japonesa. Trabamos amistad. Julio era generoso con sus afectos, muy amable, siempre cariñoso conmigo. Lo veía con frecuencia en Michoacán, y estrechamos nuestra relación de la mejor manera.

En algún momento, cuando estaba a punto de terminar la campaña de 2012, Andrés Manuel y Marcelo Ebrard me pidieron que viéramos la forma de reestructurar los créditos que tenían el PRD y el PT con banco Afirme, con el objetivo de liberar recursos adicionales para financiar el final de las campañas.

Hasta donde recuerdo, el crédito que se planteaba para los dos partidos era de 30 millones para el PRD y 20 para el PT. Ambos partidos tenían con qué pagarlos gracias a las prerrogativas que les daba el Gobierno. La idea era que, una vez reestructurados, se liberaran fondos para el cierre de la campaña.

Busqué a Julio Villarreal, que estaba en Croacia. Desde allá me llamó en la madrugada, serían las cinco de la mañana, para decirme: «Tocayo, ¿qué se te ofrece?». «Te llamé para pedirte un favor. Van bien las campañas, pero se requiere que me ayudes para hacer una reestructura de los recursos de PRD y PT y que pueda, con eso, tener el financiamiento que se requiere». Julio Villarreal me ofreció ver qué se podía hacer y avisarme en cuanto

supiera.

Esa llamada se grabó ilegalmente y se divulgó en *El Universal*. Jesús Murillo y Sebastián Lerdo de Tejada, entonces representante del PRI en el IFE, afirmaron que se trataba de financiamiento privado y que eso era ilícito. Me demandaron, me denunciaron ante el IFE por la llamada.

Yo también denuncié porque la grabación de la llamada fue ilegal, aunque eso a nadie le importó. Hubo un pequeño pleito mediático, pero nada más que eso. Desafortunadamente, Sebastián Lerdo de Tejada falleció en 2015, ya terminada la campaña. Y aunque suene triste decirlo así, la denuncia murió con él, no había denunciante. Esa era mi relación con el PRI, con Peña. Para asuntos de este tipo se imponía la cercanía, la confianza, y ambas existían.

———•———

En medio de la campaña de 2012, se dio un hecho que ejemplifica la facilidad con que Andrés Manuel podía tomar distancia de sus colaboradores más cercanos, lo que lastimó mucho su relación de años con Luis Mandoki. Fue la historia de El Charolazo: una cena en la que se filtró que Luis había pedido apoyo monetario para la campaña a un grupo de empresarios. Así lo cuenta Mandoki:

El recuerdo del 2012 es duro y triste. Dejó una marca en mí y en mi familia. Después de la derrota del 2006, se fue dando una relación más y más cercana con Andrés Manuel. Él seguía recorriendo el país, me sorprendían su voluntad y persistencia.

En 2012 se decidió que el candidato por el PRD sería Andrés Manuel, y yo quería ayudarle en la campaña. Yo había hecho casi toda mi carrera de director de cine en Los Ángeles, mi pasión y mis conocimientos son del quehacer cinematográfico, no de estrategia política.

Cuando volví a México para realizar la película *Voces inocentes* se dio este encuentro con Andrés Manuel. Para mí era inspirador ver a un líder que verdaderamente amaba y conocía México, y le dedicaba su vida para transformarlo. Fue el amor por mi país lo que me llevó a dedicar tiempo a esto, político no soy ni nunca lo fui.

Con el equipo cinematográfico que conocí realizando *Voces inocentes*, coincidimos e hicimos los documentales *¿Quién es el Señor López?* y *Fraude: México 2006,* siendo mi principal colaboradora la excelente editora Mariana Rodríguez. Platicando con ella, ideamos traer a un especialista electoral, el uruguayo Luis Costa Bonino, estratega de François Mitterrand en Francia y de Pepe Mujica en Uruguay. Lo hablamos con Andrés Manuel y se integró a la campaña, aunque nunca se anunció oficialmente.

En mayo, durante una cena en casa de Luis Creel surgió esa posibilidad con un grupo de empresarios, entre los que estaban Luis del Valle, Luis Orvañanos, Elena Achar, Adolfo Hellmund y Rogelio Jiménez Pons. Platicamos con el candidato que aprobó a Bonino, Rogelio y Adolfo, que

colaboraban en la campaña.

En la cena, el 24 de mayo de 2012, hubo de nueve a diez comensales. A mi izquierda se sentó Elena Achar, que aprovechó mi distracción para grabar secretamente un audio de las conversaciones de aquella noche. Yo había quedado de verla para tomar un café la mañana siguiente, pero algo no me latió y le cancelé. Esa tarde me buscó César Yáñez, quien me dijo que un reportero de *El Universal* quería hablar conmigo, que había una grabación de la noche anterior. Hablé con él, le comenté que fue una cena en la que se habló del momento de la campaña. Al día siguiente salió en primera plana de *El Universal* «El Charolazo», un escándalo en donde mi nombre figuraba en primer término. Ahí se detonó una persecución a mi persona de periodistas que me acechaban, una demanda del IFE porque la grabación se había editado mañosamente para aparentar que se habían pedido 6 millones de dólares y que algunos personajes habían aportado recursos, lo cual era absolutamente falso. Pero les funcionó, golpearon a la campaña y debilitaron al equipo. Bonino y yo salimos de la campaña y yo no volví a ver a Andrés Manuel hasta el año de 2018, cuando ya era presidente electo.

Este incidente marcó la vida de mi familia. De pronto, el padre de mis hijos estaba involucrado en un supuesto acto criminal. Recibíamos llamadas anónimas con amenazas, nos vigilaban autos incógnitos, diversos medios me llamaban pidiendo entrevistas. Mi esposa Olivia, quien me había pedido ayudar a Andrés, entró en un estado emocional y psicológico que no se lo deseo a nadie.

Había dejado suspendida mi carrera cinematográfica cuando, de repente, estábamos aislados. El acoso era brutal. Un día, de camino a la escuela, mi hija de 13 años escuchó en la radio a Carmen Aristegui hablando del tema, mencionando mi nombre como alguien involucrado en cosas ilegales. Para mi niña fue traumático.

Mi hijo de 16 años se encontraba estudiando en una Academia en Texas, convivía con mexicanos y, de pronto, escuchaba que su padre estaba involucrado en un escándalo. Yo hablé con él, le pregunté cómo lo estaba sobrellevando. Me respondió que, si yo podía con todo un país, él podía con una academia.

Hubo tres personas del equipo que fueron muy solidarias: la hoy presidenta de México, Claudia Sheinbaum, Julio Scherer Ibarra, quien nos defendió jurídicamente y nos apoyó también como un gran amigo, e Iván Escalante.

En la investigación que hizo el IFE, las autoridades concluyeron que no hubo financiamiento ilegal ni transferencia de recursos. Se investigaron movimientos bancarios, pero no hallaron ninguna aportación, porque no la hubo.

Este episodio sigue doliendo. Aunque el acoso terminó al concluir la elección, un evento así te cambia, te vuelve sumamente desconfiado, te sientes constantemente vigilado. También fue dolorosa la distancia con mi amigo Andrés Manuel, la cual puedo entender desde un punto de vista político y práctico, mas no desde un punto de vista fraterno. Después de este episodio regresé a lo mío, que es el cine.

A veces es difícil comprender las decisiones de otros, sobre todo cuando lo que está en juego es tan fundamental. Admiro el tesón de Andrés Manuel, su lucha incansable por su ideal de transformar este país, al cual conoce como nadie, y ama profundamente.

Hasta aquí el texto de Mandoki.

En 2010, Andrés Manuel me invitó a platicar con él y con Gabino Cué,

candidato al Gobierno de Oaxaca por el PRD y por Movimiento Ciudadano, entonces llamado Convergencia. Andrés le dijo a Gabino que yo era uno de los hombres a los que más confianza le tenía. «Y a ti, Julio, te voy a pedir un favor: vamos a ayudar a Gabino, porque es un tipo espléndido y queremos que sea gobernador de Oaxaca. Tenemos que ganar la gubernatura, es muy importante para nosotros, porque va a ser un gobernador que nos va a ayudar mucho».

Andrés me dijo que me daría una lista de cinco personas a las que podía recurrir. Le contesté que, si necesitaba que me diera cinco nombres, entonces para qué le servía yo. Que ya vería cómo ayudar a Cué.

Gabino y yo platicamos largamente e iniciamos el proyecto de campaña. Le fue muy bien: competía contra un candidato del PRI que había sido secretario de Desarrollo Social con Ulises Ruiz, Eviel Pérez Magaña. El gobernador Ruiz no tenía escrúpulos, operaba con mucha ligereza los recursos del Estado.

En eso estábamos cuando comenzó a circular la idea de que Alejandro Encinas podía ser candidato de coalición por el PRD y el PAN en el Estado de México. Había muchos grupos a favor de esa alianza. Creo que fue Marcelo Ebrard el que me llamó para pedirme que visitara a Andrés Manuel y le propusiera que aceptara la alianza. Entonces le pedí a mi papá que nos hiciéramos invitar por Andrés Manuel a comer a su casa. Me preguntó para qué. Le expliqué que quería plantearle la posibilidad de hacer la alianza en el Estado de México. Me dijo que no quería inmiscuirse en los asuntos de los candidatos, que eso le chocaba, que para qué lo metía. «Ayúdame —le pedí—. Si no me ayudas, ¿cómo hago para plantearle que se forme una alianza?». «Este es un monstruo —me dijo mi papá—, no va a querer».

Finalmente se hizo la comida con Andrés Manuel y Beatriz. Ella siempre fue lindísima con mi papá, tenían una comunicación muy especial. Era generosa, cariñosa, muy atenta siempre y, además, una persona con la que mi papá se entendía bien. Le encantaba platicar con ella porque la consideraba una buena interlocutora. Y la verdad es que sí es muy abusada.

Nos sentamos cerca de la cocina; Beatriz junto a mi papá, y frente a ella, Andrés Manuel. En el otro extremo, yo. Era un departamento muy

chiquito donde, prácticamente, la cocina estaba en el comedor y el comedor en la cocina.

La conversación era muy fluida, muy padre, todos estábamos contentos, no había interrupción, no había nadie que atendiera ni que sirviera en la mesa. Gozábamos de absoluta privacidad. En medio de la conversación le lancé la pregunta a Andrés Manuel: «¿Por qué no hacemos la alianza en el Estado de México?». Y en dos segundos, Andrés Manuel volteó su silla hacia donde yo estaba, dándole casi la espalda a mi papá y explotó: «Sabía que me ibas a pedir eso y te voy a explicar por qué eso no es viable». Y me empezó a dar una explicación a gritos, estaba furioso. «No es viable», decía. «No voy a aceptarla, ¿y tú para qué te metes en eso? No sabes de política. No le hagas caso a estos imbéciles. Eso yo lo manejo y lo manejo bien».

Hubo un momento en el que Beatriz le pidió guardar la calma: «Ya déjalo», le imploró. Porque era una madriza brutal. Mi papá también le dijo: «Don Manuel, por favor, ya suéltelo». Pero Andrés Manuel me dio una gritoniza como la que nunca me habían dado. Nos fuimos de la casa. Mi papá me dijo que nos habíamos equivocado en ir allá: «Me pusiste a hacer tus tonterías y mira cómo nos fue». «Ya ni modo, pero me fue peor a mí que a ti, papá». «Pues sí, pero a mí por qué me tiene que ir mal con este señor al que tanto quiero», me contestó.

Al poco tiempo me vi en la necesidad de preguntar a Andrés Manuel: «Nosotros tenemos alianza con el PAN en Oaxaca, ¿la vas a seguir aceptando o la cancelamos?, porque en vista de la forma en que me trataste la otra vez, supongo que hay que cancelarla, aunque no hay manera de ganar si no nos asociamos con el PAN». Y entonces me contestó que de ninguna manera, «esa la dejamos porque hay que triunfar pase lo que pase. Adelante, pero ganen».

En Oaxaca prácticamente toda la oposición ya estaba unida. Solo nos faltaba una persona: la maestra Elba Esther Gordillo, con quien Andrés Manuel siempre había tenido pique y confrontación. Él defendía a la Coordinadora, todo lo contrario a Elba Esther.

Volví a verlo para decirle que sentíamos que nos faltaban votos porque la maestra tenía una candidata que, aunque fuera poco, nos iba a restar. Iba a estar tan cerrada la elección, que necesitábamos todos los votos.

Entonces me dio luz verde para pactar hasta con el diablo con tal de ganar.

En dicha elección se portó de manera extraordinaria. Iba a Oaxaca cada vez que se necesitaba, apoyaba con su presencia. En las comunidades lo querían mucho. Finalmente ganó Gabino. Ese era el tipo de relación que tenía con Andrés Manuel: respeto y confianza a toda prueba, lo que me permitía plantearle asuntos muy importantes e incluso difíciles de aceptar para él.

En 2012 no ganó, pero obtuvo un mejor resultado de lo esperado. Comenzó tercero y terminó segundo. Y sobre todo en las semanas finales, en el último mes de la campaña, el crecimiento fue evidente. Redujo considerablemente la ventaja de Peña Nieto, que triunfó por seis o siete puntos. Si la campaña hubiera durado dos o tres semanas más, Andrés Manuel habría ganado la elección, porque estaba en el ánimo de la gente.

En ese momento, Andrés Manuel ya estaba pensando en Morena, porque la distancia entre los Chuchos y él era enorme. Después de la elección del 2012, los Chuchos querían jubilar a Andrés Manuel, esa era la intención.

La visión de los Chuchos era que Andrés Manuel ya no tenía futuro. Lo jubilan, pero él ya venía planteando desde antes crear su propia organización. Iniciado el gobierno de Peña, comenzó a designar personas en todos los estados para organizar las asambleas de su nuevo partido. Se realizaron las trescientas asambleas sin mayor problema. Prácticamente no faltó ningún distrito del país.

Para entonces ya estaba firmado el Pacto por México, entre el PRD, Peña Nieto y el PAN. Eso le dio a Andrés Manuel un argumento para justificar la distancia política, el rompimiento con el PRD.

Sí, porque el PRD ya estaba lejísimos de Andrés, y Andrés del PRD. Ellos cometieron el error de darle la razón a López Obrador aliándose con lo que él llamaba el «PRIAN». Y entonces tuvo un discurso respaldado por las estupideces del gobierno de Peña Nieto, que pronto, muy pronto, se descalificó a sí mismo, sobre todo a partir del escándalo de la Casa Blanca, aquella residencia atribuida al matrimonio Peña-Rivera.

Andrés Manuel no solo empezó a concretar un partido nuevo que compitiera en las elecciones de 2015, sino que también comenzó a recuperar su fuerza política creando expectativas respecto a ganar las

próximas elecciones, y que, ahora sí, la tercera sería la vencida.

7
El infarto

El 3 de diciembre de 2013, en pleno proceso de la reforma energética de Peña Nieto, López Obrador fue ingresado de urgencia al hospital Médica Sur por un infarto al miocardio. Apenas salvó su vida. Alguna vez reconoció que pensaba que eso del estrés y la hipertensión eran exageraciones de pequeños burgueses. Ese día comprobó que ambas condiciones podían ser mortales.

Hay un episodio central en la vida de López Obrador: el ataque cardiaco que sufrió en 2013. Ocurrió mientras se estaba votando la reforma energética y cuando él ya estaba formando Morena.

El infarto coincidió con los preparativos de una gran marcha en contra de la reforma energética, que pretendía llegar a la Cámara de Diputados o al Zócalo, para luego tomar la Cámara. Creo que la presión que enfrentaba, sumada a los conflictos con tantos actores políticos que contravenían su postura, terminó provocándole el infarto.

Voy a contar algo muy personal. Mi papá vivió hasta el último de sus días con severos problemas de salud. No era un hombre rico y no habría podido solventar los altísimos costos de su enfermedad sin la generosidad de mi hermana Regina, que trabajaba en el Poder Judicial. Gracias a ella, mi papá tuvo derecho al seguro de gastos médicos mayores que esa institución federal ofrecía a su personal de confianza. Aun así, el seguro resultó insuficiente para cubrir esas onerosísimas facturas; el resto de los gastos que originó su enfermedad los costeamos nosotros, lo que hizo posible que él viviera dignamente hasta el final.

En algún momento, platicando con Beatriz y Andrés Manuel, les comenté esa experiencia y, por los costos tan elevados de una enfermedad grave o prolongada para una familia, les pedí que sacáramos un seguro de gastos médicos mayores.

Andrés Manuel se negó rotundamente aduciendo que eso era de gente rica y que él no lo aceptaría por ningún motivo. Beatriz le insistió y le dijo

que no debían correr un riesgo así con su salud, que no había necesidad. Él se mantuvo firme en su negativa.

Andrés Manuel es un hombre modesto, no entiende de esas preocupaciones y no quiso hacerlo. Beatriz y yo retomamos el tema a solas. Le propuse llevarle la solicitud para el seguro de gastos médicos de Andrés Manuel. Ella me recordó que él no iba a aceptarlo. «¿Que nos importa que él no lo acepte?», le dije. «Vamos a hacerlo, Beatriz, con eso va a ser suficiente, independientemente de que quiera o no. No estamos haciendo nada que lo perturbe ni que lo dañe. No tenemos por qué enterarlo, simplemente nos aseguramos de que lo tenga».

Me dijo: «Adelante, va». Metimos la solicitud a la aseguradora de Baillères, GNP, que nos aceptó la póliza de gastos médicos mayores. Eso fue muy poquito antes del infarto, quizá un mes, 20 días, pero fue suficiente para cubrir los costos originados por la repentina enfermedad.

El día que le da el infarto, Andrés Manuel estaba cenando con Carmen Lira, directora de La Jornada.

Después de la cena regresó a su casa, ya sintiéndose mal. Entonces le hablaron a Andrés chico, quien lo llevó al hospital. En ese tiempo, ya vivía en Tlalpan, en un condominio horizontal al que se habían mudado después del departamento en la colonia Del Valle, que era de Beatriz y a donde se había trasladado al dejar Copilco. Ese condominio estaba muy cerca de Médica Sur, donde lo atendieron de emergencia, lo operaron, le cambiaron una válvula. Uno de los médicos nos dijo que, si no lo hubieran llevado así de rápido, habría muerto.

Al día siguiente de la cirugía hubo una conferencia de prensa en la que los familiares, junto con los médicos, informaron sobre lo que había pasado. Después llegaron algunas personas cercanas; César Yáñez, el ingeniero Esquer, Beatriz y yo estábamos en el cuarto de Andrés Manuel. Él estaba sentado en un sillón reclinable, recuperándose. Estaba todavía jodidísimo cuando, preocupado, le preguntó al ingeniero Esquer: «¡Qué barbaridad, amigo! ¿De dónde vamos a sacar el dinero para pagar esto?».

Invité a Beatriz a salir de la habitación para dirigirnos a la caja del hospital Médica Sur. Informamos a los encargados que el licenciado López Obrador contaba con una póliza de gastos médicos mayores en GNP, aunque, desafortunadamente, todavía no nos daban la credencial para

comprobarlo, pero que la póliza ya había sido aprobada y queríamos que lo confirmaran. La persona que nos atendía en la caja era Lupita, la misma que nos atendía cuando mi papá asistía a Médica Sur, una persona muy cariñosa, que siempre estuvo muy preocupada por la salud de mi papá. Y en ese momento se comprometió a resolver el tema inmediatamente para que no hubiera ningún problema. Hizo las llamadas pertinentes y confirmaron que la póliza estaba vigente y que el licenciado tenía derecho a cubrir con ella todos los gastos médicos.

Pero hubo un detalle que resultó importante. La señora Lupita le informó a Beatriz que habían llamado de parte de la Presidencia de la República para ofrecer que todos los gastos de Andrés Manuel corrieran por cuenta del presidente Peña Nieto. Y que también habían llamado de parte del Gobierno de la ciudad, de Miguel Mancera, para proponer incorporar la póliza del licenciado López Obrador a la del Gobierno de la ciudad, lo que no se podía ni se debía hacer, pues Andrés Manuel no era parte del Gobierno, así que no tenía derecho a ella.

Beatriz agradeció todas las atenciones dispensadas a su esposo, pero aseguró que no se necesitaban esos apoyos. Los gastos se pagarían con el seguro de GNP. Regresamos con López Obrador, y Beatriz lo confortó diciéndole que los gastos estarían cubiertos. Y le contó toda esta historia. Andrés se sorprendió mucho y preguntó que cómo harían para que él no pagara. «Pues es un seguro y ya no necesitas pagar. Ya está todo pagado», le explicó Beatriz. Le dio mucho gusto, e inmediatamente puso a Andrés chico y a Martí Batres a operar la toma de la Cámara de Diputados.

La toma no salió muy bien que digamos. Hubo poca participación. Resultó ser un acto simbólico en contra de la reforma y nada más.

Don Julio Scherer García, mi padre, falleció el 7 de enero de 2015. Desde que mi papá se empezó a sentir mal, le dije a Andrés que yo estaba muy preocupado e incluso muy asustado por lo que pasaba con mi papá. Andrés me dijo que era importante que me tranquilizara, pero también que me preparara. «Prepárate —dijo— va a ser algo muy duro». Y empezó a enumerar las cualidades de mi papá. Me dijo algo muy bonito que llevo siempre en el corazón. «Tu papá tiene los valores del ser humano al que yo

admiro. Es un ser humano excepcional. Él, no tengo duda, para mí podría haber sido mi padre. Me hubiera encantado que lo fuera por el cariño y la admiración que le tengo. Esos valores, esa honestidad, esa perseverancia, esa inteligencia, esa rectitud, esa valentía, son lo que más admiro. Yo voy a estar muy pendiente de él siempre».

Pasaron los días y recuerdo que le avisé a Andrés que mi papá ya no estaba. En ese momento fue amorosísimo conmigo. Tuvo palabras excepcionales hacia mi persona, pero sobre todo hacia mi papá. Habló de su relación con él y de sus sentimientos hacia él, hasta que, en algún momento, se le quebró la voz y se apartó del teléfono.

También hablé con Beatriz, quien asistió al entierro. Mis hermanos coincidieron siempre con nuestro padre en que la enfermedad y la muerte son eventos íntimos. No queríamos un evento público. Deseábamos llevarlo inmediatamente al Panteón Francés, donde está mi mamá, y dejarlo junto a ella.

Fueron pocas las personas que se enteraron del suceso. Recuerdo a Beatriz caminando al final de la procesión hacia el sepulcro. En medio del dolor y del sufrimiento que todos compartíamos, noté en ella un genuino pesar por la muerte de mi padre. Su deceso impactó mucho a la familia de Andrés porque fue amado por ellos y porque él los quiso profundamente.

Mi papá decía que él había tenido dos amigos en la vida: Vicente Leñero y Enrique Maza. Y alguna vez me comentó que si pudiera incorporar a otro, sería a Andrés Manuel López Obrador. Y eso que quiso a Heberto Castillo como a un hermano… Pero al tratarse de amigos, solo hablaba de esos tres.

Había un amor, un gran cariño, que era recíproco. Las últimas veces que se vieron fue en casa de mi papá. En algunas ocasiones, llegaba con Beatriz; otras, solo. Comíamos o cenábamos siempre lo mismo. A Andrés Manuel le gusta la comida mexicana sencilla: caldos, carne asada, unos frijoles con totopos… Siempre lo mismo, no quería que se cambiara el menú. Mi hermana Adriana le caía muy bien. Ella era fanática suya, así que, invariablemente, lo consentía con lo que a él le gustaba. Comíamos, cenábamos, platicábamos… Siempre estábamos contentos.

En una ocasión, vimos en la casa de mi padre una Serie Mundial de beisbol entre los Cardenales de San Luis y los Rangers de Texas, un equipo que era propiedad de George Bush hijo. Obviamente, Andrés le iba a los

Cardenales, su equipo. Mi papá, a los Rangers, pero solo por darle lata, y Andrés le reclamaba por irle a al equipo de Bush. Mi papá le iba narrando el juego, adelantándose a las jugadas. «Viene una bola, don Manuel», «Viene un strike, don Manuel», «Viene un ponche, don Manuel»… Y don Manuel decía «No, don Julio», y salía lo que tenía que salir.

En un momento dado, Andrés Manuel se paró y se colocó tras el respaldo del sillón donde estaba mi papá. Con cuidado puso las manos sobre el respaldo y le dijo: «Ahora sí, don Julio, se va a joder, porque el que viene va a batear un jonrón». «Usted está loco, don Manuel, ¿sabe lo que está diciendo?». Pues ese bateador —creo que se llamaba Pujols— conectó un jonrón. Y entonces Andrés le dijo a mi papá: «¿Ya ve? El que sabe de beisbol, soy yo». Esa era la dinámica de la conversación. Mi papá era feliz con Andrés Manuel.

Otro día acudimos a una comida en casa de Andrés Manuel y Beatriz. Los invitados éramos mi papá, Carmen Lira y yo. Existía un pequeño distanciamiento entre Carmen y mi papá, así que Andrés y Beatriz insistieron en la comida para restablecer la comunicación entre ellos. Carmen llegó muy contenta, muy arreglada, maquillada con un labial muy rojo. Mi papá la abrazó con mucho cariño, pues él no era rencoroso. Carmen Lira le plantó un beso en la mejilla muy estruendoso que le dejó marcado el labial. Al señalarle la marca, se rio y empezó a pedir: «Carmen, bésame». «No, ¿cómo te voy a besar, Julio?», dijo ella. Pero mi papá hizo que lo besara en toda la cara, que le quedó toda roja. Todos nos reíamos al verlo jugando con aquella señora con la que había tenido una desavenencia menor. Estoy seguro de que hoy Carmen lo recuerda con mucho cariño. Él, seguramente, se fue con un gran amor por ella.

Hay una frase de don Julio que Andrés Manuel usa mucho. La pronunció en casa de Andrés Manuel, cerca del fin de la campaña del 2012: «Don Manuel, entienda, usted ya no se pertenece, usted le pertenece a la gente». La frase le quedó muy grabada. Cuando llegó al Gobierno, en su discurso del 1.° de julio de 2018 en el Zócalo, Andrés la repitió. Desde entonces, la ha citado innumerables veces.

En otra ocasión, platicábamos de Sandra Ávila Beltrán, la Reina del Pacífico, a quien mi papá había entrevistado en prisión y que dio origen a ese libro que se llamó *La Reina del Pacífico*: *es la hora de contar*.

Sandra Ávila fue un personaje que —como decía mi mamá— le llenó el

ojo a mi papá. Estábamos en la casa de mi papá con Andrés y con Beatriz, y ella estaba azorada por todo lo que le platicaba de esa señora. Beatriz le preguntó: «Dígame, don Julio, ¿qué fue lo que más le gustó de Sandra?, porque no deja de platicar de ella». «Lo que más me gustó, doña Beatriz —le dijo— fue la rayita». «¿Qué rayita, don Julio?». «Pues la de aquí, doña Beatriz», le dijo señalando la separación entre los senos. Nos reíamos, jugábamos. Desde entonces, Beatriz siempre le decía: «Ay, don Julio, la rayita». Era una relación preciosa.

Regularmente, todos los 13 de enero comíamos Beatriz, Andrés Manuel, Karina (mi esposa) y alguna de mis hermanas para festejar el cumpleaños de la primera. Eran comidas llenas de alegría y casi siempre las hacíamos en el restaurante El Cardenal de la Alameda o el de Avenida De la Paz.

En una ocasión nos acompañó mi hija Renata. Durante la conversación surgió el tema de las actividades que ella realizaba. Le habló sobre la música, coincidimos en el error del Gobierno de retirarla de las escuelas, y recordamos con nostalgia los viejos pianos frente a las infames flautas modernas, como todo, negocio de unos cuantos.

Eran reuniones familiares, siempre gratas. Una manera de vivir la vida. Tres personajes relevantes de la vida pública de México que convivían con una sencillez, naturalidad y espontaneidad que conmovía. Entre ellos se hablaban de tú. Y pongo a Beatriz en el mismo nivel que a los otros dos, porque ha sido un personaje fundamental en la vida de Andrés. Así también mi madre se complementaba con mi papá. Él, el hombre inteligente, culto, decidido, con un gran potencial intelectual y periodístico; mi mamá, la mujer bondadosa, sencilla, sensible, también culta, que aportaba lo mejor de su vida en nuestras vidas. Era el complemento ideal para mi papá; por eso, formaban una pareja, eran el uno para el otro.

Beatriz tiene una agudeza intelectual; él es inteligente, tiene cosas que fascinan. Creo que así se fueron complementando y así los veíamos en la casa de mi papá: ayudándose, queriéndose, compartiendo tantos y tantos temas y resolviendo problemas juntos. Andrés siempre viajando por el país, Beatriz siempre aquí, esperándolo.

Y es cierto eso que cuenta Andrés Manuel de que todos los fines de semana regresaba a la casa de Beatriz con la camioneta cargada de regalos

de la gente, con todo tipo de artesanías y hasta comida que le obsequiaban en sus giras. Esa era su dinámica.

Esa fue también la relación entre Andrés Manuel y mi papá. Podría contar mil anécdotas, porque pasamos mucho tiempo juntos.

8
AMLO y Mancera

Una de las rupturas más dolorosas entre el PRD y López Obrador fue la que se produjo con Miguel Mancera, quien además de ser uno de sus abogados defensores durante el proceso de desafuero, fue procurador capitalino con Ebrard y candidato del PRD para la Ciudad de México en 2012, donde ganó con números abrumadores, superiores al 70%. Mancera se acercó decididamente a la dirigencia del PRD y se distanció tanto de Marcelo como de López Obrador, pero la ruptura definitiva se dio en las elecciones del 2015. Esta es la historia.

La primera campaña en la que aparece Morena es en la elección intermedia del 2015. En esos comicios ya hubo candidatos de Morena para la ciudad. Participaron Claudia Sheinbaum en Tlalpan, Ricardo Monreal en Cuauhtémoc y varios aspirantes más que Andrés eligió en un proceso muy importante para el futuro de su partido.

Le salió bien la jugada: ganó varias posiciones de poder tanto en la capital como a nivel federal.

Posiciones muy importantes, porque se ganaron con un partido nuevo, recién creado, que nunca había competido. Morena fue una hazaña de López Obrador. Nadie antes había conseguido algo similar. ¿En cuánto tiempo se formaron los otros partidos? ¿Cuánto tardaron en madurar? ¿Cuánto pasó para que ganaran una elección? Morena nació ganando.

Andrés Manuel y Miguel Mancera, que entonces era el jefe de Gobierno, mantenían una muy buena relación.

Mancera, como tú lo has dicho, estaba en el equipo legal que trató todo el tema del desafuero.

Yo tenía —o tengo— una muy buena relación con Mario Delgado, que quería ser jefe de Gobierno, y todo hacía pensar que él sería el candidato de Ebrard. Habían trabajado juntos; Mario había crecido políticamente

con Marcelo, quien se portaba muy bien con él. Lo cambió de la Secretaría de Finanzas a la de Educación para darle mayor impulso y abrirle la posibilidad de competir por la Jefatura de Gobierno, aunque daba la impresión de que Marcelo no se decidía.

Mario Delgado, en varias ocasiones, me pidió que lo acompañara a ver a López Obrador. En la segunda visita, Andrés me preguntó: «¿Para qué traes a Mario? Ya entendí que quiere ser jefe de Gobierno, pero eso no depende de mí, depende del jefe de Gobierno». Entonces Andrés se limitaba a recibirlo, era atento, lo escuchaba y le hacía comentarios que podían ayudarle mucho.

Cuando ya estaba cerca la toma de decisión para la elección de jefe de Gobierno, noté que Andrés Manuel, en un evento en la ciudad, adoptó un posicionamiento muy claro a favor de Mancera.

Ya había espectaculares de Mancera en el Periférico. Se decía que tenía el apoyo de Televisa para llegar a la Jefatura de Gobierno y, en uno de los eventos a los que concurrió Andrés Manuel, la gente empezó a expresarse bien de Mancera frente a él. Llegué a la casa de la calle San Luis, que era la casa de trabajo de López Obrador y me dijo: «Hazme un favor, háblale ahorita a Monreal, vete a verlo y que destape de inmediato a Mancera». Le hablé a Mancera y le dije que lo esperaba en casa de Monreal.

Llegamos juntos a ver a Ricardo, nos sentamos en una sala de la planta alta y le transmití el mensaje: el licenciado López Obrador quería que destaparan a Miguel. En ese momento, Monreal llevó a Mancera a un evento en el hotel Sheraton para hacerlo público. Allí estaban Manuel Camacho y algunas personas más. Se rumoraba que el licenciado Camacho ayudaba a la señora Alejandra Barrales para ser candidata, pero fue Andrés Manuel quien decidió que el abanderado fuera Mancera.

Andrés tenía una magnífica relación con Mancera, quien lo visitaba con frecuencia en su casa, le llevaba unos panes, lo apapachaba. Andrés Manuel era generoso y atento con él. En una de esas visitas Andrés Manuel le dijo: «Licenciado, le voy a decir una cosa: usted y yo siempre vamos a tener una buena relación. Nada más hágame un favor, no se meta en la elección del Distrito Federal, no meta las manos como Gobierno y vamos a mantener la relación sin sombra».

Mancera cometió el error de apoyar a los candidatos del PRD contra los

de Morena en 2015. Andrés Manuel se enfureció. Había dos o tres elecciones que se disputaban en el Tribunal Electoral del Distrito Federal. Mancera quiso verlo para proponer una negociación: que Morena se quedara con algunas delegaciones y el PRD con otras. Andrés Manuel muy enojado le reprochó: «Licenciado, le dije que lo único que no era permisible era meterse en la elección. Yo no tengo nada que discutir con usted, nada, mucho menos que negociar. Yo no negocio el voto popular». Entonces Mancera le dijo, creo que equivocadamente: «Andrés, pero no fui yo el que se metió, fue el secretario de Gobierno». Y Andrés Manuel le contestó horrible: «De cuándo a acá —le dijo—, el perro manda al amo». Y se rompió la relación para siempre.

9
Estado de México, ganar perdiendo

El verdadero preámbulo de los comicios del 2018 fueron los del año anterior en el Estado de México. El PRI, con Alfredo del Mazo, ganó por muy poco margen una elección donde la operación electoral que realizaron Miguel Osorio Chong y Rosario Robles fue fundamental para que el presidente Peña Nieto conservara su estado natal. Pero al final fue un triunfo costoso, pues demostró que López Obrador estaba preparado para participar y ganar en 2018 y, por otra parte, se pusieron de manifiesto las profundas diferencias internas del PRI y las tensiones entre este partido y la dirigencia panista de Ricardo Anaya, que se recrudecieron en la campaña del 2018.

Pasada la elección del 2015 comenzamos a prepararnos muy bien para la del Estado de México. Nos posicionamos con Delfina Gómez, que traía entre 13 y 14 puntos en las encuestas. Josefina Vázquez Mota, del PAN, rondaba los 20 altos, y Alfredo del Mazo iba en el 30%. Andrés nos encargó la campaña de Delfina.

Delfina no era conocida en ese momento, era un personaje relativamente menor. Había sido diputada y presidenta municipal de Texcoco, pero no era una persona conocida en todo el Estado, a diferencia de Del Mazo o Josefina.

Delfina era conocida básicamente en el oriente del estado, ahí tenía arraigo. Trabajaba con Horacio Duarte, de Texcoco, y con Higinio Martínez. Ellos la acompañaban prácticamente en todo. La primera vez que la vimos tenía un perfil más que nada de maestra. Y le dijimos que había que construir con ella un personaje.

¿Quiénes se encargaban contigo de la campaña?

Estábamos Alfonso Brito, mi primo Hugo Scherer, Abelardo Martín —

que nos ayudó en esa época— y yo. Teníamos a una persona que ayudaba en la parte de acompañamiento en el discurso de Delfina y en todo lo relativo al debate. Ese era el equipo de trabajo, no era grande. Decidimos trabajar a fondo con la idea de mostrar a Delfina como una maestra sencilla que venía de muy abajo y que lograría tirar al PRI de Hank en el Estado de México. Ese era el personaje que queríamos proyectar. Iniciamos bien. Delfina fue dúctil al cambio, participativa y además tenía un equipo básico que la ayudaba en las pequeñas cosas.

La campaña del Estado de México era muy importante porque era la antesala para la elección presidencial. Andrés Manuel también supervisaba la campaña de Coahuila, pero lo que más le importaba era el Estado de México, porque le daría muchos votos en la elección federal.

Empezamos a trabajar, a sacar de gira a Delfina, a hacer una campaña muy puntual también a través de Facebook, que resultó muy exitosa. Detectamos las zonas donde la candidata tenía un gran arraigo, sobre todo en el oriente del estado. En los primeros dos meses, Josefina cayó a menos de 20 puntos, Del Mazo crecía poco, pero se sostenía, y Delfina empezó a levantar.

Andrés Manuel era muy generoso con Delfina. Todo el tiempo iba a apoyarla en su campaña. De uno de esos eventos salió la frase «Vamos requetebién» y se fue consolidando la idea de que la maestra podía ganar el Estado de México.

Como tú decías, fue una campaña que era prácticamente un ensayo general de la campaña del 2018.

Yo diría que fue un buen laboratorio. Delfina era muy sencilla, muy modesta. Andrés la acompañaba en todo. Él daba forma a las frases, las tomaba y las rehacía. Y luego nosotros atendíamos lo que Delfina necesitara. Televisa participó en esa campaña de manera importante. Trabajamos muchísimo, era un trabajo de tiempo completo. Había que ir con ella a todos los lugares, a todos los mítines.

Faltaban tres o cuatro semanas para concluir la campaña cuando ya estábamos arriba en las encuestas, por lo menos en las encuestas que teníamos. Delfina tenía ya una popularidad muy grande en el Estado de México y sus mítines reunían 10000, 15000 personas. Estábamos convencidos de que íbamos a ganar.

Estábamos en eso cuando me reuní con el exgobernador del estado de Chihuahua, José Reyes Baeza, entonces director del Issste. Me preguntó qué estaba haciendo. Le dije que estaba en mi despacho ayudando a Andrés Manuel y a Delfina, y que sentía que íbamos muy bien. Reyes Baeza acuñó esa frase espantosa para la democracia: «Aunque tengan el 51% de los votos, nunca vamos a perder el Estado de México, no lo va a soltar el PRI, pase lo que pase». Contesté que íbamos muy arriba. «No hay duda —le dije— de que el último estirón va a ser para nosotros, porque el PRI ya se estancó». «No te quiero contradecir ni molestar —me rebatió—; aunque tengan el 51%, van a perder».

No me desalentó; pensé que era natural en un priista que no quería perder y que trabajaba con Peña Nieto. Andrés hacía un trabajo espléndido, parecía el candidato al Gobierno del Estado.

La semana previa a la elección me encontré en un restaurante a Gerardo Vargas Landeros, quien trabajaba en el Gobierno de Sinaloa. Estaba con algunos amigos y hablábamos entusiasmados de Delfina. Gerardo se sumó a la mesa y, en un momento dado, afirmó apenado que íbamos a perder la elección. «El Gobierno está con todo —explicó Vargas— preparando un operativo para que el licenciado Del Mazo no pierda. Peña no va a soltar el Estado de México».

Entonces le ofrecí razones electorales, rutas y escenarios que fundamentaban nuestro indudable triunfo, que ya no solo teníamos la certeza por nuestras encuestas, sino por el número de respuestas en Facebook, por los resultados que mostraban las encuestas públicas; ganaríamos por 5 o 6%. Él me reiteró: «No van a ganar, se va a montar un operativo completo para derrotarlos. Hay gobernadores, hay presidentes municipales, hay encargados de las distintas zonas, de los distintos municipios, te diría que manzana por manzana para que ustedes pierdan la elección. Julio, van a perder».

En esos días me acerqué a Andrés Manuel y le confesé que estaba muy preocupado por lo que había platicado con Vargas, quien me aseguraba que íbamos a perder. Entonces me dijo: «Nosotros hemos hecho todo lo que se tiene que hacer y todo lo que nos es humanamente posible para ganar la elección. Estemos tranquilos», me calmó.

Andrés Manuel me invitó el día de la elección a su oficina para conocer

los resultados. Cuando anunciaron que el licenciado Del Mazo había ganado, sentí una profunda tristeza. Entendí que la fuerza del Gobierno era mucho más grande que la de las personas. Comprendí que, aunque tuviéramos el 51% de los votos, ya se había tomado la decisión de que perdiéramos. Eso me hizo recordar todo lo que habíamos vivido con Andrés Manuel.

Me sentí abatido, Andrés lo notó, y yo le dije que eran fregaderas, que no se podía perder así, que no se valía. Él me contestó: «Julio, perdiendo, ganamos. Cualquier error que hoy cometamos en el Estado de México va a pesar sobre la campaña presidencial. Ellos son capaces de hacernos cualquier cosa para que no lleguemos al Gobierno. Este es un laboratorio». Sí, un laboratorio muy importante, porque tratándose del Estado de México y habiendo perdido por la poquísima diferencia con que perdimos, al subir Delfina de los 14 a los 34 puntos, eso nos mostraba la imagen de cómo estábamos en el país.

«El Estado de México —dijo— es básico, no solo por el tamaño de la votación, sino por las distintas zonas que abarca: el centro del estado, donde está la clase media; la zona de Tecamachalco, el cinturón azul, donde no nos fue nada mal. Y luego el oriente, donde Delfina, de plano, arrasó. La gente va a estar con nosotros. Mantengámonos tranquilos, va a funcionar».

Yo quedé triste, pero tranquilo. Supe que también me estaba dando un espaldarazo respecto a cómo habíamos hecho la campaña. Él mismo estaba satisfecho con el resultado, así que yo también podía estarlo.

De alguna forma, en el Estado de México, como te dijo López Obrador, habiendo perdido, ganaron. Porque también creo que existía un acuerdo tácito: el interés supremo de Peña Nieto en ese momento era no perder su estado, conservarlo a como diera lugar. Y eso dio pie a tener una campaña presidencial quizás más tranquila.

Si el presidente de la República, mexiquense, perdía con la tradición priista que existía, habría sufrido un descalabro total; ya no habría duda de que el PRI no tendría ninguna posibilidad en la elección federal. Por eso era tan importante para Peña Nieto ganar el Estado de México y, por ese motivo, actuaron como lo hicieron.

No hay que demeritar la cantidad enorme de votos con los que

crecimos en el Estado de México: obtuvimos más que en el 2006, cuando la votación había sido gigantesca. Ese laboratorio funcionaba, y Andrés podía ganar la elección presidencial, e iba a hacerlo.

10

Cambiar la política por la suerte

López Obrador mostró desde el inicio de la campaña para 2018 una enorme capacidad de movilización y de realizar amarres con todo tipo de personajes y grupos políticos, con el solo objetivo de ganar la elección. En ese proceso instauró un mecanismo que ha sido de los más extraños y controvertidos: para evitar los conflictos internos, decidió que las candidaturas al Congreso se definieran por tómbola, sustituyendo la decisión política por el azar. Además, optó por dividir el país en cinco regiones, con coordinadores designados para cada una, que responderían directamente al candidato. A Julio le correspondió la responsabilidad de todo el sureste.

¿Termina el Estado de México y entran de lleno a la campaña presidencial?

Sí, desde julio del 2017 a Andrés ya se le quemaban las habas por empezar su campaña, ya traía todos los preparativos e incluso empezó a hablar con personas que podrían ser parte de su gabinete.

Para esa fecha, a un año de las elecciones, ¿estaba tan convencido de que iba a ganar como para estar pensando ya en su gabinete?

Desde el 2012 Andrés Manuel decidió que anunciar el gabinete le daría una gran fortaleza, porque no era un candidato que iba solo: lo acompañaba un grupo de personas en quien la gente podía confiar. Ya lo había hecho en el 2012: anunció al gabinete, algunos grabaron videos y la estrategia resultó buena; a la gente le agradó ver figuras que inspiraban confianza.

Entonces trabajaba con eso: en la logística, en la consolidación de la estructura, en la forma en que pueblearía por cada distrito electoral. Trabajaba las candidaturas de diputados y senadores, pero ahora también

en los aspirantes a gobernadores —como en la elección de Chiapas, Guanajuato y otras—. Había que consolidar muchas cosas que Andrés nunca había podido lograr.

Puestos, además, que se diputaban en una coyuntura diferente, porque en 2006 o en 2012 no sabías si se iba a ganar o no sabías qué posibilidades había de hacerlo. Para el 2018, ya desde meses antes, todo indicaba que López Obrador ganaría esa elección. La expectativa era diferente.

En 2018 los teníamos a todos; no había quien no quisiera participar. Creo que en 2006 también existía una expectativa gigantesca por el triunfo de Andrés, y estaban los cambios súbitos de Marcelo, que terminó siendo el candidato de la Ciudad de México, y de Encinas, que se quedó como interino porque prefería ser secretario de Gobernación y acompañar a Andrés Manuel antes que ser candidato al Gobierno de la ciudad. Era un ídolo en 2018. Había un entusiasmo generalizado, una locura; no había quien no quisiera verlo, conocerlo, saludarlo, tratarlo.

No hay partido alguno que pueda tener la cantidad de personas ideales para todos los puestos de elección que se disputan. Por ejemplo, en 2027 se realizarán 17 elecciones estatales, junto con todos los diputados locales y federales.

Más otra elección judicial, para renovar la otra mitad del Poder Judicial.

Espero que sea diferente a la que acaba de realizarse, pero será grandísima. Así fue la de 2018, aunque con menos gubernaturas. Entonces Andrés Manuel empieza a hablar con la gente, a elegir a quienes irán a los estados, a los municipios grandes, se convence de que debe tener estructura y personas responsables de cada entidad y en algunos municipios muy grandes.

En su división geográfica de cinco regiones, designa a Marcelo Ebrard como coordinador para la zona noreste y a Ricardo Monreal para el resto del norte; en la zona de la Ciudad de México y los estados cercanos, a Berta Luján, y a Rabindranath Salazar para la zona central.

El sureste te toca a ti: te tocan Campeche, Chiapas, Oaxaca, Quintana Roo, Veracruz, Yucatán y Tabasco.

En el sureste estuve yo; me tocaron esos siete estados. Fue una barbaridad.

Pero un poco antes de eso se destapan quienes van a encabezar las senadurías y las gubernaturas. Y todo esto ocurre ya en una negociación con Andrés Manuel que, a diferencia de la mayoría de los políticos —de México y del mundo—, decide que en las diputaciones y senadurías que se disputan por mayoría debe seleccionarse a una persona con arraigo, que funcione localmente y que tenga un amplio conocimiento del estado. En cambio, los plurinominales se definirían mediante una tómbola.

Nunca he entendido por qué. Como tú dices, nadie había decidido así las candidaturas.

Porque quería evitar favoritismos. No deseaba nombrar a una persona y que las demás se sintieran con él. No quería que, por una sola decisión, la gente de un municipio o de un estado quedara resentida por el candidato elegido.

Andrés Manuel siempre ha dicho que no hay profesión más noble que la política, que esta es el instrumento que acerca a las personas al crear una cercanía real, y que es un medio para servir, no para servirse.

Cambió la política por la suerte. ¿Cómo podía ser que el hombre que pondera la política como lo más elevado y la mejor opción para la sociedad decidiera que la suerte se impusiera sobre la política? Creo que, en el fondo, tenía razón, aunque no en la forma.

Es el sustento de la idea posterior de que importa más la lealtad que la capacidad.

No es el gobierno de los mejores, sino el gobierno de quienes tuvieron más suerte; es el Congreso de quienes tuvieron más suerte. Y más aún con un partido ya tan grande, con una franca posibilidad de ser presidente de la República. Creo que, estratégicamente, Andrés Manuel estaba concentrado en la elección, pero todavía no en lo que sería el gobierno.

Los plurinominales eran, normalmente, las personas que reforzaban la parte ideológica y profesional de los congresos. A eso estábamos acostumbrados. Y Andrés Manuel solo se reservó, creo, las dos o cinco primeras posiciones del Senado y algunas pocas posiciones en distintos distritos electorales para los diputados. Lo demás, a la suerte.

Todos le decíamos que esos eran los que gobernaban los congresos, pero Andrés Manuel decidió que era más importante cambiar la política por la

casualidad. Eso trajo como resultado, más adelante, aquella frase de «10% de conocimiento y 90% de lealtad». Porque, evidentemente, esa gente que salía de la tómbola era gente modesta, que se inscribía sin necesariamente tener todas las capacidades, pero que se apoyaba en la condición de líder de Andrés para entrar al Gobierno.

¿Eso no es confiar demasiado en sí mismo y pensar que no se necesita tanta ayuda porque lo que se necesita es la lealtad, más que el conocimiento?

No sé, porque López Obrador hace equipo; sabe que necesita gente para operar. Andrés Manuel es un genio de la política, pero también es consciente de que requiere instrumentos. A veces es muy duro con las personas: puede desecharlas. Hay quienes trabajan para él y luego los manda al diablo; ya no son necesarios. Y si no se necesitan, pues no están, punto.

Tener personas con 90% de lealtad y 10% de eficacia no es lo más adecuado ni para el Gobierno, ni para el Congreso, ni para el propio presidente de la República porque, obviamente, el presidente tiene que hacer esfuerzos por obtener el 90% que les falta a quienes no tienen conocimientos.

Y él, abocado a sus proyectos y a la necesidad de que sean exitosos, a menudo debía esmerarse mucho más de lo normal para sacar adelante un proyecto que el del 90% de lealtad no podía impulsar. Eso es un hecho. Además, no le gusta quitar a la gente ni despedirla; por alguna razón, Andrés Manuel no despide a las personas: las reubica en otro lugar.

Los ignora, pero se quedan en el cargo; se quedan en el cargo, pero sin encargo.

Andrés Manuel solía decir: «Yo no doy cargos, doy encargos». Y quien tenía cargo pero no encargo no servía para nada: era un tipo que estaba *out*.

Cuando ya había determinado designar a los coordinadores, tuvimos una primera reunión en un hotel cercano al Estado de México, donde nos dio instrucciones a cada uno.

Marcelo Ebrard y Ricardo Monreal, que eran los más experimentados en política, tenían un equipo. No sé si Berta o Salazar lo tuvieron, pero yo

no contaba con ningún equipo para operar los siete estados del sureste.

Es buena parte del país, pero también era el de mayor caudal de votos para Andrés Manuel. Siempre había sido estratégico el sureste.

Le confesé que nunca había hecho algo así, que me parecía necesario contar con una estructura sólida para trabajar, con muchas personas y muchos instrumentos. Entonces me tranquilizó diciendo: «No te preocupes, lo vamos a sacar muy bien, lo vamos a hacer muy bien. Yo te voy a ayudar, te voy a acompañar para que no tengas problemas. De lo que se trata es de tener consistencia, mucho trabajo en la zona, y vamos a salir bien». Con la confianza que me generaba Andrés, acepté el cargo.

Luego hizo una reunión con Alfonso Romo, presentó a los integrantes de su gabinete, después el proyecto de nación y, más tarde, otra reunión con los coordinadores de zona. Nos presentó, explicó qué íbamos a hacer, cómo y qué estados correspondían a cada uno. Al salir de esa reunión fui a ver a César Yáñez, a quien le tenía —y le tengo— mucho aprecio. También acudí con el ingeniero Esquer, que formaba parte de la logística. Les conté y me ofrecieron su apoyo, aunque me aseguraron que no necesitaba valerme de ninguna logística, sino ponerme a chambear y empezar a conocer a la gente. «Tienes que encontrarte con la gente —me dijo César—; te vas a convertir en un personaje público rápidamente, te van a buscar y tú los vas a buscar, y así empezarás a conseguir tus contactos en los estados».

Andrés Manuel valora enormemente al estado de Oaxaca; es un apasionado de ese lugar. Su gente es pobre, pero muy cariñosa, generosa y sencilla; es gente muy buena, y eso subyuga al estado. Empecé con las personas que conocía, con quienes habían sido gratas y amables conmigo. Me aboqué a crear una pequeña agenda de trabajo desde allá. A quienes busqué primero fueron las personas con las que traté en la época en que trabajé con Gabino Cué. Mi primera reunión importante fue con la Sección 22 del sindicato de maestros. Me aseguraron su buena disposición y voluntad para trabajar con Andrés Manuel, porque era el único candidato que les ofrecía garantías para ayudar a la gente pobre. Estaban hartos de la reforma educativa, que solo les había causado perjuicios.

Repentinamente ocurrió algo inimaginable: las rebatingas por un espacio minúsculo de poder no eran por las diputaciones ni por las

presidencias municipales, sino por las regidurías. La Sección 22 lo primero que me pide es revisar cómo vamos a trabajar los municipios y las regidurías: qué posiciones tendrán y cuáles les tocarán para evaluar si les conviene o no. Les dije que aún no era momento de discutir municipios y regidurías; ya habría ocasión de tratarlos con el candidato y, seguramente, él los dejaría satisfechos. Querían ver al candidato. «Sí, sabemos que va a ser a toda madre; con nosotros siempre se ha portado bien —me dijeron —, pero eso es distinto a lo que nos toca».

Todo eso ocasionó fricciones entre nosotros porque yo no estaba en condiciones de complacerlos y, como eso era lo que a ellos les importaba, nos condicionaron.

Andrés me recomendó buscar a Susana Harp para averiguar si quería ser candidata: «Tiene muy buena fama, buen prestigio y debe ser senadora», me dijo. La invité a tomar un café. Susana es generosísima, buenísima, muy inteligente y muy culta; conocedora del ámbito indígena y afromexicano. Después de pensarlo un poco, me dijo que sí, que quería ser candidata al Senado. El otro candidato al Senado por Oaxaca era el actual gobernador, Salomón Jara.

Jara es un personaje diametralmente distinto a Susana.

Totalmente. Personalidades antagónicas. Eran el agua y el aceite. En cada gira, a Susana le gritaban cosas buenas, le aplaudían; a Salomón, en cambio, le mostraban cartulinas ofensivas, con imágenes vergonzosas, ratas horribles. Susana nunca había trabajado en el Gobierno; Salomón sí.

De Oaxaca viajé a Chiapas, otro estado gigantesco y también muy querido por Andrés. Manuel Velasco era entonces el gobernador y había que decidir quién sería el suplente.

Velasco siempre había tenido muy buena relación con Andrés Manuel, desde tiempo atrás.

Manuel fue siempre generoso con Andrés en todos los sentidos. Es incapaz de cometer una trapacería; quería muchísimo a López Obrador, al igual que sus parientes, desde el abuelo y el tío, con quienes Andrés sostenía una relación magnífica. En los momentos más álgidos de la relación con los maestros, durante el gobierno de Peña —cuando hubo represión en Oaxaca y los maestros de Chiapas, que son tremendos, también estaban en

tensión—, Manuel estuvo a la altura: no hizo nada que los lastimara.

Entonces me concentré en la Sección 7 del Sindicato de Maestros de la CNTE, cuyo dirigente era Pedro Gómez Bámaca, con quien me encontraría en Chiapas. Me mandó decir que de ninguna manera se reuniría conmigo allá; quería que fuera en la Ciudad de México. Y así lo hicimos.

Organizamos la reunión en un hotel de Polanco. No nos quedamos ni en el restaurante ni en el bar: subimos a uno de los espacios privados del hotel, cada uno por su lado, y ahí nos encontramos. Lo hicieron por reconocimiento a su gobernador. «Oiga —me decían—, la verdad es que nosotros tenemos muy buena relación con el gobernador y no vamos a hacerle ninguna chingadera. Somos leales; este señor se ha portado con nosotros de primera. Por eso nos reunimos con ustedes. No somos priistas, pero no vamos a dejar de apoyar a nuestro gobernador».

Entendí que había valores entendidos y que estábamos bien en Chiapas. Posteriormente fui a Tabasco, donde no había nada que hacer: Andrés era un monstruo total, lo abarcaba completo.

Lo único que tenías que hacer era atender las divisiones internas entre todos los amigos de Andrés, que estaban peleados entre sí, con diferencias que siguen hasta el día de hoy.

Soy amigo de Octavio Romero Oropeza, quien no pudo ser candidato porque Adán Augusto López le ganó. Hubiera preferido mil veces trabajar con Octavio que con Adán, pero las encuestas y otras circunstancias decidieron que Adán fuera el candidato al Gobierno de Tabasco. En esos momentos, realmente no empezábamos a operar la campaña; dábamos los primeros pasos. Era diciembre de 2017 y quería conocer mejor el territorio que me correspondía.

Luego fui a Campeche, un estado adepto a López Obrador, aunque con un pequeño inconveniente: estaba gobernado por el más priista de los gobernadores. Se decía que Alejandro Moreno no dejaría pasar a Andrés Manuel en Campeche, ya que Alito lo tenía todo controlado. Costaba trabajo, así que me entrevisté con el segundo de a bordo de la candidata Layda Sansores, Aníbal Ostoa Ortega, quien más tarde fue senador de mayoría, pero también se inscribió en la tómbola y salió elegido nuevamente como senador por ese método; le decíamos «el dos veces senador». Eran las locuras a las que nos llevaban esas circunstancias.

Campeche se veía difícil. Andrés Manuel tenía un amigo que había trabajado con él en el Instituto Indigenista, quien me buscó. Era un tipo espléndido, pero quería a toda costa ser senador, porque para esas fechas no había nadie que no quisiera ocupar algún cargo en el Gobierno. «Yo quiero hacer esto, yo ya ayudé a Andrés Manuel y quiero lo otro». Todos querían un puesto, un hueso.

Luego nos trasladamos a Yucatán. El precandidato a la gubernatura era un profesor que no resultaba buen candidato: era muy tímido. En Yucatán urgía encontrar un buen aspirante porque el que había no funcionaba.

Me voy a Cancún, en Quintana Roo, donde teníamos un personaje que realmente controlaba el estado: Rafael Marín Mollinedo, hoy director de Aduanas (también lo fue con Andrés Manuel, el primer responsable del interoceánico). Un sujeto de primera, proveniente de la iniciativa privada, que había trabajado con López Obrador en el D. F. y era primo de Nico Mollinedo, el famoso chofer de Andrés. Con él teníamos que definir al candidato para Cancún, que era una parte fundamental del estado, y nos pusimos a trabajar en ello.

Antes de viajar a Veracruz, Andrés Manuel me advirtió que no veía problema en los estados donde iba a operar, salvo en Veracruz. «Quiero que ahí te cuides muchísimo —recomendó—. Está Miguel Ángel Yunes. Veracruz no es una cosa menor, ahí hay que cuidarse muchísimo».

¿Incluso físicamente?

Sí, porque cada vez que íbamos nos daban unas tranquizas terribles en los actos de Andrés Manuel. Cuando uno pasaba entre la gente para subir al templete, te propinaban unas madrizas espantosas; incluso a Andrés Manuel le tocó recibir golpes y que lo maltrataran. Un día, en uno de esos actos, mientras Epigmenio Ibarra lo filmaba, Andrés cayó al suelo de espaldas. Fue una caída muy fuerte que le lastimó la cabeza. Sin duda, había que cuidarse en Veracruz.

Recorridos todos los estados que me correspondían, regresé a México para tratar de armar una estrategia para dar inicio a las campañas.

En México teníamos que estar en comunicación permanente con Gabriel García Hernández, que era el operador de la estructura a nivel nacional, el

que impartía la capacitación. Había que formar la del cuidado del voto, la de promoción del voto, hacer juntas con especialistas y operadores. Gabriel me explicaría todo lo que conllevaría nuestro trabajo en los estados.

Fue un trabajo muy arduo. Hay que reconocer que una de las personas que se dedicó a la capacitación de manera muy intensa fue Gonzalo López Beltrán, que recorrió todo el país capacitando a las estructuras, explicándoles lo que tenían que hacer y cómo hacerlo.

Gonzalo es profesor, era muy didáctico para explicar y hacía un gran trabajo. Con él me tocó trabajar muy de cerca. Lo quiero muchísimo porque cuando inicié mi relación con su padre, Gonzalo era el hijo menor, un muchacho de una calidez, de una sencillez, de una humildad conmovedora.

Ahora tengo tres años de no verlo. Las últimas veces que nos vimos discutíamos acerca de *Proceso* y de los medios de comunicación. Él me decía que *Proceso* se había convertido en una revista de derecha, que cómo era posible que en la revista criticaran al presidente. Yo le contestaba que *Proceso* me criticaba incluso a mí. Que era un medio crítico, que no tenía por qué tratar de manera diferente al presidente, que nunca había sido ni sería un medio militante del Gobierno.

Una confusión que siempre han tenido en Morena es que no entienden la diferencia entre medios críticos y militantes.

Es también una confusión de Andrés Manuel, quien siempre ha pensado que los medios militantes funcionan y le convienen. Mi padre, en cambio, estaba convencido de que un medio militante no sirve, porque pierde su libertad intelectual y profesional: se somete al mandato de una persona, y eso no puede ser ni aquí ni en ninguna parte del mundo. Se lo decía también a Gonzalo, con sinceridad: lo increíble era que el presidente de la República negara publicidad a *Proceso* por esa razón, cuando finalmente *Proceso* fue una de las plataformas mediante las cuales llegó al poder.

Y más allá de que le diera o no publicidad, lo cierto es que el presidente no cambió en nada la manera de operar con los medios. Sobre todo, por las intervenciones fallidas e interesadas de Jesús Ramírez, un personaje espantoso. Televisa tenía el mayor presupuesto; después, Azteca; luego, Radio Fórmula; y más abajo, los periódicos que siempre habían apoyado a

Andrés Manuel, que recibían la mayor cantidad de publicidad. ¿En qué cambiaba la relación de Andrés con los medios, si los volúmenes de dinero iban para ellos? No había diferencia alguna. Esa era mi discusión con Gonzalo: él terminaba enojado y yo salía siempre sentido.

Regresando a Gonzalo, reitero que fue un capacitador eficientísimo, que gozaba de toda la confianza del candidato. Andrés delegaba en él toda esa parte de la estructura, y lo que más le importaba era precisamente eso: la estructura y su funcionamiento para que la elección saliera bien.

En la Ciudad de México, quien iba a operar la campaña era la propia candidata al Gobierno de la capital: Claudia Sheinbaum. Tengo una magnífica relación con ella; la ayudé en todo lo que me fue posible para que fuera primero candidata y después jefa de Gobierno. Fue una magnífica decisión tanto de Andrés como del partido, porque Claudia era una líder que venía desde abajo, que había desempeñado un papel extraordinario. Académica destacada, participó en la investigación del doctor Mario Molina que le valió el Premio Nobel.

En esa campaña surgió la idea de llamarla «científica», porque tenía una gran facilidad para explicar cosas complejas de forma sencilla; combinaba su capacidad técnica con la claridad de una académica. Era el personaje ideal tanto para la campaña como para la comunicación.

Luego vino el temblor del 19 de septiembre de 2017. Claudia Sheinbaum era alcaldesa en Tlalpan, y el Colegio Rébsamen se derrumbó, dejando sin vida a 19 niños y siete adultos: una tragedia. La vi poco después; la encontré devastada en su oficina. Abrazados, me dijo que no sabía si resistiría.

Claudia es una mujer sensible, con los mejores sentimientos y los más altos valores; pero es también una hormiguita en el trabajo, que siempre empieza despacito. Nunca perdió de vista la tragedia: estuvo del lado de los padres, apoyándolos, y del lado de la ley para perseguir a los responsables. Así la veía después, en su oficina del Gobierno de la ciudad: llena de fuerza, de carácter y entregada a su trabajo.

Pero antes hubo un conflicto muy duro con Ricardo Monreal, quien era alcalde de la Cuauhtémoc. Quería esa posición y consideraba que tenía derecho a ella,

en lugar de Claudia.

Sí. En 2015, cuando Andrés decidía las candidaturas, eran pocos los que querían lanzarse por Morena porque era la primera vez que iba a participar y tenían miedo a perder y que les dieran un quemón horroroso. Entonces, Andrés le pidió a Ricardo que fuera candidato por la Cuauhtémoc. Monreal sostiene que López Obrador le prometió que, si ganaba, sería el candidato a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México en 2018. Yo creo que lo que Andrés le dijo fue que esa sería una excelente plataforma para aspirar a la candidatura, porque él no podía prometer posiciones con tanta anticipación. Ni siquiera sabíamos si Ricardo ganaría la Cuauhtémoc o si le iría bien en el Gobierno.

El hecho es que Ricardo fue un buen candidato y desempeñó muy bien su papel al frente de la alcaldía. Tenía, sobradamente, condiciones para ser jefe de Gobierno. Pero Claudia, que también era alcaldesa, no solo había hecho un trabajo magnífico, sino que también enfrentó un problema gravísimo tras los sismos y no se apartó ni un ápice de ese asunto: no dejó de ver por las víctimas y sus familias.

Ricardo Monreal empezó a hacer una campaña anticipada para ser jefe de Gobierno. Nos sentamos a desayunar —Ricardo, otra persona, mi hijo Julio y yo— en un restaurante de Paseo de la Reforma. Conociendo mi cercanía con Andrés Manuel, Ricardo me pidió que lo apoyara. Le dije que tenía un compromiso con Claudia, que deseaba que ella fuera la candidata porque tenía la certeza de que tendría un gran desempeño; pero también le aseguré que, si él terminaba siendo el elegido, lo ayudaría tanto como pudiera.

Poco después me reuní con López Obrador. Le comenté que Ricardo me mandaba recaditos por teléfono para joderme porque estaba a favor de Claudia. Le dije: «Tú dices que soy buen abogado, pero que no entiendo de política; ¿qué crees que debo hacer?». Me contestó que siguiera haciendo lo mismo, pero con discreción. Con eso, me dio línea: sería Claudia Sheinbaum la elegida.

Finalmente, ella ganó la encuesta, y fue por una razón: Claudia era una morenista de hueso colorado, era imposible que no fuera la candidata. Ella operó parte del plantón, la consolidaba todo lo que logró en el D. F., lo que hizo en la campaña del 2012, y decidió entrarle a la candidatura de

Tlalpan en 2015. Claudia tenía, por supuesto, muchas más posibilidades de ser candidata que Ricardo.

Así surgió aquella frase de Monreal, cuando dijo que quienes lo habían «jodido» para no ser candidato eran «la triada»: Andrés chico, Claudia y yo.

Claudia resultó candidata y lo hizo muy bien. Ese era, en parte, mi papel con ella: platicábamos muy seguido, dábamos seguimiento a la campaña. Me encantaba reunirme con ella porque es versátil y tiene muchas ideas. Como decía antes, es como una hormiguita: empieza despacio, pero luego avanza con pasos agigantados. Aprende rápido, domina muchos temas y se concentra en los que no domina. Tiene clarísima la ingeniería de los sistemas; es muy metódica y trabajar con ella es fácil. Tiene un carácter duro: si las cosas no se hacen como quiere, se enoja. Es gritona… pero es muy buena.

Entonces, en la campaña de 2018 tenías todos los estados del sureste, pero al mismo tiempo un compromiso con Claudia Sheinbaum en la ciudad.

Exacto. Mi relación con ella siempre ha sido excelente.

Arrancamos formalmente la campaña de 2018 en Oaxaca. Fue una monstruosidad: salía gente hasta de debajo de las piedras para ver a Andrés. Fue tremendo. Nos fue muy bien en todas las giras. Todos los recorridos se hacían en camioneta.

¿Por qué todo por tierra? Para un candidato, a veces hacer todo por tierra es una gran pérdida de tiempo o una mala forma de invertirlo.

Andrés tenía muy claro que pueblear le daría una enorme eficacia a su campaña. Llegaba conociendo cada pueblo, cada comunidad, cada distrito electoral.

Comenzaron a barajarse los nombres de quienes serían candidatos en los estados. Había una gran efervescencia: todo el mundo quería que Andrés Manuel los mirara, con la esperanza de obtener una designación. Al principio, la gira por Oaxaca fue perfecta, preciosa. Los candidatos al Senado fueron Susana Harp y Salomón Jara.

A la llegada, sabíamos exactamente cómo organizar el acto, qué hacer y

cómo hacerlo: el pódium, el presídium, el templete, todo colocado a su manera. Todos los actos se hacían de pie. Andrés Manuel nunca se sentaba. Tenía una fuerza física extraordinaria. Podía llover, y él no se movía del lugar. Era una lata, porque todos los demás nos empapábamos espantosamente, pero a él no le importaba.

¿Y cómo se manejaba la seguridad de la campaña? Porque tenía gente del Estado Mayor que le correspondía como candidato presidencial, pero ¿cómo se organizaba la seguridad en general de Andrés Manuel? ¿No había temor de que le pudiera pasar algo, de que lo dañaran? Porque estábamos —estamos— en un país donde la violencia está desatada.

La zona de la que yo era responsable tenía una incidencia mucho menor; salvo Veracruz, todos los demás estados eran tranquilos en esa época. En Veracruz sí cuidábamos todo con especial atención, pero en los otros, la verdad, Andrés Manuel era tan popular, tan conocido y tan querido que la gente se le acercaba por todos lados. Él sostenía que debía haber contacto, cercanía; que la seguridad inhibía a las personas. Por eso se dejaba acercar por todo el mundo. Claro, con un gran riesgo, pero afortunadamente nunca pasó nada.

Sostenía que la gente lo cuidaba, y así era. Cuando alguien se acercaba mucho, la gente empezaba a decir: «No vayan a apachurrar al candidato, ¡no vayan a lastimarlo!». Desde el momento en que bajábamos de la camioneta era imposible que Andrés Manuel siquiera abriera la puerta por sí solo: la multitud era tal que le costaba muchísimo trabajo avanzar. Llevarlo hasta el templete era tardado, tomaba veinte o veinticinco minutos cada día.

11
Los candidatos

En la campaña de 2018, la certeza del triunfo de López Obrador era rotunda, pero ese triunfo se tenía que reafirmar en los estados. Estaba más interesado en alcanzar la presidencia que en la calidad de muchos de los aspirantes estatales a gubernaturas, senadurías y diputaciones. El objetivo primordial era obtener los votos suficientes para garantizar la elección presidencial. Tuvo que hacer muchas concesiones y aceptar muchos acuerdos —buenos y malos— para alcanzar esa votación.

———•———

El primer acto en Tabasco fue una comida con empresarios, todo lo contrario de lo que sucedió en Oaxaca. No sé para qué los habían convocado; Andrés ya los conocía. Supongo que fue una estrategia de Adán, quien nunca permitió que interfiriéramos en los actos que quería realizar. Con todos los demás candidatos ayudábamos, operábamos, organizábamos para que todo funcionara a la perfección, pero con Tabasco era imposible. Le dije a Andrés Manuel que era un error tener como primer acto en su estado una reunión con los empresarios. «¿Qué hacemos?». «Tú deja que Adán haga lo que quiera», me dijo. Ignoro si lo hizo por los intereses de Adán, pero me imagino que no estaba muy lejos de eso.

Y en Chiapas quedó Rutilio Escandón, que también era muy cercano a Adán —era su cuñado—, y no fue un candidato fácil ni bueno, sino todo lo contrario.

Rutilio fue el peor candidato que nos tocó: fue pavoroso. No quería salir de su casa. La primera reunión entre nosotros fue un desayuno en su casa con su esposa presente, los tres solos, para hablar sobre cómo veía las giras, la campaña y su percepción de la situación. Le propuse salir, ir a un restaurante para que la gente lo viera y lo saludaran, lo apapacharan. Pero decía: «Aquí en mi casa es mucho mejor». Rutilio era un personaje dificilísimo para operar.

El senador Luis Armando Melgar me ofreció llevar a alguien que lo entrenara para moverse en un presídium y hablar en público. Llevamos al maestro Raúl Quintanilla, una persona no solo culta y sensible, sino experta en ese tipo de temas. Fue imposible que lo corrigiera. Rutilio tenía un discurso idéntico al de Andrés Manuel, pero de «región cuatro». Decía: «Voy a vender los aviones de Chiapas», y apenas tenían un viejo turbohélice. «Nunca viviré en la casa del Gobierno de Chiapas». Puras frases copiadas de los discursos de Andrés.

Era terrorífico porque el discurso de López Obrador ya nos lo sabíamos de memoria, y el de Rutilio era el mismo, solo que en versión torpe. Además, se movía como un soldado de madera, con los brazos rígidos al compás de las piernas. Solo Andrés lo aguantaba. Pero Rutilio era cuñado de Adán, y su cercanía era real; ya había sido senador con él.

Rutilio salió de presidir el Tribunal Superior de Justicia de Chiapas a ser candidato. Manuel Velasco no intervino para impedirlo; al contrario, lo alentó a decidir lo que quisiera, pese a pertenecer a partidos distintos. En Chiapas obtuvimos una votación muy alta con Andrés Manuel —casi del 80%—, pero Rutilio no llegó ni al 50%, tuvo como un 40% de los votos.

Una diferencia enorme: tuvo la mitad de los votos del candidato presidencial.

Es que era malísimo, una copia mala. Un día le propuse pedirle al senador Melgar —economista— que lo ayudara con la visión económica de su campaña, para que tuviera un discurso distinto. Se negó. Le sugerimos que retomara los logros de su gestión en el tribunal, pero revisamos su gestión y no había absolutamente nada. Un fiasco.

Rutilio fue un candidato escogido por Andrés Manuel porque habían trabajado juntos y, por su cercanía con Adán, pensó que podría ser gobernador.

Estoy seguro de que cualquiera otro lo habría hecho mejor, incluso el actual gobernador, Eduardo Ramírez. Quisimos traer a Lalo para que fuera candidato al Senado, porque, si no lo hubiéramos hecho, él, que iba por el Verde, le habría ganado tranquilamente a Rutilio: era muy popular en Chiapas.

Eduardo Ramírez, que había sido presidente del Congreso local, era secretario general de Gobierno y tenía mucho control sobre el estado. Eduardo se hubiera podido lanzar por el Verde, aliado con los partidos

locales. Había dos partidos locales muy fuertes que tenían más o menos el 15% de los votos. Y el Verde, que tenía, fácilmente, el 20% del voto. Era mucho más fuerte el Verde que el PRI.

Seguramente Lalo Ramírez hubiera ganado la gubernatura, sin problema. Entonces la labor fue convencer a Ramírez de que aceptara ser senador. Lalo no quería, incluso le hicieron algunos actos para que ya se subiera como candidato al Gobierno del estado. Y fue muy leal, porque en algún momento decidió venirse con Morena. La verdad también hay que reconocer que el gobernador Velasco pudo haber impedido que Lalo Ramírez se viniera con nosotros y hubiera retenido el estado para quien él quisiera, pero Manuel no intervino en la elección, no impidió que todo el mundo caminara por donde quisiera. Eduardo Ramírez trabajó con nosotros, fue un candidato a senador buenísimo. Lalo construyó parte de la estructura y ayudó mucho.

En Tabasco prácticamente no nos metíamos; Adán no quería la presencia de nadie; pensaba que él bastaba ante los tabasqueños, entonces no te daba posibilidad de pasar.

Con el visto bueno y la no interferencia de Manuel Velasco, logramos que Eduardo Ramírez fuera candidato al Senado por Morena, lo que dio una mayor potencia a la candidatura de Escandón. También, por esa vía, sumamos a dos pequeños partidos locales de Chiapas (Chiapas Unido y Podemos Mover), reforzando la campaña de Rutilio.

En Tabasco se decía que hasta una vaca ganaba… y quizá la vaca lo habría hecho mejor. Con Adán tuvimos algunos actos. El último de la campaña se tuvo que hacer en una confluencia de varias calles del centro de Villahermosa. Se colocó el escenario, éramos decenas de personas; el templete estuvo a punto de caer. Nos habríamos desplomado todos, empezando por el candidato presidencial. Se movía de manera espeluznante, pero había que mantener la cara como si nada ocurriera. Sí hubo riesgo.

Reconocimos que Escandón fue un candidato fallido, sin entusiasmo, sin ánimo de acercarse a la gente. Su esposa, Rosalinda —hermana de Adán, fallecida en 2024—, tenía un poder real sobre él. Lo supeditaba, lo manipulaba. Más adelante se decía que los Adanes —Augusto y Rosalinda — eran quienes gobernaban Chiapas y Tabasco.

En Chiapas hicimos actos muy grandes y bonitos, porque la gente quería mucho a Andrés Manuel. También con Manuela, su prima, que era muy querida y fue candidata a diputada. Recuerdo bien que la noche que llegamos a Palenque fuimos a descansar al rancho de Andrés, La Chingada. Manuela llevó tamales y otras cosas para cenar.

A la mañana siguiente notamos que nos había dejado unos tenis y pants para salir a caminar con Andrés, quien acostumbraba darle vueltas a su finca. Tiene un ábaco con el que cuenta cada vuelta; caminamos con él y registraba cada una.

¿Cómo es el rancho de Andrés Manuel?

Hay un hotel pegado a su casa. El lugar es bonito, destaca sobre todo por algunos árboles que él disfruta ver crecer. Es una finca con una casa grande y modesta, rodeada de un amplio jardín. Al frente hay una terraza. Uno de sus hijos es amigo de un arquitecto, Alejandro Castro, que tiene una mueblería en Polanco; le pusieron una mesa muy linda, con una lámpara artística preciosa, como de mimbre.

No llega a ser un rancho de ninguna manera, que tiene muchos árboles, flores bonitas y un puentecito por el que se puede caminar. Es una casa acogedora.

De Chiapas, donde todo fue muy complicado y debimos sortear muchos escollos, pasamos a Campeche, donde había elecciones para el Senado. La candidata principal era Layda Sansores. Era muy querida y bien aceptada, tenía una larga historia en Campeche. Su padre, Carlos Sansores Pérez, el Negro, había sido presidente del PRI en la época de López Portillo, director del Issste, diputado, senador y gobernador. Layda era una mujer dicharachera, platicadora, con muy un buen ambiente en Campeche.

El gobernador era Alito, Alejandro Moreno, por lo que la gente suponía que sería difícil ganar las senadurías y diputaciones. Andrés tenía predilección por las rutas entre Chiapas y Campeche, donde están las ruinas y la biosfera de Sian Ka'an, Calakmul, esas cosas que a Andrés le enloquecían. En medio de la gira parábamos un momento para ver los

paisajes, para apreciar lo que había en esa región. Y nos encontrábamos con lugares preciosísimos. Conocía cada rincón. Parecía haber estado mil veces allí y te decía: «¿Ves esa casita azul? Ahí hacen los mejores chilaquiles verdes que te vas a comer en tu vida». Nos deteníamos y, en efecto, eran insuperables.

De Campeche pasamos a Quintana Roo. Allí estaba Rafa Marín, quien nos ayudó mucho a convencer a Mara Lezama de aceptar ser candidata a la presidencia municipal de Benito Juárez, donde está Cancún. Al principio, Mara no quería: era conductora de un programa de radio exitoso en el estado; le iba muy bien, pero Rafa logró persuadirla. Se creó una estructura electoral bastante buena, sólida; empezó pequeña, pero se fortaleció rápidamente.

De ahí pasamos a Yucatán, donde el precandidato era Rogerio Castro, muy tímido. Como en Chiapas, hubo que buscar a alguien más apto. Rogerio fue más tarde candidato al Senado, y para la gubernatura encontramos a Joaquín Díaz Mena, el Güacho, quien había perdido la candidatura del PAN.

Lo invitamos a platicar con Andrés Manuel en un hotel de Jalisco. Le ofreció todas las garantías para competir por la gubernatura. El candidato del PAN era Mauricio Vila, presidente municipal de Mérida, con buena fama en el municipio, pero desconocido hacia afuera. Pensamos que Díaz Mena, como ya había sido candidato, podía ganar.

Seguimos a Veracruz, gobernado por Miguel Ángel Yunes. Andrés Manuel siempre nos dijo que era el único estado que le preocupaba, no solo en términos de lo que fuera a pasar en la elección, sino por la seguridad personal de quienes hacíamos campaña. No temía por sí mismo, sino por los demás. Era el único estado donde, desde que Andrés llegaba, había presencia del Ejército cuidándolo.

Con Yunes todo fue muy complicado. La candidata al Senado era Rocío Nahle; el candidato a gobernador, Cuitláhuac García; y el otro candidato a senador, Ricardo Ahued. Era un equipo bien estructurado porque Nahle era una candidata fuerte, sólida, con buen discurso; Ahued, un hombre de clase media que jalaba bastante bien.

Cuitláhuac no era mal candidato, ya era muy conocido porque había competido en 2016 y llevó la elección a tercios, frente a Miguel Ángel

Yunes, que iba por el PAN, y Pepe Yunes, que era candidato por el PRI. Era popular y muy populachero. Bailaba, le gustaba la fiesta, convivir con la gente.

Su coordinador de campaña era Manuel Huerta, pero estaba totalmente opacado por Rocío, quien era la que mandaba, operaba y decidía. Ella tenía un segundo, un agente que la ayudaba mucho, Erick Cisneros —el Bola 8—, exintegrante del equipo de Leonel Cota. Luego fue secretario de Gobierno con Cuitláhuac y terminó fuera del gabinete cuando se supo que hizo todos los desmanes posibles. Hasta donde se sabe, terminó peleado con Rocío.

Esa fue la primera parte del recorrido de campaña en 2018. Más tarde, al final de la campaña, Andrés Manuel me habló para decirme que le preocupaba mucho Guanajuato: entre Ricardo Sheffield y Ricardo Monreal había una pésima relación. Me pidió coordinarme con Sheffield, ayudarlo en lo posible y ver si podía alcanzar el Gobierno del estado, aunque se veía bastante difícil. Pero Sheffield, conocido dentro de las filas panistas, podría restarles muchos votos, independientemente de que no pudiera ganar.

Regresamos varias veces a Oaxaca, donde la elección era muy fácil porque la gente estaba volcada con López Obrador; lo complejo eran todas las posiciones en disputa. En cada uno de los más de quinientos municipios había que elegir candidatos y regidores, y todas las posiciones eran deseadas. Había infinidad de grupos y corrientes diferentes. Eso hacía complicadísima la elección, porque la negociación entre los grupos costaba mucho trabajo.

La candidata al Senado, Susana Harp, no se metía en la parte política; no quería involucrarse en eso. Salomón Jara, en cambio, sí tenía un grupo considerable de operadores, pero desde entonces sostenía un gran pleito con la Sección 22 de la CNTE. La 22 no le tenía ninguna confianza a Salomón y él tampoco confiaba en ellos. El gobernador, Alejandro Murat, intervenía en apoyo de sus candidatos, pero la verdad es que ni siquiera figuraban frente a lo que hacía Andrés Manuel. El trabajo en Oaxaca era armonizar las campañas para que no se desbordaran y evitar que los

municipios y diputaciones que podíamos ganar se perdieran por pleitos internos.

Hay que reconocer que la Sección 22 se portó extraordinariamente bien con nosotros y con Andrés Manuel. En algún momento tuvieron una reunión en un hotel, cuando arrancábamos la campaña. Estaban Andrés Manuel, mi hijo Julio y algunas personas del equipo de campaña. Ahí la 22 se comprometió con el candidato, y el candidato se ofreció a apoyarlos en todo lo que pudiera, cosa que no dejó de suceder, incluso ya en el Gobierno.

Andrés Manuel veía a la 22 como parte del movimiento. Realmente no hubo que montar estructura electoral en Oaxaca, porque la estructura y el control eran la 22. Nos pidieron no interferir; ellos se encargarían. Solo donde había algunos problemas, actuábamos nosotros y los solucionábamos. Pero hay que reconocer a la 22 como el eje de la campaña en Oaxaca. Nos fue realmente bien: todos los candidatos ganaron. Literalmente arrollamos; fue carro completo y, si hubiera sido camión, también camión completo.

Cerramos en Quintana Roo de manera espectacular. Pero en Playa del Carmen tuvimos un problema porque una candidata a diputada que no pudo llegar a presidenta municipal, Marybel Villegas —muy problemática —, fue muy competitiva contra Mara, aunque ya estaba decidido que Mara sería la candidata y ganaría.

Teníamos una candidata al municipio de Playa del Carmen (Solidaridad), Laura Beristain, que era lo más atrabancado del mundo. Un día se programó un acto para que hablara el candidato López Obrador, luego la candidata a presidenta municipal y después un par de diputados o algún candidato a senador. Laura pidió oportunidad para hablar; le explicamos cuál era el orden y dijo que no, que eso daba ventaja a los otros y que ella tenía que hablar. Nos negamos; ni siquiera la dejamos subir al templete. Pero se subió a la fuerza y, después de Mara y antes de que empezara Andrés Manuel, le arrebató el micrófono y pronunció un discurso, pues sí, dedicado al candidato, sí, pero sobre todo a resaltar su propia figura. Lo demás no le importaba. Andrés Manuel le llamó la atención y ella se enojó.

Luego hubo otro evento en una cancha de futbol donde la gente se desbordó: eran miles y miles de personas. Nos quedamos encerrados a

causa de una mala logística. Entramos por un lado de una portería y el templete quedaba hasta el otro extremo; toda la cancha estaba bardeada y no había salida salvo por donde habíamos entrado. Cuando llegó el candidato y, ya del otro lado, quisimos armar la logística de salida, nos dimos cuenta de que sería imposible salir por la multitud ahí reunida. Estábamos atrapados en el templete; tuvimos que quedarnos una hora más de lo planeado y romper una pared trasera para poder salir. La gente se aventaba desde la parte alta cuando nos metimos a la camioneta. Era el furor por el candidato. Fue muy peligroso porque la gente se desbordó. Andrés Manuel, más que sentirse en riesgo, estaba dichoso. Sentía que era lo más importante que le pasaba. Le encantaban esas manifestaciones tumultuarias.

Cerramos Campeche. La gente de Ciudad del Carmen ya le decía que estaban perdiendo sus trabajos, que Pemex no funcionaba bien. Estaban muy contrariados. Hicimos otros actos en la capital, junto al Palacio de Gobierno. Todos hablaron mal de Alito; había mucho temor de que se fuera contra la votación. Morena arrasó. En Campeche ganaron todos los candidatos; no hubo problema. Fue un trabajo muy bueno.

Y nos fuimos a Yucatán. Hicimos tres o cuatro actos. Uno fue en Mérida, muy concurrido; otro en Valladolid y otro en Progreso, donde, yendo en la camioneta, le hicieron a Andrés Manuel el mejor chiste. Le preguntó al presidente municipal: «¿Cómo va aquí la seguridad?». El presidente municipal respondió que lo único que había aumentado era el «robo a domicilio» (en lugar de «a casa habitación»). Nos soltamos a carcajadas. En Progreso hubo un acto enorme, al ladito de la playa. Teníamos la impresión de que el Güacho Díaz Mena sería un candidato muy competitivo. No lo fue. Mauricio Vila resultó un candidatazo y luego fue un gran gobernador de Yucatán. Fue muy solidario con Andrés Manuel. Nos arrasó en la elección. Fue el único estado en que perdimos de todas, todas.

Luego nos tocó viajar a Veracruz, donde el riesgo para la integridad personal de Andrés Manuel era real. Él tenía la necesidad de ganarle a Yunes, pasara lo que pasara. Sacó una carpeta azul, donde estaban consignadas todas las cosas malas que había hecho Yunes y la fortuna que tenía. Pero, aunque era información magnífica, Yunes era como de piedra: no reaccionaba a nada. Cuando estaba por llegar nuestro candidato, Yunes

se la pasaba insultándolo y mandó a una señora, Eva Cadena, a decir que había recibido un millón de pesos en efectivo para entregarlo a López Obrador. Todos estábamos indignados en Veracruz por la calumnia, pero al final se hizo una muy buena campaña.

———•———

Un día, hablando de la organización de los eventos, Andrés Manuel me dijo que los políticos tienen que entender qué es la gente, porque no la entienden bien; hay que conocerla y tratarla mucho para saber qué es y cómo actúa. «Te voy a dar un consejo —me dijo—: nunca hagas un evento en un estadio, pase lo que pase, porque estarás cometiendo un error. En el estadio cuentan los que van y los que no van».

Estábamos muy contentos con Veracruz; sentíamos que podíamos ganar. Hicimos un acto en Xalapa espectacular, con la plaza llena. Se veían calles y calles repletas de gente, y del lado izquierdo, la oficina de Yunes, porque el templete estaba junto al Palacio de Gobierno.

Para el cierre de campaña, platicando con Rocío y Cuitláhuac, vimos que ese domingo habría partido de la selección de futbol en el Mundial. Cuitláhuac propuso realizar un cierre donde hubiera pantallas para que la gente pudiera ver el futbol antes de la llegada del candidato; de otro modo sería un desastre.

Yo no estaba convencido, pero cedí. No recordé el consejo de Andrés. Accedí e impulsé el cierre de campaña en el estadio de los Tiburones Rojos de Veracruz, el Luis «Pirata» Fuentes. Llegamos muy temprano y empezamos a ver cómo llegaba la gente poquito a poquito, pero de repente vimos que era muy poca y ya no llegaba más.

Más tarde nos enteramos de que Yunes había mandado cerrar una calle por la que entraban todos los camiones que traíamos para el estadio. Se formó una fila gigantesca de camiones, no había manera de moverlos porque se fueron quedando uno tras otro. Y, como no estaban cerca del estadio, no pudimos llevar a la gente.

Andrés Manuel y Beatriz llegaron directo al estadio en coche. Terminado el evento, él nos señaló: «Tú, tú, tú y tú: los quiero ver ahorita» (se refería a Rocío, a Manuel Huerta, a Cuitláhuac y a mí). Nos fuimos al vestidor y, mirándome a los ojos, me reclamó: «Te lo dije, que esto no debía ser, que no había que hacer actos en estadios. Esto lo vamos a tener

en todos los diarios mañana». «Bueno, Andrés —le dije—, pero era el juego de futbol». «No —respondió, molesto—, te dije que, pasara lo que pasara, no en un estadio de futbol». Fue la única vez en la campaña que recibimos un regaño de esa naturaleza. Fue patético: oír al candidato furibundo fue muy feo.

Era el domingo anterior a la elección. Nos alertó sobre la capacidad de operación que tenía Yunes para esa jornada. Sirvió para hacer muchos ajustes que, de no haber salido tan mal aquel evento, quizá no hubiéramos podido ganar la elección veracruzana.

———•———

En un hotel de Martínez de la Torre, Veracruz, recibí una llamada a las tres de la madrugada. Era Manuel Velasco, quien me dijo: «Padrino (así me llamaba y me llama), te voy comunicar con una persona». Y me pasó nada más y nada menos que al presidente Peña Nieto. Me saludó: «¿Cómo estás? Soy Enrique Peña». Le dije: «Presidente, qué gusto». Dijo: «Tú y yo tuvimos un conflicto en el pasado, te pido que lo dejemos atrás. Yo me hago responsable por lo mío». «Y yo, por lo mío, presidente, qué mal que tuvimos ese problema, pero qué bueno que así se pueda arreglar». Y me dijo: «Sí, estando aquí platicando con Manuel, me dijo que no había razón para que tuviéramos conflictos personales. Y por eso te llamo. Y le agradezco a Manuel». «Y yo le agradezco a usted, presidente Peña».

Terminamos la llamada y ya no pude conciliar el sueño. Todo lo que pensaba era cómo le iba a decir a Andrés Manuel que había estado en comunicación con Peña Nieto. Al otro día le dije que le quería contar algo: «Me habló el presidente Peña». «¿Y qué te dijo?». «Pues me dijo esto y me dijo que nos comunicáramos en el futuro, que, para cualquier cosa, ya estaríamos en comunicación». «¡Qué barbaridad! —dijo—, ya no le contestes». «Tampoco puedo dejar de atender mi teléfono, a veces no sé quién me llama». «Si te llama es otra cosa, pero tú ya no hagas nada por llamarlo».

———•———

Faltaban unos días para la elección. Hacíamos tres eventos diarios. El último día, el miércoles anterior a la elección, fuimos a Chiapas y Tabasco, y de regreso a la Ciudad de México, al Estadio Azteca. Había que ajustar el

evento a una hora y media y salir corriendo. Un día «desmayamos» a la reportera de Televisa para alcanzar el vuelo de Puerto Escondido a la Ciudad de México. Le dijimos: «Desmáyate, pero que no se vaya el avión; vamos para allá».

En todas las giras hubo dos personas muy importantes para todo lo que hicimos. Una, desde luego, fue César Yáñez, que contribuía prodigiosamente, no solo porque era un buen comunicador, sino porque es una persona muy generosa y siempre dispuesta a apoyarte en todo. César apoyaba, prevenía, cuidaba. Además, como era quien después de los actos comentaba con Andrés Manuel, tenía la capacidad de darle un balance de los hechos.

Con él siempre hemos tenido una relación muy buena, basada en su buena vibra, su energía, su optimismo y su certidumbre. Otra persona fundamental fue Alberto Rojas, el chofer de Andrés Manuel. Rojas era indispensable, imprescindible, y con nosotros siempre fue muy cariñoso, muy gentil, muy generoso.

12

El día de la elección

La elección de 2018 fue tersa, sin demasiados conflictos; desde un inicio pareció claro que el ganador sería López Obrador, más aún cuando los candidatos del PRI y del PAN, José Antonio Meade y Ricardo Anaya, enfocaron sus campañas en atacarse mutuamente. Pero también fue muy importante —me imagino que aprendiendo de las experiencias de 2006 y 2012— que López Obrador impulsara un discurso muy conciliador durante la campaña. Un mes antes de la elección tuve una larga entrevista con el coordinador y futuro jefe de la Oficina de la Presidencia, Alfonso Romo, de la que rescato este fragmento.

JFM: Dices que «no va a haber marcha atrás en la Reforma Energética». Pero hay quienes, dentro de Morena, opinan que sí hay que abolir la Reforma Energética o la Educativa. ¿Qué se va a hacer con las reformas en realidad?, ¿cuál es la propuesta?

AR: Hay muchas opiniones en Morena y muy respetables. Y de extremos.

JFM: Sí, uno es Paco Taibo y el otro es Alfonso Romo, para decirlo muy claramente.

AR: Sí, pero lo importante es qué se plasmó, qué se presentó y qué se aprobó y avaló en la asamblea de Morena. ¿Qué decimos de la Reforma Energética en concreto? Que vamos a respetar todos los acuerdos y el Estado de derecho…Vamos a ver cómo están las licitaciones. Lo que hemos analizado, y que vamos a presentarle en un mes a AMLO, es que hasta hoy lo que hemos visto está muy bien hecho, y quiero aplaudir a la autoridad, porque nunca me había encontrado tantas compañías extranjeras aplaudiendo la transparencia con que se realizaron las licitaciones. No me he metido en las otras. Entonces, lo que esté bien lo vamos a dejar; lo que haya que ajustar, lo ajustaremos; lo que tengamos que quitar porque no sea bueno para el país, propondremos al Legislativo cambiarlo. Pero los primeros tres años nos comprometemos a no mover nada, a dar mucha confianza.

El día de la elección fuimos a Veracruz, y de allí venimos a México, al hotel Sheraton de la Alameda. Pudimos entrar al *lobby*. Luego mandaron llamar a un grupo, entre ellos a mí. Estaban los que serían miembros del gabinete. De repente, Tatiana Clouthier entró al cuarto donde estábamos

y empezó a decir que tales y cuales bajaran con ella. Me quedé totalmente solo, nadie me decía absolutamente nada. Decidí ir a la planta baja, al *lobby*. En ese lugar nos enteramos de que habíamos ganado Veracruz y de que nos habían dado un madrazo en Yucatán.

Yendo en la camioneta de Andrés Manuel —el chofer, Rojas; Adán Augusto; César Yáñez; Javier May; mi hijo Julio y yo, sentados en el asiento de atrás—, lo escuchamos decir: «Bueno, ya estamos aquí y ya sabemos qué va a hacer cada uno de nosotros. Tú, Adán, vas a ser gobernador de Tabasco; tú, César Yáñez, vas a ser mi jefe de Prensa; tú, Javier May, vas a ser director de Diconsa y me vas a ayudar con el programa Sembrando Vida». Yo le dije: «Andrés, pero ¿por qué May no va a ser senador? Toda su vida ha querido ser senador y tú te lo quieres llevar a otro lado». Y dijo: «No, es que los senadores y diputados son unos buenos para nada. Tú me vas a ayudar, Javier, en Diconsa y en Sembrando Vida». Javier May puso una cara de tristeza que no podía con ella, porque en verdad quería ser senador.

Siguió hablando Andrés y dijo que en su oficina solo iba a tener tres o cuatro personas: «Una de ellas va a ser Laurita, que va a trabajar conmigo como mi secretaria; otra va a ser el ingeniero Esquer, que va a ser mi secretario particular; otra va a ser César, que, como ya dije, va a ser jefe de prensa; y tú, Julio, que vas a ser mi abogado». Yo le contesté que no. No quería ser su abogado, siempre le había ayudado y lo iba a seguir ayudando, pero no. Entonces, me dijo: «¿Qué quieres ser?». «No quiero ser nada, yo siempre te he apoyado por fuera, desde mi despacho, y te quiero seguir ayudando desde ahí. Para mí va a ser un honor que tú seas el presidente de la República. Me voy a sentir feliz, pero no necesito ningún puesto, no lo quiero, no me hace falta». «Eso ya lo veremos —dijo—, pero tú vas a ser mi abogado. Todos tenemos que participar, todos tenemos que ayudar, todos. Y tú no serás la excepción».

Yo no tenía mayor interés en el Gobierno porque estaba muy contento con lo que hacía, me iba bien, no tenía ningún problema. Me habían fastidiado nada más en la campaña por el asunto del departamento que compré a Andrés, que además está perfectamente documentado, en escritura pública; no se regaló nada, no le regalé nada, era una operación

mercantil sencilla. No necesitaba estar en el Gobierno ni quería, porque sabía que ahí corría todos los riesgos. Esa no fue la primera vez que platicamos del asunto.

Antes hubo otra ocasión, cuando Alfonso Romo manejaba una camioneta de Mérida a Cancún. Andrés Manuel iba sentado a la derecha, Esteban Moctezuma junto a mí, y veníamos platicando sobre cómo sería el gobierno. Me dijo Andrés: «Si llegamos al Gobierno, ¿a ti qué te gustaría hacer?». Y yo le dije la verdad: que no había pensado en el Gobierno, porque no se me antojaba trabajar en el Gobierno. «Bueno, pero dime alguna cosa que se te antoje. Todo mundo que está afuera está pensando qué va a ser. A ver, si tú tuvieras manera de escoger un puesto, ¿cuál sería?».

«Bueno —le dije—, si hubiera manera de elegir un puesto, escogería uno. Me gustaría ser embajador de México en París. Déjame decirte algo, Andrés, sería difícil que me nombraras embajador en París porque yo no voy a abandonar a las personas que quiero, que se tendrían que quedar en México. Tendría que llevarme a una hermana de cónsul en Berlín, a otra de cónsul en Venecia. Somos muchos, entonces no me puedes doblar, no hay manera de que me des gusto con tanta cosa».

Y la tercera vez que me dijo que quería que estuviera en el Gobierno fue un día que íbamos él y yo solos en el coche. Hablábamos de que íbamos a hacer muchas cosas y que seguramente habría contratos importantes que yo tendría que revisar. «Te tengo mucha confianza —enfatizó— y por eso quiero que estés en el Gobierno, que me acompañes». Ya no le dije que no.

La noche de la elección, en el *lobby* del hotel, recibimos los resultados de Yucatán y Veracruz, y nos dijeron que Andrés Manuel daría un mensaje en el Zócalo. Antes dio uno en el propio hotel, con todos los que integrarían su gabinete. Camino al Zócalo recibí una llamada de Beatriz, como siempre muy cariñosa: «Oye, me dice Andrés que te vamos a estar esperando en la casa, que vayas para allá». «Sí, claro, ahí voy a estar».

Terminó el acto en el Zócalo, un acto hermoso, con un discurso muy bueno de Andrés Manuel, ya como presidente electo. Del Zócalo me fui a su casa, en Tlalpan. Ahí me encontré a Olegario Vázquez Aldir, Ricardo

Salinas Pliego, Alfonso Romo, Bernardo Gómez y Daniel Chávez.

Fue un festejo precioso, porque todos estábamos muy entusiasmados. Ahí le llamó el presidente Peña para felicitarlo por su triunfo, y brindamos. En ese momento, Andrés informó dos cosas muy importantes: «Primero, Alfonso Romo será el jefe de la oficina del presidente, y, segundo, Julio Scherer será mi abogado».

Al término de la reunión nos fuimos cada quien a su casa. Ya entrada la madrugada fuimos a la oficina para hablar con toda la gente que habíamos movilizado: con quienes habían ganado y, sobre todo, con los que habían perdido.

Hablamos largo rato con el Güacho Díaz Mena, diciéndole que seguramente el presidente sería muy generoso con él, porque se la había jugado y eso tendría recompensa. Fue un diálogo largo con muchos actores políticos.

El presidente había dicho que al siguiente día descansaría, y que el 3 de julio iría a Palacio Nacional con Enrique Peña Nieto. Después del recorrido por Palacio, Andrés informó que había nombrado a su equipo de transición. En esa conferencia de prensa, me nombró parte del equipo junto con Olga Sánchez Cordero y Tatiana Clouthier.

Nos empezamos a reunir. Un día Laurita me llamó para que fuera con el presidente electo. Imaginé que haría encuentros uno a uno para hablar de lo que venía, de lo que quería y esperaba, pero de repente me encontré en una junta con unas sesenta personas sentadas en una especie de auditorio. Estábamos todos, y se tenía que definir quién y cómo entraría a cada equipo y quiénes participarían.

Romo estaba con algunas personas, el presidente con otras; en fin, Romo era importante en esas cosas, siempre estaba en una parte relevante del Gobierno. Empezamos a discutir sobre los programas y proyectos a realizar. Nos pidieron los nombres de las personas de confianza para ver si podían integrarse al equipo del presidente.

Recuerdo que en el equipo en que yo estaba participaba Durazo y se invitó a Juan Luis González Alcántara, un abogado muy brillante, que próximamente sería exministro de la Corte. Estaban también Alejandro Gertz Manero, algunas otras personas y creo que Joel Ortega.

Entre todos delineamos lo que serían los equipos de la Presidencia, sin que Andrés Manuel todavía nos hubiera dicho en concreto qué haríamos.

Eran reuniones de cinco, seis, diez personas, todo el tiempo.

Un día, en septiembre u octubre de 2017, en su casa de Tlalpan, consideramos un posible candidato a la Secretaría de Hacienda. Me pidió proponer nombres. Le sugerí a Santiago Levy, le dije que tenía un perfil social muy bueno, que era un economista espléndido. Estaba en el Banco Interamericano de Desarrollo; lo hizo perfecto en el gobierno de Zedillo, creó el programa Progresa. «Es una persona —le dije— que puede ayudarte muchísimo». Lo aceptó, pero necesitaba presentarlo el 15 de enero de 2018, meses antes de la elección. «Si Santiago Levy acepta, lo voy a anunciar como próximo secretario de Hacienda. Habla con él y pídele que venga a verme».

Busqué a Santiago Levy, vino a México y habló con el presidente, entonces todavía candidato, que quedó muy convencido. Pero hablando con Santiago me dijo que tenía un problema muy grande porque no podía dejar el BID, donde llevaba ya muchos años. «Tengo que terminar mi gestión —me explicó—. Además, la mamá de mi esposa está muy enferma y no puedo alejarme de Washington. No puedo aceptar un puesto mientras tengo otro. El candidato tiene que esperar a ser presidente de la República, para que, entonces, en ese momento, yo pueda decir que dejo el BID para irme a la Secretaría de Hacienda».

Le respondí que no podía ser así, porque Andrés no quería eso. Fuimos con Alfonso Romo a ver a Santiago Levy a Washington para insistirle: «Te están ofreciendo ser secretario de Hacienda, no es una cosa menor. Acepta. Veamos cómo operarlo, pero Andrés quiere anunciarte el 15 de enero. Si no aceptas que te anuncien ese día, no va a poder ser». Levy finalmente no quiso. Dijo que no podía dejar a su esposa con el problema de su madre y que le parecía poco ético aceptar un puesto aún no definido dejando el que ya tenía.

Antes de la elección se veía que Andrés Manuel iba a ganar, pero cualquier cosa podía pasar, así que Santiago declinó la opción. Andrés ya no lo quiso: «Si él no acepta estar conmigo, yo tampoco lo quiero de secretario».

Para esos días hicimos también una alianza con el Partido Encuentro Social (PES).

¿Por qué un partido de extrema derecha, religioso, se suma a la campaña de un candidato que se supone de izquierda?

En Morelos competían Cuauhtémoc Blanco por el PES y Rabindranath Salazar por Morena. Era el único candidato a gobernador que ni siquiera había pasado por encuestas: fue elegido por unanimidad de los consejeros.

Teníamos una relación muy buena con el PES por dos razones. El PES pesaba mucho en Chiapas, tenía 4 o 5 puntos, seguro más de 2, porque allá hay miles de iglesias relacionadas con el partido. En Chiapas, donde teníamos una mala candidatura, era importante mantener una buena relación con Hugo Eric Flores, su dirigente. Él quería tener un partido nacional y vimos la posibilidad de hacer alianza con él en Morelos. Hugo Eric tenía como candidato a Cuauhtémoc Blanco, que arrasaba a Rabin. Nosotros le preguntamos al presidente qué hacíamos.

La negociación con el PES comenzó en junio de 2017, pasada la elección del Estado de México. Veíamos entonces que la elección no estaría tan holgada y que el PES podía ser un diferenciador para ganar con sus 3 puntos. Empezaron las negociaciones con Hugo Eric para que se sumara.

Andrés nos dijo que había que convencer a Cuauhtémoc Blanco de ser candidato de Morena al Gobierno de Morelos en alianza con el PES y ver qué darle a Rabin para que su esfuerzo no fuera en vano. Pero Rabin no se quería bajar. Fue una chamba dura, que se cerró hasta el último día para firmar la alianza.

Antes fuimos a ver a Cuauhtémoc para preguntarle si estaba dispuesto a ser candidato de Morena en alianza con el PES, como ellos querían. Nos sentamos a comer en un restaurante del sur de la Ciudad de México. Pocas veces he visto a un hombre más popular que Cuauhtémoc: eran colas de personas que venían a saludarlo. No había manera de comer; desfilaba la gente para abrazarlo. Ahí aceptó ser candidato. Rabin se molestó mucho, estaba muy enojado de que lo hubieran bajado, pero habría perdido contra Cuauhtémoc.

La negociación con el PES termina siendo una negociación solamente de números y de posiciones, porque siempre fue difícil explicar por qué un partido con

posiciones antiaborto de derecha se aliaba con uno de izquierda.

Era el pragmatismo absoluto, no importaban los ideales, lo que importaba era que ganáramos las elecciones y así ganamos Morelos, con todos los inconvenientes que hoy le vemos a este señor, pero necesitábamos cada voto, había que ganar a como diera lugar y había que tener la mayor cantidad de aliados que se pudiera porque en ese momento no veíamos tan holgada la elección como terminó siendo, entonces cualquier punto sumaba.

13

La hora de gobernar

«La política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los remedios equivocados», aseguraba Groucho Marx. El arte de gobernar, decía Voltaire, es «el de sacar el dinero de unos bolsillos para ponerlo en otros». Pero lo cierto es que gobernar un país es muy diferente a hacer política desde la tribuna o la calle, sea desde el oficialismo o la oposición. En alguna ocasión, el presidente Fox, a pocos días de haber asumido la presidencia, me dijo que nunca había imaginado lo grande que era, visto desde dentro, el Estado mexicano. Para algunos sería una muestra de ignorancia o ingenuidad; para otros de humildad ante la responsabilidad asumida. Quizá una mezcla de ambas. López Obrador había gobernado la Ciudad de México, pero no sé si tenía claro —si asumía— la magnitud de la tarea que le esperaba. Lo que sí tenía, y tendría, era un estilo personal de gobernar, que debe ser un atributo ineludible de cada presidente, un estilo que va de la mano con su concepción de lo que debe ser el poder y de la función del Estado.

Durante el periodo de transición, entre las elecciones de junio y la toma de posesión el 1.° de diciembre, hubo infinidad de reuniones. A Andrés le gustaban las reuniones grandes, casi asambleas. Prácticamente no había reuniones *tête à tête* con él, solo las que decidía él mismo. Todo lo demás consistía en planteamientos de grupo, esperando que todo saliera bien.

Se había elaborado un proyecto de nación previamente, y entonces estructurábamos las reuniones en función de ese proyecto que se había elaborado junto con Alfonso Romo. Fue mucho trabajo, porque se trataba de adecuar el proyecto a la realidad de lo que sería el Gobierno.

¿Cómo imaginaban el Gobierno en esas fechas? Porque después de tantos años

en campaña, en la oposición, no es fácil imaginar cómo será gobernar.

Era muy complejo, porque todos pensábamos que Andrés iba a terminar con muchas cosas. Por ejemplo, se pensaba que regresaría al Ejército a los cuarteles.

Incluso en una entrevista, Andrés le dice a La Jornada que él preferiría desaparecer el Ejército y la Marina, y quedarse solamente con una Guardia Nacional, tipo la de Costa Rica.

Eran los planteamientos de la campaña. Después de la elección, Andrés volvió a recorrer el país y empezó a observar la situación real de cada una de las instituciones. En esas giras se dio cuenta, por ejemplo, de que en la Policía Federal había treinta y tantos mil elementos, insuficientes para la seguridad del país. De ellos, 6000 o 70000 pertenecían a la Policía de Caminos. Otros 10000 o 12000 estaban en las oficinas centrales, y apenas cerca de 18000 eran para cubrir todo el territorio. Era una tarea imposible.

Fue entonces cuando designó a los secretarios de la Defensa y de Marina. Para esas designaciones, Andrés pidió los currículums de todos los posibles candidatos. Los secretarios de Defensa, Salvador Cienfuegos, y de Marina, Vidal Francisco Soberón, tuvieron una reunión con él y, como era tradición, le enviarían los currículums de los tres mejores elementos que consideraban podían ser secretarios de Defensa y de Marina. Pero Andrés les pidió los currículums de todos los generales y almirantes en posibilidad de ser electos.

En la Defensa escogió a Luis Crescencio Sandoval como general secretario. Lo eligió básicamente porque tenía amplios conocimientos en materia de seguridad, había sido integrante del Estado Mayor de la Defensa y jefe de Operaciones, y además tenía una tesis sobre derechos humanos. Eso fue lo que lo convenció para llevar a Sandoval a ese puesto.

Era el más joven de los 29 generales de división que había entonces.

Eso seguramente generó movimiento entre los generales que se sentían con más derecho que Luis Crescencio. Pero Sandoval no solo era competitivo, un hombre realmente profesional, sino que además mostraba una sensibilidad en el tema de los derechos humanos. En la Marina eligió al almirante Rafael Ojeda, quien había escrito una tesis acerca de la

corrupción y de cómo disminuirla.

Paradójicamente, Luis Crescencio Sandoval era el más joven de los generales y Ojeda era el más antiguo de los almirantes.

Ojeda estaba a punto de retirarse. En la Secretaría de Marina, quien parecía tener más posibilidades era el oficial mayor, José Luis Vergara, promovido por el entonces secretario de la Marina y que había tenido algunas reuniones con Alfonso Durazo para tratar asuntos de seguridad marítima. Hay que recordar que muchos de los operativos realizados con apoyo del Gobierno estadounidense se coordinaban a través de la Secretaría de Marina, tomando en cuenta en menor medida al Ejército. Así que López Obrador se decidió por Sandoval y Ojeda. Tengo entendido que el general retirado Audomaro Martínez, quien había sido jefe de seguridad de Andrés Manuel, cuando estuvo en la Ciudad de México, y más tarde designado titular del Centro Nacional de Inteligencia —que reemplazó al Cisen—, también influyó en esos nombramientos.

Una vez designados los secretarios de Defensa y Marina, empezaron las reuniones en donde ellos ya participaban. El general Sandoval, la verdad, tenía un nivel diferente de todos los que ya estábamos. Las reuniones eran complicadas porque había una doble dinámica: la del presidente electo, muy libre en su manera de expresarse, lo que a nosotros nos generaba mucha confianza, y la del secretario de la Defensa, que era una figura que daba una impresión distinta. Incluso el secretario de Marina, siendo la institución tan importante que es, tenía, digamos, un perfil menor que el secretario de la Defensa.

Es muy interesante porque, por ejemplo, tú ya tenías experiencia con el poder; habías trabajado en áreas de Gobierno, pero muchos de los que estaban en ese equipo no. Entonces se topaban con el poder real. Y cuando te topas con un secretario de la Defensa, ese es el poder real; no debe ser fácil.

Y no solo eso: era mucho más complicado por el hecho de que todo el tiempo habían sido opositores. Así que pensar que íbamos a ser Gobierno hacía las cosas mucho más difíciles. Estábamos acostumbrados a la calle, a los mítines, a los discursos hechos por y para nosotros, convocar marchas, no al trabajo de gabinete.

Era complejo. Y trabajar con ellos también porque tenían una visión

mucho más rígida de lo que debía hacer el Gobierno. En el Gobierno no se hace lo que uno quiere, se hace lo que se puede, porque las estructuras son muy sólidas, muy firmes; desatorar las cosas desde dentro del aparato gubernamental es muy difícil.

Por ejemplo, estaban todos los directores de área hacia abajo, a quienes Calderón había incorporado al Servicio Civil de Carrera. No podías ir contra eso, no los podías remover. Y Peña puso a los directores adjuntos con nivel de director general, y esos también entraban en el servicio civil. Las opciones eran limitadas. Como un día me dijo Pedro Aspe: «Los secretarios de Estado tienen dos funciones: hacer la política y presentar la chamba al presidente. El subsecretario, ni una ni otra, porque la política no la puede hacer y la chamba la hacen los directores generales. Entonces el subsecretario es un sándwich que no cuenta para nada».

Cierto día, le dije a Andrés Manuel cuando ya estaba en el Gobierno: «Hoy tienes la ventaja de que todos los directores firman lo que tú quieres, porque eres el presidente de la República. Pero en tu quinto año de gobierno, aunque seas presidente de la República, va a ser más difícil que los directores te quieran firmar lo que sea que les pidas. Porque entonces ellos van a estar cerca de una responsabilidad buena o no, lo hayan hecho o no». Muchas veces desde la cima del poder se pueden simplificar las cosas. Pero a la hora que llegas a la burocracia esas cosas se vuelven mucho más complicadas.

Nombran al secretario de la Defensa y de Marina. ¿Por qué queda Durazo en Seguridad? ¿Por qué decide el presidente poner ahí a Alfonso?

Por lo mismo del 90% de lealtad y 10% de conocimiento. Le tenía mucha confianza y en algún momento incluso pensó que Durazo podía ser secretario de Seguridad Nacional, incluso por encima de las dos secretarías militares, para convertir esas en civiles.

Durazo es un tipo con un muy buen discurso y gran capacidad organizativa. Es ingeniero de profesión, con maestría y doctorado en Derecho. Tenía esas habilidades. Trabajó primero en Gobernación, luego con Colosio, regresó al Distrito Federal, volvió a Gobernación, fue jefe de Oficina y director de Comunicación de Fox, y finalmente diputado y senador por elección. Ya tenía amplia experiencia en el poder, y por eso Andrés Manuel, además de confiar en él, sintió que podía ser un buen

secretario de Seguridad. Creo que sí lo fue: una persona muy atrevida, hábil, capaz y que daba seguimiento riguroso a los problemas de seguridad.

Había otros personajes, como Marcelo Ebrard, que también estaban plenamente hechos al poder, que no tenían ningún problema para manejar la Secretaría de Relaciones Exteriores. Con Marcelo, recuerdo que todavía en campaña, cuando apenas empezaba a reincorporarse al equipo, sin el nivel que tendría más adelante, Andrés comenzó a darle señales.

Un día, rumbo a Oaxaca, viajábamos César Yáñez, Marcelo, el chofer de Andrés, Rivas y un servidor, y Andrés Manuel me preguntó qué quería desayunar. Le dije que quería un tasajo. «Te voy a llevar al mejor tasajo de Oaxaca». Y entonces le dijo a su chofer: «Cuando veas un árbol frondoso, te vas a parar, Rojitas». «Sí, señor». Así hicimos algunos kilómetros y le dijo: «Aquí es». No había letrero, no había nada. Todavía estábamos en campaña. Entonces el chofer acercó la camioneta hacia donde señalaba Andrés. Y tapada por los árboles, había una casa que tenía un pequeño comedor donde podías comer. «Aquí van a comer el mejor tasajo de Oaxaca», nos dijo. No había nadie en el restaurante, pero salieron dos gordas grandototas, fuertes, a saludarlo. «Licenciado, qué gusto verle, qué bueno que está aquí en su casa. Ya lo extrañábamos». Había un letrero que decía «Vota por el PRI, vota por Meade». Y entonces una de las señoras se queda viendo al letrero y le dice que la perdone por el letrero: «Es que si no los ponemos nos chingan aquí en Oaxaca».

Ahí desayunamos un gran tasajo que estuvo suculento. Y nos fuimos a hacer gira por Oaxaca. Terminando la gira, Andrés se iba a Tijuana para el tercer debate. Y durante todo el camino nos fuimos platicando con Marcelo. Andrés era el que, sobre todo, platicaba con Ebrard acerca de la relación México-Estados Unidos, cómo era, cómo había sido a partir de Juárez. Estuvieron platicando de la relación con Estados Unidos todo el trayecto. A Andrés le gusta mucho la historia, pero Marcelo no es para nada un desconocedor. Entonces la conversación no solo era interesante y muy amable, estábamos platicando entre tres o cuatro amigos la historia de nuestro país. Andrés se fue con Marcelo rumbo a Tijuana para el debate. A Marcelo no le tocaba esa zona, Marcelo lo acompañó. Ahí supe que sería el secretario de Relaciones Exteriores. Entonces ya estaba

Marcelo dentro y algunas otras personas como Raquel Buenrostro.

¿Tú ya sabías que ibas a ser el consejero jurídico?

Es lo que me había dicho Andrés, aunque yo no tenía ganas de asumir el cargo porque siempre lo había apoyado en los asuntos legales, y me resultaba mucho más fácil operar desde mi despacho que desde el otro lado. Un día me invitó a desayunar en su oficina de la calle de San Luis y me dijo: «Te quiero pedir un favor». «El que quieras, Andrés». «Yo quiero que seas el consejero jurídico». Le respondí: «Ya hemos hablado mucho el asunto. Estoy de acuerdo en ser el consejero jurídico, pero porque tú quieres hacer muchas reformas y en eso te puedo ayudar».

«Sí —me dijo—, te tengo confianza para que tú arranques de una vez con las reformas que haremos, para que cuando lleguemos al Gobierno ya tengamos una buena cantidad de reformas aprobadas». Cosa que sucedió. A la gente se le olvida, pero nosotros pasamos un montón de reformas previo a la llegada de Andrés Manuel al Gobierno, desde que se instaló el nuevo Congreso. Gracias a esas reformas, Andrés llegó al Gobierno con una estructura legal nueva.

En esa reunión en la casa de San Luis Potosí, yo le dije: «Vamos a hacer las reformas. Pero te propongo una cosa: hagamos las reformas y cuando terminemos yo me voy a mi despacho». Me dijo que estaba bien, que trabajáramos sobre esa base.

Entonces a mí me pareció que era buena la oferta.

DOF: 14/12/2018

ACUERDO por el que se establecen los Lineamientos que regulan el nombramiento de los titulares de las unidades encargadas del apoyo jurídico de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal.

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos.- Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal.

JULIO SCHERER IBARRA, Consejero Jurídico del Ejecutivo Federal, con fundamento en los artículos 1o, párrafo segundo, 2o, fracción II, 4o, párrafo primero, 26, en la parte relativa a la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal, 43, fracción VII de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal, y, 1, 2, 8, párrafo primero, 9, fracciones I y XXII del Reglamento Interior de la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal, y

CONSIDERANDO

Que el 30 de noviembre de 2018 se publicó en el Diario Oficial de la Federación, el Decreto por el que se reforman, adicionan y derogan diversas disposiciones de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal, a través del cual se prevé, entre otros supuestos, un nuevo esquema para el nombramiento de los titulares de las áreas jurídicas de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal;

Que dicho esquema establece que el titular de la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal tiene la facultad de nombrar y, en su caso, remover a los titulares de las unidades encargadas del apoyo jurídico de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal;

Que con ello, se pretende asegurar que los titulares que encabecen las áreas jurídicas de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal sean valuados y nombrados por el titular de la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal, por ser quien somete a consideración y, en su caso, firma del Presidente de la República, los proyectos de iniciativas de leyes y decretos que las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal pretenden someter al Congreso de la Unión, así como aquellos decretos y demás instrumentos que emite el propio Presidente de la República, y

Que para lograr lo anterior, se requiere establecer los lineamientos que contengan requisitos específicos que deben cumplir las personas que aspiren a dirigir las unidades jurídicas respectivas, he tenido a bien expedir el siguiente

ACUERDO

ARTÍCULO PRIMERO.- Los presentes Lineamientos tienen por objeto establecer los requisitos y el procedimiento para el nombramiento de los titulares de las unidades encargadas del apoyo jurídico de las dependencias y entidades de la Administración Pública Federal.

ARTÍCULO SEGUNDO.- Para efectos de los presentes Lineamientos, se entenderá por:

I. Consejería Jurídica: Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal;

II. Consejería Adjunta: Consejería Adjunta de Consulta y Estudios Constitucionales, de la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal;

III. Dependencias: Las dependencias de la Administración Pública Centralizada a que se refiere el artículo 2 º. de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal, y

IV. Entidades: Las entidades de la Administración Pública Paraestatal a que se refiere el artículo 3o de la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal.

ARTÍCULO TERCERO.- Los titulares de las unidades encargadas del apoyo jurídico de las dependencias y entidades serán nombrados directamente por el titular de la Consejería Jurídica, a propuesta, en su caso, del titular de la dependencia o entidad a la que estará adscrito.

En caso de que un candidato sea propuesto por el titular de la dependencia o entidad a la que estará adscrito, éste deberá señalar las razones del por qué lo considera como idóneo para ocupar el cargo, así como la fecha a partir de la cual ocupará el cargo.

ARTÍCULO CUARTO.- Las personas que ocupen el cargo de titular de alguna dependencia o entidad, deberán cumplir los siguientes requisitos:

I. Ser ciudadano mexicano por nacimiento;

II. Contar con antigedad mínima de cinco años, con título profesional de licenciado en derecho o abogado;

III. Tener treinta y cinco años cumplidos al día del nombramiento;

IV. Contar con una experiencia de al menos cinco años en cargos, cuyo ejercicio requiera conocimientos y experiencia en materia jurídica;

V. No haber sido sentenciado por delito doloso e inhabilitado para desempeñar un empleo, cargo o comisión en el servicio público;

VI. No tener parentesco por consanguinidad o afinidad hasta el cuarto grado o civil con:

a) El titular de la dependencia o entidad a la que estará adscrito;

b) Los servidores públicos que ocupen el nivel inmediato inferior al titular de la dependencia o entidad a la que estará adscrito, y

c) Los titulares del Órgano Interno de Control y/o de las áreas de Auditoría Interna o sus equivalentes, de la dependencia o entidad a la que estará adscrito.

VII. No contar, a la fecha de su nombramiento, con ninguna relación laboral o de cualquier otra índole, o cualquier otra situación que impida o pueda implicar un conflicto de interés en el desempeño del cargo.

ARTÍCULO QUINTO.- Los documentos que acrediten los requisitos señalados en el artículo Cuarto anterior, deberán ser enviados por la dependencia o entidad, al titular de la Consejería

El documento íntegro se puede consultar escaneando el QR
que se encuentra en la sección Anexos, al final de este libro.

En esos días hicimos una ley que, aunque no se ha practicado mucho, es muy buena: la Ley de Confianza Ciudadana. Andrés decía que los inspectores siempre terminaban fastidiando a la gente, así que no tenía

sentido que fueran a inspeccionar fondas, cafés, farmacias o tiendas, porque lo hacían solo para sacarles una lana a los propietarios.

Y entonces Andrés Manuel me dijo que íbamos a hacer un esfuerzo por tenerle confianza a la gente. «Que, a través de la Ley de Confianza Ciudadana, puedan asegurar que ya cuentan con todos sus permisos en regla y yo, como Gobierno, les voy a creer. A los seis meses voy a mandar a hacer un sorteo —porque cree mucho en eso de la suerte— y, por ese método, veremos a quién debemos verificar y a quién no. Si el que se verifica tiene sus papeles en regla, no lo volveremos a revisar en los siguientes seis años en que yo sea presidente de la República. Pero si tiene algún problema, entonces lo clausuramos y será difícil que vuelva a abrir».

Esa ley la hicimos en su oficina. Le propuse que grabáramos un vídeo sobre esa ley. Lo hicimos contando cómo iba a ser la ley. De allí tomé todas las ideas para hacer la iniciativa y la presentamos antes de que entráramos al Gobierno.

Independientemente de que me dio la confianza como consejero jurídico, la realidad es que Andrés tenía muy claras las cosas que tenía que hacer en término de reformas para mejorar al Gobierno. Y muchas de ellas, las platicamos juntos.

14
El equipo

López Obrador tenía claridad, desde mucho antes de ganar las elecciones, sobre el equipo que quería al asumir el gobierno. En una entrevista con Joaquín López-Dóriga, el primero de febrero de 2006, habló de quiénes integrarían su equipo si ganaba las elecciones de ese año. Entre los nombres que mencionó estaba Juan Ramón de la Fuente, a quien esperaba tener en Gobernación. También habló de Rogelio Ramírez de la O, entonces un analista financiero reconocido dentro y fuera del país, aunque nunca había tenido responsabilidades importantes en el sector financiero público. Y mencionó a José María Pérez Gay como posible opción para la cancillería. Pérez Gay era un hombre con experiencia diplomática, mucho más reconocido por su trabajo en medios intelectuales, pero falleció poco después, de forma prematura. Sin duda, habría formado parte de su equipo más cercano.

Así comenzó a trabajar el equipo. Yo le presentaba, junto con un grupo de colaboradores, lo que pensaba que debían ser las reformas, y Andrés era quien, básicamente, las aprobaba. En el grupo de trabajo había mucha gente. Estaba quien sería secretario de Hacienda, Carlos Urzúa; también Octavio Romero, que iría a Petróleos Mexicanos, aunque participaba poco en las reuniones porque estaba encerrado en otra oficina, analizando lo que era Petróleos Mexicanos, la complejidad que significaba, junto con Marcos. Ya estaba Claudia Sheinbaum empezando a diseñar su equipo de Gobierno en la Ciudad de México y analizando cuáles serían los asuntos y programas prioritarios. Nosotros teníamos muchísimo trabajo. Consultaba mucho mis temas con Alfonso Romo, porque él era el encargado de ir concentrando la información para estructurarla y compaginarla con el resto del Gobierno.

También estaba Víctor Villalobos, en Agricultura, que tenía muy claro lo que debía hacer. Fue mi consuegro, un hombre muy eficaz, que al final

del gobierno tuvo diferencias con Andrés Manuel porque en temas sustantivos como el de la sanidad animal, Andrés decía que eso no se necesitaba, que solo era un gastadero de dinero. Víctor, en cambio, argumentaba siempre que sin sanidad nos bloquearían la frontera con Estados Unidos y que se necesitaba una cultura de sanidad animal para que no tuviéramos ninguna bronca con las vacas importadas y la carne exportada. Y eso fue, finalmente, lo que sucedió.

¿Por qué Olga Sánchez Cordero en Gobernación? No parecía tener ese perfil.

Porque Andrés decidió que tenía que ser una mujer. Creía que valía la pena que una mujer estuviera al frente de Gobernación para cambiarle completamente el perfil a esa dependencia. Quería que Gobernación fuera diferente a lo que había venido siendo. Olga Sánchez cumplía con el perfil de una mujer supuestamente de avanzada, buena abogada y de una mujer que ya había servido en la Suprema Corte durante muchos años.

Muchos pensaban que Tatiana Clouthier iría a Gobernación.

Tatiana se fue a la Cámara de Diputados. Ella decidió no aceptar el cargo. Andrés Manuel le ofreció ser subsecretaria de Gobernación, pero no quiso. Entonces acompañó a Mario Delgado como subcoordinadora en la Cámara. Considero que hizo un buen papel y que hubiera podido desempeñarse sin problema en cualquiera de los dos lugares. Luego decidió regresar a su tierra, Monterrey.

La conformación del equipo tenía un poco de todo; era un equipo paritario. Era la primera vez que un presidente decidía que debía ser así: mitad mujeres, mitad hombres.

Andrés nombró a tantas mujeres porque un día, cuando estaba en el Gobierno de la ciudad, le pidieron que ayudara a mejorar los edificios construidos por el propio Gobierno, que se encontraban en muy malas condiciones. Andrés contaba que había ido a ver los edificios y dijo que había que formar un comité integrado solo por mujeres de cada edificio. «A ese comité —decía— le voy a dar el dinero. Cada edificio tendrá la misma cantidad, de acuerdo con el número de pisos que tenga, y con ese dinero deberán arreglarlo».

Alguien le preguntó: «Licenciado, ¿en el comité por qué va a haber puras mujeres? Hay hombres que son ingenieros, que son arquitectos y eso

puede funcionar». «Eso no importa —les dijo en broma—, lo importante es que sean mujeres porque las mujeres no se ponen de acuerdo ni para robar».

Lo cierto es que Andrés decía que ponía más mujeres porque las mujeres eran más honradas, más trabajadoras y que por eso le daban más confianza.

Nombró al hijo de Lorenzo Meyer, Román Meyer Falcón, como secretario de la Sedatu. Costó mucho trabajo encontrar a un director del Infonavit, porque esa posición se disputaba entre el secretario de Hacienda, el de Sedatu y el propio Alfonso Romo. Todos querían colocar a alguien allí. Finalmente, pusieron a una persona que Romo trajo de su despacho, Carlos Martínez, quien —entiendo— hizo buenas migas con Meyer.

En el Seguro Social nombró a Germán Martínez, a quien había considerado originalmente para ser fiscal. Él quería ese puesto, pero no fue incluido en la terna, así que Andrés le ofreció dirigir el IMSS, una posición muy importante. Germán aceptó muy contento dirigir el IMSS.

En la Comisión Federal de Electricidad dijo que iba a nombrar a Manuel Bartlett. Todo parecía normal, salvo por esa designación. Bartlett había sido secretario de Gobernación, gobernador de Puebla y antes director de Investigaciones Políticas. Y ahora lo iba a colocar al frente de la Comisión Federal de Electricidad, un puesto totalmente técnico. La verdad es que llamaba mucho la atención. Muchísimo.

Todos nos preguntábamos qué iba a hacer el licenciado Bartlett. Recuerdo que, durante la transición, Andrés Manuel me pidió que viera un asunto legal con él. Lo invité a mi oficina porque el asunto que se estaba planteando era un problema que había con una empresa que, por alguna razón, siendo responsabilidad del Gobierno, no había podido construir una nueva etapa de Chicoasén. Existía un arbitraje que la empresa iba a ganar, y eso le iba a costar al Gobierno 300 millones de dólares.

Andrés me pidió que viera a Bartlett, para resolver el problema. No se podía construir la planta, básicamente, porque la gente en Chiapas no

permitía que la empresa volviera a entrar allá. Le dije a Bartlett que de lo que se trataba era que esa empresa pudiera entrar, trabajar, y que con eso arreglábamos el asunto. Me contestó que no, que de ninguna manera, que no quería a los particulares. «Bueno, don Manuel —le dije—, pero necesitamos a los particulares». «No —reiteró—, usted no ha entendido el asunto: los particulares vienen arropados por los norteamericanos y los norteamericanos no solo quieren la energía de México, quieren primero tomar México y luego Centroamérica y luego más. No se puede». Yo le repliqué: «Licenciado, se me hace que esto está muy lejos de lo que usted está viendo ahorita. El problema que estamos tratando de solucionar es un problema concreto». «No —se sostuvo—, aquí la electricidad va a ser asunto de seguridad nacional y no va a entrar nadie más que nosotros». «Está bien». Le platiqué al presidente electo que eso me había dicho Bartlett y me dijo: «Déjalo». Y lo dejé. Finalmente, en el arbitraje perdimos los 300 millones de dólares que tuvo que pagar el Gobierno y, además, se perdieron muchas inversiones.

No hubo nueva inversión en electricidad durante todo el gobierno de López Obrador, y todo por elegir a una persona que desconocía el sector, que no sabía lo que implicaba una empresa de ese tamaño, que ignoraba lo que se tenía que hacer. México no avanzó en términos de nueva generación, salvo lo poco que podía hacer el Gobierno. Pero no se avanzó nada en líneas de transmisión.

¿Qué es el cuello de botella que tiene la energía hasta el día de hoy?

La lógica era que, si tienes un periférico en el que todos los coches quieren subir, pero tú determinas quién sube y quién no, porque la transmisión es un monopolio gubernamental —así lo marca la Constitución—, es absurdo que discutas quién pone plantas o quién no. Si tú decides a quién subes, a quién no, cómo lo subes y qué tarifa le cobras por estar en el periférico, ¿qué necesidad tienes de pelear y frenar las inversiones? Era una necesidad apremiante, y yo diría que fue una necedad del licenciado Bartlett impedirlo.

Era una posición ideológica y no técnica.

Totalmente. Pero eso le generó al presidente, primero, y después a la presidenta de la República, los problemas que enfrentamos hoy por la

falta de electricidad. Aunque también hay que decir, en abono de Andrés Manuel que, en muchos casos, cuando había una opinión que él consideraba conveniente, apoyaba a sus funcionarios. Podía estar muy equivocado, como en el caso de Bartlett, pero también es cierto que les respetaba su espacio.

———•———

En realidad, ya estábamos completos y compartíamos todo: proyectos, cómo iba a ser la nueva Ley de la Administración Pública Federal, porque todos me tenían que pasar sus necesidades para poder acomodarlas en la nueva ley.

Andrés Manuel decidió que redujéramos el número de subsecretarios y que algunas secretarías se quedaran con solo uno: el secretario, un subsecretario y luego los directores generales. Así, la administración quedaba descompensada, pero cada presidente tiene derecho a organizar su gobierno como lo decida.

Fue entonces cuando se resolvió no hacer el aeropuerto de Texcoco. Se realizó una consulta de menos de una semana, en la que votaron 700000 personas por el no, y con esas personas se acabó el aeropuerto de Texcoco.

Otra decisión más ideológica que técnica.

Era una decisión que ya había tomado desde mucho tiempo atrás, solo que la gente no sabía que cuando dice una cosa, la cumple. Si dice algo ya no lo va a cambiar. La gente piensa que van a convencer a Andrés Manuel, como pensó el secretario de Comunicaciones, Javier Jiménez Espriú, como pensó Alfonso Romo, como pensaron muchos, que, conociendo la magnitud del aeropuerto, lo iban a poder convencer tranquilamente.

Andrés Manuel tenía la convicción desde el principio de que ese aeropuerto había que quitarlo porque era un foco de corrupción y que había que hacer el nuevo aeropuerto donde él había querido desde que era candidato en el 2006.

Trabajábamos a gusto porque entre nosotros había mucha camaradería; la comunicación en el equipo era fácil y pocos teníamos segundos a bordo. Las reuniones eran entre nosotros, y ese fue un periodo de transición que transcurrió en relativa armonía. Hay que decir que Andrés Manuel, desde sus inicios, empezó prácticamente gobernando, porque

comenzó a tomar decisiones de Gobierno desde el momento en que ganó la elección.

Y, además, Peña Nieto le concedió ese espacio: no se confrontó en absoluto, le dio todo el espacio durante esos seis meses.

Peña Nieto se borró, desapareció, y Andrés Manuel ocupó todo el espacio. La gente estaba contenta con los planteamientos, lo que hacía y decía.

El presidente había tomado la decisión de que el Ejército regresara a los cuarteles, pero cuando vio la situación que teníamos, decidió que debía hacerse cargo de la seguridad pública. Cuando se dice que Andrés Manuel es inflexible, la gente no sabe lo que dice. Andrés Manuel sí cambia, pero tiene que haber una razón para que lo haga. No es un hombre sordo a los planteamientos razonables, aunque hay que presentárselos en el tono que le gusta para tratar los asuntos. Si se le expone así, no es tan difícil plantearle algo; escucha y, en los casos en que reconoce que el otro tiene razón, hace caso.

Había muchas personas que tenían un papel relevante: César Yáñez todavía tenía un papel muy importante, el ingeniero Esquer también.

Pero a César Yáñez se le cruza el tema de su boda y eso lo deja prácticamente fuera de todo.

Andrés Manuel fue a la boda de César Yáñez. No por decisión de César, sino de su esposa, se hizo una boda grande. Hay que considerar que César tenía 20 años metido en una camioneta con Andrés, que difícilmente César hubiera podido organizar la fiesta. César fue un convidado más a su boda, que salió en la revista *¡Hola!*, que fue ostentosa, pero César no estaba en eso. Es una persona modesta, muy buena, sencilla, pero iban a hacer la fiesta al gusto de su mujer y la fiesta se hizo lo mejor que se pudo, que la novia se viera lo más guapa que se pudiera y que los invitados salieran lo mejor que pudieran

Andrés Manuel se enojó mucho porque dijo que ese no era el perfil que quería de sus funcionarios públicos, que no podían hacer una celebración tan grande, tan opulenta y contraria a lo que él promovía. Fue una decisión, creo, excesiva y lastimosa, porque si alguien era cercano a él, ese

era César.

Eso, además, generó una serie de movimientos. Tú me decías que en algún momento te ofreció ser jefe de Prensa, director de Comunicación, y que quien terminó llegando fue Jesús Ramírez.

Sí. Porque le dije que la única manera en que yo podía aceptar era si me daba un área mucho más amplia que Comunicación, para que esta quedara dentro de mis tareas. Le propuse que me designara coordinador de estrategia, pero no quiso. Me dijo: «No, tú debes ser director de Comunicación y Jesús te va a ayudar». «No —le dije—, peor si es con Jesús. Prefiero no ser director de Comunicación ni muerto. Además, déjame decirte, Andrés, que yo no puedo ser censor, yo no puedo convertirme en Pancho Galindo Ochoa de un día para otro, yo no tengo ese carácter, no, yo respeto a mi papá, sus enseñanzas y su ejemplo, ¿cómo voy a ser yo el censor del Gobierno? No, no y no».

«Ya —me dijo—, te quedas como abogado y voy a poner a Jesús». Un error que creo que continúa hasta el día de hoy porque Jesús hizo mucho daño en el Gobierno.

———•———

Nombró a Javier May secretario de Desarrollo Social, al que le había dicho que iba a ser director de Diconsa. Por otra parte, Andrés Manuel quiere mucho a Rosa Icela Rodríguez y decidió que ella podía ser la subsecretaria, porque tenía toda la experiencia en la Ciudad de México, donde fue secretaría de Desarrollo Social; ella ayudó a construir el programa de los viejitos, se nos olvida esa parte. Rosa Icela fue muy importante en el D. F. con Andrés, pero Claudia le pidió que le prestara a Rosy y ella se fue a trabajar al Gobierno de la ciudad.

Cuando la rescatamos de ahí, porque Andrés Manuel quería tenerla con él, la nombró directora de Puertos y después secretaria de Seguridad Pública. Andrés Manuel decía que Rosa Icela era la persona que mejor conocía la ciudad y que si había que hacer una campaña, la coordinadora siempre debía ser ella. Por eso se la prestó a Claudia.

———•———

¿Cómo se toma la decisión de la Fiscalía General de la República?

Lo de la Fiscalía fue siniestro. Yo hice los nombramientos de cada uno de los servidores públicos. Me tocaba la función de elaborar el pergamino del nombramiento, documento indispensable para que el funcionario pueda actuar con poder del presidente de la República.

La noche del 30 de noviembre revisé todos los nombramientos: los ordené, les di una repasada desde el punto de vista legal para verificar que todo estuviera en orden, y me encontré con que el presidente no había nombrado a nadie en la Fiscalía, en la Procuraduría, porque todavía se estaba haciendo el cambio de la PGR a la Fiscalía General de la República, y faltaba pasar todo el procedimiento por el Senado para designar al nuevo fiscal.

Lo que necesitábamos era nombrar un sustituto del subprocurador de Asuntos Internacionales de la Fiscalía, porque ese cargo era el que operaba como fiscal general en tanto se completaba el proceso de transición. Entonces le hablé al presidente, ya de noche, y le dije: «Presidente, con todo respeto, te hablo para decirte que se nos olvidó o se te olvidó más bien, nombrar al fiscal». «Caray, ¿cómo que se me olvidó nombrar al fiscal?». «Sí, tienes que nombrar un subprocurador para que opere como fiscal hasta que lo ratifique el Senado». «Bueno, ¿y a quién nombramos?». «Tú dime». Me dijo: «Háblale a Durazo y dile que necesitamos un sustituto temporal, que a quién ponemos. Me hablan ustedes y me proponen a alguien y con mucho gusto lo planteamos».

Le hablé a Durazo, platicamos un rato y le propusimos al presidente que fuera Alejandro Gertz Manero. La verdad, un nombramiento del que la sola propuesta de verdad me avergüenza. Pero el presidente aceptó. Y entonces me dijo que le comunicara yo a Gertz que iba a ser fiscal. Busqué a Gertz, no contestaba, lo busqué en su casa, tampoco. Finalmente, ya tarde me habló por teléfono y recuerdo bien que le dije: «Doctor, le hablo de parte del señor presidente para ofrecerle ser el Subprocurador de Asuntos Internacionales, y de hecho operaría usted la Fiscalía». Me dijo que no. «¿Le digo al presidente que usted no aceptó?». «No —me respondió—, no puedo creer lo que me está diciendo. Toda mi vida he querido ser fiscal y ahora el presidente me lo ofrece cuando yo iba a ser subsecretario de Seguridad con Durazo. Claro que sí, acepto. ¿Qué tengo que hacer?». «Pues ahorita váyase usted a la Fiscalía General para tomar

posesión de la Subprocuraduría. Y luego ya veremos, nos vemos mañana en la toma de posición del presidente».

Así fue nombrado Gertz.

———•———

A Luis Mandoki le ofreció ser director de RTC, pero Luis le respondió que era imposible, que él era cineasta. Ana Guevara encajaba naturalmente en la Conade: había sido senadora por Sonora, era líder del PT en ese estado, había estado en el movimiento y parecía muy *ad hoc* para dirigir el Instituto del Deporte.

Definía muchos puestos en función de la gente que había participado en el movimiento. Era la lógica del 90 y el 10. Así era siempre: «Él o ella nos ha ayudado mucho, participó, trabajó con nosotros, hay que darle la oportunidad». Así los nombraba.

Nombró a Esteban Moctezuma en la SEP.

A Esteban le ofreció ser secretario de Educación con mucha antelación, durante la campaña. Ya sabía que iba para allá y tenía mucho interés en el cargo. El presidente tuvo muchas conversaciones con él sobre qué hacer en materia educativa. Muy pronto, antes incluso de ser presidente electo, le dijo a Esteban que él sería «el bueno».

Moctezuma es muy buen tipo, muy razonable, trabajaba mucho en los diálogos y en las conversaciones con la sección 22 y con todo el SNTE. Y la verdad, mucho lo hacíamos juntos, siempre estábamos juntos con los temas de la Coordinadora, porque yo ya había trabajado con la CNTE en Oaxaca y en Chiapas. Parte de mis responsabilidades consistía en lidiar con ellos y lo hacía con Esteban, que se ocupaba de la parte del que sabe lo que se tiene que hacer con los maestros y a mí la parte que me tocaba era la legal. Hicimos muy buen trabajo. Hicimos la reforma a la reforma de Peña, en la que el presidente nos modificó muchas cosas.

Por ejemplo, había un instituto que servía para revisar todos los programas de educación, donde estaba un grupo de expertos que analizaba los libros de texto, el material didáctico, etc. Le planteamos al presidente que era muy importante conservarlo. Dijo que no era importante. Optó por otro instituto en donde se puso a gente de

educación indígena, de la educación alternativa, a muchos de ellos les decíamos los «puros», que difícilmente eran expertos en educación.

Nos modificó enorme cantidad de cosas. En educación, en salud, donde nombró al doctor Jorge Alcocer, un gran médico, una persona experta, un investigador, creo que inmunólogo. Pero sobre todo porque el doctor Alcocer ayudó mucho a su esposa, a Rocío: era el médico de cabecera de Rocío.

Nombró a Daniel Asaf como jefe de ayudantes. Era una persona que hizo parte de la campaña aquí del presidente en el D. F., y ahí lo ayudó mucho. Es muy cercano a Andrés chico. Nombró a Marath Baruch Bolaños como secretario particular de Ebrard, y luego pasó, sigue hoy, a secretario del Trabajo. También es muy cercano a Andrés chico.

Designó a Luisa María Alcalde como la primera secretaria del Trabajo y le dio amplio margen de maniobra, a pesar de que existía el problema de que su padre es un abogado laborista muy importante, lo que podía generar conflictos de interés. Pero Andrés Manuel, con pleno conocimiento del trabajo del padre, le otorgó el nombramiento.

Carlos Urzúa fue la decisión para Hacienda.

Lo de Urzúa derivó de la declinación de Santiago Levy. Urzúa ya había trabajado con él; había sido su secretario de Finanzas en la Ciudad de México. También hay que decir que, en ese entonces, le renunció, y quedó Arturo Herrera como secretario de Finanzas. A Arturo lo nombró subsecretario de Hacienda, y también designó a Gerardo Esquivel, con quien pronto tuvo diferencias sobre el presupuesto. Esquivel tomó distancia y terminó yéndose al Banco de México, salida que le ofreció el presidente luego de que la relación entre ambos se volviera prácticamente irreconciliable.

Pero Graciela Márquez, su esposa, fue la secretaria de Economía.

Graciela es muy buena economista; además, es simpática y agradable. Hizo una buena labor, porque había sido investigadora en temas económicos, pero también pertenecía al movimiento.

Las personas que tenían esa doble cualidad ayudaban mucho al presidente, porque funcionaban como pequeños amortiguadores frente a la izquierda rígida, a veces hasta destructiva de las instituciones por

desconocimiento de ellas.

———•———

Pero se tomaron, además, otras decisiones también controvertidas: desaparecer el Estado Mayor Presidencial, dejar Los Pinos e irse a vivir a Palacio Nacional. No fue una decisión fácil abandonar Los Pinos para instalarse en Palacio; incluso en términos funcionales, no lo era.

Andrés decía que no podía tener Estado Mayor por una razón: porque el Estado Mayor gobernaba a los presidentes de la República, les decía cómo vestir, cómo dormir, cómo caminar, hacia dónde ir. En su visión, eran ellos quienes gobernaban, y los gastos que hacían eran gigantescos; para que un presidente de la República saliera a cualquier lugar, llevaban maletines de dinero. Y él no iba a tolerarlo: no quería Estado Mayor.

Lo de Los Pinos lo había anunciado desde el principio de sus campañas, desde 2006: dijo que viviría en Palacio Nacional, como Juárez.

Muchos pensaban que viviría ahí, pero que Los Pinos seguiría funcionando como oficina de la Presidencia. Al final, se quedó en nada.

Todo se trasladó a Palacio, que era un espacio horrendo para vivir, muy frío.

Tampoco estaba preparado como oficina para mantener la estructura de la Presidencia.

Quién sabe, porque ahí ya estaban la Secretaría de Hacienda y la Primera Sección del Ejército. Creo que, como oficina, no había problema: quedaban muchas oficinas vacías. Nos instalamos en Palacio básicamente el presidente, su secretario, el jefe de la Oficina, yo, y Durazo, que se fue rápidamente a las oficinas de Constituyentes. Las reuniones del gabinete de seguridad se hacían, al principio, en una sala cerca de la puerta Mariana, y luego en otra, muy cercana a la oficina del presidente.

Como oficina no había problema, pero como casa era helada; difícilmente el presidente podía estar cómodo ahí. Los fines de semana entraban turistas. Beatriz, obviamente, no podía vivir a gusto; fuma, y no se podía fumar en las oficinas. Todo era muy complicado para habitar esa casa: es un castillo, un palacio.

Andrés Manuel hizo acondicionar un departamento que había mandado construir Calderón para quedarse a dormir cuando lo necesitara. Andrés lo adaptó como su vivienda. No es un departamento grande: tendrá unos doscientos metros, con una sala y un comedor razonablemente amplios, una cocina y, hasta donde recuerdo, tres recámaras, en la parte trasera de su oficina.

Los Pinos los entregó a la Secretaría de Cultura y le encomendó reorganizarlos. En algún momento le planteé algo que me parecía muy bonito: llevar toda la colección de cuadros de Juan Antonio Pérez Simón a Los Pinos. Juan Antonio tiene una colección de impresionistas muy grande, y el presidente autorizó que viéramos el tema. Fui a hablar con él y, cariñoso como siempre, me dijo que le parecía bien, pero que alrededor de Los Pinos ya había muchos museos, muchos cuadros. «Lo que se necesita en Los Pinos —me dijo— es hacer otro tipo de cosas que permitan que se use bien el recinto. Yo les diría que se pueden hacer también exposiciones temporales y, cuando lo necesiten, yo estaría encantado de prestar parte de la obra que tengo».

Entonces no se concretó y Cultura decidió convertir Los Pinos en un espacio cultural abierto. Primero quisieron hacer un museo para que la gente modesta tuviera un espacio cultural adicional. Al principio, la gente iba —lo sabía el presidente— por morbo: para ver dónde dormía Peña, dónde había estado La Gaviota, cómo subían al cuarto. Entonces era muy chistoso, pero así lo definió la Secretaría de Cultura. Se hizo lo mejor posible, porque no había muchos recursos.

Lo que sí se logró fue un proyecto muy interesante con el Gobierno de la ciudad para unificar todo el complejo de Chapultepec, incluyendo una zona militar. El general Sandoval aceptó que se incorporara parte del campo militar, y ese fue un trabajo buenísimo, pues la gente ganó un espacio con jardines y actividades culturales. El proyecto se le encargó a Gabriel Orozco, que se mostró muy entusiasmado y colaboró mucho. Lo hizo muy bien la gente de Cultura: muy capaz, aunque también muy dura, proveniente del movimiento.

En ese sentido, también estaba María Elena Álvarez-Buylla en el Conacyt, y ella los metió en grandes problemas.

En problemas gratuitos y terribles. Álvarez-Buylla fue un desastre desde el

principio. Había ganado un premio nacional, y Andrés Manuel dijo que iba a nombrar en el Conacyt a una persona muy importante porque acababa de recibir un reconocimiento relevante. El primero a quien escuché después del nombramiento fue a Víctor Villalobos, quien iba a ser secretario de Agricultura. Me pidió que le dijera al presidente que nombrara a cualquier otra persona, pero no a Álvarez-Buylla porque era un desastre: «Esa señora no sabe lo que va a hacer con la ciencia, no sabe absolutamente nada». Le digo: «Víctor, pero si acaba de ganar un premio». «Puede haber ganado los premios que sea —me dijo—, pero no sabe y además no tiene trabajo con la gente de la investigación, va a ser un problemón para todos». Le contesté que no le iba a decir eso al presidente porque no le iba a gustar, para qué meterme en un problema de un tema del que ni sé.

Álvarez-Buylla fue tremenda desde el inicio, con errores de todo tipo, confrontada con la comunidad científica. Le entabló un juicio al consejo del Conacyt con el tema del maíz originario, del glifosato y una cantidad de cosas aterradoras.

Imagínate: quiso meter a la cárcel a los investigadores, acompañada por Gertz Manero, porque a Gertz nunca le habían querido otorgar el grado de investigador nivel III —y con razón, porque no lo merecía—. Entonces les abrieron una carpeta e intentaron judicializar el caso tres veces, y tres veces no pasó nada, porque no había delito alguno. Fueron, perdón que lo diga así, las necedades de la señora combinadas con las de Gertz las que nos llevaron a un conflicto enorme con todo el sistema de investigadores. No es menor lo que estamos diciendo. Y la señora, necia también, se peleó con los del CIDE; quiso desaparecer todos los fideicomisos —todos—, primero por decisión suya y luego con la aprobación del presidente, porque argumentaba que compartían recursos con la iniciativa privada para generar investigación. Álvarez-Buylla engañó al presidente y nos metió en graves problemas.

Ese fue el equipo de transición con el que asumimos el Gobierno el 1.° de diciembre de 2018, con un discurso en San Lázaro y otro en el Zócalo, donde se presentaron los cien puntos.

15

La toma de posesión

Si uno ve cómo terminaron las cosas, los discursos de la toma de posesión de López Obrador, tanto en San lázaro como en el Zócalo, uno para la nación, el otro básicamente para los suyos, son moderados y generaron un muy buen ambiente. Finalmente, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador terminó haciendo unas cosas a veces muy diferentes de las que se dijeron aquel histórico primero de diciembre de 2018.

Yo aprendí de Armando Garza, un gran empresario que trabajó en Grupo Alfa de Monterrey, que los empresarios podían estar de acuerdo o no con los proyectos del Gobierno, como a veces el Gobierno podía concordar o no con sus proyectos, pero el presidente de la República ganó las elecciones, él tiene derecho a hacer la refinería aunque los empresarios no queramos que la haga y tiene derecho a su aeropuerto aunque nosotros no lo aprobemos, para eso fue electo por la mayoría de los mexicanos.

Pudo ser duro o no en los discursos de toma de posesión, pero el discurso de la cámara de Diputados sí fue bastante moderado.

El acto del Zócalo, un acto pletórico, fue para los partidarios de Andrés Manuel, más que del presidente de la República. Le hicieron una limpia, asumió el bastón de mando... cosas que tienen que ver básicamente con las comunidades indígenas. Y fue un discurso hecho básicamente para los seguidores del movimiento.

Andrés rompió muchos tabúes, informaba cada tres meses. Un día, solos en su oficina de Palacio Nacional, donde había muchas esculturas en bronce, caminábamos rumbo a la salida del despacho, posó su mano frente sobre una escultura y me dijo: «¿Sabes qué? A mí no me gusta mucho esto, me gusta el templete».

Andrés Manuel era un líder porque quería a la gente, quería verla, quería tener cerca a las personas, no quería estar metido en una oficina. Gustavo Díaz Ordaz decía que el poder se operaba desde Palacio y la política se operaba en los estados, pero nosotros operábamos poder y política en los estados. Con Andrés Manuel no había fin de semana que no saliera; podía pasar lo que fuera y, aun así, salía todos los fines de semana con la gente.

Y se llevaba a buena parte de su equipo.

Porque todo el tiempo estábamos haciendo reuniones de 60 personas con él, salvo el gabinete de seguridad, que era un gabinete en donde se trabajaba todos los días por lo menos una hora con el presidente y luego todos los demás gabinetes eran reuniones donde invitaban a todos; se colaban subsecretarios, directores... ocurrían cosas que serían impensables en otro tiempo. Las hacíamos en el salón Tesorería, se disponían sillas a lo largo y ancho del salón. Andrés Manuel nos hablaba, nos daba instrucciones, se enteraba de cómo íbamos cada uno y hablaba de la reducción del presupuesto, de la reducción de plazas y esas cosas. Eran reuniones masivas. Andrés no está hecho para juntas de gabinete.

A diferencia de lo que hace en lo personal, como tener reuniones en cortito, todo lo demás le gusta masivo. Era, es, asambleísta. Y como lo hace tan bien y le funciona tan bien, no lo cambia. Y el discurso tampoco.

En esa lógica se imponen también las mañaneras.

Las mañaneras se dan porque Andrés Manuel daba conferencias de prensa en todos lados. En el 2006, recordemos que hizo mañaneras en los parques. Empezaban en Palacio Nacional, en el salón Tesorería a las siete de la mañana, salón que estaba originalmente reservado para el secretario de Hacienda y el presidente de la República para reuniones formales. Andrés desacralizó Palacio Nacional. Era en parte su casa y en parte su oficina.

Otra vez regresando al estilo de vida, ¿cómo se puede vivir en un espacio de donde no sales nunca? Y además en un espacio que, como tú decías, no es grato vivir.

Es ingrato. Un día, saliendo de la mañanera, a las 7:30 a. m., el almirante

secretario, el general secretario y yo íbamos rumbo a los estacionamientos. Ellos guardaban su vehículo en el estacionamiento techado, mi vehículo estaba en la calle. Empezó a temblar, le dije al general que estaba temblando, pero con terror, porque sonaba el Palacio en forma espantosa, es piedra sobre piedra. Parecía que estaban frotando dos lijas, una contra otra, es horripilante. Me dijeron que nos regresáramos a ver al señor presidente y dimos marcha atrás, cuando yo lo único que quería era correr a la calle.

Regresamos al patio central de Palacio, ya estaba ahí Andrés Manuel. «¿Todo bien, general?», le preguntó. «Pues hasta ahorita me informa el Estado Mayor de la Defensa que todo bien, señor presidente. Parece que hubo algún problemita en Guerrero y en Oaxaca, nada más».

A mí me dio miedo, pero el presidente llegó antes que nosotros al patio central de Palacio. A él sí le daban terror los sismos. Imagínense lo que son, los ruidos que debe de haber en la noche cuando se movía algo. Todo sonaba muy fuerte. Imagino el sufrimiento de Beatriz, de Jesús Ernesto, viviendo en ese Palacio; debe de haber sido espantoso para ellos, pero así vivían.

Teníamos las mañaneras todos los días, después del gabinete de seguridad.

¿Cómo funcionaba ese gabinete de seguridad? Porque hay quienes dicen que era una verdadera coordinación, otros dicen que era una suerte de oficialía de partes. ¿Funcionaban bien los gabinetes de seguridad?

Sí, creo que se hubieran podido mejorar muchas cosas, pero eran buenos. El Gabinete de Seguridad lo presidía, desde luego, el señor presidente, y estaba como secretario técnico el de Seguridad Pública. Todos los días concurrían el secretario de Seguridad Pública, el de la Defensa Nacional y el de Marina, con su jefe de Estado Mayor. Estaban el titular del CNI, Audomaro, el consejero jurídico, el coordinador de asesores del presidente. Muchas veces asistía para presentaciones el director de la UIF, Santiago Nieto. Asistía un agente de la Fiscalía. Regularmente era Higuera al que mandaba el fiscal para que estuviera presente en los gabinetes. Todos los días estaba también el director de Comunicación Social y la secretaria de Gobernación.

¿Claudia no participaba una vez a la semana?

Claudia iba todos los lunes e invariablemente hacía una presentación de los avances de la ciudad y, si había algún problema adicional, ahí lo planteaba. En el gabinete se le hacía una presentación al presidente de los principales eventos que había habido en el país. Se le explicaban las cosas a las que había que darles seguimiento y el presidente tomaba decisiones. Se dice que era un gabinete informativo. No lo era. Era un gabinete operativo. El presidente siempre estaba atento. Los secretarios de Defensa, de Marina y de Seguridad eran básicamente los que operaban. Terminando esa reunión con el presidente, nos quedábamos con los secretarios a ver los problemas coyunturales. Olga Sánchez Cordero y yo estábamos siempre, más como apoyo que otra cosa. Los secretarios siempre estaban con planteamientos.

Cada semana, a invitación del mandatario, cada uno de los gobernadores iba con su secretario de seguridad pública y su fiscal a rendirle cuentas al Gabinete de Seguridad Pública, lo cual generaba un intercambio muy bueno entre secretarios y gobernadores para dar seguimiento a los asuntos.

Y se hacían las mesas de judicialización.

Que no eran otra cosa que la presentación de los asuntos más importantes y trascendentes que había en la seguridad pública para la coordinación adecuada en cada estado. Muchas veces estaba alguien de la Suprema Corte simplemente para escuchar lo que tratábamos, porque los jueces tomaban decisiones a veces contrarias a la seguridad nacional, contrarias a la seguridad pública y entonces a alguien le teníamos que decir cuando había un problema. Nunca se trataban asuntos particulares. En el Gabinete de Seguridad se hacía la presentación de los asuntos más relevantes del país. Por ejemplo, el asunto de Ayotzinapa. Se daba cuenta y se daba seguimiento de cómo iban las mesas de Ayotzinapa, el trabajo que se hacía ahí. El presidente de la República presidía las reuniones con los padres de Ayotzinapa. Siempre compartiendo el dolor de las personas. Eran reuniones durísimas.

¿Qué tal eran las diferencias en el Gabinete de Seguridad? ¿Cómo se saldaban?

Había buen entendimiento. Durazo hacía un gran papel, yo le ayudaba muchísimo. Y los dos secretarios hacían un gran esfuerzo para tratar de cohibir las diferencias que tenían. Siempre existen diferencias. La fuerza de la Secretaría de la Defensa es totalmente dispar respecto a la de la Secretaría de Marina. Nos tocó en ese gabinete generar la Guardia Nacional, que fue toda una hazaña, porque haber hecho una policía de 150000 elementos en tres años es notable.

Pocos países del mundo lo han hecho. No solo es complicado, es infravalorado. Es uno de los esfuerzos de seguridad más grande que se han hecho en el país.

Y además el presidente lo asumía con absoluta modestia. Los secretarios hicieron un gran esfuerzo y contribuyeron a la formación de la Guardia Nacional.

16

La creación de la Guardia Nacional

Lo hecho en la Guardia Nacional es notable. Hoy cuenta con 130000 elementos —y llegará a 180000—, casi seiscientos cuarteles e instalaciones, miles de vehículos, aviones, helicópteros, esquemas de ciberseguridad, operación e inteligencia; todo un andamiaje que ha requerido enormes esfuerzos humanos y materiales en los últimos cinco años, desde su creación e integración, básicamente con elementos provenientes del Ejército y, en menor medida, de la Marina y de quienes decidieron incorporarse desde la extinta Policía Federal. Esta última nunca tuvo más de 30000 elementos, algunos altamente capacitados y otros de menor nivel, pero jamás alcanzó esa infraestructura ni ese despliegue.

Tampoco se trata de un proceso concluido. La Guardia Nacional es una institución en formación, no una obra terminada. Es la institución de seguridad más importante del país, con un índice de aceptación ciudadana del 76%. La Guardia Nacional no es una estrategia de seguridad: es una institución, un instrumento imprescindible para cualquier maniobra que quiera ser exitosa.

La estrategia de seguridad ha tenido cambios radicales —en muchos casos de 180 grados— durante la administración Sheinbaum. Cualquier modificación en el modelo exige la presencia de la única institución de seguridad pública federal existente en el país. No nos engañemos: los altos mandos, mandos medios y la mayoría de los elementos de la Guardia Nacional provienen del Ejército mexicano. Tendrán que irse formando y desarrollando en su nueva visión y responsabilidad, pero no hay simplemente con quién reemplazarlos.

Muchas de las policías de las democracias del mundo tienen fuerzas de seguridad pública militarizadas que forman parte de sus áreas de Defensa: los carabineros italianos —quizás el modelo más cercano a nuestra Guardia Nacional—, la Gendarmería francesa, la Guardia Civil española, los carabineros chilenos, la Gendarmería argentina, la Policía Nacional

colombiana, entre muchas otras. Todas son fuerzas de seguridad pública integradas a sus respectivas secretarías de Defensa.

Pero hay una diferencia: los carabineros italianos tienen 210 años de antigüedad; la Guardia Civil española, siglo y medio. Todas las mencionadas tienen más de cien años de funcionamiento, más allá de las vicisitudes políticas —algunas catastróficas— que han atravesado esos países. Nuestra Guardia Nacional tiene apenas cinco años. Acaba de graduarse la primera generación de oficiales formados específicamente en la Defensa, con una visión policial. Eso mismo hacen todas las naciones citadas en este texto; la diferencia es que ellas cuentan con decenas de generaciones formadas y nosotros apenas estamos empezando.

No se puede reinventar el país y sus instituciones cada seis años.

———•———

Ya en la Consejería Jurídica de la Presidencia, durante los tres años que permaneciste en ese cargo, fueron aprobadas nueve reformas constitucionales, muchísimos decretos: ochenta legislativos y veintidós del Ejecutivo. Pero quizás uno de los más complejos, arduos y también urgentes fue el de la creación de la Guardia Nacional.

Lo de la Guardia Nacional fue un propósito de Andrés Manuel desde antes de entrar al Gobierno. A partir de que se ganó la elección y con la información que fue recabando tanto de la gente de Seguridad Pública como del Ejército y de la Marina, se dio cuenta de que era necesario reformar todo el sistema de seguridad creando una institución de orden civil, pero con disciplina militar.

Era un experimento que ya se había planteado en la época de Zedillo, cuando pasaron todo un batallón militar para que estuviera en la Secretaría de Gobernación. Fue un experimento infructuoso, porque se transfirieron, si no mal recuerdo, mil personas a la policía, y hasta ahí llegó ese esfuerzo.

También estaba la propuesta del general Salvador Cienfuegos desde la Secretaría de la Defensa, en el sexenio anterior, cuando propuso crear la Gendarmería, que era esencialmente el mismo proyecto que la Guardia Nacional, pero el presidente Peña finalmente lo desechó y creó una división de Gendarmería dentro de la Policía Federal.

El gran cambio fue haber generado una figura diferente: la Guardia Nacional, que constitucionalmente existía, para convertirla en una policía nacional, que era de lo que se trataba. Y, reiterando, que tuviera disciplina militar. El presidente de la República confiaba en la actuación de marinos y soldados, en la eficacia de su trabajo, en la forma en que podían desempeñar toda la parte preventiva de la seguridad. Por eso se decidió por esa figura. Desde el principio tuvimos un grupo de trabajo muy importante.

¿Eso se definió desde el principio del Gobierno? ¿Desde la transición o antes?

Poquito antes de entrar al Gobierno. Faltaba revisar algunas figuras y detalles, pero muy pocos días después de iniciar la administración, Andrés Manuel ya sabía que quería la Guardia Nacional y cómo estructurarla. Entonces generamos un grupo de trabajo en el que estaban, desde luego, el secretario de la Defensa, el secretario de la Marina, el de Seguridad Pública, gente de Hacienda —básicamente la Subsecretaría de Egresos—, creo que también alguien de la Contraloría, la Consejería Jurídica y el presidente. Le explicamos que no era fácil crear un instrumento como el que estaba imaginando, porque implicaba muchísimas modificaciones. «No importa —dijo—, pónganse a trabajar, hagan un esfuerzo y veamos cómo lo resolvemos».

Primero se decidió que tanto el Ejército como la Marina iniciaran un esfuerzo de reclutamiento de personal para empezar a desincorporar de las secretarías a los marinos y soldados que estuvieran dispuestos a integrarse a la Guardia, y luego capacitar a otros para llevarlos a ella. Hay que recordar que los soldados y los marinos tienen mejores salarios y prestaciones que los policías. Quizás en salario sean más parejos, pero todas las prestaciones y la seguridad social que reciben —casa, servicio médico, préstamos— son muy superiores.

Uno de los grandes problemas que siempre hubo con las policías era que no tenían derecho a nada. No hay manera de arraigarlos, porque si no tienen derecho a un crédito, no pueden tener una casa; y si no tienen una casa, no tienen cómo arraigarse en un lugar. Me refiero a los policías federales. Los estatales y municipales sí tienen un espacio, pero regularmente están en su zona, aunque tampoco suelen tener prestaciones de ninguna naturaleza.

Parecía muy complicada la tarea de crear una policía nacional. En la Secretaría de Seguridad Pública, en lo que era la Policía Federal, teníamos algo así como 38000 personas: poco más de 6000 dedicadas a patrullar las carreteras, unas 10000 a tareas administrativas y de resguardo personal —tanto de funcionarios como de otras personas—, y alrededor de 20000 elementos en campo, operando en materia de seguridad.

Al hacer una división simple, eran setecientos policías por estado. O sea, nada. Para tener una idea de lo que estamos hablando, una vez creada la Guardia Nacional hubo seis mil elementos solo para la Ciudad de México. Y hay que recordar que la Ciudad de México tiene la policía más grande del país: una policía ministerial y otra auxiliar. En conjunto suman aproximadamente cien mil elementos.

En el momento en que iniciamos, en la Secretaría de la Defensa había entre 200000 y 220000 elementos; en la Marina, no más de 70 000; y en la Fiscalía General, unos 15000 o 18000 policías de investigación, una cantidad muy pequeña para el cúmulo de delitos que se registraban y el estado de inseguridad con que se recibió el país.

Había que reacomodar todo el andamiaje institucional. La primera pregunta fue cuánta gente se necesitaba. Andrés Manuel había dicho que prefería tener un ejército de paz que se hiciera cargo de la seguridad pública a tener uno para la guerra que México no iba a vivir. Pensamos en un número similar al del Ejército. Se acordó construir una institución con unos 150000 elementos.

Que es el número que tiene hoy la Guardia Nacional.

Fue un trabajo titánico, no solo para la gente de la Defensa y la Marina, sino también para toda la parte administrativa, porque nadie entendía cómo se podía contratar a 150000 personas de golpe para el Gobierno.

Estaba todo este tema de que Andrés Manuel había dicho que iba a sacar al Ejército de las calles y demás. Y se crea la Guardia Nacional bajo mando militar. Ese es el primer debate que tuviste que afrontar: si iba a ser un organismo civil o militar. ¿Ya estaba tomada la decisión de que la Guardia Nacional debía estar bajo mando militar?

Lo que se planteaba —porque no pudimos negociar más, hasta ahí llegamos en la negociación con los senadores y diputados— fue aceptar

que tuviéramos una Guardia Nacional de carácter civil, pero con disciplina militar. Es decir, el director general de la Guardia debía ser un civil, pero todas las formas al interior de la Guardia tendrían que ser militares: la capacitación, el orden, las prestaciones, el fuero. Todo eso debía ser militar. Era, por tanto, muy complejo.

El presidente, desde un inicio, nos dijo a Durazo y a mí que no le gustaba que fuera civil, porque se generaba una contradicción entre una estructura militar y un civil al mando que terminaría mandando sobre estructuras militares o siendo ignorado. Se le propuso algo que resolvía parcialmente el problema: designar a un militar retirado, propuesto por el secretario de la Defensa y el de Marina. De esa forma, aunque fuera técnicamente un civil —por estar retirado del Ejército—, tendría la formación y el carácter de un militar.

Al presidente nunca le gustó la idea. Incluso estando yo fuera del Gobierno, me enteraba de que decía que, por culpa de Julio y de Durazo, el mando de la Guardia Nacional fue civil, cuando debió haber sido militar desde su origen.

El problema era que no hubiera salido la reforma si se hubiera planteado el mando militar desde el origen.

Es que no había manera. En ese momento teníamos más o menos paridad en las cámaras, y se requería un trabajo político muy importante. En esa labor de convencimiento de senadores y diputados contamos con el apoyo del secretario de la Defensa y del de Marina; participábamos Durazo y yo, que estábamos de cabeza en el asunto.

Iniciamos con un grupo interdisciplinario, comenzando con el proceso de contratación. Se empezaron a definir las formas para conformar la Guardia, trasladando personal del Ejército y la Marina. Una gran dificultad era que los propios marinos y militares querían saber qué iba a pasar con sus prestaciones. Decían: «Voy a una institución de policía donde no tengo lo que tenía acá, en la carrera militar; donde no tengo todas las prestaciones económicas, y donde veo cómo tratan a los policías. No me convence que me traten como hoy los tratan».

El trato hacia la policía es muy duro, ingrato. No hay respeto por los policías. En México estamos acostumbrados a respetar a los militares, pero desafortunadamente, por falta de educación cívica, muchos se sienten con

derecho de pasar sobre un policía, corromperlo o maltratarlo. Con los militares no ocurre eso. Los propios soldados sentían que perderían parte del estatus y del respeto que tenían. Ese fue el primer problema.

¿Cómo resolverlo? Planteamos darles un plazo de cinco años en la Guardia Nacional. Si al término de ese periodo decidían que no querían seguir, podían regresar a sus armas.

Fue una decisión complicada, porque había muy poca gente. Hicimos una encuesta y más del 80% de los militares trasladados a la Guardia decía que, en cuanto pudieran, se regresarían. Ponían muchos pretextos para no quedarse, pero había uno fundamental del que no nos percatamos: no podían tener ascensos, porque la Guardia Nacional era un arma diferente a la de soldados y marinos, y ellos querían seguir ascendiendo, como correspondía a su carrera.

Eso les hacía difícil aceptar la nueva posición. También tenía que ver con la reforma constitucional que se estaba haciendo, porque les planteamos a los senadores y diputados que se necesitaba un plazo de al menos cinco años para mantener al Ejército en las calles.

Recordemos —y es muy importante— que durante los gobiernos de Calderón y de Peña se intentó justificar, desde el punto de vista legal, cómo permitir que los soldados y marinos realizaran labores de seguridad pública. Ninguno de los dos gobiernos encontró la fórmula.

Se hizo incluso una ley de seguridad que después se declaró inconstitucional.

El trabajo no solo había que plantearlo desde lo práctico o jurídico, sino que también había que lograr que las organizaciones sociales, las de derechos humanos y otras, que históricamente han estado frontalmente opuestas al Ejército, aceptaran que los militares, legalmente, estarían en las calles. Eso resolvía muchos problemas.

Iniciamos con la contratación y seguimos con el proceso de alinear los objetivos de los militares para que pudieran asumir tareas de seguridad pública. Había que diseñar, además, un programa amplísimo de capacitación: no es lo mismo pertenecer a un arma militar que dedicarse a la seguridad preventiva. Y eso era lo que más necesitábamos. Los soldados no tenían formación en seguridad pública.

Prácticamente todas las semanas, marinos y militares en los estados recibían capacitación. Fue un proceso enorme. Luego vino toda la parte

presupuestal, que no solo implicaba contratar a 150000 personas, sino también extenderles la seguridad social, definir sus nombramientos, los salarios y las equivalencias jerárquicas. ¿Qué grado tendría un general en la Guardia Nacional? ¿Qué puesto equivalente tendría un marino? Eran temas de gran complejidad.

Se nombró un primer director de la Guardia Nacional: el general Luis Rodríguez Bucio, quien venía de Washington, de la Junta Interamericana de Defensa. Una persona sensata y muy preparada para la capacitación. Rodríguez Bucio asumió la dirección general de la Guardia Nacional e iniciamos el proceso, junto con el secretario de la Defensa, el secretario de Marina y el doctor Durazo, de definir cómo ubicar a las personas en los estados, en los municipios principales y en la Ciudad de México.

Hay un párrafo en la reforma que se aprueba, que propusiste tú, que es fundamental: un transitorio que permite hacer todo esto, porque sin él no se habría podido avanzar.

Ese transitorio fue lo más difícil de negociar con diputados y senadores, porque autorizaba que durante los siguientes cinco años los soldados y marinos pudieran participar en labores de seguridad pública y después regresar a su arma original.

La realidad es que, al principio, había una negativa contundente en el Congreso, porque en gran medida se trataba de militarizar la seguridad. Incluso Morena fue el más renuente, porque el presidente y el partido habían prometido que sacarían al Ejército de las calles. Esa fue una bandera que tomó Morena. Así que no solo había que sacar nuevamente al Ejército, sino también renunciar a esa bandera política.

El presidente comenzó designando a los soldados y marinos por estado. Se hacía un recuento de cuántos había en cada entidad y se decidía cuántos podrían permanecer. Por ejemplo, a la Ciudad de México le corresponderían seis mil guardias nacionales. Hubo un encabezado en *La Jornada* donde Claudia decía que no quería al Ejército en la Ciudad de México. Luego fue la primera en apoyar su presencia, al ver los beneficios que aportaba, especialmente en la zona oriente, que es muy compleja. Se pudo ajustar todo muy bien porque trabajaban simultáneamente con el Estado de México, y Claudia coordinó muy bien esa parte. Los mandos de la Guardia Nacional en la ciudad congeniaron muy bien con ella y le

dieron todo su apoyo.

Seguimos ordenando la ubicación de los soldados y marinos y resolviendo el proceso administrativo. Había problemas cotidianos: Hacienda decía que no había recursos y el general secretario se quejaba de la falta de hospitales, medicamentos, casas y cuarteles suficientes.

Otro de los grandes problemas fue haber llamado «cuarteles» a los lugares donde se alojaban los guardias nacionales, porque «cuartel» implica ejército, y lo que necesitábamos era un cuerpo policial —militar o civil, pero no un ejército—. El soldado está en un cuartel, sale y regresa a su cuartel. Tal vez nunca debimos haber usado esa denominación: debieron llamarse de otra manera, para que ahí los guardias nacionales se capacitaran, durmieran y comieran.

En la época de la Policía Federal los hospedaban en hoteles y comían en restaurantes, lo que era un problema gravísimo. El general secretario decía: «Nosotros, donde los tenemos, ahí mismo cocinamos para todos y se acabó. No se compra comida especial para nadie».

Ese era un problema mayúsculo, donde aún falta mucho por hacer. Todavía se requiere mayor capacitación y más trabajo para que ellos sean verdaderos policías preventivos, con capacidad de investigación, sí, pero ante todo policías preventivos.

Todo eso requería mucha negociación. ¿Con quién se negociaba? ¿Quiénes eran los senadores y diputados más interesados en el tema?

Fueron muchas negociaciones simultáneas. Primero, tuvo que haber una negociación muy grande entre el presidente y los secretarios de Defensa y de Marina. Esa era la negociación fundamental, porque finalmente se estaba creando en el Estado mexicano una cuarta arma: Defensa, Marina, Aviación y Guardia Nacional. No era menor lo que se estaba haciendo, lo que estaba haciendo el presidente.

En segundo lugar, en el Congreso, quien ayudó muchísimo fue el PAN. Mauricio Kuri fue una pieza fundamental para que esto saliera adelante. En el PRI estaba Miguel Osorio, que designó como negociadora a Claudia Ruiz Massieu. Ella fue muy buena negociadora: abogada asertiva, intuitiva y eficaz. No en vano había sido secretaria de Turismo y luego de Relaciones Exteriores con Peña Nieto, y contaba con una visión amplia del panorama y de lo que podía ocurrir si nos equivocábamos.

Estaban Mauricio Kuri, Miguel Osorio, Claudia Ruiz Massieu y Dante Delgado, de Movimiento Ciudadano, que también fue muy participativo para que esto se concretara. Dante era muy crítico del presidente y de las políticas y reformas que pretendía hacer, pero nunca se negó a negociar. Siempre ayudó, siempre participó. Y en Morena estaba Ricardo Monreal.

Ricardo Monreal es doctor en Derecho, entiende perfectamente bien el tema y fue una pieza importante en el proceso. Impulsaba muchísimo no solo esta reforma, sino todas las reformas. En el tiempo que estuve en la Consejería, Ricardo fue un aliado total. Siempre se comprometió. Tenía un desayuno, a veces semanal, a veces quincenal, con el presidente, y se comprometía, pero en realidad no habría hecho falta: estaba bien dispuesto e invariablemente con ganas de trabajar.

Esos fueron los actores principales. Participaba al principio un poco Olga Sánchez Cordero, que con el paso de los meses dejó de asistir a esas reuniones. También negociábamos en la Cámara de Diputados, que era un hervidero por todos lados.

Era mucho más fácil negociar en el Senado que con los diputados.

En la Cámara de Diputados estaban Mario Delgado y Tatiana Clouthier, y teníamos mayoría, así que era más sencillo. Claro que había muchos más latosos en esa Cámara que en la de Senadores: más gente que contravenía los acuerdos o decía que no era correcto, que no estaba bien, pero en general terminaban aceptando. La calidad de los abogados en el Senado era muy superior a la de los diputados.

Hubo que llevar muchas veces al general secretario y al almirante secretario a que comparecieran ante diputados y senadores. Pero la verdad es que no es fácil ni para el general ni para el almirante negociar en esos ámbitos.

Estábamos inmersos en el quehacer político: había que hacer muchas negociaciones, no se trataba de imponer nada. Y era con un Morena distinto, más uniforme, donde el presidente, en términos de comunicación, era muy atinado, porque siempre alentaba sus reformas, las hacía explícitas, incluso antes de que se aprobaran. Fue un perfecto interlocutor en ese proceso tan complicado y tan largo.

Evidentemente, cada vez que el presidente hablaba del tema surgían confusiones en la oposición. Él no es un abogado experto, lo suyo es la

política. Y cada imprecisión del mandatario que no satisfacía a la oposición nos hacía retroceder parte de la negociación.

López Obrador estaba empeñado en que la Guardia fuera de orden militar. Nosotros le decíamos: «Presidente, no se puede, no sale, no alcanzan los votos para aprobar la reforma constitucional. El país no puede quedarse sin una policía civil. Hay que ir por pasos y ser conscientes de que no tenemos los votos necesarios para aprobarla».

Ya en el segundo tramo, cuando prácticamente había mayoría constitucional en senadores y diputados, fue pan comido: simplemente bastó con una petición expresa del presidente y no hubo quien se le negara.

El presidente López Obrador incluso intentó sacar la reforma sin que fuera constitucional, a través de otra reforma legal que transfería todo el entramado de soldados y marinos de la Secretaría de Seguridad Pública a la Secretaría de la Defensa.

Declaró en varias ocasiones que algunos ministros de la Corte lo habían traicionado. Juan Luis González Alcántara, que tenía el proyecto para determinar la legalidad de la reforma, concluyó acertadamente que no era posible aprobarla por la vía legal: era indispensable una reforma constitucional para tener lo que hoy existe, una cuarta arma —Ejército, Marina, Guardia Nacional y Fuerza Aérea—. Hoy ya no tenemos una policía civil, salvo en estados y municipios. Pero entonces la Constitución decía otra cosa: que la policía debía ser civil.

Juan Luis González Alcántara me contó que tuvo una larguísima conversación de tres o cuatro horas con el presidente, a solas. Juan Luis había sido presidente del Tribunal de Justicia de la Ciudad con López Obrador; incluso se le pidió que se reeligiera en el cargo, por su honradez. Es un abogado de primer orden y, puedo decir con orgullo, fue mi maestro. Siempre le agradecí sus consejos, su apoyo, su calidad académica y sus enseñanzas.

En esa larga conversación, Juan Luis le explicó al presidente los modelos español y francés de Guardia Nacional, y también por qué en México no podía hacerse igual: debía ser civil mientras no existiera una reforma constitucional. «Civil con disciplina militar», que era lo que habíamos acordado.

Le advirtió al presidente: «Si a usted no le gusta la resolución que voy a

tomar en la Corte, porque presentaré el proyecto en contra, voy a declarar inconstitucional lo que usted nos envía. Mande una reforma constitucional y desaparezca la policía civil, y con eso no habrá problema».

Era necesaria la reforma constitucional. El presidente de la República no acababa de hacerse a la idea de que había que desaparecer la policía civil. En abono al presidente, él ponía como ejemplo las grandes policías de las capitales del país, donde, decía, había gran corrupción, y argumentaba que tampoco había muchos policías que entendieran bien la seguridad pública o que tuvieran disciplina absoluta.

Le comentábamos que se esperaba el mismo resultado de personas que eran tratadas de manera totalmente distinta. Finalmente, se creó la Guardia Nacional, se institucionalizó. El presidente prácticamente cada semana inauguraba cuarteles y le ofreció al presidente Trump resolver el problema de la migración colocando a 28000 guardias nacionales a lo largo del tránsito de los migrantes y la frontera común. Podía hacerlo porque ya contaba con el instrumento, a pesar de las limitaciones legales originales.

La creación de la Guardia Nacional es una hazaña del presidente de la República. Revisando otras guardias nacionales —la española, la francesa, la chilena, la italiana—, todas tardaron decenas de años en consolidarse, y este hombre la hizo en tres.

¿Hubo «abrazos y no balazos» como propuesta presidencial, como muchos creemos? Más allá del discurso, más allá de lo que haya dicho en las mañaneras.

El presidente López Obrador no cree en la violencia; cree que la política tiene que resolver los conflictos. Es un político. «Abrazos y no balazos» significaba que, a partir de programas sociales, del apoyo a los ciudadanos, de la capacitación y de dar oportunidades a todos, se podía solucionar el problema de la delincuencia. Desafortunadamente, eso es imposible, porque las conductas antisociales existen y van a prevalecer siempre, y siempre habrá personas que quieran ganar más, tener más y buscar la vida fácil a costa de lo que sea.

Pero el término «abrazos» significaba una negativa a la violencia para este país. Siempre preguntaba: «¿En este operativo cuántos muertos hubo, general? ¿Cuántos muertos hubo, almirante?». Invariablemente insistía en los gabinetes en que había que cuidar a la gente, tratar de preservar vidas,

ser considerados. Los delincuentes son delincuentes y hay que detenerlos, pero no hay que anteponer sus vidas como prioridad.

Creo que fue una frase inexacta, pero el presidente la repitió tantas veces que se quedó en la conciencia nacional, aunque el significado real fuera otro, mucho más valioso: anteponer la paz a la violencia fue su distintivo, el espíritu de esas palabras.

17

Las reformas, la Corte, Zaldívar

La relación del Ejecutivo encabezado por Andrés Manuel López Obrador con la Suprema Corte de Justicia de la Nación nunca fue tersa, pero durante los primeros tres años de gobierno, con Julio Scherer en la Consejería y Arturo Zaldívar en la presidencia de la Suprema Corte, se pudo transitar por esas diferencias con relativa tranquilidad. En la segunda mitad del sexenio, cuando ese puente desde el Ejecutivo pasó a manos de Adán Augusto López y la presidencia de la Corte fue asumida por la ministra Norma Piña, la relación se fracturó y se llegó a una decisión muy costosa para el equilibrio de poderes: la reforma judicial. Era necesaria una reforma judicial, pero no la que se aprobó e implementó. No se trataba de elegir por voto popular a ministros, magistrados y jueces, sino de reformar el sistema sin lanzarlo por la borda, institucional y políticamente.

En ese periodo se realizaron muchas otras reformas, además de la creación de la Guardia Nacional, como la del artículo 4.º constitucional, la de los apoyos sociales, que también fue muy controvertida, no por los apoyos en sí, sino por haberles dado categoría constitucional, con las implicaciones presupuestales que eso tiene.

Tiene, por ejemplo, consecuencias como las que hoy enfrenta la presidenta Sheinbaum, que no la debe de estar pasando bien con la cantidad de dinero que se tiene que erogar. Es obligación del Gobierno mexicano otorgar esos apoyos. Eso era lo que pensaba López Obrador: «Yo me voy a ir y, el día de mañana, puede venir alguien lejano al movimiento, que no sea una persona que quiera seguir con estos programas sociales, que prefiera gastar en otro tipo de obras; por eso tengo que crear un apoyo legal que obligue a que así se mantenga».

En la reforma al artículo 4.º constitucional hay algo que pocas veces se reconoce. El presidente y yo —y perdón por anteponerme, pero fue una conversación entre él y yo— coincidimos en que había que establecer la obligación de presupuestar los apoyos sociales. Porque no solo es cuestión de decir en la Constitución que habría apoyos sociales; estaba muy bien, pero ¿cómo se iría generando el aumento en los presupuestos para que año con año hubiera más dinero destinado a esos mismos programas?

Y entonces, acordamos un término que es precioso. Nunca en la Constitución se había puesto un plazo netamente económico; entonces acordamos ponerlo y así está en el cuarto constitucional, nunca podía haber menos presupuesto el año siguiente que el anterior, siempre tenía que haber más presupuesto, eso presuponía que siempre tendrían que dar más dinero a los programas sociales que lo que habían dado el año anterior, y eso es lo que legal y constitucionalmente tiene que pasar.

Pero es un corsé enorme para las finanzas públicas.

Pues sí, pero ese es el carácter y la obstinación de López Obrador para ayudar a la gente pobre. La pobreza se redujo; no estaba equivocado en hacer esas cosas, ni en no dar dinero a las empresas. Siempre dijo que había que apoyar a los trabajadores. Claro que hay una camisa de fuerza presupuestal, pero también una disposición para que la gente viva cada día mejor, que esa es la verdadera obligación del Estado, no otra.

Me imagino que la negociación del artículo 4.º constitucional fue bastante más sencilla que la de la Guardia Nacional; nadie podía oponerse.

El partido que se opusiera a que le diéramos más a la gente iba a perder las elecciones. Es una cantidad impresionante de personas a las que se les entrega dinero: son treinta y dos millones de familias. Es imposible que algún partido dijera «voto en contra». Si alguno lo hubiera hecho, habría sido arrasado en las elecciones sin ningún problema.

Hablabas del trabajo con los ministros, porque no era tu responsabilidad solo tratar con diputados, senadores o miembros del gabinete, también tenías la relación con la Suprema Corte y el Poder Judicial como consejero jurídico.

Voy a platicar una anécdota que para mí tuvo sus inconvenientes, pero que retrata la relación que teníamos con el presidente. Cuando la

Suprema Corte invitó por primera vez al presidente electo a un desayuno dentro del recinto, Luis María Aguilar —entonces presidente de la Corte — y Olga Sánchez Cordero, designada secretaria de Gobernación, fueron quienes organizaron aquella visita.

Prepararon un desayuno con lugares para todos los ministros; estaban Zaldívar y Ortiz Mena. Aún no llegaban los ministros propuestos por Andrés Manuel. El presidente electo me llamó la noche anterior y me dijo que asistiría al desayuno en la Corte y quería que lo acompañara. «Con mucho gusto, presidente —le dije—, yo lo acompaño». Fui en mi coche y, poco antes de llegar a la Corte, me subí al del presidente. Llegamos juntos. Hubo un saludo de cortesía entre Luis María Aguilar y López Obrador. Aguilar le habló un poco de su familia, de los problemas que tenía con una hijita, y el presidente se conmovió mucho. La conversación fue cálida entre ambos, aunque luego la relación terminaría muy mal.

Finalmente, Aguilar nos condujo al salón donde se serviría el desayuno. Cuando llegamos, había sillas para los once ministros, el presidente electo, Olga Sánchez Cordero y nadie más.

No había lugar para ti.

No. Entonces el presidente preguntó: «¿Dónde se va a sentar Julio, que viene conmigo? Él es mi acompañante». Inmediatamente me pusieron un lugar, por supuesto en una esquina, la más incómoda de todas. El presidente trató de ser muy amable con los ministros —y cuando quería lo lograba— porque Andrés Manuel es encantador en corto. Les dijo que no se preocuparan, que estuvieran tranquilos, que él no se iba a meter con la Corte, que no iba a tener *palomas mensajeras* para los ministros.

Obviamente hubo personas que estaban incómodas conmigo. Al terminar, el presidente me invitó a irnos solos en su vehículo y me preguntó qué me había parecido. Le dije que lo había visto muy bien, que los ministros también, y que me dio gusto que tratara mejor a Zaldívar que a nadie, porque ese día con quien mejor se portó fue con él: le dio un gran abrazo.

Y me preguntó: «¿Qué te pareció no tener lugar?». «La verdad me pareció fatal, se siente muy incómodo, muy feo». «Entonces —me dijo—, pues te vas a sentar ahí muchas veces, así que quédate muy tranquilo».

Es importante entender la capacidad de compromiso de López

Obrador, su sentido de la lealtad. Antes de la campaña, un día me preguntó si recordaba quién había sido el ministro que votó en contra de lo que planteó Calderón respecto a la guardería del Seguro Social y otros asuntos. Le contesté que fue Arturo Zaldívar y le recordé que ya lo había conocido, que habíamos platicado y que me pareció muy amable. «¿Por qué no lo invitas a tomar un café aquí en tu casa?», me dijo. Todavía no arrancaba la campaña. Era evidente que Andrés Manuel tenía muchas posibilidades, pero nada estaba dicho. Arturo también me había comentado que tenía interés en ver al candidato López Obrador, en un momento en que ningún otro ministro quería hacerlo, salvo él. Fue entonces cuando lo invité a tomar un café en la casa de Tlalpan de Andrés. En esa reunión estábamos López Obrador, el ministro Zaldívar, Beatriz Gutiérrez y yo. La conversación fue magnífica: Arturo es un gran conversador.

Me lastima mucho todo lo que han dicho sobre Zaldívar, porque es un hombre muy diligente que hizo un buen trabajo en la Corte. Tiene el problema de que solo tiene brazo derecho: no tiene mano izquierda, pero cumplió con su chamba.

En aquella conversación con Andrés Manuel, Zaldívar abordaba los temas como abogado y Andrés Manuel como alguien sin formación jurídica, pero con un profundo conocimiento de los problemas del país y de cómo debían resolverse, y de cómo pensaba que la ley y la justicia podían encontrarse.

La conversación fue muy interesante. Participamos los cuatro y, al final, Arturo le dijo al licenciado López Obrador: «Yo vengo a decirle que voy a estar con usted siempre, que me la voy a jugar con usted». Y entonces López Obrador le contestó: «Muchas gracias, don Arturo, yo le quiero decir, que si yo soy presidente de la República, usted va a ser presidente de la Suprema Corte». Y aquí, agregó: «Como Villa y como Zapata, usted se va para el norte y yo me voy pa'l sur y nos vamos a volver a encontrar».

Arturo Zaldívar fue el único ministro de la Corte —salvo Olga Sánchez Cordero, que ya era ministra jubilada— que se la jugó con López Obrador.

Cuando vino la sucesión, el presidente nos recordó a Olga y a mí que él solo tenía un compromiso: «Si tengo que optar por alguien —nos dijo—, voy a optar por Arturo Zaldívar, porque tengo un compromiso con él».

Agregó que Arturo había hecho la chamba y no iba a desconocer ese compromiso.

Eso habla tanto de quién es López Obrador como de quién es Zaldívar. Para Zaldívar hubiera sido muy cómodo no comprometerse. Es un gran abogado, el mejor amparista del país. Hizo un trabajo espléndido en la iniciativa privada: fue abogado de muchos bancos. En este caso, ambos cumplieron a carta cabal con sus compromisos.

Ya con Zaldívar en la presidencia de la Corte y López Obrador en la de la República, yo tenía muchos intercambios con los ministros. Había que ir a explicar cada tema que requería aprobación de la Corte. No era fácil; los asuntos que nos planteaba el presidente solían ser complejos y generaban inconformidad entre los ministros. Se hacía política. Trabajábamos con ellos, los veíamos todo el tiempo, estábamos cerca. El presidente no necesitaba hablarles, porque me daba una instrucción y yo la cumplía.

Ese es el término más interesante: se hacía política, porque si uno ve el periodo en que estuviste en la Consejería Jurídica, tanto con el Congreso como con la Corte, salieron prácticamente todos los temas que le interesaban al presidente.

Porque el presidente es muy eficiente, sabe lo que quiere. Entonces lo que había que hacer era, a través de la política, ir convenciendo, explicar que estábamos dispuestos a perder algunas batallas, pero decididos a ganar las que le correspondían al presidente de la República. A ganar la guerra. De eso se trata la política: está hecha para eso, para platicar, para conversar, para acercarnos y para hacer acuerdos.

Acuerdos, no negociación. El término *negociación* para Andrés es espantoso. Andrés Manuel no permite la negociación. «No —me decía—, no vayas a negociar nada». «No, presidente, no voy a negociar nada, voy a ir a explicar qué tenemos y qué queremos».

Me interpusieron una queja en la que decían que operaba para que asuntos propios salieran en la Corte, etcétera, y que Julio Scherer iba a convencer a ministros y a magistrados de los asuntos de su interés. Se les olvidó a estos señores —la queja era verdaderamente ridícula— que, constitucionalmente, el trabajo del consejero jurídico es ser la voz del Ejecutivo frente a jueces, magistrados y ministros, porque debía defender con argumentos los asuntos que se planteaban ante la Corte. Hay algo que

se llama *negociación de oídas*. Yo tenía que ir a ver a los ministros, convencerlos del punto de vista del Ejecutivo federal y del Gobierno sobre lo que estaba planteando el presidente. Esa era mi chamba con los jueces, con los magistrados, con los ministros. Pero no veíamos otros asuntos con el Poder Judicial que no correspondieran al Ejecutivo.

Imagina la cantidad de asuntos del presidente que se sacaron. Porque esos acuerdos primero se obtenían en el Legislativo y luego tenían que ser superados ante tribunales. Y la mayoría terminaron siendo superados en el Poder Judicial.

Un ejemplo: Andrés Manuel planteó una reforma para que a los expresidentes de la República no se les juzgara. No hay nada más ilegal que darle impunidad a una persona que ya no la tiene sin el fuero: ya no lo tiene, ya dejó de ser presidente de la República.

Entonces López Obrador me dijo: «Yo no quiero que sean juzgados». ¿Qué habría pasado si a alguno de los expresidentes de la República se le sometía a juicio por alguna irregularidad fuera de su labor como Ejecutivo? Había una reforma legal que asentaba que no debían ser juzgados porque así lo determinó el presidente. Porque al presidente todo mundo lo molesta mucho con que es muy duro, pero nunca se quiso meter con los «ex», nunca quiso lastimarlos. Hubiera podido hacer lo que quisiera con Calderón y con Peña —quienes sí lo lastimaron—, pero nunca hizo nada. Al contrario, les ofreció fuero, les ofreció impunidad para cualquier delito. Y eso lo teníamos que tratar en la Corte.

Todo eso se analizaba y se pasaba a la Corte; se hacía política, porque se platicaba, porque se discutía, porque veíamos el punto de vista pragmático del presidente de la República y porque, con frecuencia, los ministros fueron generosos para entender de qué se trataba y cuál era la idiosincrasia del presidente. Y entonces nos daban el sí. Ninguna de las reformas que sometieron a consideración tanto el presidente de la Cámara de Diputados como el de los Senadores dejó de ser discutida con los legisladores y con los ministros. Todas se discutieron. Con ministros, magistrados y jueces.

La paradoja es que, en ese periodo —en esos tres primeros años—, las reformas propuestas salieron todas, incluso con amplísimo apoyo. Más allá de los debates, no fueron votaciones de mayoría simple: fueron nueve reformas constitucionales que requerían dos terceras partes de los votos, que Morena no tenía en ese

momento. Y lo mismo sucedió con la mayoría de las controversias constitucionales.

Cuenta mucho la voz y el poder del presidente. Es indudable que, frente a legisladores —diputados o senadores—, tenía una fuerza enorme, no solo en Morena, también en la oposición. Nadie quería ser parte de una mañanera; nadie quería que López Obrador lo exhibiera en público. Pudo haber excesos: muchos salieron lastimados y golpeados, ofendidos o ridiculizados, pero cuando el presidente planteaba un tema, difícilmente querías meterte con él por la gran cantidad de gente que tenía y que no lo cuestionaba.

Entonces sí, todas esas reformas y leyes se aprobaron. Pero la clave era que contábamos con el apoyo del presidente. Y si no hubiéramos tenido la participación de un Senado mucho más técnico que la Cámara de Diputados —porque los diputados eran más militantes que nadie—, no habríamos sacado muchas de las reformas legales y constitucionales que llevó a cabo el presidente en ese lapso.

A ver, como dices, me parece muy interesante la exigencia de hacer política. Pero a ti se te ha criticado por hacer política, porque en un gabinete que hacía poca política, donde eran pocos los que la hacían —quizás porque la figura presidencial era muy fuerte—, eran pocos los que tenían interlocución con otros actores dentro del Gobierno, pero sobre todo fuera del Gobierno: del Congreso, de la Corte, del Poder Judicial, y también de otros ámbitos —periodistas, empresarios, muchos otros—. En tu periodo como consejero, mucha gente venía a ver a Julio Scherer porque quería que fueras el interlocutor con el presidente

Estoy seguro de que el presidente me daba la confianza para poder platicar, porque yo llevaba los asuntos a su consideración y, sobre lo que hubiera, él decidía. Pero sí creo que varios de los canales institucionales del Gobierno se cerraban porque muchos servidores públicos del Gabinete y del Gobierno no tuvieron la capacidad, el interés o la valentía para explicarle al presidente cuestiones que habrían resuelto muchísimos asuntos y que no habrían trascendido. Muchos funcionarios públicos enmudecían frente al presidente. Comentaban en los pasillos, en las reuniones, pero no trataban los temas duros con él. Éramos muy pocos los que lo hacíamos.

El presidente es receptivo; es un hombre inteligente. Sabía con quién sí y con quién no. Mostraba apertura cuando eras abierto y te lo proponías. Y la verdad, como dije, yo no tenía interés en permanecer en el Gobierno. Esa certeza —la de no tener interés por el escalafón burocrático— marca la diferencia entre un buen gobierno y uno malo. Quienes no queremos ser primero el jurídico y luego el secretario y luego ser ministro y luego candidato a diputado o a gobernador, no tenemos problema. Eso da libertad para hablar claro.

Quienes necesitan permanecer, quienes quieren ascender, esos sí necesitan agachar la cabeza, esos sí necesitan que el presidente les diga todo el tiempo que lo están haciendo bien. Y esos no necesitan decirle al presidente que están en desacuerdo, porque saben que el día que lo hagan corren el riesgo de que los bajen en el escalafón.

Andrés Manuel era incapaz de correr a las personas. Pero el frío político que generaba era como un iceberg. Era espantoso. Cuando el presidente te dejaba de tomar en cuenta, era como si se te hubiera acabado el mundo. Y el mundo del Gobierno en los pasados seis años se llamó Andrés Manuel López Obrador. Él gobernaba, él decidía, él actuaba, él conversaba, él estaba en todo. Andrés Manuel era el gran orquestador y el gran tomador de decisiones.

Puede uno estar en contra de él o no, pero no titubeaba: iba para adelante. Siempre dio narrativa a lo que hacía. Podías no estar de acuerdo con la narrativa, pero detrás de cada decisión había una explicación. Eso era Andrés.

Desafortunadamente, esa no era la posición de los funcionarios públicos. La única vez que hubo exposición de servidores públicos fue con el COVID-19, donde aparecía el secretario de Salud… bueno, no, porque casi nunca asistía; quien se presentaba era López-Gatell, acompañado de algunos médicos para explicar qué pasaba con la pandemia, haciéndonos bolas todos los días: un día sí al tapabocas y otro día no al tapabocas; un día sí con la estampita y otro día no con la estampita.

Así que Andrés Manuel tomaba una decisión sobre la pandemia, la explicaba en la mañanera y con eso quedaba satisfecho. Ese era su método de trabajo y de comunicación: darse a entender y ejercer el poder.

Porque el poder radica también en la comunicación. Y Andrés Manuel

tuvo tantísimo poder por sus dotes de comunicador. Se comunicaba con todos y hasta abajo. ¿Qué presidente de la República hemos tenido que haya hecho eso? Compararlo con Peña, con Calderón, con Fox, con Zedillo, es absurdo: solo se le han acercado un poco Echeverría y Salinas. Echeverría por su incapacidad para estarse tranquilo y por haber sido un político que lo único que hacía era mirar hacia adentro: qué hacía y cómo lo hacía, qué decía y con quién se comunicaba; cómo lograba sus aspiraciones —el Premio Nobel de la Paz y su Universidad del Tercer Mundo—. Y Salinas porque, a través del programa Solidaridad, tuvo una gran interlocución con la población. Pero Andrés Manuel estuvo muy por encima de ellos porque podía comunicarse con las personas de tú a tú, frente a frente.

Yo recibía a todas las personas en mi oficina. Era público, sabido y conocido lo que yo hacía y quiénes acudían a visitarme. Era público, sabido y conocido cada asunto que yo resolvía. Había muchos asuntos que veía que estaban fuera de la responsabilidad del consejero jurídico de la presidencia, pero eran asuntos que aligeraban la carga de trabajo del presidente de la República y, a veces, hasta de algunos secretarios y directores de empresas paraestatales. Claro que Andrés Manuel tenía capacidad para entender la parte que yo hacía.

Un día me invitó el Consejo Coordinador Empresarial a platicar con ellos, a dar una conferencia. En esa conferencia, Claudio X. González, el padre, estaba muy atento a lo que decía. Estaba sentado en el centro de la mesa; estaban todos los empresarios que representaba el Consejo Coordinador. Claudio estaba a mi derecha, dos lugares después de mí. Y, en una de esas en que por alguna razón detengo el diálogo, me dice Claudio X.: «Oiga, Julio, yo estoy muy de acuerdo con lo que usted está diciendo, pero le quiero decir algo. Dígale a López Obrador que ya quite las mañaneras, que ya deje esos discursos, que ya deje de amenazarnos con esas cosas. Eso lo único que hace es hacerle daño al país. Él no se está dando cuenta del daño que le hace, pero hace muchísimo daño».

Le contesté: «Don Claudio, le voy a decir al presidente esto que usted me está dando como encargo». «Pero dígaselo no con ganas de molestarlo, porque luego dicen que el presidente se enoja con todo». «Le voy a decir algo: estoy de acuerdo con que el presidente los molesta en las mañaneras y los molesta bastante, pero ¿cuándo el presidente les ha hecho daño?,

¿cuándo le ha hecho daño a usted? Y usted sí trató de hacerle daño a López Obrador. Usted sí pagó y muchos de ustedes pagaron la campaña en el 2006 en contra de López Obrador para que no llegara a la presidencia de la República. Ustedes sí difamaron e infamaron a la familia de López Obrador, a su esposa, a sus hijos. López Obrador no los ha tocado y eso que tiene todas las posibilidades de hacer lo que quiera, no ha tocado a un solo empresario.

»¿Entonces hablan de que ya deje de dañar? Yo les preguntaría —terminé— ¿cuándo ustedes van a reconocer que dañaron para que entonces puedan solicitar que ya no los dañen? Tiene que haber un reconocimiento».

Esos diálogos duros que había, esas confrontaciones que mantenía con algunos empresarios —o con muchos de ellos—, eran así porque el carácter de Andrés Manuel es tremendo. Entonces uno iba a platicar, pero no en un campo de golf: uno iba a platicar en medio del desmadre que se generaba porque, claro, cada vez que Andrés Manuel tocaba a una persona —un empresario, un intelectual—, todo mundo se indignaba; se ponía de malas, tenso.

Pero, así como no se rompió un solo vidrio en las manifestaciones, tampoco se intentó dañar a los empresarios, a pesar de que Andrés hubiera podido dañar a cada uno de ellos. El único empresario que tuvo un daño en términos de una expropiación —que es el instrumento legal más duro que tiene el gobierno para tomar un bien privado y pasarlo a la parte pública— fue Germán Larrea, a quien le quitaron parte de su vía para complementar el Interoceánico. Salvo ese evento, no creo que, en esos años en que estuve en la Consejería, haya habido ningún daño material a ninguno de los empresarios.

18

Los empresarios, las medicinas

Es una paradoja, pero a muchos empresarios —incluso a los más confrontados con López Obrador— les fue bien el sexenio pasado, en muchas ocasiones por contratos otorgados por el propio Gobierno. López Obrador decía que había que supeditar el poder económico al poder político y, en parte, lo logró; no siempre con éxito para la economía, que prácticamente no creció en todo el sexenio. Hubo muchos capítulos conflictivos, pero pocos como el de las medicinas y el sistema de salud, que fue de fracaso en fracaso, provocando un desabasto de fármacos y una reducción de la población cubierta por el sistema que aún no se resuelve.

Los empresarios se convirtieron realmente en la oposición al gobierno de Andrés Manuel. Ni el PRI ni el PAN estaban en condiciones de competir. Y entonces la fuerza que hacía equilibrio —o trataba de hacerlo— era la de los empresarios, que sentían que se había entregado todo el poder político y administrativo a una sola persona, Andrés Manuel López Obrador. Y eso les preocupaba mucho. Andrés, como ellos lo planteaban, era un tipo impulsivo y podía tomar una decisión que afectara sus intereses.

Vayamos a 2006, cuando todas las campañas en contra de López Obrador las financian y pagan los empresarios a partir de que sienten que su candidato, Felipe Calderón, es mejor aliado que Andrés Manuel y prefieren a Felipe que a Andrés. Todo lo que pasó con el desafuero y lo que pasó en las relaciones de Andrés con los periodistas dio la pauta a los empresarios de que tenían que ayudar a los del PAN para ganar la elección.

Nosotros nos reunimos con Federico Arreola por instrucciones de Andrés Manuel para buscar financiamiento. Íbamos a ver a los empresarios para pedirles su apoyo. Andrés nos prohibió recibir dinero en

efectivo y nos pidió ajustarnos exactamente a lo establecido como tope. El máximo era de 936000 pesos por aporte. Parece ridícula esa cantidad, porque los empresarios estaban dispuestos a ayudar más pensando en que, si no ganaba Calderón, tendrían una entrada o relación con Andrés Manuel. Pero no aceptó ni un centavo más. Se hacía con cheque nominativo por persona dirigido al partido, al PRD. Entonces, cada empresario que quería aportar lo hacía de manera transparente.

Claro, nosotros notábamos que en los otros partidos también corría el dinero. Muchas veces nos dijeron a Federico Arreola y a mí que por qué no aceptábamos más recursos si nos ofrecían cantidades mucho más grandes. Incluso, en algún momento —estando Federico y yo juntos—, nos ofrecieron portafolios llenos de dinero. Y Federico —a quien hay que reconocerle un trabajo muy importante con Andrés Manuel— se negó siempre a tomar eso.

Así, los empresarios, ganando en 2006 —porque ganaron con Felipe Calderón—, supieron que toda la campaña que habían hecho, que todo el dinero que habían gastado, había cumplido su objetivo. Empezaron, a partir de 2007, a hacer una campaña en medios contra Andrés Manuel, respaldados por aquellos periodistas con los que él había tenido fricciones o una relación descompuesta.

Los empresarios se apoyaron en la estructura de algunos medios de comunicación e hicieron de Andrés una persona peligrosa. Todo esto siguió gestándose durante los cinco años siguientes, hasta que López Obrador inicia la «campaña del amor» en 2012, para no conflictuarse con la gente, para que lo vieran mesurado, tranquilo, moderado; y, en muy buena medida, consiguió el objetivo. Ya lo platicamos: no pudo alcanzar a Peña Nieto, pero obtuvo muchos más votos de los que al principio de la campaña se pensaba que podía lograr. Y, además, sin el apoyo de su partido, porque el PRD no era el partido de Andrés: era un partido que prácticamente apoyaba al PRI, como se vio a la entrada del gobierno de Peña, cuando firmaron el Pacto por México entre el PRI, el PAN y el PRD.

Es curioso ver cómo a las figuras del PRD las ponen como preponderantes en ese acto de la firma para demostrar que esos personajes que habían estado cerca de la lucha de Andrés Manuel ya estaban en su contra. Los empresarios, creo que desde el principio del gobierno de Peña

—aunque Peña gobernaba en los medios—, empezaron a pensar que él no era la persona que necesitaban.

Peña echó a perder todo a partir de la «Casa Blanca» y de otras conductas que tuvo, y todo mundo empezó a desconfiar de él; los empresarios comenzaron a voltear otra vez a ver al PAN, pero ya veían a Andrés Manuel con mejor imagen. Pensaban que Andrés se mantendría en la actitud de la elección de 2012 y que podría ser, digamos, un personaje muy bueno para el futuro, porque ya empezaba a dar certezas hacia 2018.

La verdad es que pocos empresarios ayudaron a la oposición, y no creo que lo hayan hecho en la misma medida que en 2006 y 2012. Andrés Manuel también tuvo apoyo de parte de ellos.

Tú lo cuentas: no es un secreto que la noche de la elección de 2018 quienes van a festejar a la casa de Andrés Manuel son Ricardo Salinas, Olegario Vázquez Aldir, Bernardo Gómez, muchos de los empresarios más importantes de México, que son los que celebran con él la victoria.

Vale la pena decir también que son dueños de los medios de comunicación, básicamente de la televisión. No haberse confrontado con los medios masivos fue lo que le permitió a Andrés Manuel tener una elección más tranquila. Estaban Televisa, Azteca, Imagen. Con eso contrarrestamos toda la fuerza que pudieran tener otros empresarios, porque en 2018 ya no se querían pelear con Andrés.

Empieza el gobierno y Andrés, aunque comienza reuniéndose con los empresarios, hace reuniones con el Consejo Coordinador Empresarial, crea su propio Consejo de Apoyo Empresarial, se reúne con el Consejo Mexicano de Hombres de Negocios y con otro grupo que se llama Grupo Distrito Federal.

Los empresarios, al no empezar a ver resultados concretos para ellos desde la Presidencia de la República, empiezan a ser una fuerza de oposición, empiezan a decir que Andrés Manuel solo quiere apoyar a los pobres, que no piensa en la clase media, empiezan a generar una distorsión sobre las reformas, acerca de lo que se está planteando y empiezan a hablar de que la inseguridad no disminuye. Y es muy criticado porque los empresarios se empiezan a tornar en oposición, que ya no es el PAN, que ya no es el PRD —que prácticamente no existe— y que no es el

PRI.

Para entonces, Andrés tenía una relación, digámoslo así, cómoda con el PRI. El PRI no tenía problema para acomodarse al Gobierno y en el PAN, aunque sabían que Andrés Manuel no los quería, querían darle la oportunidad de que el gobierno fuera un poco mejor. Había partidos disminuidos, empresarios sin todo el poder: no había una oposición dura contra Andrés Manuel. Y los empresarios desistieron de enfrentarse al presidente porque era muy poderoso.

En ese sentido, las mañaneras le funcionaron muy bien, porque ningún empresario quería verse exhibido en una; ningún periodista quería verse exhibido en otra. Era, como decían los muchachos, «como si te hubiera chupado el diablo». Y entonces los empresarios hacían un esfuerzo por no confrontarse, pero evidentemente no compartían el mismo criterio sobre los asuntos públicos que tenía López Obrador.

Desde el principio, plantearon que todos los apoyos sociales que daba López Obrador seguramente irían contra la estabilidad de la economía, cosa que en parte fue cierta; pero también hay que pensar que, si no hubiéramos dado esos apoyos, si no hubiera puesto en el artículo 4.º constitucional los programas sociales, habría habido un estallido social.

Alguna vez le pregunté a José Antonio Meade qué habría pasado si él hubiera ganado la elección, ¿se habría sentido con posibilidades de operar el país? Contestó que no. «Creo —dijo— que, si hubiéramos seguido con las políticas que se llevaban, el país, socialmente, nos habría reventado».

No se le ha reconocido a Andrés el haber sido un amortiguador social muy importante. Desactivó la mecha que ya traíamos como país por no apoyar a la gente pobre.

Nada es más grave que jugar con los apoyos sociales. Los empresarios, por ejemplo, vendían despensas, pero eran más caras y ponían menos productos. Los programas de desarrollo social se veían mermados por los propios empresarios que, al quedarse con el arroz o el frijol —o con lo que fuera—, decían que no se podían poner porque había escasez; le cobraban al Gobierno algo contra los programas sociales y luego entregaban otro producto, con una ganancia mucho mayor para ellos.

Lo mismo sucedía con muchos proyectos sociales vinculados con la salud; básicamente las medicinas, que eran un negocio de políticos. Había laboratorios que hacían su chamba, pero entregaban su patente a un comercializador, a una empresa logística; y esta empresa logística era la que entregaba los productos. Y, obviamente, en las sales no hay negocio —porque son un *commodity*—, pero en la logística sí lo hay: no es lo mismo entregar una medicina en la Ciudad de México que en Campeche o en Mexicali; es totalmente distinto, y se pueden embolsar todos los dineros que se necesiten para todos los cochupos que se requieran.

Pero, por otra parte, la crítica era —y sigue siendo— que no se encontró solución: se acabó con esos sistemas, pero tampoco se los reemplazó por algo eficiente. Hasta el día de hoy seguimos con escasez de medicinas y con problemas graves en su distribución.

Es verdad. En el tema de las medicinas, el diagnóstico que se hizo al llegar el gobierno de Andrés Manuel no fue el correcto. Nos faltó separar las sales de la logística, en términos de la entrega. Yo nunca entendí por qué no distribuíamos los medicamentos, primero, a las 28000 farmacias que hay a lo largo y ancho del país. Se habría podido hacer si se hubieran comprado las medicinas en el Seguro Social, en el Issste o en el IMSS-Bienestar, y se habría tenido un magnífico sistema de distribución, fijando precios máximos a los fármacos del Gobierno.

Nosotros hicimos cambios a la Ley General de Salud y los dos principales problemas que enfrentamos para pasarla fueron, primero, la unipíldora. Los empresarios de laboratorios no querían que se vendieran unipíldoras; es decir, si el médico te receta tres píldoras, aquí están tus tres píldoras en una sola. Y, segundo, tener dos cajas distintas: una para las medicinas que entrega el Gobierno y otra para las de particulares. Porque evidentemente hay un mercado negro de medicamentos, y así la gente podría distinguir: si compra la cajita verde, es porque corresponde a la medicina que vende o entrega el Gobierno; si compra la roja, esa es de particulares; y si un particular te quiere vender la cajita verde, es que está haciendo una transa. El diagnóstico no fue el adecuado. Llevaron al presidente a decir que cuatro o cinco empresas vendían todas las medicinas del país, lo cual no era cierto.

Esto generó un distanciamiento muy grande entre los laboratorios

nacionales y el Gobierno, y finalmente tuvimos que salir al mercado internacional a comprar medicinas que muchas veces se fabricaban en México. Hubo muchos cambios legales que ordenó el presidente para tratar de garantizar el abasto. Por ejemplo, se hizo un estudio para que, con los países con los que existían convenios de intercambio de medicamentos, estos se pudieran registrar como mexicanos, de modo que la Cofepris los considerara como tales y no se necesitaran estudios adicionales para su registro. Eso nunca se logró implementar.

También había una terrible ineficiencia en la Secretaría de Salud, en la Cofepris y en todas esas áreas.

La Secretaría de Salud era una dependencia básicamente normativa, no operaba nada. Era la que debía generar las políticas, y quienes debían haber hecho todas las compras eran el Seguro Social o el Issste, como lo hacía el Ejército. Porque en el Ejército y en la Marina nunca hubo falta de medicamentos: ellos tenían un sistema muy adecuado, muy controlado para sus compras, a precios correctos; por eso nunca hubo desabasto. Donde sí hubo problemas fue con nosotros. Creo que, a través del Seguro Social o del IMSS-Bienestar, se pudo haber solucionado, pero hubo tantas y tantas dudas sobre lo que se hacía que fue imposible.

Se transformó Birmex —una planta destinada a producir vacunas— en una empresa de compra y distribución de medicamentos. No fue un remedio adecuado, porque la distribución a través de las farmacias particulares era la verdadera solución, controlada por las instituciones grandes que ofrecen salud en México.

En la Secretaría de Salud había un personaje que hizo mucho daño: Hugo López-Gatell. No solo comenzó a controlar la relación entre la Secretaría de Salud y las demás dependencias públicas, sino que también se adueñó de la Cofepris. Entonces no había laboratorio que pudiera obtener rápido sus autorizaciones. Era un sistema de retrasos, de ineficiencia espantosa.

Y todo porque López-Gatell puso a personas que no eran expertas en esos temas. Andrés Manuel, pasando por sobre los institutos de salud que tenían y que recibían muchos recursos por los pacientes que internaban y que sí tenían dinero para pagar, determinó que todos los institutos de salud se hicieran públicos y que no se cobrara nada. Fue una decisión

adecuada, pero le faltó darles dinero a esos institutos para la investigación. Esos institutos operaban, atendían personas, pero también investigaban. Y eso ya no lo tuvimos ya que hasta hoy carecen de recursos para hacerlo todo, porque dependen básicamente de los recursos públicos.

El hecho es que los empresarios del sector se volcaron al exterior, y en el gobierno del presidente López Obrador fue cuando más utilidades obtuvieron. Se intentó también comprar medicinas a través de la ONU, tratando de evitar los procesos de corrupción, pero tampoco fue una solución efectiva.

La UNOPS nunca había comprado medicinas: es una institución que servía para otras cosas.

Aquí en México hasta a la ONU se la puede utilizar para transformar esas instituciones en lo que nosotros necesitamos.

A pesar de las diferencias y de los puntos de vista encontrados, a la mayoría de los grandes empresarios les fue muy bien en el sexenio de López Obrador, pese a los desencuentros que hubieran podido tener.

Eso decía el presidente: «En mi gobierno es cuando más dinero han ganado». Al principio decidió que el Gobierno no operara, por ejemplo, las tarjetas de los apoyos sociales, sino que las entregara la iniciativa privada. Tomó cuatro o cinco medidas en las que el sector privado se vio muy favorecido. Basta ver la obra pública: si bien parte la ejecutó el Ejército, otra gran parte se hizo con particulares, que resultaron ampliamente beneficiados por el mandatario.

Tengo la impresión de que hay muchísimos empresarios que nunca se sacian con lo que ganan, sino que están siempre pendientes de no dejar un solo peso en el camino: todo lo quieren llevar a sus arcas. Independientemente de que el presidente los apoyó muchísimo, ellos nunca terminaron satisfechos; siempre querían más y más. No conozco ninguna empresa privada grande que haya tenido un balance negativo durante el gobierno de López Obrador, quien fue generoso con ellos, pero ellos nunca fueron generosos con él.

El consejo empresarial que se formó al inicio del gobierno comenzó a funcionar,

pero relativamente rápido dejó de operar.

Era prácticamente un comité de relaciones públicas, porque a Andrés Manuel seguramente le daba flojera reunirse con todos los empresarios; entonces usaba ese comité para no tener que hacerlo y para mandar mensajes. En él estaban también empresarios de los medios de comunicación: Bernardo Gómez, Ricardo Salinas, Miguel Alemán hijo, Olegario Vázquez Aldir. Era un puente entre los empresarios y el Gobierno, con personajes que no diría que eran «a modo», porque no lo eran, pero sí empresarios que no le resultaban desagradables al presidente de la República. Sin embargo, eso no funcionó nunca.

19

La pandemia

En marzo del 2020 la pandemia por COVID-19 azotó al mundo y a México. No estábamos preparados para enfrentarla, en buena medida porque la responsable de ello, la Secretaría de Salud, que estaba controlada por Hugo López-Gatell, tuvo un desempeño contradictorio y poco serio.

López-Gatell comenzó diciendo, a fines de febrero, que el COVID-19 no era una enfermedad grave, que era mucho menos delicada que la gripe, que tenía un índice de letalidad mucho menor y que simplemente se iría con la llegada del verano.

No fue verdad. Ya había información importante desde el primero de enero de ese año, en manos de autoridades de Estados Unidos, de la OMS y de otras instituciones. Incluso en ese febrero, en lugar de garantizar el aprovisionamiento de equipo sanitario y médico, México le vendió mascarillas a China y unas semanas después las volvimos a comprar, ya en plena pandemia, a un precio muy superior.

Esa opinión de Gatell, subestimando la enfermedad y las previsiones internacionales, nos llevó a otro escenario muy delicado: para marzo no solo no había equipo médico y sanitario suficiente, sino que tampoco se entrenó al personal médico ante lo que venía y ni siquiera se reconfiguraron las unidades médicas del sector salud, salvo las que reconfiguró, por decisión de sus propios mandos, la Defensa. Para entonces teníamos ya un alto número de personal sanitario contagiado y muerto, porque se comenzó a atender la pandemia sin estar en condiciones, sin equipo y sin un protocolo.

También, en su momento, se desestimó el confinamiento, el uso de las mascarillas, los test masivos de pruebas y luego hasta las vacunas. Mientras la OMS pedía pruebas, pruebas y más pruebas, López-Gatell las desechaba e incluso las impedía, y México se convirtió en uno de los países con menor número de pruebas por habitante. Los principales especialistas del país le aconsejaron cambiar la política y le propusieron un cronograma y programa de acción basado en la experiencia nacional e internacional; se burló de ellos. Dijo en

mayo de 2020 que la cifra catastrófica de fallecidos que podíamos tener era, máximo, de 60000. Fueron más de 600000.

———•———

Se llega a la pandemia con un sistema de salud ya muy debilitado, con las contradicciones que había incluso dentro del propio gabinete con el área de salud. La entonces jefa de Gobierno, Claudia Sheinbaum, tenía diferencias muy grandes con López-Gatell; Marcelo Ebrard también; tú tenías diferencias con la gente de salud. Y así se llega a la pandemia, y el sistema de salud no llega bien preparado para ella. Los militares son los únicos que están preparados cuando se llega en marzo a la pandemia; los hospitales y la estructura militar son los únicos que están realmente preparados para eso.

Coincido. La verdad es que el general secretario y el almirante secretario hicieron un gran trabajo en la pandemia. No solo atendieron al personal militar y marino, sino que pusieron a disposición un montón de hospitales para que la gente pudiera atenderse. Los militares y los marinos salvaron muchas vidas que nosotros hubiéramos perdido.

Pero yo creo que, en medio de todo ese desastre —porque el manejo de una pandemia no es fácil—, Andrés Manuel hizo un buen trabajo. ¿Cómo? Primero, permitiendo que dentro de esos dos criterios que había persistieran, por un lado, la eficacia de los militares y la innovación que hizo la jefa de Gobierno, y por el otro, contra lo que pasaba en los estados con los Gobiernos locales y la Secretaría de Salud.

Los militares y los marinos hicieron su trabajo y lo hicieron muy bien. Claudia no solo lo hizo bien, sino que se pudo poner de acuerdo con particulares para armar hospitales en Banamex con el apoyo de Alejandro Soberón, que independientemente de que es un empresario muy bueno en los espectáculos, hizo un trabajo maravilloso en la CDMX para que no faltaran camas para recibir a los enfermos. No se podía morir gente en la calle. Sheinbaum hizo un trabajo muy eficiente. Fue un proceso donde hubo mucha falta de coordinación en el país y, por el contrario, muy buena coordinación en las instituciones militares y en el Gobierno de la ciudad.

Por otra parte, todo aquello de la compra de ventiladores fue espantoso. Fue una cosa terrible porque había todo tipo de precios y transas en su

adquisición.

Uno de los problemas de corrupción llevó a la salida de la secretaria de la Función Pública, Irma Eréndira Sandoval. Fue el de los ventiladores que vendió el hijo de Bartlett en Puebla. Eso generó un problema serio porque la Secretaría de la Función Pública había tomado la decisión de que se indagara y se consignara una investigación que le atribuyera responsabilidades al hijo de Bartlett. Pero el presidente siempre trataba de atemperar, siempre trataba de que no hubiera problemas entre los secretarios, entre los directores de las empresas. Y entonces, en este caso particular, la secretaria de la Función Pública se empeñó en seguir la investigación; el presidente hubo un momento en el que se desesperó y entonces vino la salida abrupta de Irma.

Hubo una política errática a nivel federal respecto a la pandemia. Absolutamente errática.

Hubo grandes contradicciones de López-Gatell. Que sí al tapabocas, que no al tapabocas. Y eso se llevó a todos los estados, excepto la Ciudad de México. Hubo diferencias y distancias entre la jefa de Gobierno, que tenía la visión de que teníamos que cerrar la ciudad para que no fuera a haber un problema mayor, y López-Gatell, que afirmaba que había que mantenerla abierta. Eso generaba tensiones en el gabinete. Claudia Sheinbaum, acompañada por Zoé Robledo, hizo una presentación espléndida en su momento al presidente de la República, frente a todo el gabinete, en donde saltaban a la vista las diferencias.

El mandatario fue sensible al tema y les dijo: «Puede que yo no esté de acuerdo con eso, pero ustedes tienen la responsabilidad, tomen la decisión y adelante». Yo creo que esa forma de responder del presidente le dio confianza a Claudia de que lo que estaba haciendo era lo correcto, y el presidente le dio la oportunidad de permitir que hubiera dos políticas: una estatal en la ciudad y otra nacional, la que planteaba López-Gatell.

En la pandemia hubo muchísimos muertos, hubo muchísima crítica de la gente. Fue una desdicha lo que pasó en el país. Era terrible, porque todo aquel que había fallecido por COVID-19 no podía ser velado por sus parientes, sus familiares. Era como un rompimiento en las familias. Hubo muchas personas que murieron, ellos y sus parejas, dejando a los hijos abandonados. Fue terrible.

El presidente sufrió muchísimo en esa época, porque le afecta mucho el sufrimiento de la gente y, sobre todo, el de la gente que menos tiene, que en este caso fue la que más sufrió, porque finalmente nosotros teníamos manera de encontrar alivio, no siempre en los hospitales de la seguridad social, sino en los médicos particulares a los que teníamos acceso a partir de los recursos que uno tiene. Fue muy duro, muy lamentable.

Pero también hay que reconocer que, mientras eso ocurría en la parte médica, clínica, en la economía, el presidente cambió la dinámica que tenían los otros Gobiernos a la hora de operar los subsidios: no quiso entregar recursos a los particulares.

Todos los empresarios, sin excepción, venían a decirle que les entregara recursos para que las empresas los distribuyeran entre sus trabajadores, para preservar la empresa privada y a los propios trabajadores. Todos lo pedían. Él se negó. Decidió aumentar los apoyos sociales en tiempos de pandemia, darle a la gente directamente los recursos, y eso trajo como consecuencia que la economía no se cayera tanto como en otros lados. La economía se sostuvo.

Pero, sobre todo, creo que hubo un gran convencimiento, una convicción en la población más desfavorecida de que Andrés Manuel hacía las cosas en consecuencia con lo que pensaba.

Pero eso creó también una distancia, no con los grandes empresarios, porque los grandes empresarios mantuvieron otro tipo de políticas, sino con muchos empresarios relativamente medianos o pequeños, que se sintieron desprotegidos durante la pandemia.

Pero en política se tiene que actuar pensando en el mal menor. Y creo que el mal mayor hubiera sido entregar a estos empresarios los recursos para subsidiarlos y no subsidiar a las personas. En la medida en que tú subsidias a las personas, estás utilizando los recursos públicos de la mejor manera, porque así es como la gente puede defenderse frente al monstruo de enfermedad que había en ese momento. Solo así salimos adelante. Muchos países lo hicieron de manera contraria: apoyaron a las grandes empresas, a las medianas empresas, a las pequeñas. Todos los países de América Latina lo hicieron así, y terminaron endeudados, con unos déficits fiscales espantosos.

En México, a pesar de que hubo problemas —porque claro que los

tuvimos—, a pesar de que el PIB se cayó, el problema no alcanzó los niveles de otros lugares. Creo que hay que reconocerle a López Obrador esa habilidad. Y esa fue una política prácticamente única en el mundo. Creo que su intuición política y su convicción lo llevaban a ese punto. Y eso casi siempre lo llevaba a buen puerto, a pesar de que hubo cosas que fueron graves y contradictorias.

El detente *o la subestimación a veces de lo que podía ser la pandemia.*

Eso le sucede a la mayoría de los gobernantes. A nadie le gusta que, a pesar de que haya una pandemia y de que sea un mal difícil de remediar, se los culpe de eso, porque si no se resuelven perfectamente bien los problemas, los culpan. Primero, llegamos con un sistema de salud mal preparado para enfrentar una catástrofe de esta naturaleza. Y segundo, Andrés Manuel seguía siendo ese predicador cristiano que lo llevó a decir cosas como ese *detente*, que francamente nada tenía que ver ni con la política, ni con la salud, ni con la religión, ni con nada.

No tomó a veces las decisiones más adecuadas, pero también se evidenciaron las fallas y contradicciones desde la Secretaría de Salud. Hay que establecer algo que es muy importante: Andrés Manuel le cedió la política de comunicación en la pandemia a López-Gatell, a la Secretaría de Salud. Fue la única persona que tuvo manera de comunicar todas las tardes, haciendo una especie de tardeada de la salud. Al principio tuvo mucha visibilidad, pero más tarde llevó a la gente a una irritación enorme en su contra.

López-Gatell, perdón que lo diga así, era una persona con una condición política y médica —es epidemiólogo— que lo llevaba a autodeterminarse; y, segunda, un comunicador errático frente a un problema de tal magnitud. López-Gatell ya había manejado la anterior pandemia con Calderón. Calderón lo corrió y nosotros lo protegimos porque lo había corrido Calderón; entonces pensamos que era bueno. Otra vez estamos en eso de 10% de eficiencia y 90% de lealtad. Así hubiera sido corrido por Calderón, la decisión que tomamos fue pésima. Y López-Gatell, como comunicador y operador, resultó funesto.

Eso nos enseñó lo difícil que resulta operar una sola forma de comunicación para todo un sistema. Solo un hombre con la capacidad y las características de López Obrador lo pudo hacer. Ahora Claudia,

empeñada también en hacer de las mañaneras un instrumento de comunicación, ojalá que permita construir un espacio propicio, pensando que la mayoría de los comunicadores que asisten a las mañaneras no siempre son aquellos que llevan la noticia al lugar que la tienen que llevar ni de la manera que deben hacerlo.

Porque para que la comunicación sea buena, el comunicador tiene que serlo, y quien le permite la comunicación a ese comunicador tiene que ser mejor. Claudia lo es, pero quien comunica no lo hace de manera eficiente, y por eso podemos tener problemas.

Hay que salvaguardar los puntos de contacto en emisor y receptor de las noticias.

Desde luego, más hoy que la mayor parte de las noticias son anónimas. Y vuelan en las redes, y cuando hay una persona que expone el físico ofreciendo información, deberíamos darle la manga ancha para que pudiera seleccionar personas que llevaran de manera correcta el mensaje que ella está emitiendo, que creo que es algo que no tenemos hoy.

Decías que el presidente en la pandemia, como me imagino que debieron haber estado muchos otros mandatarios, acabó sintiéndose muy mal. Pero ¿cómo fueron esos tiempos de la pandemia en la operación de Palacio y del equipo de Gobierno? Porque también se percibió desde fuera como que el propio Gobierno estaba muy encapsulado en ese momento.

Encapsulado no lo creo, primero, porque había comunicación continua, por la mañana y por la tarde. Y segundo, insisto, porque el Ejército y la Marina daban el ejemplo de lo que se debía hacer, y las instituciones civiles del Gobierno no tenían la capacidad operativa para funcionar así. Creo que eso le dio más certeza a Andrés Manuel de que se debía ir por donde indicaban Ejército y Marina. No solo habilitaron hospitales, no solo consiguieron los ventiladores, no solo pusieron las medicinas para los enfermos, sino todo lo que tenían a su disposición para que eso saliera bien. Después de ellos, seguramente el Seguro Social, que tuvo un papel razonablemente bueno frente a la magnitud del problema que enfrentaba.

¿Y cómo trabajas tú en ese momento en Palacio? Porque teníamos una pandemia, una situación muy complicada, pero al mismo tiempo seguía operando el Gobierno, seguía operando el Congreso, seguían planteando

reformas. ¿Cómo vives ese momento?

Eran momentos de angustia, porque todo el tiempo llegaban reportes de los muertos, de la escasez de medicamentos, de ventiladores, de insumos, de funcionarios que hacían un esfuerzo por decir: «Aquí conseguí quince, aquí conseguí veinte, aquí conseguí cien ventiladores». Eran tiempos amargos. El presidente, si bien recuerdo, tuvo dos veces COVID-19. Había que cuidarlo todo el tiempo, porque no se cuidaba, por aquello de estar cerca de la gente; se exponía mucho. Había que recomendar, en la mayoría de los gabinetes, los decretos que se tuvieran que hacer para afrontar la emergencia. Todo era emergente.

En lo particular, me puse a disposición de lo que el presidente fuera determinando con el gabinete de salud, que tenía un papel fundamental a la hora de afrontar conflictos como este. Eso pasó conmigo y con otros, en los distintos frentes del Gobierno, pues era de tal tamaño el problema que había también una especie de parálisis generalizada, porque las instituciones no podían trabajar normalmente. Estaban alejadas de los planteamientos del presidente, y él no podía sacar a la gente totalmente a la calle, no podía pedir a los servidores públicos que estuvieran todo el tiempo en contacto. Fue muy generoso con los médicos, con las enfermeras, tratando de apoyar su trabajo; todo era un problema de —perdón— muertos.

¿Cómo se cuidaba la salud del presidente? Porque el presidente era, además, un hombre con una salud tocada.

La realidad es que no se cuidaba nada, era el más descuidado con su salud. Lo que quería era apoyar a las personas y lo arriesgaba todo, ponía el pecho de frente para salir adelante. Es un hombre fortísimo.

En algún momento, en una de las ocasiones en que se contagió de COVID-19, nos reunimos a platicar. Él, sentado en una silla fuera de su oficina, y yo, platicándole cerquita. Y me decía: «No te acerques tanto porque te voy a pegar el virus». Estaba con su abrigo porque, obviamente, tenía fiebre, y yo le decía: «Presidente, si usted no es capaz de cuidarse para nada, ¿cómo puede pedir a otros que nos cuidemos? O sea, usted platíqueme».

En una ocasión me dijo que uno de sus mayores sufrimientos como

político, como hombre de Estado, había sido la muerte de aquel centenar de personas quemadas por el accidente del huachicol en Hidalgo. Ese evento fue terrible. Creo que la pandemia por un lado y ese accidente del huachicol fueron los momentos de mayor sufrimiento personal de López Obrador.

Uno de los problemas mayúsculos que tuvo que enfrentar el gobierno lopezobradorista fue el *huachicol*. Las fugas que sufría Pemex por ese quebrantamiento eran enormes. Convocaba el presidente dos veces por semana al gabinete de seguridad. Octavio Romero exponía cada lunes el problema, fuera y dentro de Pemex. Lo abordábamos desde distintos ángulos. Me tocó participar junto con Romero y con Durazo, que estaba en la Secretaría de Seguridad Pública. La problemática principal que se evidenció en ese momento fue la fuga de los ductos. Hoy sabemos que el diagnóstico fue equivocado.

El huachicol fiscal es un delito infinitamente mayor que el robo hormiga de combustible por los ductos, que fue a lo que nos avocamos casi al inicio del sexenio.

Hubo un informe de Pemex advirtiendo los riesgos que corríamos por la falta de combustible; la parálisis no se veía muy lejos. Había también problemas por falta de capacidad de almacenamiento y recepción de combustible y baja operación en los puertos, igual que en la frontera y los ferrocarriles. Ahí fue donde el presidente decidió la compra de 571 pipas para Pemex, que terminó operando el Ejército, el cual nos llegó a decir que la reserva era para uno o dos días. Fue muy angustiante. Las refinerías producían una mínima cantidad.

20

El atentado contra Omar; don Javier

La madrugada del 26 de junio de 2020 se produjo el atentado más violento y provocador que ha cometido el crimen organizado contra un funcionario de alto nivel en México. Esa mañana, cuando se dirigía a la reunión de seguridad con la jefa de Gobierno capitalino, Claudia Sheinbaum, fue atacado Omar García Harfuch, entonces secretario de Seguridad de la Ciudad de México, ahora titular de Seguridad del Gobierno federal y responsable de una estrategia de seguridad diametralmente opuesta a la de abrazos y no balazos. No se puede ideologizar la seguridad. Para garantizarla se requiere establecer políticas eficientes que arrojen resultados; no tiene nada que ver con «pactar o declarar la guerra», se trata de cumplir con la obligación del Estado y del Gobierno.

García Harfuch es nieto e hijo de personajes tan paradigmáticos como el general Marcelino García Barragán y Javier García Paniagua. Es un funcionario que ha transitado por puestos de responsabilidad en diferentes administraciones, en distintas posiciones, y siempre ha dado magníficos resultados y ha sido leal con sus jefes. Forma parte de una verdadera leyenda familiar.

¿Qué sucede en el Gobierno federal cuando se da el atentado contra Omar García Harfuch? Es el atentado más delicado, más grave que ocurrió durante el sexenio de López Obrador.

Todo el Gobierno, todas las áreas de seguridad se volcaron inmediatamente en el crimen, tratando de apoyar y resolver un atentado de seguridad nacional. Tenía que ver con el funcionario policíaco más importante de México y afectaba directamente a la jefa de Gobierno. La Secretaría de la Defensa, la Marina, Seguridad Pública, Sandoval, Ojeda, Durazo y el propio director del CNI comenzaron a presentar elementos

para que el presidente tuviera una idea clara de la magnitud del desafío. Junto con la Fiscalía, se hicieron grupos de investigación para dar con el responsable. Pero fue Omar quien encabezó personalmente la investigación de su propio atentado. En cuanto pudo, regresó a su oficina en la Secretaría de Seguridad Pública, la misma oficina donde despachó hace años su padre, don Javier García Paniagua. E hizo de la oficina su casa.

La convierte en su casa y, con toda razón, en una suerte de búnker. Ahí hace toda su recuperación.

Ahí estuvo durante meses. Fue una recuperación lo más acelerada que se pudo hacer, pero obviamente requería de todos los esfuerzos del personal a su cargo para apoyarlo, para estar cerca de él, para acompañarlo. Fue un periodo desdichado para sus relaciones personalísimas, porque cuesta mucho trabajo hacer tu vida en la oficina. Sin duda, Omar es el personaje más valeroso que yo conozco.

Quizá solo conozca a un personaje del servicio público más valeroso, o tanto como Omar: don Javier García Paniagua, su padre. Era hijo de don Marcelino García Barragán, que fue secretario de la Defensa. Javier era un hombre extraordinario, simpático, divertido, generoso.

¿Fue tu jefe?

Mi jefe a partir de 1978. Un día me invitó a platicar a su oficina. Él era entonces subsecretario de Gobernación, había dejado la Dirección Federal de Seguridad. Me preguntó si tendría interés en acompañarlo en el Gobierno. Don Javier había forjado una relación extraordinaria con mi papá; eran dos personas que se querían muchísimo.

Cuenta mi papá, en el libro *Los presidentes*, que siendo secretario de la Defensa, don Marcelino García Barragán, muy cerca ya de la muerte, lo invitó un día a platicar, en el Hospital Militar. Don Marcelino le dijo a mi papá, que era el único periodista honrado que conocía, que le quería pedir un favor: le quería encargar a su hijo. «Le pido que cuide a mi hijo Javier. Y don Javier va a quedar de usted, don Julio». Es un capítulo hermosísimo en el libro. Describe las cosas que pide don Marcelino para su última morada: un uniforme de secretario de la Defensa —porque el suyo ya no le quedaba, estaba muy delgadito— y un ataúd de madera. Don Marcelino

era de una modestia abrumadora.

El hecho es que trabajé con Javier García Paniagua desde que él fue secretario de la Reforma Agraria, para sustituir a Jorge Rojo Lugo. Don Javier era un hombre de gran talento político, de una fuerza abrumadora, y en sí mismo contenía el poder del Estado. Era muy poderoso. Pasó de la Reforma Agraria al PRI, donde me invitó a ser su secretario particular. Era platicador, promovía el buen trato entre los que estábamos cerca, la camaradería.

Obviamente, trabajábamos con un montón de policías, porque don Javier venía de la Federal de Seguridad. Siempre estaba bromeando, siempre hablaba de la Revolución Mexicana, de lo que era este país. Entonces ya era uno de los precandidatos a la presidencia de la República que competiría con Miguel de la Madrid hasta el final.

Un día me pregunta don Javier —que tenía, además, bien ganada fama de riguroso— cuál era la diferencia entre una pendejada y una chingadera. Le dije que la diferencia era absoluta y muy simple: una pendejada es un error que se comete de buena fe; una chingadera es una acción que tiene todos los elementos de agravio, de intencionalidad. Me dijo, riendo, que estaba muy mal, muy equivocado: «Una pendejada es una chingadera que se conoce, que se hace pública». Me invitaba a ir a su casa en el Pedregal, en la calle de Risco 105. La entrada era por un pasillo largo que terminaba en un jardín en donde había una mesa de vidrio muy ancho, sostenida por dos caballos. Tenía un perro negro, uno de esos pastores alemanes realmente espantoso. Y ahí pude conocer a su hijo, a Omar, cuando era todavía un niño.

Omar es el hijo más pequeño de don Javier.

Es el más joven, hijo de María Sorté, una mujer también extraordinaria, gran actriz, cariñosa, simpática y sensible. Don Javier me llamaba hijo, porque esa era la relación que nosotros teníamos.

Años después, el presidente Zedillo lo invitó, por conducto del doctor Luis Téllez, a ir al nuevo Cisen, en donde estaba Jorge Tello Peón estrenando instalaciones. Se resistía a ir a esos eventos. Un día fuimos para allá; le dieron un recorrido por todo lo que era el Cisen, hasta los baños, los vestidores, el gimnasio. Finalmente llegamos a un gran salón blanco que tenía una enorme cantidad de computadoras. Le indican que ese es el

salón principal de información del Cisen. Don Javier se quedó mirando los equipos y lo único que preguntó fue dónde estaban las personas que le daban la información a esas computadoras. Porque la información —decía — no es de computadoras, es de personas.

En alguna ocasión, estando en su casa, venía yo leyendo un artículo de ese magnífico escritor que era Carlos Montemayor; era un texto sobre la seguridad nacional en México. Hacía un relato, desarrollaba una tesis de lo que era la seguridad nacional. Don Javier me preguntó qué leía. Le hice una exposición breve acerca de lo que decía el artículo y me dijo que mi amigo no entendía lo que era la seguridad nacional. «Bueno, don Javier —le pregunté—, dígame usted qué es la seguridad nacional». Me dijo que era más simple: «La seguridad nacional son dos guachos en cada pueblo de este país. Porque para eso están. Son los que informan y transmiten al Gobierno los problemas que hay en cada localidad».

Omar heredó todos los atributos de su papá, pero así como don Javier era un hombre muy gordo, Omar es muy atlético. Así como don Javier era un hombre de carácter muy fuerte, Omar es un hombre de carácter sensible y cuidadoso. Es un hombre de una generosidad en el diálogo espléndida; es una persona con la que se disfruta estar.

Más allá de sus cualidades, de sus capacidades y de sus conocimientos, hay que reconocer que el atentado se dio por las capacidades que demostró García Harfuch. En alguna ocasión, cuando Omar estaba intentando dejar la fiscalía de la Policía de Investigación porque no estaba contento, me dijo el gobernador de Jalisco que por qué no lo invitábamos a que fuera director de las policías metropolitanas del estado. Se lo propuse y me dijo que de ninguna manera: sabía los riesgos que podía tener y los peligros que implicaría para el Gobierno de Jalisco que él estuviera allí.

Una vez que sucedió el atentado y que el presidente tuvo conocimiento cabal de que la salud de Omar estaba bien, me pidió que le ofreciera irse de embajador al lugar que él quisiera. Y Omar, como es y por lo que es, me dijo que no, que ya había hablado con la jefa de Gobierno, con Claudia, «Y lo único que quiero —me dijo— es seguir sirviendo a mi país en la trinchera que me tocó. No quiero otra cosa. Agradécele —me pidió —, por favor, al señor presidente». El resto es historia.

21

Los militares, el caso Cienfuegos

El general Salvador Cienfuegos fue detenido el 15 de octubre de 2020 al llegar al aeropuerto de Los Ángeles en un viaje familiar: iba con su esposa, sus hijas, sus nietos. La detención causó sorpresa e indignación. Cuando hubo oportunidad de conocer el expediente de apenas 750 hojas de intervenciones telefónicas de dos narcotraficantes con ínfulas de grandeza, pero en realidad de poca monta, quedó claro que todo era un invento intransitable en términos de seguridad.

El presidente López Obrador terminó comprendiendo que la acusación era infundada y que representaba un agravio para el Ejército mexicano y para él mismo. El Gobierno se activó en la defensa del general.

Cienfuegos fue liberado y exonerado por las presiones del Gobierno mexicano y porque había sido una de esas típicas acciones de la DEA en las que se construye un caso con mucha voluntad, poca información, gran imaginación y nulo discernimiento. No había una sola prueba de ningún tipo contra Cienfuegos, un general que había sido condecorado varias veces por el Ejército estadounidense y por la propia Casa Blanca; la última ocasión, días antes de dejar sus funciones en la Defensa, cuando recibió la Legión de Honor de manos del general John Mathis, por su colaboración y lucha conjunta contra el narcotráfico.

Al mismo tiempo que era condecorado en Washington, un oscuro grupo de la DEA de Las Vegas lo investigaba para tratar de ligarlo con el narcotráfico. El general fue exonerado, los cargos levantados y regresado a México, donde volvieron a revisarse sus finanzas sin encontrar nada que discordara de sus ingresos institucionales.

La DEA quería llevar a juicio al Ejército mexicano. Lo intenta desde 1985, cuando se dio el caso Camarena. En el plano personal e institucional, el general Cienfuegos tenía una magnífica relación con sus homólogos estadounidenses. En la acusación se hablaba de la supuesta complicidad con un grupo menor y en

vías de extinción en el mundo del narcotráfico: los llamados H2, aniquilados —como sus antecesores, los Beltrán Leyva— por las propias fuerzas militares que encabezaban Cienfuegos y el almirante Vidal Soberón.

Para las fechas en que la DEA sostenía que Cienfuegos estuvo relacionado con los H2, tanto estos como los Beltrán Leyva habían sido aniquilados. Los H2, un grupo ínfimo que cometió todo tipo de atropellos en Nayarit, con alguna presencia en Mazatlán, terminarían su historia con la muerte de su líder en Tepic, en 2017, abatido por fuerzas militares.

Lo que se intentó con la detención de Cienfuegos —que venía precedida del juicio contra el Chapo Guzmán y luego por la detención de Genaro García Luna— era un maxiproceso contra los Gobiernos mexicanos.

La colaboración con la DEA y otras agencias quedó seriamente lastimada por esos hechos. Por lo inconsistente de la acusación, por la forma en que se realizó la detención, por el maltrato que le dio la DEA al general y a su familia al momento de su captura (encerrados en un cuarto, incomunicados, humillados), lo que se debía exigir era un desagravio como un gesto mínimo en la recuperación de las relaciones y de la confianza en términos de colaboración en materia de seguridad.

Los militares son un factor de poder indudable. El presidente decía en la campaña que iba a sacar al Ejército de las calles y que lo iba a meter otra vez en los cuarteles, y el Ejército terminó en la calle ocupándose de la seguridad: el Ejército, la Guardia Nacional, la Marina. El otro tema que causó mucha controversia fue que terminaron siendo los responsables de buena parte de la infraestructura que se construyó en el sexenio.

El presidente tomó un artículo de la Ley de la Administración del Ejército y Fuerza Aérea, en donde se establece que el Ejército debe realizar todas las obras en beneficio de la población. El Ejército estaba preparado para hacer todo tipo de obras, independientemente de que estuviera López Obrador al frente del Gobierno. Están los planes DN-III, que funcionan perfectamente: el Ejército toma los municipios o los estados que tienen problemas por inundaciones, sismos, huracanes o fenómenos naturales, y trabaja muy bien para apoyar a la población y solucionar esos problemas. Viendo eso, el presidente decidió que el Ejército debía participar también

en las obras. El primer proyecto en que el presidente se compromete con el Ejército, y el Ejército con el presidente, es la construcción del aeropuerto Felipe Ángeles. Lo tenía que hacer el Ejército porque el presidente le acababa de quitar a los particulares la construcción del aeropuerto de Texcoco.

Gran parte del argumento de López Obrador para no continuar el aeropuerto en Texcoco era el costo operativo, porque —decía— el aeropuerto iba a tener el mismo problema que tiene hoy el de la Ciudad de México: los hundimientos. Cuando el Ejército comenzó a presentar al presidente los proyectos de ingeniería, los arquitectónicos y los costos del *Felipe Ángeles*, el presidente se convenció de que tenía un instrumento de gran utilidad a su alcance, capaz de servir para todo lo que se requiriera en obras públicas de gran calado. Además, la ley se lo permitía al Ejército y a la Marina: son instituciones perfectamente preparadas para hacerlo.

El Ejército no fue el que ejecutó todas las obras públicas. Tiene el mandato primigenio de la seguridad nacional, de la seguridad pública y de muchas otras funciones. Así, la mayor parte de las obras que se realizan son dirigidas y coordinadas por el Ejército mexicano, pero valiéndose de particulares.

El Ejército era un espejo en el que debían reflejarse los particulares, y si las imágenes no coincidían, los particulares no obtenían las obras: quedaban fuera.

El presidente sabía que los militares tendrían costos menores que cualquier otro ejecutor, y eso, por ejemplo, se observó en el Tren Maya, en la parte que le tocó a ICA. Tenían un presupuesto, el Ejército otro, e ICA se tuvo que amoldar al presupuesto del Ejército. Y la verdad es que salió bien. Fue una obra —el Tren Maya— que puede ser muy criticada, pero en México no existía infraestructura para hacer trenes.

¿Hace cuántos años no se construía un metro de vías férreas? Aquí se había construido *metro*, pero trenes nunca. Haber hecho esa cantidad de kilómetros de vías fue un esfuerzo enorme del presidente, acompañado siempre por el Ejército.

Quizá no se hubiera podido hacer en el mismo tiempo y con las mismas características solo con la iniciativa privada. Se demostró en los tramos que tuvieron que pasarse al Ejército porque la iniciativa privada no los

podía terminar.

Por si fuera poco, el Ejército trabajó con una lealtad, una capacidad y un orden impresionantes, lo que ayudó mucho a que el presidente pudiera realizar la cantidad de obra pública que se hizo en México. Hay muchos que objetan que la obra pública no fue suficiente. Él se concentró en las obras que decidió ejecutar durante su periodo. Tenemos muchos ejemplos, como la carretera Oaxaca-Puerto Escondido, que estuvo diez años sin terminar. No la pudieron concluir los Gobiernos estatales junto con el Gobierno federal. La carretera estaba asignada al ingeniero Slim, pero en el momento en que el presidente tomó la decisión, se terminó.

La obra pública que más lo enorgullecía eran los caminos rurales de los municipios pobres de Oaxaca. Firmó un contrato con las empresas de concreto para que el material llegara a la población y que esta pusiera su mano de obra para llevar a cabo los trabajos. El presidente pagaba a la gente de los municipios para que hicieran los caminos. Estos estaban adornados con figuras propias de la región. Se construyeron caminos preciosos, y considero que esa es la obra pública que más le gustó al presidente, más allá del Tren Maya, la refinería o el aeropuerto. Esa obra, realizada en conjunto con la gente, le daba una gran satisfacción. Si hoy le preguntáramos, sería seguramente una de las principales, si no la principal satisfacción que tuvo como constructor.

Se crea una relación muy especial del presidente con la Defensa, con la Marina, que quizás no habíamos conocido en muchos años, porque si bien no está determinada solo por la confianza, sí hay un tema de confianza como para darle una enorme cantidad de responsabilidades que están amparadas por las leyes, pero que antes no tenían y que se refleja, quizás, en que terminan haciendo tareas que tendrían que haber hecho otras instancias del propio gabinete.

Primero, hay que decirlo, había una relación de desconfianza. Se dio la supresión del Estado Mayor Presidencial: ese era un problema de desconfianza. Todos los militares y marinos asignados al Estado Mayor Presidencial causaron baja para pasar a sus armas. Segunda desconfianza: el presidente, en principio, determinó que no iba a dejar al Ejército en las calles, «Lo voy a regresar —decía— a sus cuarteles, a ellos y a los marinos». Ahí estaba la muestra muy clara de la desconfianza que tenía el presidente en las fuerzas armadas.

Pero cuando el presidente asume lo que es el Gobierno, lo que es la seguridad, encuentra que el Ejército, más allá de su capacidad para tratar de dar seguridad pública a la sociedad, tiene el orden para llevar a cabo los proyectos. Encuentra dependencias que, a una sola voz de mando, cumplían con lo que se requería.

En la mayoría de las dependencias públicas —y eso lo puedo afirmar por el trabajo en gabinete que tuvimos— siempre hubo discordancias. El de Desarrollo Social no se ponía de acuerdo con el del Seguro, que a su vez no se ponía de acuerdo con el del Issste, que no se ponía de acuerdo con el de Nacional Financiera: siempre emproblemados. Era muy difícil conciliar acuerdos.

Solo cuando el presidente los llamaba al orden, ya se tomaba la decisión que se acordaba con el presidente porque él mandaba. Un gobernante con ese poder tiene que encontrar a un corresponsable que le haga segunda y los únicos aptos para la tarea eran el Ejército y la Marina, no había otros: estaban organizados, bien formados, tenían los ingenieros suficientes, los arquitectos suficientes, los proyectistas suficientes; tenían la voluntad, la capacidad y el orden.

El presidente mandaba, pero el general secretario también mandaba; el almirante secretario mandaba y, a la orden del presidente, los secretarios hacían que las cosas se cumplieran tal cual ordenaba el presidente.

Hubo un momento en el que el presidente planteó que se tenían que hacer los tramos 6 y 7 del Tren Maya, tramos que estaban totalmente metidos en la selva, y nosotros preguntamos: «¿Cómo se van a hacer esos tramos si se ve que hasta el tramo 5, que se terminó, está muy complicado?». Y la Secretaría de la Defensa contestaba: «Sí, se ve complicadísimo, tremendo, pero es una disposición del presidente, por lo tanto, la vamos a acatar y, si tenemos que meternos todos a la selva para hacer los tramos 6 y 7, lo vamos a hacer».

Hay un evento que es muy importante en todo esto, que es la detención del general Salvador Cienfuegos en Estados Unidos, que determina muchas cosas en la relación con Estados Unidos, pero también en la relación interna dentro del Ejército y en la relación del Ejército con el presidente López Obrador. ¿Pero cómo se vivió eso? Debe haber sido uno de los temas más traumáticos en

términos de seguridad que se tienen que haber vivido en el Gobierno, en el gabinete.

El tema del general Salvador Cienfuegos toma descolocado al presidente, porque nunca lo imaginamos: no había información de que pudiera ocurrir algo así. No había información suficiente, tanto que el primer día, en su mañanera, el presidente aplaude la detención de Cienfuegos.

Pero esa misma tarde se reúne el general secretario con él.

El general Luis Crescencio Sandoval le lleva información contundente al presidente y le hace ver que era imposible lo que sostenía la DEA. Se acusaba a Cienfuegos de mandarse recados con un grupo de narcotraficantes del estado de Nayarit. Ni siquiera se referían al Cártel Jalisco Nueva Generación, sino a un grupito de Nayarit. Para que el general secretario —porque eso me consta— tomara una llamada, podía pasar por diez manos su teléfono, solo para que el general secretario enviara un recado. Era casi imposible. Él tomaba su teléfono para hablar, para mandar un mensaje cuando se iba a comunicar con su familia, con su mujer, pero nunca te mandaba un mensaje, nunca te escribía «Aquí Luis Crescencio», nunca.

Eso no sucedía. Entonces, recibe el presidente al general secretario; lo informa de lo que ya en ese momento teníamos conocimiento —de qué contenía el expediente—, y entonces el presidente da marcha atrás de la manera más correcta. Luego empieza todo el proceso de negociación con Estados Unidos que llevan, yo creo que de manera adecuada, el propio presidente de la República con Marcelo Ebrard, para lograr la liberación del general Cienfuegos. Hasta donde supe, en la presidencia de Estados Unidos no había conocimiento de que hubiera un expediente en contra del general Cienfuegos.

El fiscal William Barr escribió en su libro que él tampoco lo tenía.

El fiscal Barr era un hombre muy duro; era un hombre que, seguramente, si hubiera existido alguna irregularidad, lo sabría. El fiscal reconoce que no, y entonces Estados Unidos acepta que México puede juzgar si lo que viene en el expediente es correcto y, luego, tomar una decisión sobre la liberación del general Cienfuegos. Le mandan a México el expediente

completo, que pasa de manos del licenciado Ebrard a la Fiscalía —porque ese es el procedimiento legal—; pero, evidentemente, el licenciado Ebrard le entrega una copia al presidente, que me pide revisar algunos puntos y estar en comunicación y contacto con la Fiscalía.

En la FGR quien llevó directamente el asunto fue el licenciado Alfredo Higuera. De acuerdo con el fiscal general, el licenciado Higuera, de manera muy responsable, junto con algunas personas que participamos, revisó la totalidad del expediente; hizo un análisis muy documentado de lo que contenía. Pidió información hasta en tres ocasiones a la Fiscalía de Estados Unidos, diciendo que cualquier otra información que tuvieran, la enviaran. Digo tres ocasiones porque eso es lo que legalmente corresponde hacer. Los norteamericanos contestaron que no había mayor información, que lo que estaba escrito en el expediente era lo único que tenían sobre el general Cienfuegos. Y, obviamente, ese expediente estaba hecho con ánimo de lesionar al general, a la Defensa Nacional y al presidente. Nada de lo que había se correspondía con la realidad.

———•———

Quien se ocupe en revisar las 750 páginas de dicho expediente remitidas por la Fiscalía de Nueva York contra Cienfuegos verá que la acusación no tiene sustento: se trata de conversaciones entre dos narcotraficantes de segunda categoría, el H2 y el H9, de un cártel local, y cuando escribe un personaje llamado el Padrino o el Zepeda es evidente que no podría tratarse de un secretario de la Defensa: no hay dos palabras sin una grave falta de ortografía; la sintaxis, a veces, resulta incomprensible (en la traducción adjunta al inglés —que fue la que se les entregó a los jueces de ese país— todo está perfectamente bien escrito, perdiéndose entonces buena parte del sentido de esos mensajes); se habla de cosas insólitas, como que el presunto Zepeda les entregaría barcos a los traficantes o que se encontraría con ellos en una brecha de Nayarit; de cantidades de dinero en efectivo entregadas en persona. Ni siquiera la descripción física de Cienfuegos se apega a la realidad («Es chaparro y blanco», le dice el H9 al H2; el general mide 1.90 m y es moreno).

Según esto, se «descubrió» que el llamado Padrino era el secretario de la Defensa porque, en una llamada telefónica entre narcos interceptada por

la DEA, se decía que «el Padrino» estaba en un programa de televisión. Revisaron qué funcionario estaba en ese momento al aire y «descubrieron» que era Cienfuegos.

Se dice que el exsecretario de la Defensa trabajó con este grupo, H2, y que les proporcionó hasta transporte marítimo (¿marítimo, el Ejército?). Pero nunca se explica por qué se le liga con ese grupo menor, local, violento, un desprendimiento de lo que fueron los Beltrán Leyva, un cártel que fue eliminado por fuerzas militares en el sexenio anterior. Su líder, Juan Francisco Patrón Leyva, fue liquidado junto con un grupo de sicarios en 2017, precisamente por el Ejército y la Marina, en un famoso operativo en Nayarit donde les dispararon desde un helicóptero. Entonces, según la DEA, el general protegía y operaba con un cártel que su propio Ejército destruyó. No tiene sentido.

Es evidente que uno de los traficantes, el H9, está embaucando al H2 para que le dé dinero que supuestamente se destinará a Zepeda o a otros políticos y funcionarios. Cualquier analista compenetrado con temas del narcotráfico hubiera desechado la implicación de Cienfuegos con solo una revisión superficial del material.

El presidente recibe la información completa, el expediente de la causa y comprueba que nada es verdad. La Fiscalía le informa que, en su determinación, está proceder a generar un no ejercicio de la acción penal en favor del general Cienfuegos, dejando a salvo la otra parte del expediente que tiene a otros involucrados. El presidente está de acuerdo con eso, con el informe que había generado la Fiscalía, y determina el no ejercicio de acción penal. Me pide elaborar un boletín de prensa para que la Fiscalía General de la República (FGR) dé a conocer que se está procediendo a exculpar de cualquier acción legal en contra de Cienfuegos.

Yo le llevo el boletín que va a emitir la FGR al presidente, que rectifica, me dice que no, que diga a la Fiscalía que no emitiera ningún boletín, «no quiero que salgan a decir nada». Yo se lo transmito al fiscal general y al licenciado Higuera, que, insisto, hizo un papel extraordinario en este caso. Al día siguiente, López Obrador determina el no ejercicio de la acción penal, sale a la mañanera y, previo a esta, nos pide al licenciado Ebrard y a

mí que lo acompañemos porque va a dar a conocer el expediente completo del general Cienfuegos. Yo me levanto de mi asiento en un exabrupto y le digo al señor presidente que hay otros involucrados, que no puede dar a conocer algo así, que es una acción ilegal.

Y el presidente, muy tranquilo, le dice a Marcelo: «Acompáñame». Hasta donde tengo conocimiento, Ebrard, en el camino hacia la mañanera, trata de convencerlo de ponerle algunas negrillas o algunos tachones al expediente para no exhibirlo íntegro. Y él le dice que no, que se tiene que dar a conocer todo el expediente. Se planta en la mañanera, donde el presidente declara que va a subir las mil fojas que hay en el expediente en la página web del Gobierno y que todo el que quiera lo va a poder consultar.

Frente al exabrupto que tuve, me llamó esa misma mañana y me pidió acompañarlo a su oficina. Fui a verlo. Estaba por empezar a desayunar después de la mañanera, me invitó a desayunar y me dijo: «Te quiero dar una explicación sobre por qué di a conocer el expediente, porque tú trabajaste mucho en este asunto». Yo le dije: «Señor presidente, usted no me tiene que dar explicación alguna, la decisión es la que usted toma, basta con ello». «No, sí necesito darte una explicación», dijo.

No dormí nada pensando en la decisión que debía adoptar sobre esto. Si yo hubiera decidido no dar a conocer el expediente, los mexicanos, que de alguna manera estamos acostumbrados a dar por cierto todo lo que nos dicen los norteamericanos, hubiéramos pensado que se hubieran podido poner de acuerdo el general secretario, el exsecretario de la Defensa Cienfuegos y el presidente de la República. Entonces afirmarían que el general Cienfuegos, como lo acusaban los norteamericanos, era narco. Como el presidente había hecho alianza con el general, también era narco; que el Ejército mexicano, pues que ya también era narco y, por supuesto, la Fiscalía. Eso hubiera llevado al descrédito total de nuestro gobierno y nos hubiera convertido a todos en cómplices del narco y no hubiéramos podido hacer nada.

En la medida en que la gente conozca el documento y pueda evaluar si lo que plantean los americanos coincide con la realidad, vamos a tener una explicación para cualquier cosa, porque la gente ya va a tener conocimiento.

Yo le contesté al presidente que era una lección política la que me

estaba ofreciendo, porque yo pensaba que en ese momento lo más importante era el acatamiento supremo de la ley, pero la política, en este caso, estaba por encima de la ley. Le agradecí la enseñanza, la lección de política que me dio y creo que es uno de los hechos más importantes que se produjeron en el gobierno de López Obrador.

Inmediatamente después se aprueba una Ley de Seguridad Nacional que también termina siendo muy controvertida, porque prácticamente le pone una suerte de candado a las operaciones de ciertas agencias en México, sobre todo a la DEA.

El presidente se enfadó mucho con todo el caso Cienfuegos, no tenía plena confianza en la DEA. Menos luego de una acción como esa. Citó al Gabinete de Seguridad Nacional y nos preguntó qué debíamos hacer para que estas cosas no volvieran a suceder. Yo le dije que debíamos modificar la Ley de Seguridad Nacional. Y en la Ley de Seguridad Nacional pusimos un candado que fue muy bueno. El candado consistía en que todo aquel que fuera a ingresar a México por parte del Gobierno americano debía tener el visto bueno del Gabinete de Seguridad Nacional. Ese gabinete obviamente lo encabezaba el presidente, pero quien presentaba la información era el licenciado Ebrard, secretario de Relaciones Exteriores. Y todos los demás integrantes del gabinete asumíamos la responsabilidad de decidir quién podía y quién no podía entrar.

El Centro Nacional de Inteligencia (CNI) hacía una ficha de la persona que los estadounidenses querían dejar pasar, explicaba de quién se trataba, qué puesto iba a ocupar dentro de la embajada o de la agencia a la que iba a representar, y sobre esa base se acordaba o rechazaba el ingreso. Regularmente se acordaron los ingresos; fue una buena medida para tener un control de las actividades de los norteamericanos en territorio mexicano y una suerte de respuesta a lo ocurrido.

22
Decidir, la mañanera

En la primera mitad de la administración de López Obrador hubo incongruencias, batallas ganadas y perdidas. Hubo quienes justificaban su actuación sobre la base de sus lealtades a López Obrador, presuponiendo que sería suficiente para dar resultados; con ese argumento disfrazaban de idealismo sus intereses personales. Y había simplemente manipuladores. Dice Tom Wolfe, recordando a Marshall McLuhan, que «la indignación moral es la estrategia adecuada para revestir de dignidad al idiota. Y eso es lo que hacen algunos de los que se dicen intelectuales de izquierda: en lugar de pensar, lo cual es duro, lleva tiempo, hay que leer, se indignan por algo y eso los reviste de dignidad. Pero casi siempre han escogido las opciones equivocadas».

¿Cómo funcionaba cotidianamente la Consejería Jurídica mientras tú estabas a cargo de ella? ¿Cómo trabajabas con el presidente y el gabinete?

Voy a poner un ejemplo. Cuando el presidente inició todos estos procesos para organizar un programa de gobierno, planteó como prioritaria una ley de austeridad y buen gobierno. Se la encargó a Irma Eréndira Sandoval. Fue un proyecto de ley muy controvertido porque contenía muchas cosas que, de hecho, eran casi violatorias y atentatorias de la ley.

En ella se planteaba la reducción del salario de los servidores públicos que tienen derechos adquiridos y, a menos que se liquide la parte proporcional de la reducción de sueldo, no es posible reducir el salario. Irma planteó bajarles el salario sin ninguna contraprestación. También mencionaba que los servidores públicos no podían regresar a actividades profesionales que hubieran tenido como encargo previo a su incorporación al Gobierno. Esto es, si uno litigaba en un despacho, no podía regresar a ese despacho hasta diez años después de su ingreso al

Gobierno.

Jugando con el señor presidente, leyéndole un poco la iniciativa, yo le decía: «Señor presidente, entonces yo me voy a regresar cuando termine el gobierno no a mi despacho, sino a vender paletas, porque no estoy capacitado para otra cosa». El presidente defendía que mientras más tiempo pasara habría más transparencia, menos conflictos de interés. Decía que cómo era posible que ex servidores públicos, como Zedillo, inmediatamente después de terminar su mandato y de haber vendido los ferrocarriles, se hubiera ido al consejo de administración de una empresa ferrocarrilera.

Tenía razón. Los expresidentes de la República que operaron todo el Gobierno, que tomaron decisiones trascendentes, no pueden pertenecer a la contraparte del Gobierno. Aunque no sea el caso de la mayoría de los servidores públicos.

Además, tienes que trabajar en algo, o se convierte en un incentivo para la corrupción. ¿Cómo los exfuncionarios no van a poder trabajar durante diez años en su profesión? Mejor me corrompo —van a decir— y veo qué dinero me llevo para aguantar esos años.

Claro. Y es un poco lo que pasa hoy con la reforma judicial. Los jueces que están terminando su periodo, los magistrados, saben que ya se van; entonces se ha generado una corrupción grande desde que se anunció la reforma judicial, y muchos que no participaron en el proceso porque serían sus últimos meses, su último año dentro de su plaza, muchos —que no necesariamente son la mayoría— sí son abusivos.

La Ley de Austeridad proponía otras cosas, como la revisión exhaustiva de cada una de las adquisiciones que se fueran a hacer. Nosotros también le planteamos al presidente la reducción de los salarios, pero era una decisión suya: todos debían tener un sueldo menor al que tenía el presidente.

De lo que se trataba era de que los servidores públicos en general recibieran un salario acotado por debajo del que percibía el presidente de la República, lo que se hizo. Eso ocasionó una gran inconformidad entre los servidores públicos. Hubo casi una huelga de brazos caídos, pero los funcionarios estaban furiosos. Entendibles ambos extremos; sin embargo,

había que bajar el gasto.

¿Eso no provocó también que la calidad de los servidores públicos bajara? Hay ciertos trabajos que son generalizados, pero hay otros que son muy especializados, y esos profesionales van a preferir toda la vida trabajar en la iniciativa privada que en el Gobierno.

Regresamos al 90-10: 90% de lealtad, 10% de capacidad. A la persona que ingresa al Gobierno por lealtad más que por aptitud, si le bajas el salario no tiene problema, sigue trabajando por convicción, independientemente de que no tenga capacidad académica o profesional para hacerlo. Pero había servidores públicos que sí tenían un problema muy grande si les bajábamos el sueldo y, consecuentemente, perdían su tranquilidad y su estabilidad económica.

Está el caso de los controladores aéreos: si ese señor está concentrado más en lo que tiene que ganar de salario adicional para complementar la parte que el Gobierno le está quitando, el día menos pensado vamos a tener un avionazo en cualquiera de los aeropuertos del país. Esos empleos había que cuidarlos mucho. Hay labores especializadas, por ejemplo, en la Comisión Federal de Electricidad (CFE) o en Petróleos Mexicanos (Pemex). Lo cierto es que había una gran molestia en los servidores públicos. La mayoría de los que trabajábamos en la administración o en la burocracia lo aceptamos con naturalidad; entendíamos que era la política del presidente, sabíamos que el presidente no se iba a mover de esa línea. Entonces empezamos a trabajar sobre el tiempo que tenía que pasar para poder regresar al empleo que desempeñaste previo a la entrada en el Gobierno. Concluimos que diez años eran inviables.

La Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) señaló un plazo mucho menor para los ministros: dos años. Nosotros estábamos ciertos de que no podían rebasarse esos dos años prácticamente en todos lados. El plazo aceptado por la Corte fue de dos años. Y ellos tenían un retiro muy jugoso. El que era ministro no iba a tener problemas económicos; luego podría regresar a su actividad profesional. El presidente aceptó los dos años.

Hubo otras cosas que eran muy buenas, pero que nunca se llevaron a cabo, como la posibilidad de hacer modificaciones a la Ley de la Auditoría Superior de la Federación (ASF), con objeto de que las compras recurrentes

de carácter nacional —por ejemplo, las patrullas, las botas, los uniformes — se controlaran desde la misma compra. No había razón para que una patrulla en Campeche costara más o menos que una idéntica en Baja California: es el mismo automóvil y las distribuidoras para eso sirven, para colocar el producto donde se requiera, al mismo precio que se lo dan a otro.

Afirmábamos que en la modificación de la Ley de la ASF debía existir un procedimiento para dar seguimiento a la compra; de lo contrario, tardaríamos un par de años para que el Gobierno recibiera la información de cómo se comportó la dependencia en términos de la adquisición y, en dos años, prácticamente los administradores ya hicieron perdediza la información, arreglaron el problema, el procedimiento, mejoraron las cosas y se acabó. Entonces, había que seguirlos uno a uno y en paralelo, para que así se pudiera tener la información puntual y, en caso de que surgiera algún problema, se interrumpiera el proceso de adquisición.

Lo conversamos con el auditor superior y no hubo forma de hacer nada. El auditor superior tenía sus propios intereses y sus propias decisiones, y como es autónomo y depende de la Cámara de Diputados, era muy difícil modificar tanto su opinión como el procedimiento. Considero que el auditor superior, David Colmenares, no ha sido todo lo correcto que debió ser. Hace poco se publicó un documento en donde el auditor firma un convenio con la entonces secretaria Rocío Nahle para realizar las auditorías de la nueva refinería y, si no mal recuerdo, el número de observaciones trae como consecuencia que haya un quebranto, observaciones por 300 y pico de millones de pesos, por 400 millones de pesos, en una refinería que costó miles de millones de dólares: no es congruente ni creíble.

Se planteaban otros puntos, como todo lo relativo a los viajes al extranjero. El presidente era renuente a que alguien viajara al extranjero. Prácticamente prohibió a los servidores públicos salir del país, salvo con autorización expresa suya. La administración pública se hizo al interior y nunca tuvo la fuerza, el conocimiento ni las relaciones con los contactos que se podían conseguir en el exterior. Hubo muchos otros problemas con la ley de austeridad.

Es una demostración más de que la austeridad es necesaria, pero tiene que estar

en función también de la eficiencia y la operatividad de un gobierno.

Desde su llegada al Gobierno de la ciudad, Andrés Manuel impuso, sin llevarlo a términos de ley, condiciones administrativas casi iguales a las que se plantearon después en la ley de austeridad. No hubo muchas diferencias entre lo que se hizo en el Gobierno de la ciudad y lo que se propuso hacer en el Gobierno federal. Muchos de sus proyectos de gobierno los traía desde 2006.

Un día, platicando con una periodista de *Proceso*, Beatriz Pereira —que se especializa en deportes—, me dijo que quería hacerle una entrevista al presidente López Obrador para un libro. Le pregunté sobre qué iba a versar la entrevista, para planteárselo. Sería sobre beisbol. Andrés es un fanático del beisbol. «Yo escribo —me dijo— sobre deportes y me gustaría preguntarle cómo va a seguir promoviendo el beisbol, los deportes, pero en particular el beisbol». «Está bien —le dije—, no creo que Andrés Manuel tenga problema para darte una entrevista al respecto».

«Andrés Manuel, desde el Gobierno de la ciudad —me explicó la periodista—, iba a hacer unas academias del beisbol en todo el país. Ignoro qué ha pasado con eso». «Y eso, precisamente —le contesté—, es lo que está haciendo Andrés Manuel, tratando de hacer academias de beisbol para capacitar a los chavos para que puedan estudiar y jugar al beisbol, que no huelga decirlo, es el deporte que más jugadores mexicanos aporta al extranjero».

Andrés Manuel tenía planeado desde entonces muchas de las cosas de Gobierno que inició en el 18. En lo del beisbol, Andrés Manuel nombró al frente de las academias a un muchacho, Edgar González.

Edgar González es hermano del *Titán* González, un pelotero profesional que llegó a jugar en los Dodgers de Los Ángeles y en los Medias Rojas de Boston; ha sido el jugador mexicano mejor pagado en Estados Unidos. En algún momento tuvo un contrato de 500 millones de dólares. El encargo para Edgar era crear academias, escuelas en varios estados del país que permitieran que los muchachos se incorporaran a las escuelas, recibieran clases y que los que tuvieran capacidad para jugar al beisbol dispusieran de dormitorios y alimentación sana para llevar a cabo esta actividad.

Estábamos haciendo una academia en Jalisco. El presidente tenía mucho interés en que saliera rápido, porque le habían comentado que había muchos jóvenes interesados. Existía un problema entre la Secretaría de Educación, que le daba el dinero a la Comisión Nacional de Cultura Física y Deporte (Conade), y esta, que debía remitirlo al Gobierno estatal. Se trataba de una de esas cosas que se llaman «problemas presupuestales»: sí tengo el dinero, sí tengo los diez millones, por poner un ejemplo, pero el compromiso presupuestal es de 10500000 pesos. Entonces, mientras no tengo ese dinero, no se lo puedo mandar a Jalisco; y como no se lo puedo mandar, no hay obra en Jalisco. Punto. Había que hablar con la gente de la Secretaría de Hacienda, con la Conade, con el Gobierno del estado; pedirle al Gobierno estatal que adelantara recursos presupuestarios del Gobierno federal para cubrir el faltante. Había que hablar con una cantidad de funcionarios muy importantes para que el proyecto saliera y se hicieran las academias de beisbol.

¿Por qué te tocaba hacerlo a ti?

Porque llegaba el funcionario Edgar González a decirme: «Vengo de una reunión con el presidente y me puso una golpiza horrorosa porque no ha avanzado la academia de Jalisco; te vengo a pedir que me ayudes». Podía recurrir a la señora de la Conade, a Ana Gabriela Guevara, pero —perdón — a ella no le importaba el beisbol, le importaban otras actividades deportivas.

Y en Educación, en ese entonces, estaba Esteban Moctezuma; no tenía el ánimo de que se llevaran a cabo, pues antes tenía que pasar por la instancia administrativa de la Conade para llegar al Gobierno de Jalisco. Entonces, cuando la señora Guevara decía que no, que era imposible, se frenaba la obra. Yo hablaba con Esteban, que estaba en buen plan, hablaba con el gobernador de Jalisco y ya nada más había que plantearlo con la señora Guevara.

Es una anécdota, pero lo mismo se replicaba en muchísimos otros ámbitos.

En muchísimos. ¿Cómo lo resolvía? Le hablaba a la señora Guevara, le decía: «Es importante, Ana, que esto se dé, porque el presidente tiene muchísimo interés. Vamos a firmar un convenio con el Gobierno de Jalisco para que el Gobierno de Jalisco pueda aportar los recursos

presupuestarios que hacen falta». «Pero es que tengo problemas». «Bueno, yo te digo que el presidente tiene mucho interés». Había una reunión en algún momento para revisar lo de las academias, yo entraba a la reunión, el presidente le preguntaba a Edgar que cómo iba, «Pues es que no he podido». «Es que te estoy diciendo que lo hagas rápido». «Presidente, perdón —me metía—, pero le quiero plantear un asunto. Ya le dijimos a Educación y estuvo de acuerdo. Ya le dijimos a Conade, pero Conade tiene un atorón, Jalisco no tiene problema».

«Entonces —me decía— arregla ahorita lo de Conade». En ese momento se resolvía, puesto que ya había un engranaje que podía resolver el asunto. Las academias, a pesar de ser una magnífica propuesta del presidente, porque la idea era que los jóvenes estudiaran, jugaran beisbol y un semillero para que en algún momento esos muchachos pudieran llegar hasta las ligas mayores, se rompió por una razón: finalmente, al presidente no le importó que los jóvenes jugaran para las ligas mayores. ¿Para qué estoy preparando jugadores profesionales? Que los chavos aprendan educación básica, educación media y que jueguen beisbol si quieren jugar. Pero ya teníamos academia en Jalisco, en Veracruz, en Sinaloa; una buena cantidad de academias de beisbol que hizo Andrés Manuel. Aunque no se haya llevado a cabo el programa original, son instalaciones que sirven y pueden ayudar mucho a los jóvenes

---

Hubo asuntos en los que tuvimos tropiezos. Por ejemplo, el glifosato, un producto que sirve para eliminar la hierba que crece entre los cultivos y las plagas. Entre la señora del Conacyt, el subsecretario de Agricultura, López-Gatell, Jesús Ramírez y la señora de Medio Ambiente, convencieron al presidente de que el glifosato podría generar cáncer en las personas.

Es un producto que se usa en todo el mundo, el más popular a nivel global, y hoy día no tiene sustituto. Viene de Estados Unidos. Nosotros le planteamos al señor presidente —Víctor Villalobos, secretario de Agricultura; Marcelo Ebrard, secretario entonces de Relaciones Exteriores; y, creo que en su momento, Tatiana Clouthier— que se iba a armar un problema si dejábamos de comprar glifosato porque había compromisos de importación, pero sobre todo porque los productores agrícolas lo requerían.

Entonces el presidente, ignorando el lado más moderno de la operación del Gobierno y escuchando a estas personas, operando una política contraria a la buena administración, les hizo caso y acordó que la directora del Conacyt creara un sustituto del glifosato, a pesar de que teníamos cinco años para que esto se diera y en México fuera reemplazado todo el glifosato por ese nuevo producto que no existía. Nosotros le dijimos: «Con todo respeto, ¿los productores tienen derecho a usar el producto que quieren». «Sí, pero no hay que dar permisos de importación». «Sr. presidente, lo que va a haber es un contrabando de glifosato espantoso, entonces ni van a pagar impuestos y van a seguir utilizando el producto».

El presidente determinó que, en todas aquellas cosas que hiciera el Gobierno y que tuvieran que ver con los productos del campo, no se podía usar glifosato. La bronca en que metió a la agricultura fue enorme. Pero esa era la forma en que este grupo iba manipulando de mala manera al presidente; y él no tenía por qué tener conocimiento técnico de qué era el glifosato. Lo mismo sucedió con las demandas sobre el maíz transgénico.

23
La manipulación

La demanda colectiva contra el maíz transgénico, que en 2025 cumple 12 años, se ha convertido en una de las banderas ideológicas más significativas de la Cuarta Transformación. Fue promovida en 2013 por científicos, campesinos, colectivos ambientales y ciudadanos organizados. El litigio logró una medida precautoria histórica al suspender judicialmente la liberación comercial de semillas genéticamente modificadas en México.

Lo que comenzó como una causa justa —para evitar la pérdida del maíz nativo por la contaminación que podría ocasionar la siembra de maíces genéticamente modificados y el supuesto daño a la salud— se convirtió en una lucha de intereses políticos y económicos.

Uno de los protagonistas que se adjudica la idea y el planteamiento legal para demandar a empresas como Bayer-Monsanto, Syngenta, Pioneer-Dupont (ahora Corteva) y Dow Agrosciences, fue el entonces vocero presidencial y ahora coordinador de asesores de la presidenta Claudia Sheinbaum, Jesús Ramírez Cuevas.

También es responsable de torcer la estrategia jurídica y de tergiversar los argumentos, lo cual derivó en la pérdida de una demanda con Estados Unidos sobre la importación de maíz transgénico bajo el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC), que formaba parte de los esfuerzos de organizaciones y campesinos para evitar la contaminación de los maíces nativos. Ramírez Cuevas convirtió esta controversia en un estandarte para beneficiarse, además de posicionar a amigos y cercanos en áreas específicas del Gobierno, lo que provocó desacuerdos y, entre los litigantes, tensiones legales.

Entre quienes se sumaron en un principio a la demanda colectiva y que, con la llegada de López Obrador, ocuparon un lugar en el servicio público, se encontraban Elena Álvarez-Buylla (Conacyt), Víctor Suárez Carrera (Sader), Luciano Concheiro (SEP) y, de forma central, el vocero presidencial Ramírez Cuevas.

El papel de Ramírez Cuevas al inicio del litigio fue como activista. Elaboró documentales, artículos y campañas desde espacios como *Regeneración* y asociaciones civiles como *Sin Maíz No Hay País*. Pero cuando asumió la vocería presidencial, su protagonismo tomó fuerza.

El 13 de febrero de 2023, el presidente López Obrador publicó en el *Diario Oficial de la Federación* (DOF) un decreto que prohibía el uso del maíz genéticamente modificado destinado al consumo humano, particularmente en tortillas y masa. Además, se estableció una transición progresiva para eliminar el uso de glifosato en el país. Este decreto reemplazó al de diciembre de 2020 y endureció las medidas al incluir la revocación de autorizaciones para la importación y uso de maíz transgénico, aunque no se prohibieron explícitamente las importaciones de grano amarillo para forraje.

Las medidas se justificaban con base en el principio precautorio y en argumentos sobre salud, biodiversidad y cultura alimentaria nacional. Sin embargo, el decreto provocó una controversia con el Gobierno de Estados Unidos, que, a través de la Oficina del Representante Comercial (USTR), solicitó en junio de 2023 la instalación de un panel de solución de controversias bajo el capítulo 9 del T-MEC, argumentando que las medidas mexicanas eran discriminatorias, no estaban basadas en

evidencia científica y afectaban injustificadamente las exportaciones de maíz estadounidense.

En diciembre de 2024, el panel concluyó que México violó el tratado al no sustentar sus políticas en evaluaciones de riesgo reconocidas internacionalmente. Además, determinó que las restricciones mexicanas eran incompatibles con las obligaciones de ciencia y transparencia establecidas en el acuerdo comercial.

Con el fallo, México se vio obligado a modificar o eliminar partes sustantivas del decreto presidencial y, aunque evitó sanciones económicas inmediatas, tuvo que dar marcha atrás en sus intentos por prohibir la importación de maíz transgénico para consumo humano.

Lo cierto es que el panel marcó un precedente adverso para futuras restricciones ambientales o sanitarias que México quisiera aplicar bajo el T-MEC, sin pruebas científicas.

Jesús Ramírez fue quien asesoró directamente a la Consejería Jurídica del Ejecutivo Federal, entonces bajo la responsabilidad de María Estela Ríos, en el armado de la defensa legal de México ante el panel del T-MEC, solicitado por Estados Unidos y Canadá. El resultado se explica por sí solo: la injerencia del entonces director de Comunicación Social en un proceso jurídico que claramente no dominaba. Sin formación legal ni experiencia en comercio internacional, influyó directamente en el diseño de la defensa mexicana, promoviendo una estrategia basada en principios ideológicos y discursos ambientales, sin atender los requisitos técnicos y científicos exigidos por el tratado. Su protagonismo desplazó a especialistas, desvió el enfoque hacia narrativas políticas y debilitó gravemente la posición del Estado mexicano ante el panel.

El resultado fue un revés histórico para la soberanía alimentaria del país, provocado por un protagonismo y una intervención que ignoraron la complejidad técnica del litigio internacional.

Finalmente, en cumplimiento del fallo, el 17 de marzo de 2025, la Secretaría de Economía publicó una fe de erratas al decreto original de López Obrador, eliminando los artículos clave que prohibían la importación de maíz transgénico para consumo humano, el reemplazo obligatorio en forrajes y el uso progresivo de glifosato. Con ello, el Gobierno mexicano restableció el libre comercio del grano, provocando críticas tanto de organizaciones ambientalistas como de sectores del propio oficialismo.

Este caso reveló, además, un financiamiento no explicado públicamente y lo que podría denominarse un conflicto de interés entre funcionarios y exfuncionarios de la Administración Pública Federal.

Más allá de lo jurídico, existe una dimensión financiera profundamente contradictoria. Diversas ONG y plataformas que impulsaron la demanda colectiva recibieron apoyo económico de organismos internacionales como SumOfUs (Eko), Greenpeace, Fundación Ford y, posiblemente, de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid), que el propio gobierno de López Obrador ha señalado públicamente como instrumentos de injerencia extranjera.

En 2023, el colectivo que operaba la demanda recibió el Premio Pax Natura, otorgado por una fundación estadounidense con sede en Salt Lake City, Utah, que concede reconocimientos con un valor económico estimado en 20000 dólares.

Que una causa que se presenta como nacionalista y soberanista reciba premios y fondos de los mismos actores internacionales que condena revela una contradicción profunda e insalvable en el discurso político. Esta contradicción se agrava por la muy limitada transparencia del financiamiento de las organizaciones «satélite» que operan alrededor de la demanda —como Semillas de Vida, Alternativas y Procesos de Participación Social, La Tosepan, así como el colectivo nacional—. Tampoco existen informes públicos claros sobre el uso de los recursos, sus montos o su procedencia exacta.

Esta falta de transparencia pone en duda la legitimidad de la causa y evidencia una doble moral: Jesús Ramírez acusó durante seis años a organizaciones de la derecha mexicana por recibir recursos

del extranjero, pero sus propias organizaciones operan con los mismos fondos. El financiamiento inexplicable y el uso de los recursos de estas organizaciones lideradas por Ramírez Cuevas no es la única arista.

El conflicto también surge cuando, en el litigio presentado y firmado por actores políticos, los demandantes pertenecen a instituciones del propio Gobierno de México. Ejemplo de ello es la Secretaría de Economía, acusada por negarse a contrademandar a Estados Unidos ante el T-MEC. En diciembre de 2024, un tribunal resolvió a favor de la colectividad al considerar insuficiente y evasiva la respuesta oficial. También existen registros de litigios anteriores contra Sagarpa/Sader y Semarnat por autorizar permisos que, según los activistas, violaban la suspensión judicial. El punto de quiebre es que quienes impulsan estos juicios son, al mismo tiempo, funcionarios activos del propio Ejecutivo. Es decir, el Gobierno se demanda a sí mismo.

El caso del panel internacional no solo evidenció el debilitamiento jurídico de la causa, sino también la derrota personal de Jesús Ramírez Cuevas, cuya intervención, sin preparación técnica, comprometió una política pública legítima.

Todo esto es una demostración de cómo se podía manipular al Gobierno en muchos otros ámbitos, siempre con el argumento de la pureza.

Son los «puros» quienes dicen no hacer nada malo, que no tienen negocios, que son de izquierda, que vienen del movimiento desde hace cincuenta años y que no van a traicionar al presidente de la República. Considero una traición dar opiniones que no tenían nada que ver con un consejo acertado al presidente, especialmente en temas vinculados con los productos, la modernidad o las nuevas tecnologías. Hubo gran decepción por parte del secretario de Agricultura, por parte de las empresas y, por supuesto, mía, porque eran batallas que no debían existir dentro del gabinete.

Detengámonos un momento en el tema de la manipulación.

Iban influyendo en este tipo de cuestiones en el presidente; lo llevaban a tomar decisiones equívocas. Muchas veces estas personas entraban a conversar con él, sobre todo Jesús Ramírez, un gran manipulador, que llevaba mensajes de este grupo duro. Además, afirmaba que nosotros éramos la parte que contrariaba las políticas públicas que había diseñado el mandatario, lo que era y es totalmente falso. Se demostró con este asunto del glifosato que el Conacyt no fue capaz de producir el producto que sustituiría al glifosato. Ni siquiera se acercó. Y provocó controversias en el T-MEC y sanciones a México, un problema que se arrastra hasta hoy.

Y se replicó en muchos otros ámbitos. Ocurre ahora también con el fracking: se aceptó que hay que utilizar fracking para explotar yacimientos de gas, y estuvo prohibido. Es la técnica que se utiliza en todo el mundo para extraer gas.

Se hizo una ley, entre esas que se plantearon al final del gobierno del presidente, en donde se prohíbe específicamente el *fracking*. Es una aberración técnico-jurídica. No hay razón para prohibir algo necesario ni para operar en términos del Congreso, menos para sacar una iniciativa que lo único que va a hacer es perjudicar al país. Esas son las cosas que hacía el grupo que yo llamo «manipulador de izquierda» o de supuesta izquierda, porque a veces son más derechosos que nadie, y que operaba cercano al presidente. Creo que cada vez que el presidente decidía sin influencia de estos grupos, la decisión era acertada, correcta, alejada de la corrupción y de las malas prácticas.

Ganaba la ideología. Que el Ejecutivo tenga un control vertical de todo el Gobierno es una de las grandes fallas del Estado mexicano. El presidente no puede estar todos los días revisando si la agricultura, si la educación, si la salud, si ya salió el Conacyt con lo del glifosato, si la relación con Estados Unidos, si hubo 14 muertos en el Estado de México o si se da algún problema con el archivo de Octavio Paz.

Son tan diversos y tan inmensos los asuntos que revisa la Presidencia de la República que resulta indispensable modernizar también el tipo de operación del Gobierno para hacerlo más eficaz, para tener jefes de gabinete —como en otros países— que se ocupen de muchos de estos asuntos, de modo que el presidente o la presidenta de la República estén mejor preparados para tomar las decisiones superiores. Para ello se requiere la opinión de los técnicos mejor calificados, que, con la confianza del presidente, puedan operar de manera exitosa y óptima. Sin embargo, habría que hacer reformas constitucionales y diversos pactos políticos para que algo así se modificara, puesto que implicaría cambiar la operación que históricamente se ha llevado.

Pero se hace tácitamente. De alguna forma, tú hiciste parte de ese trabajo; otros hacen otra parte. En los gobiernos anteriores también hubo quien lo hiciera, pero no se hacía a partir de una estructura institucionalizada.

El presidente va decidiendo en quién deposita su confianza para hacer

ciertas cosas. Tomaba las decisiones que quería y encargaba la operación a determinadas personas. Daba encargos, no cargos, como decía. Así te podía encargar cualquier asunto, aunque no estuviera en tu ámbito. El encargo era para él mucho más importante que el cargo, porque estaba sustentado en la confianza.

Una de las cosas que cambió en el gobierno del presidente López Obrador fue que, al principio, muchos de los servidores públicos que colaboramos con él recuperamos el nivel que debía tener un funcionario del Gobierno federal. En el sexenio del presidente Fox, los funcionarios públicos y los secretarios de despacho perdieron su calidad de servidores de máximo nivel porque se perdieron las formas, porque se manejaba una administración a contentillo, porque el secretario podía ser empleado de algún empresario grande —como en el caso de Gil Díaz—, que a lo único que iba era a cumplir con el cargo, a echar a perder muchas cosas, a lastimar a muchas personas y a servir a los intereses de esos empresarios. Y eso hizo que el Gobierno federal foxista no tuviera forma ni consistencia.

Para mí fue un honor volver a entonar el Himno Nacional con orgullo. Me acuerdo de que, en el gobierno de Fox, se cantaba el himno en las peleas de box, no en los actos formales. Ya nadie tenía interés en los actos formales de Gobierno, y con Andrés Manuel se recuperó esa dignidad del Estado nacional, del Gobierno.

En los mecanismos de manipulación, la mañanera fue un instrumento magnífico de comunicación del presidente, pero también, a partir de la información que se le proporcionaba, se terminaba transformando parte de lo que se trabajaba, se negociaba y se establecía en otros ámbitos.

La mañanera fue un invento magnífico. No creo que haya otro país en el mundo que resista un programa de dos o dos horas y media diarias, en donde el presidente de la República se dirigía al país. Por eso contábamos desde el principio que el presidente era un catequizador. La mañanera empezó muy bien, porque Andrés Manuel se refería a todas las personas que le fueron leales siempre a él en las comunidades, en los pueblos, en las rancherías, en los municipios y en los estados, con un incentivo adicional. Ahora el presidente podía ofrecerles cosas que nunca habían tenido. Todos estos programas sociales que se dieron iban acompañados de ese proceso de catequización, porque se les hablaba desde la máxima tribuna

—la que ocupaba el presidente—, la mañanera. Además, se complementaba con recursos; entonces, la gente vivía, o vive, enamorada del presidente de la República.

Para la operación de la mañanera hubo varias instancias. La primera era el gabinete de seguridad. El presidente recibía toda la información de seguridad, de los eventos más importantes, de protección civil y de algunos problemas principales. Los martes, por ejemplo, asistía el personal de salud a rendir cuentas sobre el estado de los hospitales y la adquisición de medicinas. Los miércoles, a veces iba el secretario de Educación a exponer cómo caminaban los programas. El presidente, muchas veces, después de recibir esa información, subía a esos funcionarios para que explicaran a la población los programas que traían, lo que ayudaba mucho.

Cuando terminaba el gabinete, todos lo acompañábamos hasta el salón Tesorería del Palacio Nacional, para que fuera cuestionado por los supuestos periodistas que se encontraban ahí reunidos. Pocas veces vimos periodistas que lo cuestionaran realmente, que ejercieran a plenitud su libertad de expresión. Recibía principalmente cuestionamientos que tenían que ver con intereses particulares. A todos nos tocó comprobar que había planteamientos interesados que eran manipulados. ¿Quién lo permitía o lo impulsaba? Intereses particulares que llevaban esas preguntas a las conferencias, porque eso no era gratuito.

Personas que nunca habían estado en los medios anteriormente, que no tenían medios en realidad.

Jesús Ramírez iba siempre al lado del presidente. Previamente colocaba sobre el escritorio del mandatario una serie de temas que se publicaban en los periódicos, en la televisión, en la radio. El presidente, como era un trabajador de tiempo completo, casi no leía los periódicos. Supongo que leía los encabezados, algunas cosas que le importaban, pero no era un lector constante. Muchas veces decía: «No te fijes ya en los periódicos. No andes leyendo tanto periódico ni ocupándote de tanta noticia, no sirve para nada». Andrés Manuel López Obrador jamás entendió la labor social del periodismo. Su jefe de prensa, supuesto periodista, tampoco lo entendió.

El presidente, con ingenuidad, se iba por esa nota en donde Jesús

Ramírez ponía la información que a él importaba; se ocupaba de las principales noticias nacionales, sí, pero resaltaba también las que eran del interés del propio Jesús. Y en ese tránsito, del lugar en que se efectuaba la reunión del gabinete al salón Tesorería, Jesús Ramírez le refería todo lo que le interesaba que el presidente escuchara. De este modo se daba la gran manipulación, aderezada con preguntas siempre a modo.

Así, el presidente contestaba en muchas ocasiones temas que eran del interés de Jesús Ramírez y que no necesariamente lo eran del presidente de la República ni del gobierno. En esta operación truculenta, Ramírez estaba siempre presente. A veces incluso se le concedía la palabra para que hiciera algún planteamiento adicional a los que traía el presidente. Jesús Ramírez preparaba todos los materiales para la mañanera a su entera conveniencia.

¿Y cómo lo veían ustedes, los demás miembros del gabinete? ¿Cómo percibían esa situación, ese proceso?

A nadie le gustaba, porque las intervenciones de algunos pseudoperiodistas desprestigiaron a las mañaneras. Creo que a ningún secretario de Estado le gustaba. Desde que se hicieron las modificaciones a la Ley de la Administración Pública Federal, el presidente decidió tres cosas que creyó que mejorarían mucho el Gobierno. Primero, encargar que los administradores de las secretarías y los organismos tuvieran su nombramiento ratificado por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP), en particular por la Oficialía Mayor de Hacienda, a cargo de la señora Raquel Buenrostro. Segundo, decidió que a todos los abogados los nombrara el consejero jurídico del presidente. Y tercero, que todos los jefes de prensa de las dependencias dependieran de Jesús Ramírez.

Se cometieron errores y abusos. No hay funcionario público que pueda nombrar a todos los administradores y hacerlo bien, porque llega un momento en que se agota la capacidad para designar, por ejemplo, al de la Secretaría de Agricultura o al de la Secretaría de Cultura y de la Conade; y luego se termina poniendo a algún inepto que será un desastre.

El consejero jurídico, la verdad, no tenía tantos abogados para nombrar. Entonces decidí plantearle al presidente que, en lo que correspondía a la parte jurídica del Gobierno, permitiéramos que cada servidor público propusiera a su propio director general jurídico. ¿Cómo se hacía? El

secretario o el director de una paraestatal escogía a un abogado que debía cumplir ciertos requisitos: estar titulado en Derecho, tener experiencia profesional comprobable, haber trabajado en la administración pública y contar con la madurez necesaria para operar los asuntos que se manejaban. Incluso planteamos un decreto en este sentido. Recibíamos el oficio del secretario y lo transformábamos en un nombramiento que, a su vez, tenía el visto bueno del titular de la dependencia. Suponer que el consejero jurídico podía nombrar al director jurídico de la Secretaría de Gobernación o al de la Secretaría de la Defensa no era recomendable, aunque la ley lo permitiera. Imagínate que yo le hubiera mandado al general Sandoval al que fuera su director jurídico. En ese preciso momento habría ido a ver al presidente para decirle que necesitaba a una persona de su confianza como director jurídico, porque la parte legal del Ejército tiene muchos recovecos.

Y en la parte de los directores de comunicación, Jesús tenía la prerrogativa de designarlos. No sé cuál fue el método que usó para nombrar a los directores de comunicación, pero los puso a todos.

El resultado fue que se quitaron todos los directores de comunicación profesionales, casi todos, y el Gobierno se quedó sin comunicación y sin relación con la mayoría de los medios y los periodistas.

El Gobierno tenía comunicación porque pasaba por el presidente, y él decidía quién podía dar una conferencia adicional a lo que él expresaba. Comunicación había; lo que no había era un sistema profesional que extrajera información de cada una de las dependencias y la expusiera para beneficio de la población. Los secretarios tenían tanto miedo de salir a dar una entrevista si el presidente no la autorizaba que, evidentemente, no lo hacían. Entonces se le consultaba todo: «Presidente, ¿está usted de acuerdo en que yo salga a decir esta u otra cosa?». Y él lo aceptaba o lo rechazaba. Determinó, por ejemplo, hacer la tardeada médica, una conferencia cuando estaba la pandemia, en donde salían los médicos a explicar lo que estaba pasando y cómo iban a resolverlo. Fue una de las grandes desilusiones que tuvimos. López Gatell inició con un perfil muy alto, con un reconocimiento importante y terminó siendo vapuleado por toda la población, desprestigiado, porque hizo cosas incorrectas en ese arbitrario sistema de comunicación.

Faltaba una comunicación profesional: solo existía la que Jesús imponía. A él también le encargaron el sistema de medios del Gobierno, que estaba orientado a satisfacer sus deseos y los de su gente. De ese modo, la información se filtraba y se manipulaba, lo que ocasionó un gran daño tanto al presidente de la República como a la sociedad.

Y comenzaron a involucrarse en muchos otros ámbitos que estaban muy por fuera de la comunicación, en la toma de decisiones.

Políticas de muchos otros ámbitos. Y eso todavía lo vemos.

Los medios de Ramírez

Durante años, en la administración López Obrador —y ahora en la de la presidenta Sheinbaum—, se promovió un discurso de austeridad, transparencia y combate a los privilegios que no siempre, casi nunca, se transforma en realidad.

En el terreno mediático, durante el sexenio pasado, se dio un ataque constante contra empresas y comunicadores, con persecuciones, cancelación de publicidad, exhibición de datos personales en las mañaneras, despidos de comunicadores molestos para el régimen, sobre todo en los estados. Se canceló toda la estructura de comunicación con los llamados «medios tradicionales» (prensa, radio, televisión), para crear otra con los «medios alternativos», que en la mayoría de los casos no fue más que la creación de espacios y personajes que participaban marginalmente en redes sociales, pero que estaban —están— ligados y financiados por la estructura de poder. Y ahí es a donde se fue la mayoría de los recursos.

Esa estructura ilegítima fue creada, y en parte aún manejada, por Jesús Ramírez Cuevas, poderosísimo director de Comunicación Social de López Obrador. Esa estructura y esa política se crearon para apoyar al régimen de López Obrador (al que le hizo, sobre todo cuando se ve esa historia retrospectivamente, un daño terrible, tanto al Gobierno como al sistema democrático del país), pero también para beneficiarse política y personalmente de ellas.

Hoy, ya fuera del área de Comunicación Social pero manteniendo una posición estratégica como coordinador de asesores de la Presidencia de la

República, la influencia de Ramírez se mantiene no solo con sus espacios de poder, sino a través de estructuras empresariales que operan en la sombra y que muchas veces no diferencian entre los recursos públicos y privados.

Un mecanismo clave ha sido la empresa Doble L Medios Sociedad Anónima Promotora de Inversión de Capital Variable, una razón social que no está directamente a nombre de Ramírez Cuevas, sino de Guillermo Llaguno, quien ha sido durante años su colaborador y que aparece al frente de un negocio que se mueve entre la comunicación política y la producción audiovisual. La relación es tan añeja que ya en 2012, en el documental llamado De la Barbarie a la Esperanza, *Jesús Ramírez aparece como realizador y guionista, y Guillermo Llaguno, como editor. Doble L Medios, para operar sus áreas audiovisuales, rentó espacios en los Estudios Churubusco. Produjo, entre otras, la serie* De Raíz, *orientada a respaldar la narrativa y los candidatos de Morena en la elección de 2024.*

Doble L Medios es la empresa que comercializa y sostiene Regeneración, *y también otro portal muy activo en las mañaneras,* Contrapunto. Regeneración *fue fundado por Jesús Ramírez y convertido en instrumento político al servicio de Morena, desde los tiempos opositores de López Obrador. En la 4T se ha consolidado como parte de un engranaje propagandístico que recibe fuertes contratos de publicidad oficial, sobre todo de gobiernos estatales de Morena. La plataforma de* Regeneración, *históricamente identificada con Ramírez Cuevas, es la que lo relaciona con Llaguno, quien aparece como propietario de Doble L Medios y responsable del área multimedia de* Regeneración.

El periódico Regeneración *ha recibido publicidad oficial y financiamiento indirecto principalmente a través de contratos adjudicados por dependencias federales, especialmente por la Secretaría de Bienestar. La empresa encargada de la impresión, Impresores en Offset y Serigrafía, ha sido favorecida con múltiples contratos relacionados tanto con la publicación de* Regeneración *como con la producción de materiales para programas sociales; se estiman más de 2800 millones de pesos desde 2018, con asignaciones anuales que superan los 400 millones.*

El financiamiento no se da en forma directa al periódico, sino vía pago a la empresa impresora, que produce tanto Regeneración *como volantes, planillas y publicidad de programas de la Secretaría de Bienestar, principalmente pensiones para adultos mayores y de personas con discapacidad.*

Esa estructura oficial es la que se entrelaza con Doble L Medios y otras estructuras de comunicación creadas en los últimos años con estructuras privadas que se benefician indirectamente de recursos públicos. En el entramado aparecen medios públicos, otros que se reivindican como privados pero que están controlados, dirigidos por colaboradores directos de funcionarios públicos, en este caso del propio Ramírez, un medio (prácticamente oficial) de un partido político en el poder que recibe financiamiento directo del propio Poder federal y que es financiado adicionalmente por Gobiernos estatales. Una pregunta es clave: ¿por qué, por ejemplo, Regeneración *recibe publicidad oficial de gobiernos morenistas, más de 2800 millones de pesos en el sexenio pasado, siendo un medio de un partido político en el poder? Los partidos, y sobre todo Morena, reciben miles de millones de pesos del* INE *para financiar sus actividades, incluyendo su publicidad. ¿Por qué reciben* Regeneración *y los medios que se desprenden de esa trama, relacionados con Ramírez Cuevas, publicidad y recursos públicos para publicaciones, documentales y trabajos audiovisuales?*

No se trata solo de la legalidad de los contratos, sino del trasfondo ético de toda esa trama con la construcción de un andamiaje de medios supuestamente alternativos e independientes que son sostenidos con recursos públicos convirtiéndose al mismo tiempo en negocios privados que construyen una narrativa oficialista y de descalificación de sus adversarios.

24
Un decreto a la medida… de Jesús

El 25 de agosto de 2022, el Gobierno de México publicó en el *Diario Oficial de la Federación* (DOF) un decreto que estableció una «compensación vitalicia por justicia social» para extrabajadores de la extinta Luz y Fuerza del Centro (LyFC). Esa disposición, controvertida y discutida incluso dentro del gabinete presidencial, marcó un punto de quiebre no solo en el manejo presupuestal del Estado, sino en la interpretación de la justicia laboral.

Lo que fue presentado como un acto de reparación para quienes quedaron en el limbo laboral tras la extinción del organismo en 2009, derivó en una operación política dirigida por Jesús Ramírez Cuevas, entonces vocero presidencial, cuya influencia fue clave para convencer al presidente López Obrador de implementar el programa, pese a que la mayoría de los beneficiarios ya habían sido liquidados conforme a la ley.

Jesús Ramírez, en quien el presidente depositó una confianza plena al encomendarle esta causa, terminó abusando de ese encargo para obtener una ventaja política personal. En lugar de actuar con responsabilidad institucional, utilizó el tema para posicionar a sus aliados, intervenir en la vida sindical del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y operar políticamente en favor de Clara Brugada, candidata de Morena a la Jefatura de Gobierno, a pesar de que la preferencia evidente de la candidata Sheinbaum se inclinaba por Omar García Harfuch. Esta traición política interna generó fricciones dentro del movimiento y mostró cómo una encomienda presidencial se transformó en una herramienta para jugar en contra de los intereses de la propia presidencia.

La historia comienza en octubre de 2009, cuando el presidente Felipe Calderón anunció la desaparición de LyFC), argumentando ineficiencia y cargas económicas insostenibles para el Estado. La medida afectó a más de 45000 trabajadores; de ellos, cerca de 9000 no alcanzaron la jubilación a pesar de contar, algunos, con más de 19 años de servicio. El Servicio de Administración y Enajenación de Bienes (SAE) —hoy Indep— fue designado como liquidador. Aunque la mayoría aceptó una indemnización legal, un grupo de disidentes permaneció en resistencia y fuera de la estructura formal del SME, liderados por figuras como Rosendo Flores.

Con el cambio de gobierno en 2018, el conflicto encontró un nuevo escenario. Jesús Ramírez Cuevas, cercano colaborador del presidente desde sus campañas y figura central en la narrativa oficialista, asumió un papel de interlocutor entre los extrabajadores disidentes y el Ejecutivo. En la mañanera del 13 de octubre de 2021, López Obrador lo señaló directamente como el encargado del tema. En palabras del presidente: «Estamos ayudando a los trabajadores que fueron despedidos en el gobierno de Calderón. Jesús tiene esa encomienda». Esa encomienda desembocó en múltiples reuniones interinstitucionales con Hacienda, Gobernación, el Indep y la Consejería Jurídica.

El caso provocó un profundo giro ideológico en Jesús Ramírez, quien durante años defendió el sindicalismo independiente y crítico frente al poder. Sin embargo, en esta operación se alineó con el viejo modelo corporativista del PRI: apoyo político a cambio de prebendas económicas. El grupo

de extrabajadores beneficiados no tardó en asistir públicamente a actos de campaña de Clara Brugada, mostrando una clara fidelidad electoral al propio Ramírez. Consolidó una estructura clientelar, lo que explica su insistencia en incluir el tema en la agenda de la mañanera a través de sus aliados y en cumplir los acuerdos mediante una fe de erratas forzada que terminó por ampliar el universo de beneficiarios más allá de lo legalmente sustentable.

La relación entre Ramírez Cuevas y Rosendo Flores no era nueva. Según publicó *La Jornada* en 2002, cuando Rosendo Flores encabezaba el SME, fue apoyado públicamente en marchas por Carlos Monsiváis, quien fue mentor de Jesús Ramírez. Esa cercanía ideológica y personal entre Monsiváis y Ramírez habría sentado las bases de una alianza que, años después, se tradujo en respaldo político y administrativo para el grupo de Flores.

Quién sabe si esa alianza le hubiera gustado a Monsiváis, porque el pasado de Rosendo Flores no está exento de controversias. Aunque ahora critica con vehemencia al expresidente Calderón, fue acusado públicamente —por sus propios compañeros— de haber negociado con el entonces secretario del Trabajo, Javier Lozano, el conflicto de (LyFC). En ese contexto, lo que hizo Jesús Ramírez al apoyar su liderazgo fue respaldar a un actor señalado como simulador y colaborador de estructuras de poder del panismo. La narrativa de justicia social terminó cobijando a un liderazgo acusado, por el grueso de los trabajadores de Luz y Fuerza, de traición sindical.

El decreto del 25 de agosto de 2022 otorgó una compensación mensual vitalicia a extrabajadores con al menos 19 años y 6 meses de antigüedad que no hubieran accedido a una pensión de LyFC ni formaran parte de otros esquemas como Agroasemex. No obstante, una fe de erratas publicada el 29 de agosto modificó las condiciones originales para incluir a personas ya liquidadas. Esta maniobra, resultado directo de las presiones de Ramírez, forzó la creación de un programa improvisado, con justificación jurídica deficiente y sin recursos presupuestales asignados.

El uso de una fe de erratas para modificar las reglas de acceso a un programa social viola el principio de legalidad presupuestaria. Ese capricho político no solo generó tensiones internas en el gabinete, sino que impuso al Gobierno de México la carga de justificar una supuesta justicia social sin fundamentos legales sólidos. La falta de planeación obligó a modificar el decreto para ajustarlo a presiones externas, creando un programa sin respaldo financiero suficiente, el cual agravó la situación fiscal de la administración pública.

Según el estudio actuarial del Indep, el pasivo generado por este esquema impulsado por Ramírez Cuevas asciende a la cifra monumental de casi 27000 millones de pesos hasta 2086. Para dimensionar este monto: con ese dinero podrían construirse al menos 150 hospitales de primer nivel, según los costos estimados por la propia presidenta Claudia Sheinbaum. También podrían otorgarse más de 1.2 millones de becas anuales del programa «Rita Cetina Gutiérrez» o cubrir más de 600000 pensiones para adultos mayores durante un año completo. La magnitud del compromiso financiero revela no solo una afectación a largo plazo, sino una profunda desproporción frente a las prioridades sociales urgentes.

El padrón oficial de los beneficiarios de ese programa sumaba 7133 personas al cierre de 2023, y el gasto ejercido alcanzaba los 3537 millones de pesos. Cada beneficiario recibe un monto mensual, además de un pago anual adicional y un seguro de vida por 350000 pesos. Las mujeres, como acción afirmativa, reciben automáticamente el 100% del beneficio. La Secretaría de Gobernación actúa como coordinadora del programa y el Indep como ejecutor, pero ambos han advertido sobre la insuficiencia de recursos para respaldarlo.

La ejecución financiera del programa se ha visto rodeada de irregularidades. El Indep ha denunciado en la *Cuenta Pública 2023* que, además de los pagos de la compensación vitalicia, ha debido absorber una condonación de cartera hipotecaria por más de 6000 millones de pesos y la cesión gratuita de inmuebles al Gobierno y a la CFE. La falta de coordinación entre la Secretaría de

Energía (Sener), Hacienda y la Comisión Intersecretarial de Gasto Público ha imposibilitado concluir la liquidación de LyFC, cuya fecha de cierre sigue pendiente desde 2017. Mientras tanto, la Sener ha declarado no tener facultades para resolver el proceso y Hacienda se deslinda, señalando a Sener como responsable, en una pugna administrativa que ha paralizado decisiones críticas.

Aunque el Gobierno ha presentado la «compensación vitalicia» como un acto de justicia histórica, se trata de un precedente riesgoso: un grupo de extrabajadores ya liquidados accedió, por presión política, a un segundo beneficio financiado con dinero público. Además, la naturaleza del decreto y las modificaciones posteriores podrían contravenir principios básicos de legalidad y equidad.

El SME ha denunciado que el decreto fue negociado con personas sin representación sindical legítima, y ha acusado a Jesús Ramírez y a Manuel Bartlett, titular de la CFE, de intervenir para imponer liderazgos afines, violando la autonomía gremial. Estas tensiones han generado una ruptura entre el SME tradicional y los grupos beneficiados por el decreto.

En mayo de 2024, durante un acto masivo en el Día del Trabajo, extrabajadores encabezados por Rosendo Flores manifestaron su respaldo público a Clara Brugada, candidata de Morena a la Jefatura de Gobierno de la Ciudad de México. En el evento se agradeció a Jesús Ramírez por su «intervención histórica» y se solicitó la creación de una nueva empresa eléctrica que absorbiera a los aún desempleados, emulando el esquema de Mexicana de Aviación. Las declaraciones dejaron entrever una clara reciprocidad política: el respaldo electoral a cambio de la gestión del beneficio económico.

La historia de LyFC no solo es la crónica de un conflicto sindical mal resuelto, sino también el retrato de una política pública que, bajo el pretexto de la justicia social, puede estar vulnerando la ley y comprometiendo miles de millones del erario. El Congreso y los órganos fiscalizadores deben revisar con urgencia la legalidad del decreto de compensación vitalicia y evaluar el posible daño patrimonial al Estado. Urge también esclarecer el uso de recursos públicos con fines políticos y garantizar que ningún funcionario utilice su cargo para operar redes de clientelismo electoral.

El caso evidencia cómo un encargo institucional pudo ser manipulado con fines personales y cómo la justicia social puede ser usada como pretexto para beneficios selectivos, sin sustentos financieros ni jurídicos adecuados. La actuación de Jesús Ramírez, bajo el manto de la confianza presidencial, comprometió las finanzas públicas, dividió al movimiento sindical y colocó recursos públicos al servicio de una precandidatura y de intereses políticos particulares.

La historia se puede revisar en las siguientes fuentes documentales:

Comunicado
Indep
5 diciembre
de 2022

Comunicado de SME acerca del exabrupto de Rosendo Flores Flores «Doctor Humoris Causa» y «Director Colegiado» del autodenominado Frente Amplio de Unidad (FAU)

Comunicado
de SME acerca del
borregazo de
Rosendo Flores
Flores

Evento con
Clara
Brugada

Evento
con Carlos
Monsiváis

Evento
con
Vicente Fox

25

Proceso y los periodistas

Muchas veces veíamos que, en la mañanera, el presidente de la República se refería a personas que no tenían nada que ver con los temas que se estaban tratando ni con los asuntos que en ese momento eran de interés público. Que si ese intelectual hizo esto, que si el periodista aquello, que si el periódico este.

El presidente de la República atacó muchas veces a *Proceso:* lo llamó un medio de derecha. Seguramente hubiera tenido interés en que *Proceso* fuera un medio afín a la información del Gobierno, pero *Proceso* tenía su propio carácter, sus propias formas, su línea editorial bien definida. Eran mis discusiones con Gonzalo López Beltrán.

Y así se quebraron la mayoría de los medios impresos. En el caso particular de *Proceso*, en todo el gobierno lopezobradorista solo hubo una semana en la que —creo que por las malas artes de Jesús— se le mandó publicidad a la revista: fue una página que se repitió 14 o 16 veces. Al mirar la publicidad, era toda igual. Evidentemente, Jesús con eso le dijo al presidente que ya había otorgado publicidad a *Proceso* y punto. El gobierno del presidente López Obrador le negó la publicidad gubernamental a *Proceso*, que estuvo a punto de ir a la quiebra.

Como se ha escrito, hubo una gran relación entre mi papá y el presidente López Obrador. *Proceso* fue un vehículo muy importante para que Andrés Manuel pudiera llegar a la Presidencia de la República. Fue, además, un instrumento que sirvió para darle acceso a todos aquellos hechos que iban en contra del beneficio de la población. Gran cantidad de esa información, obviamente, era promovida por grupos contrarios al Gobierno, y *Proceso* era el medio para desenmascararlos. Mi papá fue una fuente de información toda su vida y, gracias a eso, *Proceso* subsistía. El presidente nunca quiso que *Proceso* siguiera con una línea distinta a la

suya. En alguna ocasión me confió que había dos medios que habían sido muy importantes para su movimiento; esos dos medios no iban a quebrar: uno era *La Jornada* y el otro, *Proceso*. «Esos medios —me dijo— no irán a la quiebra».

Hablando de medios, el presidente era generoso respecto a personas que habían hecho un trabajo digno para la sociedad. En muchos momentos yo defendí a Carmen Aristegui. Carmen tuvo una hermosa relación con mi papá. Mi papá la quería mucho y creo que Carmen también lo quería mucho a él. Ella pasó por todos aquellos despropósitos que tuvo con MVS, que la dejó temporalmente fuera del aire.

Llegando al Gobierno, el presidente de la República me pidió de favor ir a ver a Carmen Aristegui y ofrecerle que, en los medios del Gobierno, en la radio oficial, en el IMER, podría tener su programa sin costo alguno, con los instrumentos que se facilitaran para que pudiera hacerlo sin complicaciones. Hablé con Carmen Aristegui en el San Ángel Inn, un lugar donde a mi papá le gustaba comer con ella, y le hice la propuesta que le enviaba el presidente. Le dije que él tenía interés en que a ella le fuera bien y que no habría un compromiso económico ni el compromiso de que presentara información conveniente al Gobierno; que el presidente la consideraba una periodista independiente y que tendría libertad para hacer lo que le viniera en gana.

Carmen Aristegui contestó que no, que con mucho trabajo había formado un equipo, todo un sistema para hacer radio, y que estaba contenta con eso; que agradeciera al presidente, pero prefería quedarse en el espacio que había construido.

Sirva esto para asentar que, si se hubiera usado de forma distinta la comunicación, el Gobierno, el presidente de la República hubiera tenido una interacción con muchos periodistas importantes; seguramente no con todos, porque ya tenía pleito con algunos, pero sí con muchos que reconocían —fuera de los medios— que López Obrador era un líder tremendo, que gobernaba de acuerdo con sus convicciones, que actuaba en consonancia con lo que pensaba que era correcto, que ejercía su función con capacidad y con fuerza.

La mayoría de los periodistas decían que Andrés Manuel tenía un poder como hacía mucho no se veía en México. Creo que el presidente, si no

hubiera sido mal aconsejado, habría podido mantener una relación sana con la prensa que llegaría hasta ahora.

No hay país democrático en el mundo que no tenga una prensa fuerte que sirva como equilibrio para la toma de decisiones de Gobierno, incluso como interlocutor. Pero la prensa es factor de moderación, un contrapeso para el Gobierno.

En la administración de la presidenta Sheinbaum hay mayor apertura hacia los medios. La presidenta no suele dedicarse a criticar a un periódico ni a lastimar a nadie. Contesta lo que debe contestar, es respetuosa de la opinión contraria de algunos periodistas. Recuerdo que hace poco señaló a León Krauze; afirmó que estaba haciendo un buen trabajo en un tema de migrantes en Estados Unidos. «Tenemos puntos de vista diferentes —dijo—, pero también tengo que reconocer que está haciendo bien su chamba».

Agradezco que la presidenta de la República tenga una dinámica diferente hacia los medios respecto de lo que teníamos en el pasado, porque, siendo la mañanera un instrumento muy complicado, Claudia lo está empleando bien.

Hubo todo un proceso complicado en la operación y en la toma de decisiones, precisamente por lo que tú platicabas: por la manipulación de ciertos personajes, por la calificación como moderados o como no puros —o como lo queramos llamar— de otros. Alguien me decía que algunas de las cosas que trataban en el gabinete de seguridad, luego, en esos 15 minutos de trayecto entre que terminaba la reunión de la mañana y la mañanera, cambiaban: se modificaba la agenda o se alteraban las posiciones. Y te enterabas en la mañanera de lo que no te habías enterado en la reunión previa.

Normalmente, lo que el presidente planteaba en la mañanera era la información que él nos daba o que nosotros le dábamos. Nunca sentimos que fuera a cambiar lo que discutíamos. Pero sí existía el conflicto, porque el presidente salía, leía la tarjetita de Jesús y, caminando con él, de repente, en la mañanera te enterabas de que ya se había peleado con un medio, que le había puesto una tunda espantosa a un periodista o que había dicho del empresario no sé qué. Esos eran los temas que se

modificaban.

Eso, particularmente, generaba mucho escozor entre los empresarios. Todos tenían terror de aparecer en la mañanera: eran capaces de hacer cualquier cosa con tal de no salir mencionados. Y los únicos dos que operaban la mañanera eran el presidente de la República y Jesús Ramírez. Podías hacer una sugerencia, pero el presidente ya tenía una visión de lo que debía decir a partir de la información que había recibido y del punto de vista adicional de Jesús. Si Jesús le planteaba que el empresario fulanito estaba haciendo algo equivocado, el presidente se podía ir contra ese empresario sin problema alguno y, aunque después tratara de rectificar, ya le había dado un golpazo a fulano o perengano, y eso sí causaba desasosiego entre los miembros del gabinete.

Muchas veces estabas trabajando un tema con personas de la iniciativa privada involucradas y, de repente, tenías que hablarles y decirles: «Qué pena por lo que acaban de decirte en la mañanera, pero ojalá podamos continuar con el asunto». Y seguir con el asunto costaba trabajo, era difícil, y el presidente no cambiaba.

Pero eso servía también al esquema de manipulación, porque le decían al presidente: «Usted criticó a este empresario y estos funcionarios siguen trabajando con él».

Jesús Ramírez era perfecto para hacer eso: posee una gran facilidad para ganarse enemigos. Entonces, claro, decía: «Tal funcionario está haciendo esto, mírelo, señor presidente, está platicando con fulano y perengano, a los que usted ya les dijo esto y esto otro». Eran horrorosos sus chismes y sus enredos. Las únicas personas con las que Jesús terminó por no meterse fueron con las de la Defensa, porque hubo quejas, sobre todo del general secretario, acerca de las opiniones que daba Jesús sobre el actuar del Ejército.

Con el presidente tenemos ejemplos clarísimos de muchas cosas que sucedieron, se hicieron públicas y de las acciones que tomó el general secretario desconociendo a Jesús Ramírez. En la Secretaría de la Defensa y en la de Marina había un responsable de Comunicación Social nombrado por los secretarios, que sí emitía información —muchas veces indispensable— que la Defensa y la Marina querían dar a conocer. El presidente la conocía, pero no pasaba por el tamiz de Jesús Ramírez, así

que en esos tópicos se dio un trato directo del secretario de la Defensa y del de Marina con el presidente.

A López Obrador no le gustaba que se supiera de los operativos, ni que se informara sobre detenciones o muertos. No le agradaba ese tipo de información. Pero era información indispensable que compartían los secretarios con el presidente, y él la autorizaba.

Jesús Ramírez tenía un límite en la información de esos ámbitos, porque públicamente no hubiera podido sacar nada que no le hubiera autorizado el presidente. Imposible, porque este cuidaba la buena relación —fundamental— con las Fuerzas Armadas. A lo mejor, en el gabinete, Jesús tenía expresiones que no siempre eran las correctas; quizá en lo personal hacía comentarios al presidente, pero de allí a que eso trascendiera, no había manera, ya que era cuidadosísimo en su relación con las Fuerzas Armadas.

Por otra parte, Jesús representaba la expresión de un grupito que manipulaba sus operaciones particulares, las que tenían relación con él, y era a través suyo que se filtraban los temas de interés de ese grupo.

En la segunda mitad del gobierno del presidente, Jesús ya no solo tuvo interés en algunos temas de comunicación, sino que operó otros que dañaron al Gobierno.

Acciones que Jesús Ramírez, a través de todo este grupito, llevaba a la expresión pública y que pudieron incluso lastimar a personajes que hoy son centrales en el gobierno de la presidenta. Hubo, por ejemplo, una campaña a favor de la actual jefa de Gobierno de la Ciudad de México, Clara Brugada, y en contra del aspirante de la presidenta, Omar García Harfuch, quien ganó la encuesta para ser candidato por más del 20% de los votos. Ellos no resistían que un personaje como Omar —de clase media, bien educado, de buenas formas, de buen trato; policía, sí, pero mucho más correcto y bien formado que cualquier otro que hubiera trabajado en el Gobierno— pudiera haber sido jefe de Gobierno de la ciudad.

En términos de lo que era Morena, estaba en ley que, si se ganaba la encuesta, debía tener la posición. Y ese ha sido el único caso en los seis años de gobierno del presidente López Obrador en que una decisión de la mayoría se cambió.

Cada uno puede tener sus preferencias, pero la mayoría se manifestó en

favor de Omar y eso debió haberse respetado, porque ese era el acuerdo democrático que había planteado el presidente, y él nunca modificó ni quiso modificar la voluntad popular. Ese es el único caso y es público; no estamos descubriendo el hilo negro. Omar ganó por 20 puntos la encuesta, debió de haber sido el candidato al Gobierno de la Ciudad y debió de haber sido jefe de Gobierno, y hoy no lo es, a pesar de que tenga una posición estratégica en el gobierno de la presidenta Sheinbaum.

¿Y por qué no fue? ¿Por qué el presidente cambió?

Porque este grupo de duros no concebía que un funcionario que trabajaba en la policía pudiera ser jefe de Gobierno. Se opusieron a Ebrard porque también pasó por la policía, pero luego fue a la Secretaría de Desarrollo Social, y eso le daba al hecho otra connotación. Pero la realidad es que, en este caso, el que ganó perdió.

Un caso donde hubo una injerencia directa y que tiene consecuencias vigentes fue la relación de Jesús Ramírez y otros funcionarios con Sergio Carmona, el llamado «rey del huachicol».

Documentos de inteligencia y testimonios señalan que Ramírez Cuevas mantuvo reuniones con Carmona, ligado al contrabando de combustible y al financiamiento ilícito de campañas, con presuntos nexos con el narcotráfico.

Carmona fue un empresario tamaulipeco asesinado en 2021 que no solo construyó un imperio gracias al contrabando de combustibles, sino que también tejió una red de influencias y favores políticos que, según documentos de inteligencia, llegaron hasta las puertas de Palacio Nacional.

Informes reservados del Estado mexicano ubican a Jesús Ramírez Cuevas en varios encuentros con Carmona antes de su ejecución. De acuerdo con fuentes consultadas, Ramírez Cuevas abrió las puertas del círculo presidencial a uno de los financistas más polémicos de los últimos años.

Así, Carmona fue presentado a figuras como Mario Delgado y, según versiones, al propio presidente Andrés Manuel López Obrador. Fue a través de Jesús Ramírez que se habrían facilitado reuniones estratégicas para asegurar apoyos económicos en campañas clave, entre ellas, la de su amigo personal Américo Villarreal, hoy gobernador de Tamaulipas. La cercanía entre Ramírez y Villarreal está documentada: fotos en redes, actos de campaña y mensajes públicos la respaldan. Carmona no solo financiaba a Morena, sino que formaba parte fundamental del engranaje electoral del partido en el norte del país.

La historia de Carmona comenzó a sobresalir en 2015, con el nombramiento de su hermano Julio en la aduana de Reynosa. Fue entonces cuando montó un esquema de huachicol fiscal que evadía impuestos mediante facturas falsas y empresas fantasma.

Para 2020 controlaba hasta un tercio del mercado ilegal de hidrocarburos en la frontera. Desde 2018 comenzó a financiar campañas en estados estratégicos: Tamaulipas, Sinaloa y Sonora.

Desde ese momento, periodistas y analistas lo identificaron como un operador en la sombra en las elecciones intermedias de 2021. El 22 de noviembre de ese año, Carmona cayó abatido de un tiro en la cabeza dentro de una barbería de lujo en San Pedro Garza García, Nuevo León.

Días antes había dicho a su círculo íntimo que estaba hablando con la DEA, a quienes habría revelado nombres de políticos mexicanos: «Me están preguntando... yo sí les digo muchas cosas». Inmediatamente después de su muerte, su hermano Julio huyó a Estados Unidos y, según reportes de ese país, se ha convertido en testigo de la DEA.

Pero su muerte no apagó la maquinaria. Su esposa, Perla McDonald, asumió el control. La red siguió obteniendo contratos públicos y, según diversas fuentes, influyendo en nombramientos dentro del gabinete de Américo Villarreal.

Mientras las fiscalías estatales en México guardan silencio, en Estados Unidos las pesquisas avanzan. En cortes de Nueva York y Texas, el nombre de Jesús Ramírez Cuevas aparece en documentos anexos a investigaciones por lavado de dinero y financiamiento electoral; aún no hay procesos formales en su contra.

Fuentes del gabinete federal afirman que la presidenta Claudia Sheinbaum conoce estos antecedentes.

El caso Carmona es una herida abierta para Morena, y las conexiones entre dinero sucio, campañas políticas y altos funcionarios dibujan un expediente letal. La historia no ha concluido; al contrario: el descubrimiento de la red de corrupción encabezada por dos altos mandos de la Marina es la continuación de esta historia y de la influencia de estos personajes.

26
La Corte

El desempeño de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) durante los tres primeros años de gobierno de López Obrador siempre fue controvertido, tanto como el desempeño del ministro presidente, Arturo Zaldívar. En la SCJN, donde López Obrador designó a varios ministros durante su gestión, hubiera podido tener la mayoría sin hacer ninguna reforma judicial.

Antes de concluir su periodo, en esos tres años, se sacaron casi todas las propuestas y reformas presidenciales importantes, salvo la reforma constitucional para convertir a la Guardia Nacional en una institución netamente militar, aunque se aprobaron disposiciones que le permitieron —hasta que años después se certificó esa reforma constitucional— estar, en los hechos, bajo el control de la Defensa. La verdadera controversia con Zaldívar y la Corte se dio por la propuesta de que prolongara durante dos años su gestión para concluir un proceso de reforma que había iniciado el propio Zaldívar.

El presidente hizo un compromiso en su casa con Arturo Zaldívar. López Obrador es un hombre que cumple sus compromisos, pero obviamente en la Corte había muchos intereses, o hay muchos intereses. Había varios grupos en la Corte. Uno de ellos era el grupo de los ministros de carrera; otro, el grupo de los ministros que habían venido de afuera a formar parte de la Corte, había varios equipos. Estaban Alberto Pérez Dayán, Eduardo Medina Mora. Entonces, cuando inició el gobierno, el presidente me empezó a pedir que fuéramos a la Corte para tratar ciertos asuntos, que es lo que legalmente corresponde al Gobierno.

El Gobierno tiene la obligación de hacerse presente en los casos legales en donde se ve inmiscuido; regularmente esa función la tiene que hacer el consejero jurídico. Yo iba a la Corte y veía a Luis María Aguilar en aquel entonces. El ministro no siempre correspondía al trato que yo le daba; su trato era bastante duro. Así que yo prefería ir a ver, ministro por ministro,

los asuntos que teníamos en el Gobierno, que pasar antesala por el presidente de la Corte, quien, por cierto, tenía muy buena relación —no sé si la tiene todavía— con Olga Sánchez Cordero. Siempre había aspereza y fricción entre Olga Sánchez Cordero y yo por la forma en que se trataban los asuntos en la Corte.

Tuvimos posiciones diferentes tratando de impulsar a un candidato a la presidencia de la Corte. El candidato que yo apoyaba era Arturo Zaldívar, que había hecho un compromiso político con el presidente y el presidente con él. Los esfuerzos de Olga Sánchez Cordero iban por Alfredo Gutiérrez Ortiz Mena. Yo indagué con todos los ministros cuál era la opinión mayoritaria en favor de un candidato. Creo que Olga hizo lo propio. Cuando tuve un diagnóstico claro, lo llevé al presidente, que aceptó revisarlo, pero también quería conocer la opinión de Sánchez Cordero.

Una mañana caminábamos desde la salida del gabinete de seguridad hacia la mañanera; íbamos junto al presidente, Olga Sánchez Cordero y yo, y empezamos a hablar de la Corte. El presidente preguntó cómo iba eso y la licenciada Sánchez Cordero le contestó que ella sentía que había un consenso mayoritario en favor de Alfredo Ortiz. Yo manifesté mi opinión en sentido contrario: veía mucho más avanzado a Zaldívar, pero que él tendría que decidir cuál sería el mejor candidato para la Corte, para que lo impulsáramos todos.

Guardó un momento de silencio mientras yo le recordaba el compromiso contraído en su casa. Reaccionó antes de que yo terminara la frase y me dijo: «Sí, con el único con el que tengo compromiso es con Arturo Zaldívar». Olga Sánchez Cordero se enojó porque el presidente estaba cediendo a favor de Zaldívar, por permitir que quienes opináramos desde fuera hiciéramos un esfuerzo para que los ministros tuvieran un voto favorable a uno u otro. Obviamente, eran los ministros los que iban a decidir y podía suceder cualquier otra cosa. Los que iban más adelantados eran, en efecto, Arturo y Alfredo, pero había otros ministros que tenían interés en la presidencia de la Corte. El presidente nos pidió a Olga y a mí ponernos de acuerdo para que nuestro candidato fuera Arturo Zaldívar.

Nos reuniríamos Arturo, Olga y yo en la casa de Olga, en Las Lomas. Empezamos a platicar, bebimos tequila, pero Olga nunca dio su brazo a torcer; nunca le dijo a Arturo que lo apoyaría. Lo que Olga enfatizó fue que claramente había dos posiciones: la suya y la de Alfredo. «A mí me

gustaría que fuera Alfredo —dijo—, pero si tú ganas, te voy a apoyar como secretaria de Gobernación; esa es mi chamba».

Salimos con una sensación un poco de desaliento porque íbamos para obtener el respaldo de la secretaria de Gobernación y no fue así.

Nos reunimos con varios ministros; convencimos a Medina Mora sobre por qué debía presidir la Corte Arturo Zaldívar. Cabe comentar que el presidente estaba de acuerdo en que fuera Zaldívar y pensaba que Alfredo Gutiérrez Ortiz Mena podría ser presidente de la Corte en el siguiente periodo. Ese fue, básicamente, el argumento que utilizamos para que Medina Mora se pasara del lado de Arturo. Arturo ganó la votación 7 a 4.

Tiempo después, por asuntos legales en que intervino el fiscal Gertz, en donde Medina tenía un problema, Gertz le dijo que lo más conveniente era que entregara su renuncia. Y así fue como uno de los ministros que votó en favor de Arturo se fue de la Suprema Corte. Llegó Margarita Ríos Farjat a sustituirlo. Al inicio del gobierno, el presidente la había nombrado presidenta del SAT. Una posición muy importante, porque el SAT tiene conocimiento de todo lo que hace una persona física, una persona moral; es una posición de muchísimo poder.

Ella provenía de Monterrey. Más allá de que la hubiera apoyado Alfonso Romo, es una persona muy sensata, muy buena abogada, que había convencido a López Obrador por el carácter que tenía, porque quería que fuera una mujer. Una vez que Andrés Manuel decidió que Margarita entrara en la terna, le dije que acababa de nombrar a una ministra. «¿Por qué una ministra?», me dijo. «Es muy sencillo: si Margarita va como candidata a la Corte, tiene que ir a hacer un trabajo con los senadores. Ella ahorita va a ir en calidad de directora del SAT a tratar de ganarse el puesto de ministra de la Corte. Pero, obviamente, va a ver a cada uno de los senadores, y cada uno de los senadores va a votar por el candidato de su preferencia. Pero van a sentir que, si no votan por Margarita Ríos Farjat, ella se va a quedar en el SAT. Y no me imagino a los senadores peleándose con la directora del SAT». Los senadores iban a votar, obviamente, por ella. Margarita Ríos Farjat fue la que más votos obtuvo como candidata a la Corte.

Hubo otros personajes que intentaron intervenir en el nombramiento de ministro presidente de la Corte. Cierto día me buscó Javier Quijano,

entonces mi amigo; me pidió mi opinión respecto al asunto de la Corte. Le dije que me inclinaba por Zaldívar, toda vez que, aparte de ser un muy buen abogado, era la persona que había estado del lado de López Obrador. Y Quijano, que tenía intereses —y muchos— en la Corte, me ofreció ayuda con un par de ministros con los que tenía una relación espléndida para tratar de ponerlos a favor de Arturo. Le dije que no hacía falta. Aun así, trataría de ponerlos a favor de Zaldívar. Pocos días después nos vimos otra vez; íbamos rumbo al University Club. Me comentó que ya estaba eso. Fueron muchos los personeros que siempre trataron de, vía sus propios intereses, colocar personas en la Suprema Corte.

Fueron los ministros los que, al final, se decidieron por Zaldívar, ya que, desde el principio, el presidente mostró su beneplácito y buena disposición para con él.

Fuera de la elección en sí, el asunto más polémico fue el de la probable reelección de Arturo Zaldívar por dos años en la Corte. Se planteaba una ampliación de su mandato corta, toda vez que Arturo ya no tendría más tiempo para estar ahí después de los 15 años que había permanecido en la Corte.

¿Por qué se planteó? ¿Por qué hubiera sido necesario que Arturo ampliara dos años su mandato?

Porque el presidente tenía una relación de poca confianza con los miembros de la Corte. No le gustaba el trabajo que hacían los ministros. Y los ministros, entonces, sin oponerse frontalmente al presidente, sí tenían una operación para socavar muchas de las cosas que planteaba el Ejecutivo. Por supuesto que tratamos de resolver la mayoría. Pero, cuando se planteó la posibilidad de que Zaldívar tuviera una ampliación de mandato, el interés del presidente fue mucho, toda vez que Zaldívar representaba para él a una persona de confianza, honesta. Hubo un gran escándalo. Nunca había habido una ampliación de mandato en la Corte. Hay que decir que, en la mayoría de los tribunales del país, sí. En el Tribunal Superior de Justicia, en la Ciudad de México, hubo muchas reelecciones, siendo el tribunal más grande del país. Los ministros fueron los primeros en protestar. Creo que, finalmente, de manera muy sensata, para aliviar tensiones, Arturo decidió que él no podría aceptar de ninguna manera la ampliación, lo que ayudó a disminuir la tensión.

Hasta el día que yo trabajé en la Consejería Jurídica, tuve un trato magnífico con Zaldívar; un muy buen trato con todos los ministros, que dejaron de serlo en septiembre de 2025. Cada vez que se planteaba un asunto, se les explicaba y ellos tomaban en cuenta la posición del Gobierno. En ocasiones optaban por votar en contra, pero, la mayoría de las veces, con argumentos jurídicos y con política, votaban en favor de los planteamientos que hacía el Gobierno.

Cuando nosotros salimos del Gobierno, se quedó al frente del alegato con la Corte Adán Augusto López. El presidente le pidió a Adán Augusto —yo todavía estaba en el Gobierno— que la Consejería Jurídica dependiera de la Secretaría de Gobernación; si no formalmente, sí como una manera de operar. Así sucedió. La Consejería pasó a depender del secretario de Gobernación, dejando de ser un instrumento importante del presidente para convertirse en una dirección jurídica del secretario de Gobernación.

Más adelante, en la primera reunión que tuvo Adán Augusto con Norma Piña, siendo ya la presidenta de la Corte, Adán Augusto le pidió que le dijera cuál iba a ser el contacto que diera forma a las cosas que se tenían que ver entre el Gobierno y la Suprema Corte; que quién iba a ser esa persona que también trabajara con la Corte. Y la ministra Piña le dijo lo que era obvio: «Ustedes tienen abogados; ustedes manden a sus abogados a juzgados y a salas a plantear la opinión del Gobierno. Que decidan jueces y magistrados».

Porque nosotros no solo veíamos a los ministros: nos tocaba hacer trabajo con todos los jueces. En el área de Litigio de la Consejería Jurídica, con Raúl Segovia al frente, trabajando todo el día en revisar los asuntos que estaban pendientes, pudimos resolver muchísimos.

Solucionamos un tema trascendente: había 130 o 140 amparos en contra del aeropuerto Felipe Ángeles. Se lograron acumular en un solo juzgado todos los amparos y, con un criterio —yo creo— correcto, se arregló a favor del aeropuerto. Se solventó por un argumento jurídico de gran validez. El Felipe Ángeles fue planteado como un asunto de seguridad nacional, toda vez que estaba en una base militar; no obstante, se dijo que no era correcto que hubiera un aeropuerto civil en una base militar.

Sostuvimos que ese aeropuerto estaba resguardado por la Ley de

Seguridad Nacional y que, con amparo o sin amparo, nadie podía hacerse presente en el aeropuerto; nadie podía estar notificando cosas: el aeropuerto era —es— una instancia de seguridad nacional. Y con ese argumento terminó el asunto del Felipe Ángeles.

Entonces, pensar que desde la Consejería se trabajaba nada más en asuntos de la Corte y que desde ahí veíamos todo era totalmente falso, porque muchas veces jueces y magistrados, ministros, rechazaban nuestras opiniones y había que hacer el trabajo legal con el personal del Poder Judicial para que los asuntos se concluyeran de manera exitosa.

Paradójicamente, esa es una de las críticas que te hacen: que trabajabas con los jueces y que ibas a ver temas y demás.

Eso es lo más ridículo que he escuchado, porque mi trabajo era trabajar con jueces, magistrados y ministros; eso determina la ley orgánica de la Consejería Jurídica, que exige hacer escuchar la voz del Ejecutivo en los asuntos que planteas; si no, ¿qué abogado los llevaría?, ¿quién sería la voz del Gobierno? Había asuntos que involucraban a muchas dependencias públicas —como el aeropuerto, que tenía que ver con el Ejército, con la Secretaría de Comunicaciones—; para solventar los asuntos que surgen en las distintas instituciones solo los puede reunir aquel que tiene la voz de las dependencias por decisión del presidente. Y, en ese caso, yo la tenía.

Por ejemplo, en la creación de la Guardia Nacional estaban involucradas la Defensa, la Marina, la Secretaría de Seguridad Pública, la Secretaría de Gobernación, la Secretaría de Relaciones Exteriores, otras instituciones. No se trataba nada más de exponer los asuntos: primero había que negociar todo lo que tenía que ver con las reformas y luego ir con los jueces —porque siempre había inconformidades— y resolver los asuntos ahí. Se tiene que hacer un trabajo dual, adentro y afuera, para que el Gobierno funcione.

Eso también se sumaba a otro tema. Durante esos tres años, la relación del Gobierno —del Ejecutivo federal— con la Corte y con el Poder Judicial fue complicada; tuvo sus altas y bajas, pero siguió funcionando bien: salieron la mayoría de los casos. Pero, por falta de interlocución, los tres años posteriores fueron un desastre, terminando con la reciente reforma al Poder Judicial, que desaparece, en los hechos, al Poder Judicial que conocíamos.

Todo eso se podría haber evitado con interlocución con los jueces y magistrados. E, incluso, los ministros que votaron en contra de las resoluciones del presidente de la República no fueron todos: aquí se está acabando con un poder completo. Muchos de esos jueces, incluso, validaron los planteamientos que hizo el Gobierno de la República en mi época. Yo no sé por qué la Secretaría de Gobernación —que contenía, como ya dijimos, a la Consejería— no hizo lo suficiente para que hubiera habido todavía una opinión favorable. Yo creo que se pudo haber prescindido de esta reforma, porque no había razón para hacer una reforma tan profunda al Poder Judicial como la que se hizo.

Como abogado, diría que, por supuesto, había cosas que se tenían que hacer con una reforma: separar a la Corte del Consejo de la Judicatura, establecer un tribunal de disciplina; había que ser estrictos, rigurosos; había que tener una parte administrativa totalmente al margen de los ministros, porque los ministros no son administradores: son jueces de un nivel altísimo. Y creo que esa es la reforma que debió de haber tenido el Poder Judicial; creo que se debió haber profundizado en todo esto. Porque el problema no necesariamente es la Corte ni son los tribunales federales: el mayor problema está en los tribunales locales, en el fuero común, que es donde se lleva la justicia de todos los días; donde más falta hacen abogados que defiendan a la gente; ahí se pierden las patrias potestades, se mete a los muchachos a la cárcel; ahí se ven todos los delitos con los que convive la sociedad a diario.

Y, si no se llega a una reforma profunda en donde jueces y magistrados estén bien capacitados, tengan los recursos suficientes y hagan el trabajo necesario, esta reforma que se está haciendo va a quedar inconclusa, en términos de que las personas van a seguir viendo a los mismos jueces, a los mismos magistrados, y van a seguir teniendo a sus hijos en la cárcel y a sentir que no hubo un cambio verdadero. Y uno de los grandes temas con el Gobierno es que, si los cambios no dan resultado —si no inmediato, lo más pronto que se pueda—, se pierden.

¿Por qué se llega a una ruptura tan profunda con el Poder Judicial y, sobre todo, con la Corte? Porque se demostró que el presidente podía trabajar con la Corte, por más que le disgustara, que se enojara, que incluso los ministros, ministras

que él había designado, al final se distanciaran en algunos casos, pero se podía trabajar con la Corte. Se llega a un nivel de ruptura inédito que va más allá, me parece, de que no se haya parado Norma Piña aquel 5 de febrero.

A la salida de Zaldívar de la Corte, por un problema de interlocución idéntico al problema de interlocución del Gobierno, la Corte dejó de convivir con el Gobierno federal y de compartir algunas decisiones importantes. Todas las decisiones que se van tomando en el Poder Judicial, obviamente, afectan al Ejecutivo: si sueltan a un delincuente, si resuelven un amparo en contra, afectan. Pero, para eso, tiene que haber diálogo. Diálogo entre el que va a pedir y el que va a resolver. Y, muchas veces, por esto se llama «alegato de oídas», llegas a entenderte con el juez, y el juez acepta que puede tener un criterio contrario y muchas veces rectifica. Otras no, pero muchas veces sí lo hace. Y esa falta de comunicación fue lo que llevó a este rompimiento total, que para nadie ha sido benéfico.

¿Por qué se distancia el presidente de Margarita Ríos y de Juan Luis González Alcántara? Eran sus ministros. Eran ministros que, además, fueron —como en el caso de González Alcántara— cercanísimos a él.

Me llamó mucho la atención porque González Alcántara, como ya lo comentamos anteriormente, tuvo una conversación muy larga con el presidente acerca de su proyecto para la Guardia Nacional. Y, hasta donde supe, en esa reunión tuvo una actitud muy buena para con González Alcántara: conversó con él; había una visión histórica, que fue lo que le contó González Alcántara, y el presidente la recibió de muy buena manera. Por eso me llama la atención que la resolución en contra haya traído un desacuerdo tan grande con Juan Luis.

Y, en el caso de Margarita, creo que ella, desde el principio, defendió su propia independencia. Como ella había sido nombrada por el Senado, decidió no tener mayor relación —trato— con el Ejecutivo. Repito: Margarita es una persona muy competente; es dura de carácter, es fuerte. Creo que esos fueron los puntos centrales de las desavenencias entre estos dos ministros y el presidente.

Así como también el presidente tuvo una espléndida relación con Yasmín Esquivel, que fue presidenta del Tribunal Administrativo de la

Ciudad de México; recorrió todos los puestos de jueza y magistrada para llegar al Tribunal; luego llegó a la Corte e hizo un trabajo espléndido. La ministra Esquivel era más receptiva a los pronunciamientos del Ejecutivo y eso resultó en una buena relación, aunque, muchas veces, los asuntos que se resolvían —aun con el voto a favor de la ministra— resultaban negativos al Gobierno. Es el mismo caso de Loretta Ortiz, que muchas veces escuchó bien las peticiones del Gobierno y votó a favor; muy pocas, votó en contra, pero tenía una actitud mucho menos beligerante que la de otros ministros.

27

Los sospechosos comunes

Uno de los temas más fascinantes de la ciencia actual es la teoría del caos. Durante los años ochenta, científicos de todo tipo, desde físicos hasta economistas, crearon un modo de comprender el complejo desarrollo de la naturaleza. La llamada «ciencia del caos» busca establecer un método para ver orden y una pauta de acción donde antes solo se podía observar el azar, la irregularidad, lo impredecible, lo aparentemente caótico. Puede ser que, detrás del caos, en el ámbito político exista un orden inherente, una lógica que vaya más allá de la tradicional debilidad en la operación política del Gobierno federal.

Quizá en el caos presente puede existir un orden de esencia misteriosa, más oscura de lo que se percibe en la superficie. En el ejercicio del gobierno —más aún en uno como el de López Obrador, que provenía de las heterodoxas fuentes del movimiento y con un estilo personal de gobernar tan peculiar del mandatario—, las contradicciones eran inevitables y los choques desde la Consejería Jurídica, con su amplísima gama de responsabilidades, con otros funcionarios, también lo eran. El caos era el orden en el que se operaba.

Desde el inicio del gobierno se sabía de la relación de Adán Augusto con empresarios y con grupos políticos extraños.

El presidente tomó el mando del Gobierno desde que ganó la Presidencia de la República, cinco meses antes de tomar posesión del cargo. Y lo primero que ordenó fueron dos proyectos fundamentales: el primero, iniciar todo el proceso de las consultas para lo del aeropuerto, y el segundo, lo relacionado con la refinería. Sobre esta última, después de darle muchas vueltas, decidió que se hiciera en Paraíso, Tabasco. El terreno que se eligió estaba plagado de vegetación, de manglares

inmensos.

¿Por qué se escogió ese terreno si era tan difícil? Tenía vegetación, con manglar, tenía agua. ¿Por qué se escogió ese terreno?

No tengo idea, pero entiendo que fue una propuesta de don Augusto al presidente, toda vez que ese terreno podía utilizarse sin necesidad de erogar inmediatamente recursos públicos. Estaba lleno de manglares. Entre la futura secretaria Nahle y el próximo gobernador de Tabasco, Adán Augusto, decidieron meter a una constructora para tirar todo el manglar sin obtener la MIA, el permiso de impacto ambiental que concede la Secretaría de Medio Ambiente. Era un problema grave porque, obviamente, es muy difícil que te dejen construir donde hay manglar, ya que rompe el equilibrio de la naturaleza. Pues metieron a una constructora sin los permisos, destruyeron todo el manglar y fue ahí donde determinaron instalar la refinería.

Obviamente no solo se trataba de un problema de orden administrativo, sino también penal. Pasaron por alto, con Adán Augusto, todas esas cosas y se entregó el terreno para que el presidente pudiera construir la refinería. Iniciado el gobierno y ya con Adán Augusto instalado en la gubernatura, se mandó una iniciativa al Congreso del Estado que era una barbaridad: decía que todos aquellos proyectos que se construyeran con recursos federales no tenían que pasar por licitación pública en el estado de Tabasco. Esto es, Adán quería que todos los proyectos que vinieran del Gobierno federal se asignaran sin necesidad de una licitación pública.

Incluyendo la refinería y el Tren Maya, todo lo que estuviera en Tabasco se podía asignar directamente, en lugar de licitar. Yo pedí autorización al presidente para abrir una controversia que eliminara esa ley, que de hecho ya había sido aprobada por el Congreso de Tabasco.

Ese era Adán Augusto. Creo que gobernó el estado a su antojo durante los tres años que estuvo en el cargo y luego vino a ser secretario de Gobernación. Adán tomó posesión de la Secretaría de Gobernación y el presidente, ya habiendo salido yo, le pidió que se hiciera cargo de la Consejería Jurídica, donde en principio había pensado designar a una magnífica abogada, la licenciada Verónica de Gives, una penalista excelente. Pero Verónica no se pudo venir al Gobierno federal porque

trabajaba en el Consejo de la Judicatura Federal: era consejera. Entonces se decidió por quien había sido su directora jurídica, su consejera jurídica dentro del Gobierno de la ciudad, María Estela Ríos.

No fue una buena elección, porque puso todos los asuntos legales en manos de Adán y en manos de Ríos. Tengo mis reservas acerca del trabajo profesional de ambos en el campo de lo jurídico. Ese fue el trabajo de Adán.

Manuel Bartlett fue otro personaje muy destacado en el Gobierno y perjudicó muchísimo al presidente. Ya narramos que no quería que participara la iniciativa privada en la construcción de una planta de energía en Chiapas, pero hubo muchos otros problemas. Bartlett le planteó al presidente que se estaban creando obligaciones fuera de proporción, que tenía que asumir la CFE en el uso y manejo de los ductos para el transporte de gas que ocupaba la propia CFE. Se ocasionó un gran problema con la iniciativa privada porque prácticamente todos esos ductos los habían construido los particulares a cambio de contraprestaciones anuales a lo largo de quince o veinte años, dependiendo del plazo que se hubiera estipulado en cada contrato.

Bartlett orilló al presidente a desconocer esos acuerdos. Quería que se le quitaran los ductos a la iniciativa privada y, evidentemente, también las contraprestaciones, y que todos los ductos los recuperara el Gobierno. Eso no se podía hacer. Pretendía cobrar cantidades cuantiosas a los proveedores del gas, del transporte del gas, por el dinero que les habían pagado por el uso de los ductos, lo que se veía difícil porque, primero, eran ductos necesarios para la CFE; segundo, había contratos firmados; y, tercero, hasta ese momento no había ningún daño mayor ni a la infraestructura de la CFE ni a la de ninguna ciudad o municipio.

Pero el presidente decidió hacerle caso a Bartlett y se inició un grave conflicto entre el Gobierno federal y los particulares. Carlos Urzúa, entonces secretario de Hacienda, se quejaba amargamente del problema que implicaba esa decisión y de todas las quejas de la iniciativa privada cada vez que se reunía con ellos por cualquier tema.

Me pidió que lo acompañara a desayunar con el señor presidente. Le

pregunté cuál era el motivo y le dije que él podía ir con el presidente tranquilamente, porque tenía una relación tan buena o mejor que la mía: era su secretario de Hacienda y había sido su director de Finanzas en el Gobierno de la ciudad.

Me dijo Urzúa que no: «Necesito que me acompañes porque voy a hablar con el presidente de los ductos y quiero que haya otro interlocutor que me ayude a disuadirlo de seguir con este conflicto que no ayuda en nada». Le dije que yo no le entendía al asunto de los ductos, pero encantado lo acompañaba.

Al otro día, desayunamos terminando la mañanera, estuvimos charlando de cualquier cosa, y de repente Carlos le dice al presidente: «Le pedimos el desayuno en parte para venirle a hablar del asunto de los ductos». El hizo una expresión de azoro y queja a la vez. «Debí haberlo imaginado —le contestó—, que me iban a tratar ese asunto». «¿Y por qué se debió de haber imaginado, señor presidente?». «Debí suponerlo por la visita de ayer de la gente del Consejo Coordinador Empresarial. Me plantearon eso —nos dijo López Obrador—, que necesitaba yo tener otros interlocutores que no fueran el licenciado Bartlett para arreglar el asunto de los ductos. ¿Y a quién creen sorprendentemente que me propusieron los empresarios?». «No sabemos». «Número uno, Alfonso Romo, número dos, Carlos Urzúa y número tres, Julio Scherer».

Yo le dije: «Presidente, aquí hay dos de los tres propuestos. Pero le quiero plantear algo: yo a los señores del Consejo Coordinador Empresarial no los conozco. Casualmente me los encontré ayer aquí afuera de su oficina, en el pasillo, cuando acudían a una cita con usted y es la primera vez que los saludo. Nunca en mi vida había tenido relación con ellos, yo no tengo ningún interés en el asunto. Estoy aquí a solicitud de Carlos para tratar un hecho que está generando tensión entre el Gobierno federal y los particulares y esa es la única razón por la que yo vengo, sin entender mayormente del tema».

Entonces el presidente, muy molesto, se volteó con Carlos Urzúa y le recriminó porque le había indicado que no se metiera en ese asunto. «Estoy muy enojado —nos dijo—, por este tema y, además, te quiero plantear —le dijo a Urzúa— otra cosa: me están modificando mi propuesta económica». Carlos le dijo: «Señor presidente, aquí estamos las dos personas que estamos viendo lo que tiene que ver con el presupuesto

de egresos, ¿qué es lo que usted va a mandar?».

Era el primer presupuesto de egresos del presidente. «Le quiero plantear algo —le dijo Urzúa—. Se necesita mandar un documento legal a la Cámara de Diputados y luego mandar el documento técnico-programático de todo lo que es el plan y el presupuesto. Entonces, nosotros le queremos pedir que nos haga favor de aceptar el documento que estamos enviando, porque en él se establecen las variables económicas, etcétera». El presidente nos dijo que no: «Yo voy a mandar el documento junto al presupuesto». Estaba muy contrariado por el asunto. Yo les dije que no teníamos por qué discutir en ese momento sobre el tema. «Vamos a ver el asunto con gusto y alguna fórmula encontraremos para que, desde el punto de vista legal, pueda funcionar».

El presidente se quedó furioso con Urzúa. Yo lo acompañé a su oficina; me invitó un té. Urzúa también estaba muy molesto, temblaba de coraje y de nervios. Le pedí que se tranquilizara, que seguramente el enojo del presidente tenía más que ver con lo que yo le había dicho: que no conocía a los del CCE, que no tenía interés en el tema y que, si quería, yo podía irme en cualquier momento del Gobierno para que él pudiera estar sereno. El presidente me había respondido que no se trataba de eso. Y Urzúa me preguntó entonces: «¿Qué vamos a hacer con el presupuesto?». Hablé con Mario Delgado, que era el líder de la Cámara de Diputados, y decidimos hacer algo que nunca se había hecho: mandar tres textos. El texto programático presupuestal, que es el presupuesto de egresos; el documento técnico; y el documento que mandaba el señor presidente, que era totalmente político.

Mario Delgado me decía que no se podía hacer eso. «Pues sí se puede hacer, porque eso es lo que te vamos a mandar, con el documento firmado por el presidente», le contesté. «El documento que va a enviar es político, no es un documento técnico», alegó. Le propuse que dijera que el señor presidente estaba remitiendo un documento anexo para explicar las razones del presupuesto, independientemente de técnicas económicas, que vayan en el propio presupuesto. Se ocasionó un problema porque, además, los documentos eran totalmente contradictorios. Uno era un documento técnico. Y otro era el del presidente.

Se complicó en la Cámara. Los diputados tomaron el documento del

presidente para molestar al Gobierno. Y a los pocos días, el presidente, después de tener un encuentro con Urzúa, decidió nombrar a Arturo Herrera como secretario de Hacienda.

Además, decidió no nombrar a ningún interlocutor de los propuestos con la iniciativa privada. Determinó nombrar al ingeniero Esquer, que obviamente de ductos no tenía ni la más remota idea. Pero el presidente le tenía confianza y lo nombró. El ingeniero Esquer, que es una persona muy leal al presidente, participó en todas las reuniones técnicas hasta que el problema se resolvió en una reunión entre el ingeniero Slim y Bartlett, donde, obviamente, Bartlett cedió a los planteamientos seguramente más acabados que hacía Carlos Slim. Así terminó el asunto de los ductos, con la renuncia de Carlos Urzúa.

El presidente entendía la economía como un tema ideológico y no como un tema técnico.

Ya hemos dicho que el presidente no es un buen administrador. Es un líder, un gran líder, pero no es un administrador ni un economista. Entendía que debía tener en el presupuesto las cosas que hicieran falta para construir las obras y las que se requirieran porque, como mil veces lo declaró, el presupuesto era del pueblo y al pueblo tenía que regresar. Así que no le importaba incluir todos los proyectos que él quería, independientemente de la razonabilidad económica de los mismos. Había razones evidentemente políticas, y esa era la tarea del presidente. Eso era lo que él entendía y defendía. Recordemos que también tuvo un conflicto por lo mismo con Gerardo Esquivel.

Lo había nombrado subsecretario de Egresos y no llegó a asumir el cargo porque se peleó por el presupuesto: Esquivel le explicaba al presidente que esto o aquello ya no cabía en el presupuesto. «No —le respondía—, no te estoy diciendo si cabe o no, te estoy diciendo que incluyas eso en el presupuesto de egresos, porque eso es lo que yo quiero tener de presupuesto». Resultaba imposible conciliar la parte económica con la parte política.

Creo que una economía sana resiste una mala política, pero una buena política no resiste una economía en problemas. Hoy el mandante en todo es la economía. La política es muy importante —como dice el señor presidente—, es todo un arte, la principal acción del individuo. Pero si no

hay una política económica que funcione, difícilmente se va a poder operar el país. Muchos son los problemas que hoy tiene la presidenta Sheinbaum por las condiciones económicas que vive México.

Tuve muchas reuniones con Manuel Bartlett e, independientemente del tema de los ductos, era un tipo muy complicado, verdaderamente duro. Tuve tanto conflicto con él que el presidente me pidió que no interviniera en la reforma eléctrica. Me dijo: «Tú tienes tan mala relación con Bartlett que mejor no te metas a la reforma eléctrica. No quiero que ni la toques. No quiero que ni la veas».

¿Nada de la reforma energética pasó por tus manos como consejero jurídico?

Nada. Fue elaborada completamente por Bartlett. Y toda la reforma eléctrica fue declarada inconstitucional por la Suprema Corte. En el jurídico de Bartlett no había buenos abogados.

Yo no simpatizaba con él por una sola razón: Bartlett amenazó de muerte a mi papá. Yo le dije: «Licenciado, ¿cómo quiere que usted y yo nos llevemos bien si somos diametralmente opuestos? Usted estuvo en la policía, vea dónde está, vea los planteamientos que hace». Quiero decir también que había una relación muy cercana entre Bartlett y Rocío Nahle. De hecho, creo que en muchas cosas Bartlett manipulaba a Nahle; hacían equipo y para todo estaban juntos. Así se trabajó el tema de la energía del país.

Por el otro lado estaban Octavio Romero y su gente en la parte petrolera. Octavio es muy cercano a López Obrador y tenía independencia; no necesitaba a Rocío para trabajar con la Secretaría de Energía.

Un día le dijo el presidente a Rocío que le parecía que la Secretaría de Energía no servía para nada, que lo que debía hacer era nombrarla «Secretaría de las Refinerías». El presidente buscaba funcionarios que hicieran la chamba que él les encomendaba. Un día le dijo a Olga Sánchez Cordero: «Señora, yo quiero que la Secretaría de Gobernación solo vea el caso Ayotzinapa. Usted es la secretaria de Ayotzinapa». «Señor presidente —respondió Olga—, la secretaria de Gobernación tiene funciones legales que debe cumplir». «Bueno, pues a mí —le contestó—, eso no me importa. Me importa que usted sepa que yo quiero que se encargue de resolver el asunto Ayotzinapa, que es lo más importante para mí, que es

mi compromiso número 100. Eso es lo que yo quiero».

Así era el presidente y así trabajaba el Gobierno. Tenía funcionarios —en este caso uno que no le ayudaba, como Bartlett— que hoy, ya fuera del Gobierno, vemos que dejaron un faltante de energía eléctrica y que todo eso fue construido por Manuel Bartlett, porque fue él quien convenció al presidente de que estábamos bien, que no había problema, que eran solo pretextos de la iniciativa privada para tratar de producir y vender la energía a precios por encima de la razonabilidad económica de la gente amolada y sacarle un recurso al Gobierno. Bartlett también puede estar entre esos funcionarios: 90% lealtad —que lo dudo— y 10% de eficacia o menos.

La política energética del Gobierno tuvo un costo altísimo; quizás es uno de los temas donde mayor déficit tuvo la administración pasada, incluyendo la refinería de Dos Bocas, donde se terminaron invirtiendo casi 25000 millones de dólares.

Dos Bocas la construyó Rocío Nahle; Octavio Romero no tuvo nada que ver con la refinería. Incluso el presupuesto que se le otorgaba a Dos Bocas venía separado del de Pemex y, en general, del energético. Ahí venía un presupuesto directamente para Dos Bocas, aunque se lo tenían que asignar a Pemex, porque la refinería finalmente iba a ser de Petróleos Mexicanos. Era enorme. Miles de millones de dólares se erogaron en Dos Bocas. Así que todo el mérito, o el demérito del Gobierno en la construcción de la refinería, se lo llevó Rocío completito, y hay que exculpar a Octavio Romero de ese tema.

¿Qué tanta fue la influencia de Manuel Bartlett en la política energética?

Sobre Rocío, toda. Manuel Bartlett operaba a Rocío Nahle en muchas de las cosas que ella planteaba, porque realmente la Secretaría de Energía no contaba: daba algunos permisos, como los de las gasolineras, de las almacenadoras, de las transportadoras, etcétera. Pero el grueso de la Secretaría de Energía era, por un lado, Pemex, que no controlaba Rocío, y por otro, la CFE, que controlaba directamente Manuel. Se hizo una refinería para que Rocío pudiera tener ese empleo.

También hubo decisiones controvertidas y entraste en conflicto —porque eran conflictos jurídicos— con Raquel Buenrostro, primero estando ella en la Oficialía Mayor.

Desde antes de que ingresara al Gobierno, el presidente pretendía hacer compras consolidadas e inició un proceso de diálogo con la mayoría de quienes iban a ser secretarios de Estado, para comunicarles que Raquel se encargaría de las compras.

Creo que desde los gobiernos anteriores existía la intención de hacer compras consolidadas de medicamentos, pero en este caso no se planteaban solo las medicinas: se contemplaba una compra generalizada de todos los productos del Gobierno. En algunos casos tiene mucha lógica porque, por ejemplo, hay productos de uso masivo que se adquieren en el Gobierno federal y en cada uno de los Gobiernos estatales. ¿Y por qué tendrían que ser a precios diferentes? ¿Por qué patrullas iguales tienen distintos costos en diferentes estados? ¿Por qué el descuento por vales de despensa es uno en el Gobierno de la ciudad y otro en el Gobierno federal? No tiene lógica alguna.

Desde ese punto de vista, las compras consolidadas tienen mucho sentido, pero hay que cuidarlas mucho. No se pueden hacer compras consolidadas de todos los productos; no se puede consolidar a Pemex para comprarlo desde la Oficialía Mayor de ningún lado. Manejar Pemex desde dentro debe ser dificilísimo, pero desde fuera debe ser imposible y puede provocar distorsiones enormes.

El director de Pemex tiene que estar inmerso todos los días en la administración: en las finanzas, en la producción, en la salida de los productos, en todo lo que tiene que hacer Petróleos. Aunque quisiera el secretario de Energía —o la Secretaría de Energía, en aquel caso—, no lo puede hacer desde su oficina: lo tiene que hacer el director de Pemex. Como en la CFE, que la debe operar su director. Esas compras las tienen que hacer ellos; no se pueden manejar desde ninguna Oficialía Mayor, por más fuerza que tenga. Es tal el número de cosas que opera el Gobierno, que la consolidación —salvo algunos casos, como comentamos— parecía imposible.

Me decía el secretario de la Defensa, el general Sandoval, en alguna ocasión, que el primer año posterior a la creación de la Guardia Nacional, cuando todavía

estaba en la Secretaría de Seguridad, se sufrió mucho por eso, porque en la compra consolidada se pedían una serie de cosas —equipos y demás— que a la Guardia, al Ejército, no le servían, porque nuestros equipos —me decía— eran de otras características, de otras marcas; no eran compatibles con lo que se estaba comprando o con lo que ya teníamos. Las compras consolidadas, como estaban pensadas, por ejemplo, a la Guardia Nacional no le sirvieron.

Hubo momentos, en la creación de la Guardia Nacional, en los que el Ejército tuvo que darles camiones, camionetas, armas, todo, a los propios militares que se transferían a la Guardia, porque los militares de la Guardia Nacional decían: «Es que aquí no tenemos los elementos que necesitamos para el combate, para la defensa, para la vigilancia», que son muy específicos.

El secretario de la Defensa tenía toda la razón, porque eso lo tuvieron que hacer durante mucho tiempo, hasta que finalmente se consolidó la Guardia y el Ejército empezó a comprar para la Guardia lo que esta necesitaba. Claro, con el visto bueno de la Secretaría de Seguridad Pública. Ya cuando pasó a la Defensa, ellos hicieron la compra completa, sin intervención de nadie, pero hubo problemas gigantescos.

El hecho es que Raquel se encargaba de eso durante los primeros meses de gobierno. Luego el presidente decidió hacerla directora del SAT. A mí todavía me tocó verla en funciones de directora del SAT, pero me tocó trabajar con el general secretario de la Defensa, con el de Marina y con el de Hacienda en la creación de la Unidad de Aduanas, que sacamos del SAT, porque el presidente tenía razón cuando decía que no podía encargarles a los civiles la seguridad de las aduanas, cuando del otro lado teníamos mañosos, malosos o delincuentes que tenían todas las armas, todas las capacidades, todos los recursos para hacer lo que quisieran dentro de las aduanas. Se necesitaba personal con la fortaleza, el músculo y la capacidad para operar las aduanas. Entonces, el presidente creó la Agencia Nacional de Aduanas.

Me encargó que hiciéramos la Agencia; que nos reuniéramos con los tres secretarios, con la directora del SAT y con el director de Aduanas —entonces Horacio Duarte—. Nos reuníamos cada semana, a veces dos o tres días a la semana, para ir dándole forma y estructura a la Agencia. Había dos problemas fundamentales en los que difería la directora del SAT

de los secretarios de Marina, Defensa y Hacienda. Básicamente, decía que la administración de Aduanas debía estar gobernada y coordinada por el SAT, porque el SAT había logrado crear sistemas tan robustos que era capaz de operar sin problema la administración. Llevarla afuera —decía Raquel — iba a provocar un doble costo, porque habría otra administración, adicional a la que ya teníamos en el SAT, y en el SAT quedaría sin uso todo el personal con esa tarea, que son miles de personas.

Y, segundo, existía un fideicomiso donde entraba el impuesto aduanero que el señor presidente, en su momento, cuando decidió que desapareciéramos los fideicomisos, pidió que sirviera para que no solo las aduanas tuvieran internamente la infraestructura necesaria para su operación, sino que todas las obras de infraestructura externa que llegaran a las aduanas fueran financiadas con esos recursos del fideicomiso, cosa a la que la directora del SAT se oponía.

Hubo muchas reuniones, con discusiones álgidas, hasta que desesperamos al presidente porque no le llevábamos la resolución final. En reunión con él —las mismas personas de Marina, Hacienda, Defensa, el SAT y un servidor— le planteamos que era la primera vez que un servidor llevaba dos proyectos distintos de decreto para su análisis y firma.

El primero partía de las consideraciones de la directora del SAT: una agencia aduanal que dependiera del Servicio de Administración Tributaria. Y el segundo era el que pretendían los señores secretarios: que la parte administrativa pasara del lado de la Agencia y que el fideicomiso de los recursos estuviera coordinado y operado junto con la directora del SAT, pero también con los sectores de Hacienda, Marina y Defensa.

A quien le tocaba plantear el acuerdo al que se había llegado —o el desacuerdo en el que estábamos— era al secretario de Marina. Pero el almirante, poquito antes de entrar a la reunión, me dijo: «Don Julio, usted trabajó mejor el asunto; explíqueselo usted al presidente para que no vaya a haber ningún problema». Y entonces me tocó explicárselo, porque era la primera vez que llevábamos a su consideración dos decretos.

¿Que implicaban dos políticas completamente diferentes, con consecuencias muy diferentes?

Claro. Entonces le dije al presidente que los llevaba así por vez primera

para que definiera su preferencia. Ambos estaban perfectamente construidos, perfectamente legalizados; no tendrían ningún problema. Y el presidente, que es muy vivo, me dijo que estaba bien que hubiera llevado los dos, pero que quería conocer mi parecer. Opinaba que, si ya se estaba creando la Agencia, merecía tener su propia administración. Y también opiné que, en lo que se estaba pidiendo sobre el fideicomiso, entraran los secretarios: me parecía lo más natural del mundo, porque finalmente ellos serían los operadores de los recursos.

El presidente dijo estar de acuerdo con ese proyecto. Entonces, la directora del SAT manifestó su inconformidad. «El SAT así no va a servir», alegaba. Y el presidente le insistió: «Pues así lo vamos a dejar», en un tono —yo diría— de gran molestia.

Esas desavenencias, esa falta de acuerdos entre los secretarios, eran constantes. El presidente siempre trataba de armonizar; pero, reitero, escuchaba las opiniones de cada uno y solo entonces decidía. Sometía los argumentos a la interpretación de cada uno de nosotros para poder tomar una determinación más informada.

Por otra parte, es muy importante decir que, con tal de no irritarse con algunos funcionarios, con tal de no tener conflictos para que ciertas cosas que él deseaba se llevaran a cabo, me decía que no quería acuerdos firmados por los secretarios. Hay dos formas de instruir que tiene un presidente: una es a través de decretos y otra, a través de acuerdos. Los acuerdos los construyen los secretarios, y los decretos los firma el presidente de la República. Y él quería que muchas cosas se hicieran por decreto. En incontables ocasiones le dije que no había necesidad de firmar, porque no tenía que asumir la responsabilidad de todo: eso correspondía al campo estricto de los secretarios. «No —me decía—, hazlo por un decreto y ese decreto lo firmo y se acabó el problema».

¿Por qué? ¿Cuál era la lógica de eso? ¿Que no se tergiversaran las ideas que él quería imponer?

No. El presidente tenía muy clara su visión de país, lo que quería del Gobierno. Siempre trataba de escuchar, pero era él quien optaba, porque ya traía un proyecto de nación desde hacía mucho tiempo. Determinó cómo iba a ser México desde 2006 y, en 2018, tenía la certeza de lo que se haría. Por eso no dudó en lo de la refinería; no dudó en lo del aeropuerto;

desde antes de empezar su gobierno sabía que tenía que hacer el Tren Maya, incluso a costa de deshacer Fonatur para construirlo.

———•———

Fonatur era una institución que creó el Banco de México con un notable éxito en el ámbito turístico: construyó Cancún, Ixtapa; buena parte del turismo en México se fortaleció gracias a ese fondo. López Obrador lo hizo añicos para construir el Tren Maya. Nos puede gustar o no la obra del tren, pero se construyó. Ahora, también nos puede gustar o no que se haya destruido Fonatur, porque no quedó nada. Pero, de esa misma forma, se cambiaron muchas instituciones.

Por ejemplo, el Instituto Nacional de la Infraestructura Física Educativa, que se dedicaba a la construcción de escuelas. Estando un día en reunión de gabinete, decidió que había que hacer *La Escuela es Nuestra*. El argumento era que los burócratas siempre habían utilizado la construcción de escuelas para hacer negocios. «¿Para qué —se preguntaba — hacemos las escuelas a través de estos señores? Tenemos suficientes escuelas; lo que hay que hacer es arreglarlas y desaparecer lo que hay, para darles dinero a las escuelas desde la Tesorería de la Federación». Así mandató este programa. Se otorgaron los recursos a las escuelas —creo recordar que 500000 pesos para escuelas de más de 150 alumnos— para que se reconstruyeran muchas de las escuelas de México.

Pero también hay una idea que es muy controvertida: para implementar ciertos programas —necesarios o no, positivos o no— se desechaban instituciones que podrían haber tenido actos de corrupción o de ineficiencia, pero que eran instituciones que hubieran podido servir para el fin para el que fueron creadas, y simplemente se eliminaban. Tú lo decías, por ejemplo, con el Fonatur o el del instituto de construcción de escuelas: se desechaban las instituciones para poder tener un camino más rápido —vamos a llamarlo así— o más directo, vía el propio presidente de la República.

En el caso de las escuelas, se destruyó una institución para crear otra nueva. Porque, si bien las instituciones se tenían que normalizar, se tenía que mantener *La Escuela es Nuestra*; se tiene que seguir dando recursos a las escuelas para que sigan promoviéndose, administrándose, mejorándose en su infraestructura, en su mantenimiento y en su calidad educativa.

¿No se podría haber hecho lo mismo desde la institución que ya existía?

Sí, pero pasaba por toda una burocracia, y esa burocracia te consumía recursos. El presidente pensó que los recursos fueran directamente a las escuelas; eso ahorraba muchísimos recursos que se usaban en mantener directores generales, subdirectores, la infraestructura misma, la bonita oficina que tenían allá en San Ángel, en Avenida Universidad.

Yo no estoy al 100% de acuerdo con que estructuras que habían servido se deshicieran, porque el Fonatur, por ejemplo, mantenía Cancún, mantenía Ixtapa, tenía el control de muchísimos terrenos turísticos. Se podía hacer el Tren Maya como un proyecto especial de Fonatur, pero no deshacer todo lo que era Fonatur para hacer el tren. Ese es el error. A veces pecábamos de extremistas en cuanto a lo que había que hacer con las instituciones.

Ya se nos olvidó, pero el presidente de la República acabó con todos los fideicomisos que se habían creado durante años y años. Los arrasó. Dejó muy poquitos.

No sé si era legal desaparecer los fideicomisos. Me imagino que, además, debió haber sido un trabajo titánico decidir dónde quedaban esos recursos, quién los administraba, cómo se desarrollaban. Muchos tenían un respaldo legal sólido.

Me tocó construir la parte legal para eliminar prácticamente todos los fideicomisos. La parte financiera, la del dinero, la veía directamente el subsecretario de Egresos con el presidente de la República: la forma de reasignar los recursos públicos contenidos en cada fideicomiso. En unas cosas acertamos y en otras no, porque los fideicomisos son instrumentos transparentes que requieren de muy poquita burocracia, prácticamente ninguna. Obviamente desaparecieron muchos que hubieran podido servir, que hubieran podido seguirse manteniendo como estaban.

Tuvieron un desarrollo en Valle de Bravo, en el Estado de México, en relación con las Fuerzas Armadas, que también terminó estando en el escritorio de la Consejería Jurídica.

Ese fue un proyecto muy bueno, muy generoso, que se hizo directamente con el Ejército. Javier Duarte, el gobernador de Veracruz —que estuvo y

está en la cárcel—, compró un montón de terrenos y de ranchos en Valle de Bravo; los compró básicamente para la construcción de sus casas y equipamientos, para tener sus caballos: tenía un club deportivo y un montonal de casas elegantísimas, enormes.

El Gobierno federal rescató, a través de la Fiscalía General de la República, la mitad de los terrenos propiedad de Duarte en Valle de Bravo. El Gobierno de Veracruz tenía el 25% de esos terrenos, porque eso lo rescató Miguel Ángel Yunes cuando fue gobernador e inició el proceso para llevar a la cárcel a Duarte. El otro 25% estaba en manos del que fue secretario de Finanzas de Duarte, que estaba prófugo en Canadá.

Logramos que el presidente, junto con el secretario de la Defensa, aceptara hacer un campo hípico en Valle de Bravo que le diera respaldo al rancho de Santa Gertrudis, en Chihuahua, donde están los criaderos de caballos del Ejército. De lo que se trataba era de tener un rancho donde hacer las montas, para que el Ejército mexicano tuviera buenos caballos y mejores. Muchos empresarios colaboraron con el Ejército mexicano para que esto se pudiera dar. El Ejército construyó caballerizas, remodeló toda la parte de infraestructura de habitaciones para que se pudiera quedar su gente. Y lo hizo muy bien, porque el anterior secretario de la Defensa, el general Sandoval, y el hoy secretario de la Defensa, el general Trevilla, pertenecen a la caballería y tenían un interés muy particular en que México recuperara el nivel que tenía a nivel olímpico y en caballos finos para salto y para todos esos menesteres.

Se hizo un gran trabajo. Se logró que el tesorero de Duarte diera al Gobierno —o que el Gobierno se pudiera adjudicar— esos terrenos para prácticamente tener el 100% del rancho. Se construyó un proyecto muy lindo, del que estoy muy orgulloso, porque es una de las cosas que se pudo llevar a cabo sin ningún problema. Todo mundo colaboró en ese proyecto y la verdad es que funciona muy bien.

Cuando uno termina viendo los proyectos que se desarrollaron, hay un nivel de eficiencia muy distinto entre los que encabezó el Ejército y muchos proyectos civiles. La comparación, en ese sentido, entre el Tren Maya y Dos Bocas, es evidente.

Es muy diferente porque el Ejército está muy disciplinado. Tiene una capacidad técnica y de construcción magnífica. Y lo que se hizo en Dos

Bocas fue solo con constructores privados, empresas del sector privado haciendo la refinería.

Además, a diferencia de otros proyectos, en lugar de darle a una empresa la dirección de la construcción de la refinería, se distribuyó entre varias empresas, cada una haciendo una parte. Y, según la información, con un costo mucho mayor, porque no terminaron de cumplir con todas sus responsabilidades.

Así son prácticamente todos los proyectos enormes cuando se construyen desde el sector público: se contrata un montón de gente, se hace un montón de licitaciones, ganan unos y ganan otros, y luego vienen todos estos aspectos que acaban por no funcionarle bien al Gobierno. Ese es el gran mérito de haberlo hecho con el Ejército, de haber realizado ciertos proyectos estratégicos de la mano del Ejército. No se ven cosas hechas por el Ejército que queden tiradas. El nuevo Colegio Militar es una obra majestuosa de la que no se habla. Se rehízo todo el Colegio Militar, que databa de la época de López Portillo. En 45 años no se le había metido un centavo. Se le hizo una remodelación de tal magnitud que hoy es un nuevo Colegio Militar. Quedó perfecto. Son las obras que hace el Ejército mexicano y de las que nadie parece enterarse. Los que participamos en esas tareas sabíamos que estaba en construcción, pero el Ejército nunca salió a festinarlo. Pero ahí está la obra, al servicio de los militares.

28
La salida

Después de tres años, y poco antes del informe presidencial de 2021, renuncias a la Consejería Jurídica y dejas el Gobierno. ¿Cómo fue tu salida, después de tener un papel realmente muy protagónico en la administración López Obrador? ¿Por qué decides salir?

Había tomado, desde el inicio del sexenio, la decisión de no terminar en el gobierno del presidente López Obrador. Hay muchas áreas de actividad para los profesionistas que, a veces, pueden ser mejores que el servicio público, básicamente las especializadas, entre las que está la mía, la de abogado. Tenía que regresar a mi oficina particular, ver cómo estaba mi trabajo de años; sentía que necesitaba de mi atención.

Vinieron muchos momentos en donde yo le fui planteando al presidente la idea de que me iba a separar del Gobierno. Tres o cuatro semanas antes, le dije que debíamos conversar porque quería separarme de mi responsabilidad. Al principio no lo creyó. «Estamos bien —me dijo—, estamos trabajando contentos, estamos haciendo muchas cosas buenas, va bien el país. Tienes que estar muy satisfecho, muy contento. Vamos a hacer más cosas; ya no necesariamente vendrán todas las reformas que hemos hecho, pero va a haber muchas cosas por hacer».

En la siguiente conversación le volví a decir: «Presidente, como le platiqué desde el principio, antes de que iniciáramos el gobierno, tengo que retomar mi vida privada. Voy a tener que estar un año o dos sin litigar; necesito recuperar mi espacio laboral. Llegué a una edad que me da todavía para hacer mi trabajo allá afuera. Tengo el interés y la voluntad de dejar el Gobierno». Ahí el presidente lo empezó a tomar con mayor seriedad. «Está bien —dijo—, lo vamos a discutir».

Quince días antes de mi salida del Gobierno, el presidente me invitó a desayunar una vez terminada una mañanera y me preguntó: «A ver, explícame por qué te quieres ir». Y le expliqué lo mismo que acabo de decir. Me dijo que lo pensara con toda calma: «Piénsalo muy bien, y en

estos días volvemos a juntarnos a desayunar y conversamos el asunto. Yo voy a hacer lo que tú quieras, no tengo inconveniente, pero piénsalo muy bien».

Lo pensé muchísimo. Trabajar con López Obrador me daba, en ese momento, una gran satisfacción. Fue una de las grandes satisfacciones de mi vida.

López Obrador siempre tuvo una actitud permanente de generosidad para mi persona; nunca tuvo voluntad de molestarme, al contrario. Seguramente hubo ocasiones en que llegó a enfadarse conmigo por algunas cosas que pasaban en el Gobierno, en la administración; asuntos que no salían bien, que no iban de acuerdo con lo que él exactamente quería, o muchas de las cosas que yo le recomendaba no le gustaban. Tampoco le agradaba que lo contradijera. Si el presidente tomaba una decisión y le decías que estaba equivocado, se enojaba o se molestaba. Regularmente sopesaba otras opiniones, pero no siempre era fácil tratarle asuntos.

Una semana antes de irme, nos sentamos nuevamente a desayunar y le confirmé que estaba en lo dicho. Y él me confió: «Julio, me voy a cerrar más, voy a necesitar entonces ayuda, porque ya entendí que hay muchas cosas que no puedo hacer tratando de negociar. Entonces necesito volcarme hacia adentro. Piénsalo». Le contesté: «Señor presidente, si usted decide cerrarse como me lo está planteando, yo no tengo nada que hacer en el Gobierno, nada». Porque una de las cosas que el presidente permitía era una cierta apertura, para que muchos actores sin voz tuvieran una interlocución que solía pasar por mí y así pudiera llegar hasta él. Pero si se cerraba a escuchar, a compartir —no a negociar, porque el presidente de la República no negocia, pero sí accede a ciertas cosas que pueden ayudar a la buena comunicación y a la buena relación tanto con el sector privado como con el sector social—, mi responsabilidad perdía su razón de ser.

Si eso se acababa, mi labor ya no tenía sentido. Entonces me dijo que estaba bien, pero que me quería pedir un favor. Era un lunes. «Quiero que vayas a cenar con tu mujer y con Beatriz a la casa. Quiero que cenemos juntos, que estemos juntos, que conversemos los cuatro».

Dos días antes del informe presidencial nos reunimos con Andrés y con Beatriz. Fue una tarde preciosa. Nos ofrecieron unos canapés como en los viejos tiempos. No había nadie que sirviera: estábamos solos en Palacio. El

presidente estaba de muy buen humor, muy contento; se echó unos *whiskies*. Yo no bebo: tomé solo una copa de vino. Terminamos la cena y me dijo que me iba a pedir un último favor. Primero, que platicáramos la mañana del día siguiente. Y segundo, que, pasara lo que pasara, fuera yo al informe presidencial el 1.° de septiembre. «Quiero que estés conmigo», dijo.

Nos sentamos al día siguiente y el presidente me dijo: «Te quiero hacer una oferta». «La que usted me diga». «Te ofrezco ser secretario del Trabajo, no te vayas del Gobierno». Le contesté: «Presidente, yo no estoy buscando ninguna secretaría. Yo lo que le estoy planteando es regresarme al sector privado y hacer mi trabajo, el que me toque. Y por supuesto, yo voy a seguir estando orgulloso de usted y compartiendo con usted todo, pero necesito regresar a mi despacho». Insistió: «Acepta entonces ser ministro de la Corte». «Señor presidente, no puedo ser ministro de la Corte por una sola razón, no quiero pasar del Ejecutivo al Poder Judicial por decisión suya, tendría que haber una salida de alguien de la Corte para que haya un nuevo ministro. Y yo no me quiero quedar en la corte 15 años a esperar a ver cómo se termina mi vida. Prefiero otras cosas».

Siguió insistiendo: «Dime qué otra cosa, qué quieres». «La verdad es que no sé qué decirle porque no quiero trabajar en el Gobierno, no quiero que usted me ofrezca algo que yo no podría aceptar». Me dijo: «Está bien, está bien. Nada más te quiero decir algo que es muy importante. Yo creo que has tenido tal poder que, cuando salgas del Gobierno va a haber mucha gente que te va a querer lastimar, por eso quiero que sigas conmigo, para cuidarte». «Yo se lo agradezco, señor presidente, pero ya tomé una decisión».

Fui al informe del presidente; ya se había anunciado mi salida. El día anterior, Jesús Ramírez —como siempre, y hablando de quienes me querrían lastimar— empezó a correr el rumor de mi renuncia. Fui el último que llegó al informe; me senté en una silla hasta atrás, estaba solo. Y cuando pasaron frente a mí el presidente y Beatriz, fueron muy cariñosos: me hicieron un guiño muy cariñoso. Dejé el Gobierno con un buen sabor de boca.

El presidente te despide públicamente en una mañanera.

Afectuosa, muy linda; fue al día siguiente. Estuvimos en el Gabinete de

Seguridad y, terminando, el presidente dijo que quería platicarme otra cosa que lo tenía un poco —no recuerdo la palabra exacta—, pero algo así como un poco «tristón». «Julio decidió irse del Gobierno. Les quiero pedir que nos despidamos todos de él con un aplauso». Y todos los secretarios del despacho se pararon de sus asientos y me ofrecieron un aplauso que todavía conservo en la mente y en el corazón.

Asistimos a la mañanera el presidente y yo solos, abrazados, desde que salimos del salón donde se hacía el gabinete de seguridad hasta llegar al salón Tesorería. Yo escribí un discurso particularmente afectuoso para él, hablando de lo que era la amistad, y el presidente me correspondió —como lo ha hecho con muchos—, pero para mí fue algo muy especial que me nombrara su hermano. La verdad es que yo sigo considerándolo mi hermano. Conservo por él un cariño entrañable. Así fue mi salida del Gobierno. Se ha especulado muchísimo sobre el hecho de que mi renuncia tuviera otros motivos. La decisión fue solo mía.

O sea, tú decidiste salir del Gobierno, no te lo pidió el presidente.

No. El presidente me ofreció, reitero, hacerme secretario de despacho. Pude haber estado en el lugar donde estaba entonces Luisa María Alcalde; no sabría cuál sería mi siguiente paso si hubiera permanecido, pero seguramente me hubiera quedado a seguir trabajando. Y me lo advirtió el presidente: «Te van a lastimar mucho». Y así ha sido: he tenido muchas afrentas; me han lastimado, calumniado, difamado, pero me mantengo entero, y platico todo esto porque creo que llega el momento en que se tienen que aclarar las cosas y esta es una que un día tenía que hacer. Nadie me despidió del Gobierno, nunca. El presidente nunca, ni por asomo, me pidió que me fuera.

Poco antes de mi salida nombró a Adán Augusto secretario y redujo la Consejería Jurídica a una dirección más de la Secretaría de Gobernación, que es la dimensión que le dio el presidente de la República a la nueva consejera jurídica.

Al día siguiente de la salida de Julio Scherer de la Consejería Jurídica publiqué en mi columna, «Razones», un texto que se tituló «El adiós de Julio Scherer». Esto es parte de lo que decíamos entonces.

La salida de Julio Scherer Ibarra de la Consejería Jurídica del Gobierno federal no es una buena noticia. Deja a la administración López Obrador sin el principal interlocutor con diversos actores y sectores sociales: desde empresarios hasta comunicadores, desde legisladores hasta gobernadores, ministros y magistrados, del propio oficialismo y de la oposición. Dejará satisfechos a los sectores duros de la 4T, que consideran —o imaginan— la política con una lógica de imposición.

Scherer era, es, una de las personas más cercanas y leales al presidente López Obrador. Una frase de su carta lo define: «Hay compromisos finitos, los de la lealtad y la amistad son irrenunciables». Eso es lo que hizo a Scherer diferente en esta primera mitad de la administración a buena parte del resto del equipo presidencial. No es solo que tuviera acceso al poder, que varios lo tienen, sino que lo utilizara para allanar problemas, no para provocarlos, para establecer líneas de diálogo incluso con adversarios, para establecer líneas rojas que no se pudieran cruzar, ni por los de adentro ni los de afuera. Y al mismo tiempo para escuchar y ser escuchado sin intermediarios por el presidente, un hombre, a su vez, que no tiene interlocución personal con muchos de esos actores.

No sé quién podrá jugar ese papel, más allá de la buena voluntad política. Porque para eso se necesita conocer y ser conocido, saber que la palabra empeñada se va a cumplir y que en política los acuerdos, las negociaciones, incluso hasta los distanciamientos o rupturas se dialogan. Cuando se ven las reacciones de actores y factores de poder ante la renuncia de Scherer, incluso de los más lejanos a la 4T, se puede aquilatar el tamaño de la pérdida que su salida implica para la administración federal… Por las manos de Scherer pasaron las normas legales (y la operación política, que a veces es incluso más importante) para hacer constitucional los apoyos sociales; los mecanismos para medicinas gratuitas (que después el sector salud convirtiera esas normas en un caos operacional es otro tema); la conculcación de las condonaciones fiscales que significaron enormes recursos para el erario; las leyes que permitieron crear la Guardia Nacional; las leyes de revocación de mandato, que desde 2019 se quedó sin ley reglamentaria. Toda la agenda de cambios constitucionales y legales que se planteó en la primera mitad de su mandato López Obrador se pudo sacar adelante desde esa oficina. Por supuesto que hubo otros actores, políticos, legislativos, empresariales, sociales, que participaron en ese proceso, pero la operación central se llevó desde la Consejería Jurídica.

Ese peso y protagonismo generaron también enconos, sobre todo dentro de la propia administración federal. El episodio de la renuncia, la filtración adelantada de la misma, sin duda desde instancias oficiales, es una demostración de ello. Los golpes que provenían de áreas que se sentían desplazadas de sus funciones por la enorme cantidad de responsabilidades que acumulaba Scherer, también. Pero el hecho es que son muy pocos, realmente muy pocos, los funcionarios que en la administración López Obrador operan y que además lo hacen hacia afuera, no solo hacia el coto cerrado de sus dependencias, muchas veces para tapar sus propias incapacidades.

Hay un capítulo que muestra esa forma de operar de Scherer. Es sabido que él y su familia controlan el paquete accionario de la revista *Proceso*. Con *Proceso* se puede estar o no de acuerdo, pero lo cierto es que Julio le dio, desde su poderosísima posición en el Gobierno, absoluta libertad editorial a la revista que fundó su padre, don Julio Scherer García. Eso implica una forma de ser, de entender la política, la comunicación, las relaciones con los demás. Y esa lógica se aplicó en otros ámbitos, en otras relaciones, en otras negociaciones y, como decíamos, en enfrentamientos y rupturas, porque hasta para eso hay que tener una lógica y una forma de

hacer y entender las cosas.

Scherer y el presidente López Obrador recorrieron un muy largo camino juntos… el presidente pierde a uno de sus grandes colaboradores, con una calidad personal, humana, que será difícil, mucho más difícil aún de reemplazar.

Hoy, cuatro años después, pienso exactamente lo mismo que lo publicado aquel 3 de septiembre de 2021.

29

Los golpes, las respuestas

Dice Jorge Luis Borges que él no habla «de venganzas ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón». Pero Milan Kundera, que ve las cosas desde la óptica de un perseguido por una dictadura, dice que «la historia es la lucha de la memoria contra el olvido». A su salida del Gobierno, Scherer fue objeto de una campaña de venganzas personales y políticas basadas simplemente en la necesidad de ajustar cuentas con un hombre que había tenido mucho poder. «Te van a querer lastimar», le dijo López Obrador a Scherer en su despedida. Lo hicieron. Pero la idea es recuperar la memoria, refutar los frutos de la venganza, recordar que el verdadero modo de vengarse de un enemigo es no parecérsele.

¿Qué pasa después de tu renuncia? Renuncias, el primero de septiembre de 2021. Y a partir de que renuncias, como te había advertido el presidente López Obrador, te comienzan a golpear.

Saliendo del Gobierno, pasadas algunas semanas decidimos mi mujer y yo irnos de viaje a Roma. Estuvimos en Italia para darnos un espacio recreativo, para empezar a hacer otras cosas. Estando por allá, me llamó el fiscal Gertz para decirme que tenía que hablar conmigo. Yo, pensando en que tenía que darle su lugar a mi mujer, decidí llamarle hasta una vez llegado a México. Le llamé y me ofreció un espacio en su agenda para que platicáramos. En la reunión me dijo que yo había inventado una serie de notas en contra suya que parecían más bien una campaña. Le respondí que eso era imposible. ¿Qué interés tendría yo en molestarlo si de alguna forma yo le ayudé a que llegara a la Fiscalía? Eran notas en relación con su familia. Me dijo que yo había manipulado esa información, que me había puesto de acuerdo con una serie de medios para que lo golpearan, empezando por *Proceso*.

Le propuse al fiscal que hiciéramos una reunión con el director de *Proceso*, Jorge Carrasco, para que comprobara que yo no intervenía en los contenidos de la revista. Muy a regañadientes estuvo de acuerdo en que nos juntáramos con Jorge Carrasco. Estando los tres, le dije a Jorge que le explicara al doctor Gertz de qué forma intervenía yo en la operación de la revista. Le confirmó a Gertz que yo no intervenía en *Proceso*. Le explicó que había dejado el Consejo de Administración a la entrada del presidente López Obrador: «Julio no ha regresado al Consejo, nos vemos una vez cada dos, tres meses, simplemente para tomar un café y punto. Y no tiene nada que ver con la operación».

El doctor Gertz le dijo estar muy sentido porque *Proceso* había publicado alguna nota sobre el asunto de su cuñada y la hija de su cuñada, y que le llamaba la atención a Carrasco porque en alguna ocasión había escrito sobre el asunto del hermano de Gertz en términos muy favorables. Que por eso le sorprendía el cambio que había tenido *Proceso*.

Jorge Carrasco le dijo, enfrente mío, que no era que hubiera tenido un cambio de opinión acerca de los sucesos, sino que en aquel entonces *Proceso* no había podido contactar a la contraparte y que lo único que había hecho es relatar la historia que el doctor Gertz había platicado y que lo habían hecho bien. Que, habiendo contado con más información, *Proceso* había empezado a publicar esta información que al doctor Gertz le molestaba, aunque *Proceso* siempre le pidió a su jefe de prensa que le concediera una entrevista para hablar sobre el tema y la oficina de prensa del fiscal les contestó que no era posible.

Entonces Gertz le espetó a Carrasco que estaba muy molesto porque yo había organizado una campaña, que yo había tenido intervención. Carrasco respondió que no sabía de eso, que no lo creía. Y entonces Gertz me dijo a mí: «Mire, Julio, usted tenía una opción: podía optar por tener fiscal amigo o tener fiscal enemigo, y usted optó». Y yo le dije: «Doctor, si es así, no tengo nada que hacer en su oficina, ya me voy». Jorge Carrasco salió conmigo. Nos fuimos. Así empezó aquello que López Obrador me advirtiera: «Vas a tener muchas personas que te quieran lastimar». Gertz inició la andanada.

Estando en el Gobierno, por Miguel Alemán Magnani, me enteré de que

la secretaria de Gobernación le había entregado al presidente de la República una lista de casos y despachos con los que yo tenía relación y que estaba llevando asuntos de manera personal, particular, al margen de lo que se hacía en el Gobierno para obtener cuantiosas sumas de dinero.

Pero, tú habías dejado esos despachos al asumir el Gobierno.

Incluso en mi declaración patrimonial de entrada y en mi currículum declaré que había trabajado con esos despachos. Yo le dije al presidente, llevándole el documento, que sería muy bueno que lo platicáramos, incluso con Olga Sánchez Cordero. Y el presidente me dijo que no lo tomara en cuenta: «Son chismes». Le contesté: «Presidente, los chismes son para aclararlos, y yo creo que vale mucho la pena aclararlos». El presidente se negó, sostuvo que el asunto no era digno de tomarse en cuenta. «Déjalo», me pidió. Pero esa misma lista se convirtió de repente en temas torcidos.

Empezamos por el asunto de Juan Collado, un abogado que en su momento fue relevante, toda vez que tenía clientes muy importantes, en un principio Carlos Salinas de Gortari, en otro, Enrique Peña. Juan Collado cometió un fraude en el estado de Querétaro y fue acusado por la Fiscalía. Se le giraron a Juan Collado órdenes de aprehensión y estuvo en la cárcel por un tiempo. Pero cuando empezaba el asunto, en un momento dado, el presidente me llamó, porque se decía que Juan Collado había depositado 100 millones de dólares en un paraíso fiscal en Andorra. El presidente me llamó y me dijo que había ido a verlo la secretaria de Gobernación, Sánchez Cordero, para transmitirle que el abogado Collado, a través de su hermano, le hacía una oferta para lo que entonces era la rifa del avión presidencial: que estaba dispuesto a comprar el 25% de los boletos, que era el 25% del valor del dinero en Andorra, en boletos para la rifa del avión, a través del Instituto Nacional para Devolverle al Pueblo lo Robado. El presidente me pidió mi opinión, y le dije que yo no creía que fuera el vehículo para que Collado obtuviera un criterio de oportunidad, toda vez que nada tenía que ver el avión ni el donativo que se planteaba con el fraude que habían sufrido algunas personas en Querétaro. Era lo de la Caja Libertad, que fue como se empezó a manifestar ese hecho.

El presidente de la República me dijo que estaba bien, que tenía razón. Entiendo que regresaron con una segunda oferta. El presidente volvió a

consultarme y yo le respondí que, en caso de que se aceptara, yo pensaba que no era lo correcto. El presidente seguramente iba a obtener recursos, porque Juan Collado se dedicaba en parte a eso, a hacer estructuras fiscales fuera de México. Y si los aceptaba, el presidente quedaría atrapado, porque no sabía de quién eran esos recursos. «Creo —sostuve— que no vale la pena». Asintió.

Poco después, estando con mi esposa en Miami, al finalizar una comida, se nos acercó una muchacha con un niño en brazos. Esa señora me preguntó que si yo me llamaba Julio Scherer. Contesté afirmativamente. En ese momento llegó otro joven presentándose como hijo de Juan Collado. La muchacha me dijo que ella se llamaba Mar Collado y que, como yo sabía, su papá estaba detenido, que necesitaban platicar conmigo. Les dije que sí, les di mi teléfono; quedamos en concertar una cita cuando ellos estuvieran en México. Ya de regreso, en la primera ocasión que tuve de conversar con el presidente, le dije que me los había encontrado, que me habían pedido una cita y que seguramente estaban por llamarme, que si él quería que los recibiera o no, y me dijo: «Por supuesto que sí, recíbelos, ve qué es lo que quieren».

Los atendí y entonces me dijeron que venían a verme con objeto de ver cómo se podía hacer para que su padre saliera de prisión. Les dije que el asunto correspondía a la Fiscalía, que cualquier gestión se debía hacer ahí, pero de todas maneras me pidieron que lo comentara con el señor presidente, que ellos habían hecho algunas gestiones para excarcelar a su papá y querían preguntarme a mí, o por mi conducto, si la salida era viable o no. Regresé con el presidente, le referí la conversación y me dijo que mandara ya el asunto a la Fiscalía, que esta la viera y que ellos resolverían.

Los jóvenes se volvieron a juntar conmigo. Tuvimos once reuniones, y en la segunda me entregaron una carta de su padre dirigida al presidente. Este es el texto, resumida la carta, más allá de los saludos protocolarios.

> Señor presidente, no quiero hacerle perder su valioso tiempo. Como es de su conocimiento actualmente enfrento diversos procesos penales en mi contra, los cuales me tienen privado de la libertad y le quiero pedir que me ayude para encontrar una salida a todo este problema […] [Collado refiere a continuación los distintos problemas de salud que sufre]. Le hago esta petición en este momento, ya que considero que Dios les puso en el camino a mis hijos Juan y María del Mar por casualidad en días pasados el encontrarse con el licenciado Julio Scherer

> Ibarra, consejero jurídico de la presidencia que usted encabeza, a quien se acercaron y abordándolo, mi hija Mar, muy emocionada le comentó que era el ángel que estaba buscando hace año y medio para exponerle lo que sucede en mi caso y la situación que estamos viviendo. Encontraron en él a una persona muy humana, empática y dispuesta a escucharlos. Somos conocedores de las capacidades jurídicas y de gestión que en la administración pública federal desarrolla, por lo que tenemos mucha fe en que el licenciado Julio Scherer Ibarra puede ser el canal, si usted otorga su consentimiento, para encontrar una forma jurídica alterna para solucionar los diversos procesos que tengo en mi contra […] [termina expresando su compromiso de acudir a las instancias legales para concluir satisfactoriamente en el marco de la ley sus expedientes].

Hasta ahí la carta de Juan Collado.

Vinieron en alguna reunión adicional con su abogado y yo los encaucé con el licenciado Higuera, el subprocurador. El fiscal general estaba enterado de esto. Ellos hicieron, hasta donde entiendo, varias propuestas a la Fiscalía General y creo que ninguna alcanzó para sacar a su papá de la cárcel.

Estando yo fuera del Gobierno, se acusó a los abogados Juan Araujo y César Omar González de que, llevando el asunto de Juan Collado, le habían pedido como contraprestación un millón de dólares que les habían entregado y que ese dinero había sido parte de una extorsión; que ellos le habían ofrecido con ese dinero sacarlo de la prisión. En ese asunto yo no tuve nada que ver.

El tema empezó a hacerse mediático. Se hablaba de que Juan Collado había ofrecido la Caja Libertad, que era una especie de banco, a cambio de su liberación; que otra vez los intermediarios habían sido Juan Araujo, César Omar González y, en esta ocasión, David Gómez Arnau, que fuera el valuador de este banco. David Gómez Arnau trabajó conmigo muchísimos años atrás, fuimos compañeros de empleo y existe con él una relación cercana. Con Juan Araujo y con César Omar trabajé también: está asentado en mi currículum, pero nunca tuve que ver con el caso en cuestión.

El fiscal, valiéndose de los periódicos, insistía en que yo estaba involucrado en manejos turbios. Incluso una primera plana de *Reforma* se tituló «Fraude de Estado». Nunca había escuchado «fraude de Estado» para

hablar de este asunto: era una barbaridad. El fiscal judicializó la carpeta y el juez al que llegó el procedimiento por parte de la Fiscalía rechazó los cargos en contra de estas personas. Pero incluso el juez sostuvo que, en mi caso, se habían violado mis derechos humanos porque se me estaba increpando, molestando, a través de una judicialización, cuando yo no estaba como parte de los inculpados. ¿Qué tenía yo que ver en eso si no estaba metido en esa carpeta? El juez no solo lo rechazó, incluso decidió someter mi expediente a la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Abro un breve paréntesis. López Obrador tuvo a Rosario Ibarra de Piedra como referente ético y moral. Luchadora social desde los años setenta, su hijo, secuestrado y muerto por autoridades, era incondicional de ella y ella de él. Cuando la señora Ibarra se lanzó como candidata a la Presidencia de la República, mi madre, Susana Ibarra, votó por ella. La llamaba mujer ejemplar. El presidente decidió que fuera su hija presidenta de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos.

Fue una labor titánica la que se tuvo que realizar porque no había pasado como la mejor en comisiones del Senado. Desde un inicio la supimos inexperta en la materia. A mí me tocó constatarlo en carne propia.

Volviendo al juzgado, en una segunda instancia se confirmó que no había un delito en esa carpeta, pero también se dijo en la segunda instancia que no se mandaría la carpeta a la CNDH por lo que se refería a mi persona. Independientemente de eso, fui a la Comisión Nacional a quejarme por las conductas que yo considero arbitrarias del fiscal, injustas y tendenciosas, hasta ilegales. Pero la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, como yo no había visto nunca, en su resolución dijo que, toda vez que había consultado a la Fiscalía General y esta le había dicho que no se violaron mis derechos humanos, entonces no había violación alguna. Esa fue la respuesta que obtuve de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, que encabeza la señora Rosario Piedra Ibarra. Recurrí entonces a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

CNDH
MÉXICO

Comisión Nacional de los Derechos Humanos

QUINTA VISITADURÍA GENERAL

Ciudad de México a 18 de octubre de 2022

CASO	Julio Scherer Ibarra Exp. CNDH/2/2022/5704/Q
PROBLEMÁTICA PLANTEADA	El 23 de mayo de 2022, se recibió en esta Comisión Nacional el oficio JC4/211/2022, suscrito por el Lic. Felipe de Jesús Delgadillo Padierna, Juez de Distrito Especializado en el Sistema Penal Acusatorio adscrito al Centro de Justicia Penal Federal en la Ciudad de México, a través del cual hizo de conocimiento que, el 18 de mayo del año en curso, en la causa penal 130/2022, tuvo verificativo la audiencia inicial de formulación de imputación en la que, previo debate entre las partes se determinó la no vinculación a proceso. No obstante, del desahogo de la audiencia evidenció posibles violaciones a los derechos humanos de los C. Juan [redacted], César [redacted], David [redacted] e Isaac [redacted], por lo que a través del citado oficio, dio vista a esta Comisión Nacional con la finalidad de que si se estimara conveniente se investigue, y determine si existieron conductas irregulares por parte de personal de la Fiscalía General de la República (FGR). Asimismo, el 26 de mayo y 2 de junio de 2022, se recibió este Organismo Autónomo los escritos del C. César [redacted], C. Juan [redacted] y el Lic. Julio Scherer Ibarra, quienes manifestaron presuntas violaciones a sus derechos humanos, atribuibles a personal de la FGR.
GESTIONES REALIZADAS	Al respecto, con objeto de atender el asunto, esta Comisión Nacional solicitó información a la FGR quien informó que la Carpeta de Investigación FGR/FECOC/UEIDCSPCAJ-CDMX/0001645/2021 se sobreseyó en una instancia jurisdiccional y con relación a la Carpeta de Investigación FED/FEAI/FEAI-CDMX/0000122/2022, los quejosos no se encuentran en calidad de imputados, por lo que no tendrían afectación cierta a sus derechos humanos.
DETERMINACIÓN	No obstante, lo anterior conforme a lo dispuesto en el **artículo 125, fracción II**, del Reglamento Interno de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, se concluyó el presente expediente al darse vista al Órgano Interno de Control de la FGR, al ser la instancia encargada de investigar si en su caso, personal actuó conforme a lo que el deber jurídico impone. Es importante precisar que la conclusión del presente expediente se consultó con la Coordinación de Asuntos Jurídicos de este Organismo Nacional.
OBSERVACIONES	El 23 de agosto de 2022, se entregó copia certificada del presente expediente al abogado Santiago Soni Velasco, persona autoriza por el Lic. Julio Scherer Ibarra. Además, sin perjuicio que de contar con nueva información o documentación de la que se advierta una presunta violación a derechos humanos imputable a autoridades o servidores públicos federales, podrán solicitar la reapertura del expediente, con la finalidad de que con fundamento en el artículo 108 del Reglamento Interno de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, se valore y se emita la resolución que en Derecho corresponda.

El documento íntegro se puede consultar escaneando el QR que se encuentra en la sección Anexos, al final de este libro.

Ante la persecución ilegal de la que había sido objeto, y más allá de que ninguna causa prosperó legalmente, Julio Scherer Ibarra presentó el caso ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el 11 de diciembre de 2023. Fue aceptado e ingresado por la CIDH y se fijó, el 1.° de agosto del 2024, un plazo de tres meses para que el Gobierno mexicano presentara observaciones a la demanda presentada. Ha pasado más de un año desde entonces y ni el Gobierno federal ni la FGR contestaron o presentaron observación alguna respecto a la resolución de la CIDH.

La resolución puede ser consultada en la CIDH, como el caso *Julio Scherer Ibarra, P-2550-23, México*.

CIDH Comisión Interamericana de Derechos Humanos

OEA Más derechos para más gente

26 de junio de 2024

REF: **Julio Scherer Ibarra**
Solicitud de medidas cautelares
MC-427-23
México

A la parte solicitante:

Tengo el agrado de comunicarme en nombre de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en relación con el asunto de referencia.

En esta oportunidad cumplo con indicar que la Comisión ha examinado sus registros de solicitudes de medidas cautelares presentadas y, luego de observar que, pese a encontrarse vencido el plazo otorgado en la comunicación en **anexo**, no se ha recibido respuesta por su parte, de tal forma que su solicitud ha sido desactivada. Para obtener más información al respecto, la Resolución 3/2018 se encuentra disponible en http://www.oas.org/es/cidh/decisiones/pdf/Resolucion-3-18-es.pdf.

De ser pertinente y considerar que su situación actual cumple con los requisitos establecidos en el artículo 25 del Reglamento, es posible presentar una nueva solicitud de medida cautelar mediante el Portal del Sistema Individual de Peticiones de la CIDH: http://www.oas.org/es/cidh/portal/. El Portal es la vía principal y más ágil para la presentación de solicitudes de medidas cautelares ante la CIDH. A través del Portal de la CIDH podrá presentar su denuncia de forma rápida, segura y gratuita. Adicionalmente, el Portal presenta la ventaja de facilitar el recibo de notificaciones que eventualmente haga la CIDH y el seguimiento de su solicitud.

Para más información sobre cómo presentar una solicitud de medidas cautelares, acceda a https://www.oas.org/es/CIDH/jsForm/?File=/es/cidh/decisiones/mc/presente-cautelar.asp.

Parte solicitante
Julio Scherer Ibarra

Jose [redacted]

Maurilio Santiago Reyes
Centro de Derechos Humanos y
Asesoría a Pueblos Indígenas

Anexo

El documento íntegro se puede consultar escaneando el QR que se encuentra en la sección Anexos, al final de este libro.

El asunto continuó mediáticamente, pero no hubo ni hay, hasta donde resolvió la justicia, nada nuevo. Aun así, no dejaron de infamarme. Incluso, es del conocimiento público que el fiscal le propuso al señor Collado que le darían un criterio de oportunidad si me denunciaba a mí, que fue lo que trató de hacer Collado. La verdad es que, al final, el asunto perdió méritos, se acabó. Hoy no tienen nada, pero el daño ya estaba hecho.

Al presidente López Obrador, en las mañaneras, le preguntaban sobre la cuestión en que estaban inmiscuidos el fiscal general y el consejero jurídico. Respondió varias veces: «Yo le tengo confianza al fiscal». Cada vez que contestaba así, yo sentía una puñalada al corazón, porque el presidente de la República trabajaba conmigo algunos asuntos que él quería que le tratáramos al fiscal, jamás con el fiscal de manera directa, siempre por conducto mío. Y si el presidente tenía una relación con el fiscal, debió ser muy discreta, porque yo nunca la vi. Entonces, cuando el presidente se expresaba de ese modo, a mí me generaba una desilusión muy grande porque nunca dijo: «Yo le tengo confianza al fiscal, pero también le tengo confianza a Julio». Nunca lo mencionó después de conocernos a profundidad, de haberme nombrado hermano, de haber pasado tantísimos años juntos.

Veinte años. ¿Nunca te llamó el presidente por esos temas? ¿Nunca hablaste de eso con el presidente?

Nos vimos al final del primer año después de que dejé el Gobierno, en 2021. Le dije que no entendía yo a Gertz, no comprendía lo que estaba pasando con él. Me pidió que estuviera tranquilo: «Lees muchos periódicos —dijo—, deja de leerlos, vete de viaje». Eso fue lo que hice: me fui de viaje a fin de año. Y evidentemente el maltrato vil no cesó nunca.

Hubo otros intentos de perjudicarme. Estaba el tema de la empresa Perforadora Oro Negro, que era del hijo de Francisco Gil Díaz, Gonzalo.

Ese asunto se dio desde antes de que yo llegara al Gobierno. Hubo

demandas y denuncias por parte de los fondos que invirtieron en Oro Negro, y hubo contrademandas y contradenuncias de Gonzalo Gil White. Los fondos lo acusaban de malversaciones. Hace poco se resolvió el asunto en contra de Gonzalo Gil. Es un tema que viene del gobierno de Peña Nieto.

Platico una anécdota de cuando todavía estábamos en el Gobierno. Un día me invitaron a la Universidad Panamericana a dar una conferencia sobre las reformas que estábamos llevando a cabo. Como ya lo conté, tuve un conflicto, una persecución muy grave por parte de Gil Díaz durante el gobierno de Fox. Estando en el auditorio de la Universidad Panamericana, enfrente de mí, en primera fila, estaba sentado Francisco Gil Díaz.

En todo lo que tenía que ver con la corrupción, traté de centrarme en las cosas indebidas que hasta ese momento habíamos visto que llevaba a cabo la Secretaría de Hacienda, afirmando, sin nunca mencionar el nombre de Gil, todas las decisiones arbitrarias y, a veces, hasta ilegales, que cometían desde esa secretaría.

Era también, obviamente, una mínima revancha a lo que me hizo Gil Díaz. Terminada la conferencia, Gil se paró, vino hacia mí y me dijo que me quería hacer una pregunta. Me mantuve en silencio. «¿Vas a perseguir a mi hijo?». Le contesté que no tenía el alma podrida para perseguir a un hijo, para así dañar a su padre, como él había hecho.

Terminó la conversación. Tomé mis cosas, me bajé del pódium y me dirigí al estacionamiento. Volví a encontrarme con Gil Díaz porque el doctor Pedro Aspe, a quien yo quiero mucho, me pidió tener una conversación con él. Asistí a esa reunión muy a regañadientes, solo por la amistad con el doctor Aspe. En la conversación participamos únicamente Aspe, Gil Díaz y yo. Gil Díaz planteó que no entendía por qué el asunto de su hijo estaba siendo sometido a la parte penal.

Le dije a Gil Díaz que yo no tenía conocimiento claro del asunto de Oro Negro, porque era un asunto que no me correspondía a mí, que lo llevaba directamente Petróleos Mexicanos, pero que, tratándose de procedimientos penales, yo le quería preguntar por qué ahora se quejaba de lo mismo que él había hecho. Le dije: «Tú me perseguiste a mí cuando eras secretario de Hacienda. Pusiste 17 denuncias en mi contra. En el derecho penal está plasmado el concepto del mínimo uso del mismo contra una persona. ¿Para qué presentar 17 denuncias, cuando puedes

formularlas todas en una sola? ¿Para qué hacer que una persona litigue en 17 asuntos diferentes, cuando puede hacerlo en uno solo?». Gil fingió amnesia, aseguró que no se acordaba de eso.

«¿No lo recuerdas? —le pregunté—. ¿No te acuerdas que me citabas en tu oficina para amenazarme? ¿Que me citabas en tu oficina para hablarme de tu tesorero? ¿Que me citabas para que fuéramos juntos en el coche a hablar de los amigos de Fox? ¿No lo recuerdas? Tienes muy mala memoria, deberías acordarte».

Cuando terminó la conversación y Gil se fue, nos quedamos solos Aspe y yo, y él me dijo que nunca había escuchado una conversación más dura en su vida. Y conste que Aspe seguramente tiene que haber escuchado muchas. Fue una conversación durísima de la que, por supuesto, no me arrepiento. Podría repetirla exactamente igual. Nunca llevé el caso de Oro Negro. Nunca tuve intervención en nada. El caso no inició en el gobierno de López Obrador, fue un tema que llevó por completo Pemex y que terminó en el gobierno de Claudia Sheinbaum.

Ese caso, y otros, se llevaron a un libro impúdico de un señor llamado Hernán Gómez, plagado de falsedades, de versiones mentirosas, sin una sola prueba que lo sustente, un panfleto con información manipulada desde la Fiscalía, acusándome de haber intervenido en distintas maniobras para obtener beneficios personales. No intervine en el asunto de Collado, tampoco en el de Oro Negro. Platico otro asunto donde este señor me involucró: el de Altos Hornos de México.

Cuando López Obrador entró al Gobierno, la empresa Altos Hornos, que era de Alonso Ancira y que fuera una empresa con una influencia muy grande en Coahuila por la cantidad de gente que trabaja en ella, estaba en muy malas condiciones económicas. Incluso se decía que estaba a punto de quebrar, que no se le había inyectado dinero suficiente, que no había habido inversión para que saliera adelante, que estaba muy emproblemada.

A Andrés Manuel lo que más le importaba era que fuera a quebrar y que sucediera en detrimento de los trabajadores. El presidente tenía información de que se había vendido una planta de fertilizantes que operaba el señor Ancira, Agronitrogenados, por un precio elevadísimo,

donde el comprador había sido Petróleos Mexicanos.

El presidente me pidió que, a nombre del Gobierno, formulara una denuncia en donde se pidiera una revisión al precio que se pagó por Agronitrogenados, si era el correcto o si, como se decía, existía un fraude. La historia de Altos Hornos y, sobre todo, la de Agronitrogenados, es muy conocida. Todavía está procesado el señor Emilio Lozoya, con prisión domiciliaria, por ese caso.

Anticipando la quiebra de Altos Hornos, me dijo —y lo expresó públicamente, que eso es lo más importante— que fuéramos a ver a Julio Villarreal, dueño del banco Afirme y un empresario muy grande en el sector acerero. Villarreal le compraba entonces a Altos Hornos mucho material para revenderlo. Pero, casualmente, no solo me pidió a mí ir a ver a Villarreal, le pidió a Lázaro Cárdenas Batel que fuera conmigo. Siempre se me acusó de que yo buscaba un beneficio particular y, en función de eso, había visitado a Julio Villarreal, que era mi amigo.

Estoy seguro de que, si alguien le preguntara a Lázaro Cárdenas si fuimos juntos o no a la reunión con Julio Villarreal por este tema, Lázaro podrá confirmar mi dicho. Reitero: no lo visité a título personal, lo hice enviado por el presidente para tratar de rescatar a la empresa, con la idea de que la comprara. Villarreal hizo un esfuerzo muy grande por tratar de salvar Altos Hornos de la quiebra, pero no lo consiguió. Alonso Ancira siempre se negó a entregarla, a pesar de que la empresa estaba prácticamente paralizada. Hoy, la empresa está en un fideicomiso, se declaró la quiebra y no existe más. Pero a mí se me acusó de que, en beneficio particular, había buscado a Villarreal para que se quedara con ella. La gestión respectiva fue realizada, por orden presidencial, junto con Lázaro Cárdenas Batel.

En el asunto de Interjet estaba la familia Alemán, que había contratado como abogado a Ángel Junquera. El presidente quería que los Alemán pudieran resolver su asunto. Ellos ya estaban trabajando para tratar de pagar los impuestos que se les acreditaban por parte del SAT. Difícil, porque tenían una situación fiscal muy grave. Creo que en aquel entonces, poco antes de que iniciáramos las reuniones, habían pagado alrededor de

1000 millones de pesos al SAT, dejando la caja de Interjet prácticamente en ceros.

Nos reunimos la primera vez con Miguel Alemán Magnani para que explicara la situación de Interjet. Le dije que habría de buscar un socio que le permitiera rescatar a los trabajadores, porque lo único que no le iba a perdonar el presidente de la República era que el personal de Interjet tuviera el mismo destino que el de Mexicana de Aviación, que años después sigue haciendo marchas y quedándose a dormir en el aeropuerto de la Ciudad de México para tratar de arreglar sus derechos.

Entonces le comenté: «No sé qué vas a hacer, Miguel, pero evidentemente tienes que resolver en favor de los trabajadores y creo que vale la pena que lo veas». Me dijo que sí, y busqué entonces al dueño de Viva Aerobús, Roberto Alcántara. Cuando le planteamos la situación de Interjet, dijo que él no tendría interés en una empresa que tenía tantos problemas. Nos dijo también que tenía muchos activos que eran buenos, los famosos *slots*, y otras cosas, y que lo que se podría hacer era que, a cambio de ciertos activos, él iría tomando, contratando, a la gente como estaba, sin necesidad de liquidaciones por parte de Interjet, para tratar de preservar sus empleos. «Cambiemos al patrón, tengamos un patrón sustituto, para que eso se opere en favor de la gente». A mí me pareció bastante razonable, porque finalmente lo que se hacía era intentar ayudar a los trabajadores.

Alcántara me dijo que los aviones de Interjet no le interesaban porque eran aviones rusos con muy alto mantenimiento. Eso se lo platiqué al señor presidente. Él me dijo que había visitado al abogado Javier Mondragón, quien tenía algunas ideas sobre cómo resolver el conflicto. Me pidió que me reuniera con Miguel y con Javier Mondragón para evaluar las posibilidades. Javier había trabajado en alguna época con la familia Alemán, todavía lo hacía y, de alguna manera, había sido abogado también de Carlos Slim.

Nos reunimos en mi oficina con Miguel Alemán, Ángel Junquera, Javier Mondragón y alguna otra persona de la Consejería Jurídica. Conversamos y, cuando Miguel explicó la parte financiera de Interjet, a las claras se veía que no podría salir adelante, como nunca salió. Yo le planteé a Miguel que lo que más le convenía era llevar a Interjet a la quiebra. Una

quiebra ordenada en donde, por supuesto, los primeros recursos que salieran fueran para liquidar al personal. Miguel me dijo que tenía bastantes recursos en un seguro sobre los aviones, mencionó una cantidad muy grande, pero yo le advertí que le tenía que pagar a los trabajadores, le tenía que pagar al SAT, a los proveedores, que yo consideraba inviable la recuperación.

Me pidió entonces que le recomendara algún abogado especialista en la parte del concurso mercantil, con lo que el abogado que había platicado con el presidente siempre estuvo de acuerdo en que se tenía que hacer un concurso mercantil o una quiebra. Me preguntó cuáles serían, para mí, los mejores abogados en caso de quiebra o de concurso. Yo nada más conocía a dos abogados que tuvieran esas capacidades.

Uno era Alonso Rivera; el otro, Jaime Guerra, un abogado que había sido un socio años atrás. Hasta donde yo entiendo, Miguel Alemán fue a ver a los dos abogados, con la contrarrecomendación de Ángel Junquera de que no fuera. Los dos le dieron una cotización de sus honorarios por escrito. Todos esos procesos cuestan muchísimo dinero. Mis detractores aseguraron que habían ido a ver a esos abogados en mi beneficio. Primero, no es verdad; pero segundo, ni siquiera obtuvieron el trabajo los abogados, porque antes la empresa quebró y se giraron órdenes de aprehensión desde la FGR en contra de la familia Alemán. Ellos salieron fuera del país. La Consejería Jurídica no intervino para nada.

Otro asunto de esos que hicieron saltar el interés público en contra mía fue el de Cruz Azul, donde decían que yo había tenido interés personal y que había colaborado con los abogados penalistas, que tenían también interés particular en el caso. Al igual que con Oro Negro, la recuperación por parte de la cooperativa de Cruz Azul que operaba el señor Guillermo Álvarez inició antes de que nosotros estuviéramos en el Gobierno. Es más, antes de que iniciara la campaña presidencial de Andrés Manuel López Obrador.

A Andrés Manuel lo detuvieron en varias ocasiones para tratarle el tema. Particularmente, los trabajadores de la planta de Oaxaca querían resolverlo; decían que no funcionaba, que había un sinnúmero de fraudes

en la Cooperativa Cruz Azul y ellos le pedían que les ayudara a resolverlo si llegaba a ser presidente. Por supuesto, Andrés Manuel los recibió, los atendió y desde entonces se propuso apoyarlos. En una mañanera, el propio presidente dijo que tenía que verse la solución legal a la problemática de Cruz Azul.

En el Gobierno, un día, casualmente, fue a verme el señor Guillermo Álvarez para pedirme hacer cierta negociación con los entonces denunciantes para arreglar el problema. Le dije que nosotros, como Gobierno, no podíamos intervenir, ya que se trataba de una empresa privada y que no teníamos ninguna facultad de acuerdo con la ley. Acaso por tratarse de una cooperativa, podría tratarse alguna problemática ante la Secretaría de Economía. No volví a ver al señor Álvarez para nada. En alguna ocasión, estando todavía en el gobierno de López Obrador, fui a ver el partido final de un campeonato en un palco del estadio del equipo. Fui a un estadio público, nunca a reuniones privadas.

Ahí llegaron los cooperativistas a saludarme y a agradecerme por haber asistido al estadio. Yo estaba rodeado por mis amigos. Hay muchas personas que pueden atestiguarlo. Al finalizar el juego, dejamos el palco y nunca más volví a ver a los cooperativistas.

Junquera era también el abogado de Billy Álvarez; la cooperativa, mucho antes del gobierno de López Obrador, lo había acusado de una serie de fraudes que sumaban algo así como 1800 millones de pesos. También lo acusó en lo penal. Y entiendo que fue a la cárcel.

Y es muy importante decir que el abogado de la Cooperativa Cruz Azul, antes de 2018, fue García Alcocer. Él resolvió el asunto de la cooperativa desde el punto de vista civil. García Alcocer es un abogado muy serio, muy profesional, honesto. Es imposible que él haya hecho alguna trapacería. Uno de sus parientes, Roberto García, penalista, a solicitud de García Alcocer, tomó la parte penal del problema.

Se me acusó de haber participado con los abogados; sin embargo, tengo conocimiento de que hay más de cien amparos resueltos a favor y en contra de la cooperativa. Era imposible que desde la Consejería Jurídica se hubiera podido operar esa cantidad de cosas. El asunto en donde más casos teníamos en la Consejería fue el del aeropuerto. Se interpusieron en un solo juzgado 119 amparos, que prácticamente eran lo mismo, para tratar de solucionarlo. Resolver un asunto en donde estaban involucrados

tribunales locales y federales es sumamente complicado. El problema de Cruz Azul es tan denso que una sola persona o una sola autoridad no puede tomar las decisiones ni ejecutar las actuaciones que den solución a su problemática.

———•———

Yo tuve una relación muy larga con Javier Quijano; los dos fuimos abogados, asesores de Andrés Manuel en los tiempos del desafuero, y llegué a tomarle mucho aprecio.

En una ocasión nos invitó Javier Quijano a mi papá y a mí a una cena en su casa con Rafael Ramírez Heredia, el autor de *El Rayo Macoy*. Fue una cena muy bonita porque Rafael era muy divertido y le tenía mucho afecto a mi papá, y fue muy cariñoso conmigo. Llegamos a la casa de Quijano, que es una casa bonita con una biblioteca —yo creo que, de por lo menos, dos pisos y unos seis metros de altura—, con esas escaleras que se mueven, y en el centro de esa biblioteca había una mesa de billar, como yo nunca había visto, con el paño de color rojo. Al verla, mi papá comentó: «Hijo, aquí se ve que sí hay pura sangre». Nos reímos mucho, platicamos mucho y se empezó a formar una relación entre mi papá y Javier.

Con el tiempo, Quijano nos invitó muchas veces a comer a su casa, con Carmen Aristegui, con Javier Corral en algunas ocasiones, con Miguel Ángel Granados Chapa; en alguna ocasión fue Elena Poniatowska. Eran comidas muy animadas, muy entretenidas; estábamos todos contentos, la pasábamos bien. Las comidas en casa de Quijano siempre eran muy buenas.

En una ocasión aparece un director de banco, Héctor Grisi, que era director del Banco Santander en México y hoy es director ejecutivo de Santander a nivel global. Yo lo conocía por otro empresario, José Miguel, que es su pariente. Grisi me pidió platicar con él porque la señora Botín, dueña de Banco Santander, iba a venir a México y quería que le hiciera alguna recomendación sobre el presidente López Obrador, para que la señora tuviera una idea de cómo tratarlo, porque a ella le interesaba mucho tener una buena relación con él. Le dije que si al presidente le empezaba a hablar de la capitalización del banco, de los recursos y del número de cuentas, lo iba a perder: no le importa nada eso. «Pero si

ustedes —le recomendé— le hablan al presidente de la obra social o de los créditos sociales, de los financiamientos que dan o pueden dar a la gente pobre, seguramente el presidente va a prestarles mucha atención y le va a gustar la conversación, y ya luego le pueden mandar una carpeta o algún documento con las condiciones del banco, para que, sin dejar de expresarle cómo está este, tengan una plática con él que importe y que funcione para ir adelante».

Siguió el consejo; me buscó después de la cita y me dijo que había sido extraordinaria, que, estando el presidente acompañado de Beatriz, habían recibido a la señora Botín y a él mismo y que la habían pasado muy bien. Que la señora Botín le platicó de las cosas que le habíamos recomendado al presidente y que le había dejado un documento de cómo iba el banco; que el presidente quedó muy agradecido, y se ve que así fue porque recibieron a Grisi, junto con la señora Botín, en muchas ocasiones, estando en el gobierno del presidente López Obrador. Y sigue siendo muy buena relación. Y el presidente se expresaba —y, seguramente, se expresa — muy bien de la señora Botín.

Grisi quedó agradecido por eso y yo simplemente quedé con la conciencia de que le había hecho un favor a una persona importante. Me lo correspondió. Hay un asunto que lleva Javier Quijano para el Banco Santander en donde unas hermanas, herederas de Roberto Garza Sada — las tres hermanas Garza Delgado—, reclaman que el banco dispuso de su herencia. Hasta donde sé, el señor Garza Sada, dueño de Alfa, dejó la herencia a sus tres hijas y un hijo. El banco le pagó el dinero que les correspondía a todas las partes solamente al hijo, y las tres hermanas demandan al banco porque no les entregó su parte. Es una demanda de miles de millones de pesos. Esa demanda se dio en 1997-1998.

El abogado del banco era —o es— Javier Quijano. Y Javier Quijano dijo que yo había tenido intervención, desde la Consejería, en ese asunto a favor de las hermanas. Cuando estaba saliendo del Gobierno, me invitó Adán Augusto a tomar un café en la Secretaría de Gobernación, donde me comentó que le había dicho al presidente que, ahora que me había ido del Gobierno, me iban a cargar todas las pulgas —fue la expresión que utilizó —. Y me dijo que acababa de ir Quijano con el presidente a decirle que yo había intervenido en un asunto del Banco Santander. Y el presidente, tratándose de Javier Quijano y de la señora Botín, nos pidió tanto a mí

como al secretario de Gobernación y al secretario de Hacienda que investigáramos el asunto, y ya con todos los elementos le dijimos al señor presidente que yo no tenía nada que ver. Y así se lo hicieron saber a Quijano.

Pero Quijano siguió diciendo que yo me había metido a resolver el asunto en contra del banco. Lo cierto es que hoy el asunto sigue en la Suprema Corte de Justicia de la Nación sin arreglarse.

Dos veces más me visitó Javier Quijano en mi oficina de Palacio Nacional. Con una voz ronca me dijo que estaba trabajando en un asunto para Bancomext en contra de Armando Guadiana Tijerina y me refirió la historia, manifestando que era un pillo. Más adelante me dijo: «Si me puedes ayudar estaría bueno, es para Bancomext».

La segunda, más protocolaria, se trató de un arbitraje de uno más de sus clientes en contra de Pemex. Me dijo: «Vine a ver al presidente y te ruego me ayudes». Él iba representando a Subsea 7; el conflicto valía 35 millones de dólares.

Se le resolvió al amigo del presidente.

Desde entonces, la relación con Quijano, obviamente, está rota.

Absolutamente. Incluso un día me invitó a desayunar a su casa un hombre al que yo quiero muchísimo, que es don Humberto Artigas, el arquitecto, porque él tiene una relación de afecto con Javier Quijano. Me dijo que cómo era posible que estuviera peleado con Quijano, que había que arreglar ese asunto. A regañadientes acepté y le dije a don Humberto que, solo porque él me lo pedía, iría. Fui al desayuno, me encontré con Quijano, nos sentamos uno frente a otro y, ya al final del desayuno, los otros invitados salieron a tomar el café a una pequeña terraza que hay en el departamento. Quedamos los dos. Y Javier Quijano me reclamó que yo había metido mano negra. Le dije que no. «Estás mal, Javier, no intervine en ese asunto». Ese día se terminó de liquidar mi amistad con Quijano.

Otro relato inventado en el libro fue el de las discusiones en el gabinete con el presidente, donde él siempre quiso ir contra los vapeadores, siempre apoyado por Gatell y Jesús Ramírez. Nosotros nos oponíamos a su prohibición, pero confiábamos en su control. La Corte siempre nos dio la

razón.

Una mañana regresando de Acapulco supe que el presidente estaba enojado conmigo porque a los ojos de estas personas yo había puesto a su consideración la firma de un documento donde se permitían los calentadores de vapor.

El presidente me llamó la atención y yo le dije que provenía de una resolución de la Corte, avalada ya por sus secretarios, salvo Salud. Al día siguiente solicitó la presencia de Gatell en el gabinete. Ahí me preguntó de nuevo, y la respuesta fue la misma, solo que aún más amplia: «Presidente, estos no son vapeadores, son calentadores de tabaco, y si queremos prohibirlos tendremos que modificar la ley general que los controla». El presidente, mirando a Gatell, hizo la peor pregunta para el caso: «A ver, Gatell, ¿hace daño o no?». Por supuesto, la respuesta fue afirmativa: «Sí, si se fumara mucho de estos pequeños cigarros». Con una voz más fuerte de lo normal me dijo: «Entonces, prohíbelo». Enojado, respondí: «Señor presidente, hasta las sardinas en exceso hacen daño».

En ese libro miserable de Hernán Gómez dijo que yo operaba *El Heraldo* a mi gusto, al grupo Andrade en general, y que yo era el responsable de la política editorial de *El Heraldo*. Si no soy director de la política editorial de *Proceso*, mucho menos de *El Heraldo*. Me parece estúpido. Pero este señor Hernán, que fue despedido de *El Heraldo*, hoy está demandado por este. El periódico nunca ha necesitado mi asesoría. Me une a ellos, a sus dueños, sí, una relación de amistad y afecto, solo eso.

También me acusó de que, buscando mi beneficio, yo había nombrado a los abogados que defendían a las partes en un asunto de pérdida de la patria potestad que los relacionaba. No quiero comentar mucho sobre el asunto porque es lo más vil que yo he visto. Este personaje, Gómez Bruera, cometió el delito de pornografía infantil. Como se hace en el libro, meterse con temas que son hipersensibles, no solamente para la sociedad mexicana, sino para cualquiera, es una infamia mayúscula, inenarrable.

Más allá de la falsedad y la falta de sustento y ética de los libros publicados por Hernán Gómez Bruera, utilizando supuestos casos de injerencia ilegal

desde la Consejería Jurídica —casos que han sido todos desechados legalmente—, uno de los más infames es la utilización del caso de una niña menor de edad, que fue motivo de una denuncia de la madre de la menor contra el autor y la editorial.

El 27 de julio, Gómez Bruera y Penguin Random House llegaron a un convenio con la madre de la menor, en el que se comprometen, para que no siguiera adelante la acción penal en su contra, a *1)* eliminar del citado libro cualquier referencia a la parte denunciante (o sea, de la menor o la madre) o al conflicto legal que se refiere el texto; *2)* la editorial se comprometió a retirar del mercado y recuperar todos los ejemplares que aún no se hubieran vendido del citado libro; *3)* Gómez Bruera y la editorial se comprometieron a eliminar de todas las plataformas digitales el audio y el video de todas las entrevistas que ha realizado el autor y donde haya abordado el caso y el conflicto legal referido, y se comprometieron a hacer un esfuerzo porque se eliminen también de plataformas digitales de otras personas o empresas. Se dice que la madre tuvo que optar por este convenio para no exponer a su hija en el procedimiento legal. Se dice también que los hechos de naturaleza sexual que ilícitamente narró Gómez Bruera en su injurioso libro incluso ya habían sido dirimidos entre el padre y la madre de la niña. Existía ya un convenio que protegía a la menor. Pero la perversidad de Gómez Bruera revictimizó a la menor. Su falta de ética lo descalifica.

Por otra parte, y en referencia al mismo caso, desde 2021 existe un acuerdo legal entre la madre y el padre de la menor, en el que se decidió que el padre perdió la patria potestad de esta última; se suspendió de forma definitiva y de manera inmediata cualquier régimen de visita y convivencias que pudiera tener la menor con su padre, así como de la familia paterna con la menor. El padre y la familia paterna no pueden acercarse al domicilio, institución educativa, parque, institución alguna donde ella asista y, en general, a cualquier lugar en el que se encuentren la hija y la madre o la familia materna, ni comunicarse por cualquier medio con la menor.

Todo ese capítulo del libro de Gómez Bruera, así como muchos otros, quedaron descalificados desde antes de que el mismo se publicara.

CONVENIO DE TRANSACCIÓN QUE, CON FECHA 27 DE JULIO DE 2025, CELEBRAN POR UNA PARTE LA SEÑORA RAQUEL [redacted], POR SU PROPIO DERECHO Y EN REPRESENTACIÓN DE SU HIJA MENOR DE EDAD DE IDENTIDAD RESERVADA IDENTIFICADA CON LAS INICIALES I.H.J.M., A QUIENES CONJUNTA Y SUCESIVAMENTE SE LES DENOMINARÁ "LA PARTE DENUNCIANTE"; Y POR LA OTRA, EL SEÑOR HERNÁN [redacted], POR SU PROPIO DERECHO, A QUIEN SUCESIVAMENTE SE LE DENOMINARÁ "LA PARTE DENUNCIADA"; A QUIENES ACTUANDO CONJUNTAMENTE SE LES DENOMINARÁ COMO "LAS PARTES", DE CONFORMIDAD CON LOS ANTECEDENTES, DECLARACIONES Y CLÁUSULAS SIGUIENTES.

ANTECEDENTES

PRIMERO.- El 12 de junio de 2023, [redacted] y [redacted], publicaron el libro titulado [redacted] (en lo sucesivo "**EL LIBRO**") del autor HERNÁN [redacted].

SEGUNDO.- El 8 de septiembre de 2023 **LA PARTE DENUNCIANTE** formuló denuncia ante la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México, en contra de **LA PARTE DENUNCIADA**, así como de las personas jurídicas [redacted], [redacted]., e [redacted], por considerar que las páginas 175 a 178 de **EL LIBRO** en las que se describen situaciones referentes a un conflicto legal en el que fueron parte, atentan contra la dignidad humana de la menor de edad de iniciales [redacted].

Lo anterior dio origen a la Carpeta de Investigación CI-FIDS/FDS-6/UI-FDS-6-02/01772/09-2023, que se integró ante el Agente del Ministerio Público Titular de la Unidad de Investigación 3 sin Detenido, de la Agencia Investigadora "TP-1", de la Fiscalía de Investigación para los Delitos en Materia de Trata de Personas, de la Coordinación General de Investigación de Delitos de Género y Atención a Víctimas, de la Fiscalía General de Justicia de la Ciudad de México, por el delito de Pornografía, previsto y sancionado en el artículo 187, del Código Penal para el Distrito Federal (hoy Ciudad de México).

En la Carpeta de Investigación CI-FIDS/FDS-6/UI-FDS-6-02/01772/09-2023 el Ministerio Público determinó el No Ejercicio de la Acción Penal por considerar que los hechos materia de la misma no son constitutivos de delito.

TERCERO.- LAS PARTES han sostenido pláticas conciliatorias, derivado de las cuales han aclarado sus diferencias. En virtud de lo anterior, **LAS PARTES** están de acuerdo en suscribir el presente **CONVENIO DE TRANSACCIÓN** al amparo y de conformidad con los antecedentes mencionados, así como con las declaraciones y cláusulas siguientes:

CONVENIO

QUE CELEBRAN POR UNA PARTE LA SEÑORA RAQUEL [redacted] EN REPRESENTACIÓN Y EJERCICIO DE LA PATRIA POTESTAD DE SU MENOR HIJA [redacted] Y POR LA OTRA PARTE EL SEÑOR ROBERTO [redacted], A EFECTO DE DAR POR TERMINADOS LOS JUICIOS E INCIDENTES EN LOS QUE SON PARTE Y QUE SE SEÑALARAN CON POSTERIORIDAD, QUIENES ESTANDO DE ACUERDO SE SUJETAN AL TENOR DE LAS SIGUIENTES DENOMINACIONES, DECLARACIONES Y CLÁUSULAS:

DENOMINACIONES

Para los fines de este convenio a la señora **RAQUEL** [redacted] se le denominará **"LA MADRE"**, al señor **ROBERTO** [redacted] se le denominará como **"EL PADRE"**, en su conjunto a **"LA MADRE"** y **"EL PADRE"** se les denominará **"LAS PARTES"** y a la menor [redacted] como **"LA HIJA" o "LA MENOR"**.

DECLARACIONES

I. Que contrajeron matrimonio el día 24 de abril de 2013.

II. Que dentro de su matrimonio procrearon a una hija de nombre [redacted] quien nació el [redacted] en la Ciudad de Miami, Florida, Estados Unidos de América.

III. Que por sentencia de fecha 22 de junio de 2016 se disolvió el vínculo matrimonial que unía a las partes y se aprobó el convenio de divorcio en el que se estableció que la guarda y custodia quedaría a cargo de **LA MADRE** y se establecía un régimen de convivencia para **EL PADRE** y la menor hija de las partes.

IV. Que conocen el contenido de los dictámenes periciales que obran en los procedimientos que más adelante se detallan, por lo que atendiendo a su contenido, y con el fin de salvaguardar el interés superior de **"LA MENOR"**, acuerdan:

CLAUSULAS

PRIMERA. – Atendiendo al interés superior de **LA HIJA** y a fin de no seguir afectando su integridad y sano desarrollo, **EL PADRE** acepta **DESISTIRSE** a su más entero perjuicio de todas y cada una de las prestaciones, excepciones y defensas, recursos de apelación, juicios de amparo, denuncias y en general de las acciones reclamadas a **LA MADRE** dentro de cada uno de los juicios e incidentes detallados en los términos siguientes:

Los documentos íntegros se pueden consultar escaneando el QR que se encuentra en la sección Anexos,

al final de este libro.

En algún momento, el presidente de la República, a través de Adán Augusto, me pidió que tuviéramos una reunión el fiscal general, el secretario de Gobernación y un servidor. Adán Augusto me solicitó que fuera a verlo terminando el gabinete, a las ocho de la mañana.

Asistí y me encontré al secretario de Gobernación junto con el fiscal general. Nos saludamos, el fiscal y yo, con la antipatía que prevalece; saludé correctamente a don Augusto. El secretario, para abrir la reunión, nos dijo que nos había citado a petición del presidente de la República para resolver el conflicto que teníamos. Que no era posible que un colaborador cercano del presidente, como era el fiscal, y un amigo del presidente, como era yo, estuviéramos en el golpeteo constante que él me daba a mí; no que yo le daba a él, porque yo no tenía ni capacidad ni recursos ni el trabajo para hacerle nada. Que se trataba de una reunión de buena fe.

Nunca he imaginado a un secretario de Gobernación que, para resolver un asunto que le encarga su jefe, el presidente, terminara hablando de la buena fe. Un secretario de Gobernación tiene que ser un hombre de poder. El secretario de Gobernación no va a solicitar que se resuelvan los asuntos. El secretario de Gobernación resuelve los asuntos. Para eso sirve.

En esa reunión, el doctor Gertz y yo disputamos exactamente lo mismo que ya habíamos venido disputando. No había más que añadir, no había nada más que decir, más allá de seguir cada uno con nuestra propia trama, en presencia ahora de Adán Augusto, que no creo que fuera un verdadero secretario de Gobernación, porque no hubiera actuado así.

Finalmente, Gertz estaba muy enojado. Yo le dije, entre muchas cosas, que quien se había portado como extorsionador era él y no yo, como él me acusaba. Se enfureció. Yo también estaba muy enojado, y Gertz le dijo a Adán Augusto que debía tener «una reunión de Estado» con él. Yo me despedí para que tuvieran su «conversación de Estado». Una hora, dos después, me llamó Adán para decirme que así no se podía resolver un problema. Y yo le contesté que, efectivamente, así no se podía resolver el problema. La verdad es que yo creo que Adán Augusto no hizo nada por tratar de solucionarlo, porque estoy cierto de que un secretario de

Gobernación con capacidad política lo hubiera resuelto sin el menor problema, además con la orden del presidente de hacerlo. No quiso Adán.

El asunto de Paulo Díez es aberrante. Paulo Díez me acusa de que yo no hice nada por plantear una controversia constitucional para que el Gobierno de la República le retirara al Gobierno del Estado de México la concesión del Viaducto Bicentenario que tenía el Gobierno federal, pero que explotaba el Gobierno del Estado de México. Aseguró que había presentado en la Consejería Jurídica la controversia para que yo la tomara y la presentara. Al consejero jurídico no lo manda nadie más que el presidente de la República. Yo no puedo tomar por instrucción de un particular un asunto, presentarlo y llevarlo adelante. No: yo hacía lo que me mandaba el presidente, porque ese era mi trabajo.

El consejero jurídico es el abogado del presidente.

Por supuesto, pero, más allá de eso, ¿qué tiene que ver el consejero jurídico con esos temas?, ¿por qué el Gobierno federal tendría que quitar una concesión al Gobierno del Estado de México o una explotación al Gobierno del Estado de México, cuando el presidente de la República, a través del secretario de Comunicaciones, firmó una ampliación a la explotación por muchos años? El acuerdo lo firmó el secretario Arganis, por orden del presidente; firmó con el secretario general de Gobierno del Estado de México, con el secretario de Comunicaciones y Transportes del Estado de México; firmaron los subsecretarios de las áreas.

La firma fue una decisión del presidente de la República y del gobernador del Estado de México en un acuerdo que tuvieron para que el presidente ordenara que siguiera como estaba esa concesión desde 1980. Sería absurdo que yo hubiera puesto una controversia constitucional contra el Gobierno federal al que representaba y contra el estatal, una controversia que no me estaba pidiendo mi jefe. Y también creo que es ridículo que se plantee que le tienen que quitar esa concesión al Gobierno: ¿con base en qué? Paulo Díez me acusa a mí de no haberlo hecho.

Hay elementos suficientes para saber quién es Paulo Díez y qué ha hecho este señor.

En 2011, Infraiber, cuyo abogado es Paulo Díez Gargari, obtuvo un

contrato del Edomex para medir el aforo vehicular del Circuito Exterior Mexiquense, pero, dado el costo elevado que pretendía cobrar, no obtuvo el consentimiento de OHL, concesionario de dicha carretera. Desde entonces, al perder un negocio millonario, Paulo Díez —financiado por aquellos que lo contratan como mercenario— emprendió una campaña mediática y legal contra dicha empresa, así como contra servidores públicos vivos y muertos. Ninguna de sus acciones ha prosperado.

Así como reclamó la recuperación del Viaducto Bicentenario y el juez desestimó el caso, anteriormente presentó diversas denuncias relacionadas con las concesiones de OHL, como Atizapán–Atlacomulco —donde defendía a Promotora del Desarrollo de América Latina—, Amozoc–Perote, Chamapa–Lechería y Circuito Exterior Mexiquense, entre otras, que corrieron con la misma suerte. En todas estas planteó supuestos carentes de fundamento jurídico y, además, sin tener legitimidad para solicitar los rescates o la nulidad de dichas concesiones.

Paulo Díez nunca habla del arbitraje internacional que entabló recientemente contra el Gobierno federal, mediante el cual reclama una indemnización millonaria que no le corresponde y, además, que le entreguen las mismísimas vías férreas del Interoceánico y del Tren Maya. Esto, por la concesión del tren La Bestia, que obtuvo irregularmente junto con su socio Pedro Topete Vargas, a base de sobornos y en contubernio con servidores públicos de la administración de Felipe Calderón.

En 2008, Paulo Díez y su socio Pedro Topete Vargas, en contubernio con el entonces director de Transporte Ferroviario y Multimodal y Gerardo Sánchez Henkel —en ese entonces abogado de la SCT y, actualmente, testigo a su favor en el arbitraje internacional interpuesto contra el Gobierno federal—, fraguaron un plan para revivir una concesión abandonada y beneficiarse material y económicamente a costa del erario público. La concesión de las vías cortas Chiapas y Mayab se otorgó en 1999 por la SCT a la empresa Compañía de Ferrocarriles Chiapas-Mayab, S. A. de C. V., cuyo accionista fue Genesee & Wyoming, reconocida ferroviaria norteamericana.

Tras el huracán Stan, que afectó una parte de la vía Chiapas, y las pérdidas económicas declaradas por los americanos en sus informes anuales 2006 y 2007, renunciaron a la concesión, suspendieron

unilateralmente la prestación del servicio ferroviario y abandonaron el territorio nacional. En consecuencia, la SCT se vio obligada a imponer una modalidad al Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec (FIT) para que se hiciera cargo de la prestación del servicio y de reconstruir las vías.

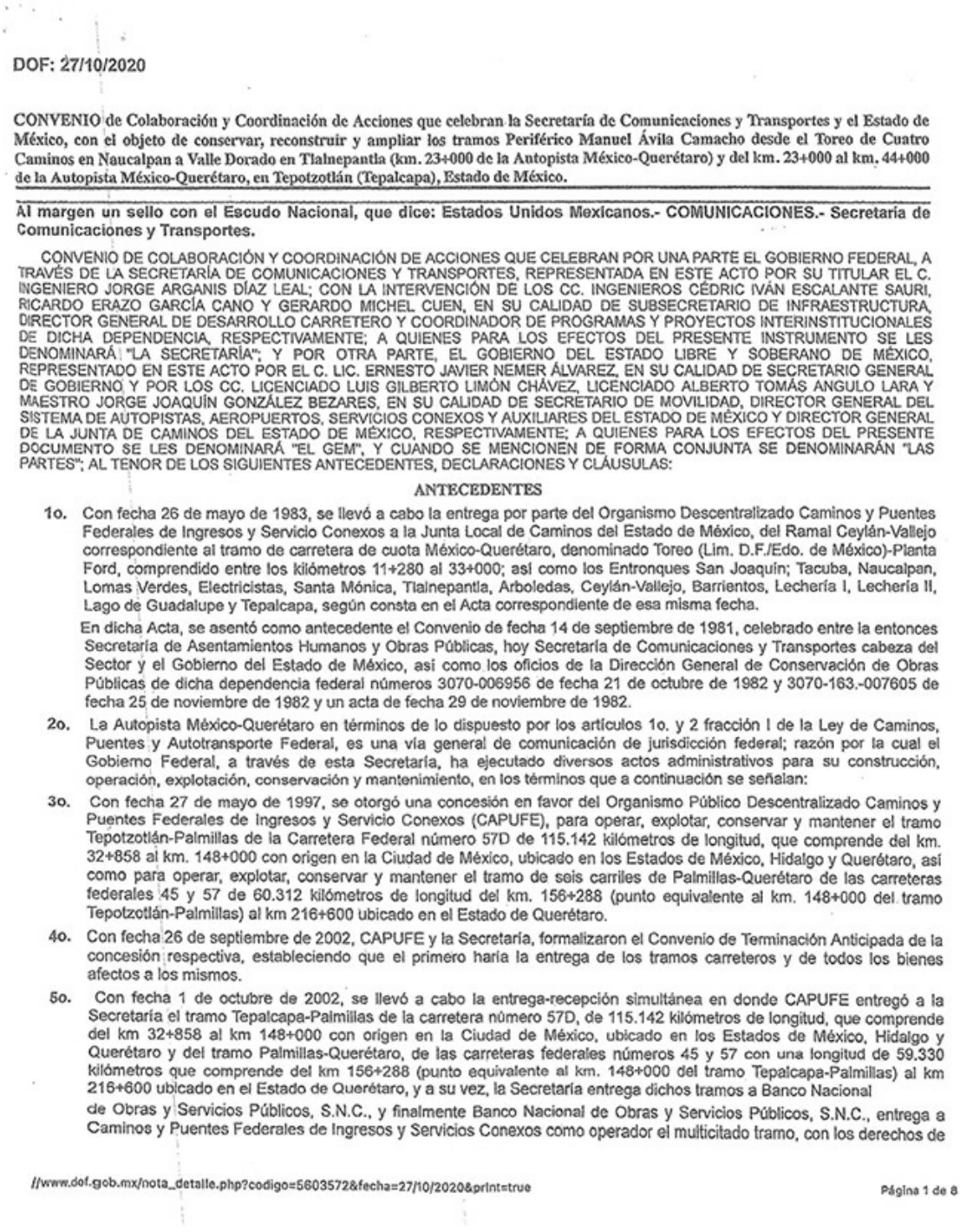
Sorpresivamente, un año más tarde de la renuncia y el abandono de la concesión, Paulo y su socio informaron a la SCT de la adquisición de la empresa Chiapas-Mayab, S. A. de C. V., a través de Viabilis Holding, una empresa con nula experiencia en el sector ferroviario. Un cascarón, pues, que con la salida de Genesee & Wyoming perdió las capacidades técnicas, jurídicas y económicas que motivaron el otorgamiento de la concesión en 1999.

A partir de ahí, Paulo, junto con sus cómplices de la SCT, perfeccionaron, a través de correos electrónicos, una serie de documentos mediante los cuales la SCT indebidamente reconoció la existencia de la concesión pese a la renuncia; les concedía la devolución de las vías, ampliando la vigencia de la concesión por 20 años adicionales y, por si fuera poco, se ordenaba pagarles equipo ferroviario que era propiedad de Ferrocarriles Nacionales de México y entregarles las ganancias que había obtenido el FIT por las cargas trasladadas durante la modalidad impuesta por la SCT.

El tiempo no les alcanzó para concretar su plan, pues, con la salida de sus cómplices de la SCT, se advirtió que Viabilis Holding, de Pedro Topete y su abogado Paulo Díez, carecía de las capacidades requeridas por la ley y se rescató la concesión para llevar a cabo los proyectos públicos del Gobierno. Además, se denunció ante la Fiscalía General de la República las operaciones de Paulo Díez y sus cómplices. La declaratoria del rescate fue publicada en el *Diario Oficial de la Federación*. La Fiscalía, extrañamente, no ha actuado.

Cabe destacar que Paulo Díez entabló más de 14 juicios contra la SCT con el fin de que le devolvieran las vías, lo que afectaba el Interoceánico y el Tren Maya. El rescate de la concesión hoy se encuentra firme. Paulo nunca logró acreditar la propiedad de un solo bien mueble de la concesión y no tuvo derecho a indemnización alguna; por el contrario, deberá restituir al Gobierno federal lo que la concesionaria no invirtió en conservación de las vías durante el tiempo que las tuvo a su cargo, que

asciende a 900 millones de pesos, más actualizaciones.



DOF: 27/10/2020

CONVENIO de Colaboración y Coordinación de Acciones que celebran la Secretaría de Comunicaciones y Transportes y el Estado de México, con el objeto de conservar, reconstruir y ampliar los tramos Periférico Manuel Ávila Camacho desde el Toreo de Cuatro Caminos en Naucalpan a Valle Dorado en Tlalnepantla (km. 23+000 de la Autopista México-Querétaro) y del km. 23+000 al km. 44+000 de la Autopista México-Querétaro, en Tepotzotlán (Tepalcapa), Estado de México.

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos.- COMUNICACIONES.- Secretaría de Comunicaciones y Transportes.

CONVENIO DE COLABORACIÓN Y COORDINACIÓN DE ACCIONES QUE CELEBRAN POR UNA PARTE EL GOBIERNO FEDERAL, A TRAVÉS DE LA SECRETARÍA DE COMUNICACIONES Y TRANSPORTES, REPRESENTADA EN ESTE ACTO POR SU TITULAR EL C. INGENIERO JORGE ARGANIS DÍAZ LEAL; CON LA INTERVENCIÓN DE LOS CC. INGENIEROS CÉDRIC IVÁN ESCALANTE SAURI, RICARDO ERAZO GARCÍA CANO Y GERARDO MICHEL CUEN, EN SU CALIDAD DE SUBSECRETARIO DE INFRAESTRUCTURA, DIRECTOR GENERAL DE DESARROLLO CARRETERO Y COORDINADOR DE PROGRAMAS Y PROYECTOS INTERINSTITUCIONALES DE DICHA DEPENDENCIA, RESPECTIVAMENTE; A QUIENES PARA LOS EFECTOS DEL PRESENTE INSTRUMENTO SE LES DENOMINARÁ "LA SECRETARÍA"; Y POR OTRA PARTE, EL GOBIERNO DEL ESTADO LIBRE Y SOBERANO DE MÉXICO, REPRESENTADO EN ESTE ACTO POR EL C. LIC. ERNESTO JAVIER NEMER ÁLVAREZ, EN SU CALIDAD DE SECRETARIO GENERAL DE GOBIERNO Y POR LOS CC. LICENCIADO LUIS GILBERTO LIMÓN CHÁVEZ, LICENCIADO ALBERTO TOMÁS ANGULO LARA Y MAESTRO JORGE JOAQUÍN GONZÁLEZ BEZARES, EN SU CALIDAD DE SECRETARIO DE MOVILIDAD, DIRECTOR GENERAL DEL SISTEMA DE AUTOPISTAS, AEROPUERTOS, SERVICIOS CONEXOS Y AUXILIARES DEL ESTADO DE MÉXICO Y DIRECTOR GENERAL DE LA JUNTA DE CAMINOS DEL ESTADO DE MÉXICO, RESPECTIVAMENTE; A QUIENES PARA LOS EFECTOS DEL PRESENTE DOCUMENTO SE LES DENOMINARÁ "EL GEM", Y CUANDO SE MENCIONEN DE FORMA CONJUNTA SE DENOMINARÁN "LAS PARTES"; AL TENOR DE LOS SIGUIENTES ANTECEDENTES, DECLARACIONES Y CLÁUSULAS:

ANTECEDENTES

1o. Con fecha 26 de mayo de 1983, se llevó a cabo la entrega por parte del Organismo Descentralizado Caminos y Puentes Federales de Ingresos y Servicio Conexos a la Junta Local de Caminos del Estado de México, del Ramal Ceylán-Vallejo correspondiente al tramo de carretera de cuota México-Querétaro, denominado Toreo (Lim. D.F./Edo. de México)-Planta Ford, comprendido entre los kilómetros 11+280 al 33+000; así como los Entronques San Joaquín; Tacuba, Naucalpan, Lomas Verdes, Electricistas, Santa Mónica, Tlalnepantla, Arboledas, Ceylán-Vallejo, Barrientos, Lechería I, Lechería II, Lago de Guadalupe y Tepalcapa, según consta en el Acta correspondiente de esa misma fecha.

En dicha Acta, se asentó como antecedente el Convenio de fecha 14 de septiembre de 1981, celebrado entre la entonces Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas, hoy Secretaría de Comunicaciones y Transportes cabeza del Sector y el Gobierno del Estado de México, así como los oficios de la Dirección General de Conservación de Obras Públicas de dicha dependencia federal números 3070-006956 de fecha 21 de octubre de 1982 y 3070-163.-007605 de fecha 25 de noviembre de 1982 y un acta de fecha 29 de noviembre de 1982.

2o. La Autopista México-Querétaro en términos de lo dispuesto por los artículos 1o. y 2 fracción I de la Ley de Caminos, Puentes y Autotransporte Federal, es una vía general de comunicación de jurisdicción federal; razón por la cual el Gobierno Federal, a través de esta Secretaría, ha ejecutado diversos actos administrativos para su construcción, operación, explotación, conservación y mantenimiento, en los términos que a continuación se señalan:

3o. Con fecha 27 de mayo de 1997, se otorgó una concesión en favor del Organismo Público Descentralizado Caminos y Puentes Federales de Ingresos y Servicio Conexos (CAPUFE), para operar, explotar, conservar y mantener el tramo Tepotzotlán-Palmillas de la Carretera Federal número 57D de 115.142 kilómetros de longitud, que comprende del km. 32+858 al km. 148+000 con origen en la Ciudad de México, ubicado en los Estados de México, Hidalgo y Querétaro, así como para operar, explotar, conservar y mantener el tramo de seis carriles de Palmillas-Querétaro de las carreteras federales 45 y 57 de 60.312 kilómetros de longitud del km. 156+288 (punto equivalente al km. 148+000 del tramo Tepotzotlán-Palmillas) al km 216+600 ubicado en el Estado de Querétaro.

4o. Con fecha 26 de septiembre de 2002, CAPUFE y la Secretaría, formalizaron el Convenio de Terminación Anticipada de la concesión respectiva, estableciendo que el primero haría la entrega de los tramos carreteros y de todos los bienes afectos a los mismos.

5o. Con fecha 1 de octubre de 2002, se llevó a cabo la entrega-recepción simultánea en donde CAPUFE entregó a la Secretaría el tramo Tepalcapa-Palmillas de la carretera número 57D, de 115.142 kilómetros de longitud, que comprende del km 32+858 al km 148+000 con origen en la Ciudad de México, ubicado en los Estados de México, Hidalgo y Querétaro y del tramo Palmillas-Querétaro, de las carreteras federales números 45 y 57 con una longitud de 59.330 kilómetros que comprende del km 156+288 (punto equivalente al km. 148+000 del tramo Tepalcapa-Palmillas) al km 216+600 ubicado en el Estado de Querétaro, y a su vez, la Secretaría entrega dichos tramos a Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, S.N.C., y finalmente Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos, S.N.C., entrega a Caminos y Puentes Federales de Ingresos y Servicios Conexos como operador el multicitado tramo, con los derechos de

Así como me demandó a mí, Paulo Díez demandó a Luis Videgaray desde que Peña salió del Gobierno del Estado de México. Tuvo con él una confrontación de años por el mismo tema.

En dos ocasiones me reuní con Paulo Díez. La primera de ellas, antes de ser consejero jurídico, fue porque un comunicador que fue cercano a Josefina Vázquez Mota y a Telmex, nos pidió que nos reuniéramos porque Díez tenía mucho interés en verme y darme un documento para Andrés Manuel López Obrador. Me entregó el documento de la asignación de la concesión a OHL por parte del Gobierno del Estado de México, de la construcción de todo el segundo piso en donde el ingeniero Slim pierde por la razón más absurda: alegando falta de capacidad económica. Eso declararon en el dictamen en el que le otorgaba la concesión a OHL.

Me lo dio, dando por supuesto que yo se lo entregué a Andrés Manuel. Creo que fue en 2011 o 2012. Y Andrés Manuel hizo uso de ese documento como debía de ser: de forma política.

Volví a ver a Díez ya siendo consejero jurídico. Y le dije, en una mesa en donde estábamos varios, que no entendía el carácter de su demanda, que no veía a qué llevaba que él hubiera puesto un proyecto de controversia y por qué yo debía tomarlo. Me dijo que él pensaba que yo tenía la obligación de presentarlo. Pero también me dijo que mi hermano y un sobrino que trabaja en un despacho se habían beneficiado del asunto. Mi hermano le proporcionó servicios profesionales a un fondo australiano que se llama Aleatica, que finalmente compró todas las concesiones de OHL. Mi sobrino tiene más de diez años de trabajar para Aleatica; como digo, es un fondo australiano que compró estos activos. Cuando dijo que mi hermano se había beneficiado con eso, yo le dije que se fuera a la chingada y me fui. Y no volví a saber nada de Paulo hasta que lo demandé el 23 de mayo de 2025.

Mi papá, primero, y yo, como herencia de mi papá, teníamos una magnífica relación con Carmen Aristegui. Nos veíamos, nos buscábamos; Carmen Aristegui iba a las comidas con Quijano. Por alguna razón, Carmen Aristegui le ha dado horas y horas a Paulo Díez en su programa de radio para que diga y repita lo mismo acerca de mi persona. Pero lo que es insostenible es que, después de tenerlo una hora en su programa, le pregunte a Paulo que en dónde están las pruebas, y que Paulo le conteste: «Mañana te las traigo». Y regrese y vuelva a decir lo mismo sin traer esas pruebas. No se puede hacer un programa radiofónico serio para difamar a una persona sin tener los elementos probatorios suficientes.

Esperé largo tiempo para demandar ante la autoridad competente a estas personas porque así me lo pidió el presidente López Obrador y yo me comprometí con él a ello. Ya fuera del Gobierno ambos, procedí de acuerdo con mi derecho.

Así se lo informé a López Obrador en una tarjeta que le envié el 25 de septiembre de 2024.

En su parte final dice: «… viví el tiempo de los buitres; es fácil acusar a expensas de la honorabilidad de otros. El régimen actual llega a su fin. El país aguarda el instante de su término. La memoria popular es, en una u otra medida, memoria política y yo me veo ahora en la obligación de limpiar mi nombre de todas las infamias de que he sido objeto. Mi nombre, señor presidente, es lo más valioso que poseo porque es el nombre intachable de mi padre, siempre presente en los actos de mi vida personal y profesional. Usted valora como pocos la honra y no podría ignorar el orgullo que me significa llamarme Julio Scherer».

A la hoy presidenta Claudia Sheinbaum Pardo también le escribí una nota el 24 de septiembre de 2024 que dice, en su parte medular: «Conoces bien la infamia porque la has padecido. Sabes de la calumnia que tanto lastima el alma. Esa ha sido mi vida desde hace tres años. […] Ahora te envío este documento de trascendental importancia para mí. Contiene las pruebas, una a una, del desprestigio al que he sido sometido y que quisiera publicar no solo para limpiar mi imagen pública, sino porque se lo debo a mi padre, a mis hijos, a mis nietos, a mis hermanos y a todas las personas que me honran con su amistad y su confianza».

La demanda por daño moral contra Paulo Díez Gargari fue interpuesta el día 23 de mayo de 2025. La demanda contra Hernán Gómez Bruera y Penguin Random House por daño moral se presentó el 8 de mayo de 2025. Presenté una más, en contra de Zedryk Raziel y Georgina Zerga, el 10 de octubre de 2025, aunque su texto difamatorio apareció después a los antes citados.

Epílogo

Por Julio Scherer Ibarra

Hubo un tiempo en que nuestras vidas se fundieron en la confianza. Andrés Manuel y yo nos encontramos en los márgenes de la política, él en Tabasco y yo desde la iniciativa privada, movido por la admiración que él despertaba en mi padre. Fue allí donde nació una relación que no era solo de afectos, sino de certezas compartidas: la convicción de que la dignidad y la justicia valen más que la comodidad del poder.

Lo vi crecer, lo vi recorrer caminos polvorientos, escuchar a la gente y dejarse arrastrar por esa fe casi religiosa que siempre lo acompañó. Él, a su vez, me abrió las puertas de su intimidad política y personal. Me confió sueños, me confió silencios, me confió su palabra. En cada gesto, en cada conversación, se construía un vínculo que desbordaba lo político: era complicidad, era afecto, era la conciencia de estar acompañando un destino que nos superaba. Fuimos, como él decía, compañeros de travesía. En las horas oscuras del desafuero, cuando todo parecía perdido, caminamos juntos. Lo acompañé en discusiones estratégicas y en diálogos profundos donde aparecía el hombre, no solo el líder. Recuerdo que daba vueltas por los pasillos de su oficina, desconfiado de las paredes, temeroso de ser escuchado. Allí, al amparo de esas caminatas, me compartía sus dudas y sus certezas. Hablaba con la serenidad de quien sabe que lo acecha un destino adverso, pero también con la convicción de que ese destino debía cumplirse.

No fue una relación fácil. La cercanía con Andrés Manuel implicaba también asumir riesgos, exponerse al fuego cruzado de enemigos visibles e invisibles. El poder, en México, siempre vigila, siempre castiga, y quienes se acercan demasiado a su círculo de fuego terminan marcados. Pero había cariño genuino, había respeto. Y cuando él se refería a mí como un «hermano», entendía que esas palabras tenían un peso que iba más allá de la retórica. Eran palabras que convocaban a la lealtad, que obligaban a sostenerse en medio de la tormenta.

Un día, en una de esas conversaciones sin testigos, me dijo con esa voz pausada que a veces se confundía con un susurro: «Cuando yo salga del Gobierno, van a ir contra ti. No lo dudes. El poder no perdona. Te van a perseguir, te van a inventar, te van a querer destruir. Prepárate, porque van a desvirtuar lo que sepan y a usar lo que inventen. Y lo van a hacer con saña». Esa frase quedó grabada en mi memoria como una sentencia anticipada, como un eco que me alcanzaría tiempo después.

Tenía razón. La advertencia no fue retórica, fue un anticipo del porvenir, y ese porvenir llegó. Vinieron después los ataques de Alejandro Gertz Manero, expedientes abiertos desde la sombra, señalamientos lanzados con la fuerza de un Estado que se cree eterno. No lo hicieron de frente: usaron voceros en los medios, operadores dispuestos a vender su pluma o su pantalla para enlodar. Era la maquinaria del poder actuando en lo más oscuro de sus entrañas, con la frialdad de los burócratas que cumplen órdenes sin cuestionarse nada.

Cada golpe mediático, cada filtración, cada infamia, me recordaba las palabras de Andrés Manuel en aquella charla. Sabía que el costo de la cercanía, de la lealtad y de la independencia era precisamente ese: la persecución. En México, la amistad con un presidente puede ser un privilegio, pero también una condena. Y lo que comenzó como un gesto de confianza terminó convertido en una carga que pesaba en los tribunales y en las portadas de los diarios.

Lo supe en carne propia. Así como en su momento me tocó ver la furia de Gil Díaz, después vino el turno de Gertz y de otros que usaron la investidura y los resortes del Gobierno como armas personales. No buscaban justicia, buscaban venganza. No investigaban hechos, fabricaban culpables. Y yo era un blanco cómodo, testigo de demasiadas cosas. Los expedientes se escribían con sospechas sin prueba alguna; no con evidencias, sino con insinuaciones. Y detrás de cada acusación había una mano visible y otra oculta.

Muchos de los personajes más radicales que rodeaban a Andrés Manuel —aquellos que buscaban adueñarse de su oído y excluir a quienes le éramos cercanos por lealtad y no por conveniencia— promovieron los ataques en mi contra. Si el fiscal Gertz Manero estuvo detrás de la persecución jurídica, fueron personajes como Jesús Ramírez, Olga Sánchez Cordero, Javier Corral y algunos otros los que alimentaron los

embates mediáticos. Ninguna de sus imputaciones contenía más que dolosas conjeturas. Todas se sustentaban en los inventos de la FGR, en carpetas de investigación que, una tras otra, fracasaron estrepitosamente en su intento por lastimarme a mí y a mi familia.

A veces era Gertz quien mandaba la información; otras veces, él mismo instruía personeros para que fabricaran «escándalos» fallidos con datos que les hacía llegar desde las oficinas del poder. Todo esto se puede revisar: son públicos los archivos que dan cuenta de cómo se intentó destruir mi nombre a partir de insinuaciones, al igual que son públicos los resultados de estos. Desgraciadamente, contados medios y hasta una editorial que yo creía honorable se prestaron a estos ataques personales, difundiendo dichos malintencionados sin otro fundamento que la voluntad de dañar.

Andrés Manuel siempre supo que el poder desgasta, que el poder carcome. Lo asumió desde sus años de opositor, cuando era capaz de llenar el Zócalo y, sin embargo, prefería la paz sobre la violencia. En su lógica, el sacrificio y la persecución eran parte de la ruta. Y en esa ruta, quienes lo acompañamos también debíamos pagar el precio. El líder no camina solo: arrastra consigo a quienes lo rodean, y esos también cargan con la persecución, con la sospecha, con el peso del enemigo.

Hoy, al mirar hacia atrás, comprendo la dimensión de esa advertencia. No fue un gesto paternal ni una frase lanzada al aire. Fue un diagnóstico implacable: el Estado mexicano no admite amistades que sobrevivan al poder. Y cuando alguien se atreve a cruzar esa línea, lo reducen a cenizas en los periódicos, lo persiguen en los tribunales, lo hostigan desde los pasillos del Poder Judicial. Lo hacen porque saben que la amistad auténtica, en política, es un acto de rebeldía.

Lo viví. Lo padecí. Y, sin embargo, no me arrepiento. Porque, en medio de la tormenta, quedó intacto lo más importante: la certeza de haber acompañado a un hombre que, con todas sus contradicciones, puso por delante la convicción de transformar un país. Esa transformación no fue perfecta, ni podía serlo, pero representó una esperanza que muchos mexicanos abrazaron con fuerza. Y estar cerca de ese proceso, aunque costara, fue también un privilegio que marcó mi vida.

Ese fue Andrés Manuel: cercano y distante, reservado y generoso, un líder con alma de predicador. A su lado entendí que la política en México

se vive como una cruzada, y que quienes la acompañamos estamos condenados a compartir tanto la gloria como la persecución. Con él aprendí que los símbolos importan más que las cifras, que las convicciones pesan más que las encuestas y que la fidelidad a un proyecto se mide en la capacidad de resistir embates, no en la comodidad de los triunfos.

Él me lo advirtió y la historia le dio la razón. Pero también me enseñó algo más: que, aun en medio de los ataques, lo que permanece es la memoria compartida de la amistad, la lealtad y el cariño. Y esa memoria, como la palabra escrita, no puede ser borrada por ningún fiscal ni por ninguna campaña de difamación. Porque la política pasa, los gobiernos pasan, los hombres del poder caen en el olvido, pero la amistad verdadera, la que se construye en medio del fuego, sobrevive al odio y a los infundios.

Y así queda este testimonio, no como una defensa personal, sino como una confirmación de lealtad. Porque en los tiempos más difíciles, cuando el poder buscó reducirme, recordé aquella advertencia de Andrés Manuel y entendí que no había error en el camino recorrido. Aun en la persecución, en la infamia y en el agravio, quedaba la certeza de haber estado al lado de un hombre que, con sus virtudes y sus defectos, quiso cambiar la historia de México. Y, en ese intento, también cambió la mía.

FIN

Anexos

Archivo fotográfico

Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo
y Heberto Castillo lideraban la Corriente Democrática del PRI,
al que renunciarían después para fundar el PRD en 1989.
(Pedro Valtierra / Cuartoscuro).

Porfirio Muñoz Ledo y Heberto Castillo durante
la Movilización de las 100 Horas en septiembre de 1987.
(Pedro Valtierra / Cuartoscuro).

Muñoz Ledo y Cárdenas en las cercanías
del Zócalo de la capital mexicana.
(Pedro Valtierra / Cuartoscuro).

Andrés Manuel López Obrador, durante un mitin en el Zócalo
de la Ciudad de México tras las elecciones de 2006.
(Guillermo Perea / Cuartoscuro).

La plancha de la Plaza de la Constitución, repleta durante
una movilización convocada por AMLO en 2008 para
dar a conocer las acciones de la defensa del petróleo.
(Isaac Esquivel / Cuartoscuro).

Con mi padre, el gran periodista Julio Scherer García.
(Archivo de la familia Scherer).

Con mi hija María Renata.
(Archivo de la familia Scherer).

De pie, con mi esposa Karina y mi hermana Adriana. Sentados,
mi hermana Susana, Beatriz Gutiérrez Müller y Andrés Manuel.
(Archivo de la familia Scherer).

En 2015, con Carmen Aristegui, durante un homenaje organizado
en honor a mi padre en la XXIX de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara.
(Fernando Carranza García / Cuartoscuro).

En febrero de 2018, durante el evento de presentación
de los coordinadores regionales para defender el voto.
(Saúl López / Cuartoscuro).

En octubre de 2020, después de una conferencia mañanera, con Marcelo Ebrard, entonces secretario de Relaciones Exteriores. A la derecha, Arturo Herrera, quien era secretario de Hacienda y Crédito Público.
(Galo Cañas / Cuartoscuro).

Ya como presidente electo, AMLO anunció ante los medios
de comunicación mi nombramiento como consejero jurídico
del Ejecutivo Federal en agosto de 2018.
(Misael Valtierra / Cuartoscuro).

A la izquierda, Marcelo Ebrard. A la derecha, Ricardo Monreal,
Tatiana Clouthier, Andrés Manuel, Yeidckol Polevnsky
y Rabindranath Salazar Solorio.
(Saúl López / Cuartoscuro).

En septiembre de 2020, el senador Eduardo Ramírez, entonces presidente de la Mesa Directiva en el Senado de la República; Ricardo Monreal, presidente de la Junta de Coordinación, y yo encabezamos la entrega de las firmas de los habitantes de la Ciudad de México para enjuiciar a los expresidentes por la corrupción ejercida durante su mandato.
(Graciela López / Cuartoscuro).

En febrero de 2021 estuve presente en la ceremonia
con motivo del CVIII aniversario luctuoso de Francisco I. Madero,
en Palacio Nacional con Delfina Gómez y el ingeniero Octavio Romero.
(Galo Cañas / Cuartoscuro).

En febrero de 2020 firmamos la propuesta de reforma del Poder Judicial de la Federación, que hoy es una realidad. Estuvieron presentes Arturo Zaldívar, entonces ministro presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y Olga Sánchez Cordero, quien era secretaria de Gobernación. (Presidencia vía Cuartoscuro).

En 2019 asistí al XLII Congreso Nacional de Tribunales Superiores.
Entre otros personajes, estuvo presente Alejandro Gertz Manero.
(Galo Cañas / Cuartoscuro).

El 1.° de diciembre de 2020 asistí al Segundo Informe de Gobierno
de López Obrador. En esta imagen, saludo a Carlos Slim Domit, empresario,
y a Ricardo Salinas Pliego, presidente de TV Azteca.
(Graciela López / Cuartoscuro).

Antes de la primera campaña presidencial de Andrés Manuel,
me encontré con él en la presentación del libro *2006:*
la lucha de la gente contra el poder del dinero, de Federico Arreola.
(Guillermo Perea / Cuartoscuro).

Acerca de los autores

JULIO SCHERER IBARRA es licenciado en Derecho por la UNAM. Participó activamente en la desincorporación y venta de empresas paraestatales, así como en su planeación, programación y reestructuración financiera. En 2000, fundó una firma de abogados, en la que brindó asesorías jurídicas hasta 2018, cuando se incorporó al Gobierno como consejero jurídico del Ejecutivo Federal durante la gestión de Andrés Manuel López Obrador.

JORGE FERNÁNDEZ MENÉNDEZ es periodista especializado en temas políticos y de seguridad nacional. Desde hace 36 años escribe la columna «Razones», que actualmente se publica en *Excélsior*. En ADN Noticias, conduce diariamente, junto con Bibiana Belsasso, el programa *Todo personal*. Fue director de la revista *Milenio Semanal* y conductor de Imagen Radio, MVS y CNI40. Además, es autor de otros 14 libros.